CÉSAR CASCABEL

de Julio Verne



Publicado por Libros Gratis Online.
Visita el sitio para Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica, libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos.

César Cascabel de Julio Verne

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

FORTUNA REUNIDA

No hay nadie que tenga otra moneda?

–¡A ver, niños! Registrad los bolsillos...

–¡Yo tengo una, papá! –advirtió la niña.

Y sacó de su bolsillo un aparente trozo de papel verdoso cuadrado, arrugado y grasiento. Dicho papel llevaba impresas estas palabras, casi ilegibles: United States. *Fractional Currency*, en torno a la cabeza respetable de un señor de levita y con el número diez repetido seis veces. Este papel valía diez centavos.

–¿Y de dónde has sacado tú esto? –preguntó la madre.

–Es el resto de la última entrada –respondió Napoleona.

–Y tú, Sanare, ¿no tienes nada?

–No, papá.

–¿Tampoco tú, Juan?

–Tampoco.

–¿Qué es lo que falta todavía, César? –preguntó Cornelia a su marido.

–Dos centavos, si queremos hacer cuenta redonda –declaró Cascabel.

–¡Pues aquí están, patrón! –dijo *Clou de* Girofle, haciendo voltear una pequeña pieza de cobre que acababa de sacar de las profundidades de su bolsillo.

–¡Magnífico, *Clou*! –exclamó la niña.

–¡Entonces, «ya está»! –hizo saber papá Cascabel.

Así era: «ya estaba», como decía aquel honrado saltimbanqui. El total ascendía a dos mil dólares, o sea diez mil francos por aquellos

tiempos en que esto sucedía. ¡Diez mil francos! ¿No pueden ser considerados como una fortuna, cuando se han llegado a reunir sacándolos de la generosidad pública, merced únicamente al talento?

Cornelia abrazó a su marido y después lo hicieron sus hijos.

–Bueno; ya sólo es cosa de comprar una caja de acero –anunció papá Cascabel–, una hermosa caja con secreto, donde guardaremos nuestra fortuna.

–¿Es absolutamente indispensable? –observó la señora Cascabel, a la que este gasto asustaba un poco.

–Cornelia, ¡es indispensable!

–Quizá bastase con un cofrecito...

–¡He aquí cómo son las mujeres! –exclamó Cascabel–. ¡Un cofrecito sólo sirve para las alhajas! Una caja, o por lo menos un arca de acero, es lo que se emplea para el dinero; y como vamos a hacer un largo viaje con nuestros diez mil francos...

–¡Compra de una vez tu arca de acero, pero regatéala bien! –concluyó Cornelia.

El jefe de la familia abrió la puerta del *soberbio e imponente* carruaje que le servía de casa ambulante, saltó del estribo de hierro sujeto a las varas y se puso a andar por las calles que convergen al centro de Sacramento.

En el mes de febrero suele hacer frío en California, a pesar de que este Estado está situado en la misma latitud que España. Pero envuelto en su buena hopalanda, forrada de falsa marta y el gorro de piel metido hasta las orejas, papá Cascabel no se inquietaba gran cosa por la temperatura y marchaba por la calle con paso alegre.

¡Un arca de acero! ¡Ser poseedor de un arca de acero había sido el sueño de toda su vida! ¡Este sueño iba, por fin, a realizarse!

Daba comienzo el año 1867.

Diecinueve años antes de aquella época, el territorio entonces ocupado por la ciudad de Sacramento no era más que una vasta y desier-

ta llanura. En el centro se levantaba un fortín, especie de blocao construido por los primeros traficantes, llamados *setters* en aquellos tiempos, con el objeto de defender sus campamentos contra los ataques de los indios del Oeste de América. Pero después que los yanquis conquistaron California a los mejicanos que fueron incapaces de defenderla, el aspecto del país se modificó singularmente. El fortín se había convertido en una villa, hoy una de las más importantes de Estados Unidos, si bien el incendio y las inundaciones destruyeron a veces la ciudad naciente.

En aquel año de 1867, nuestro papá Cascabel no tenía que temer las invasiones de las tribus indias, ni aun las agresiones de los bandidos, que invadieron la provincia en 1849, al ser descubiertas las minas de oro, situadas un poco más al Nordeste, sobre la meseta de Grass-Valley y el célebre yacimiento de Allison-Rauch, cuyo cuarzo producía un franco del precioso metal por kilogramo.

Tiempos aquellos de fortunas extraordinarias, de ruinas increíbles, de miserias sin nombre... Pero ya habían pasado. Ya no había gambusinos, ni en esta parte de la Columbia Inglesa, ni en el Caribú, situado por encima de Washington, donde millares de mineros afluyeron hacia 1836. Papá Cascabel no estaba expuesto a que su escaso pecunio, ganado, por decirlo así, con el sudor de su cuerpo, y que llevaba en aquellos momentos en el bolsillo de su hopalanda, le fuera robado en el camino. En realidad, la adquisición de un arca de acero no era tan indispensable, como él pretendía, para poner su fortuna en seguridad; pero si deseaba adquirirla era en previsión de un gran viaje a través de los territorios del Lejano Oeste, menos guardados que la región californiana, viaje que debía volverle a llevar a Europa.

Cascabel caminaba, pues, sin la menor inquietud a lo largo de las anchas y limpias calles de la ciudad.

Aquí y allí se veían plazas (*squares*) magníficas, sombreadas por hermosos árboles, todavía sin hojas; hoteles y casas particulares, construidas con tanta elegancia como comodidad; edificios públicos de arquitectura anglosajona; numerosas iglesias monumentales, que dan un imponente aspecto a aquella ciudad de California. Por todas partes, gente atareada: negociantes, armadores, industriales; los unos, esperando la llegada de los buques, que bajaban y subían por el río, cuyas aguas vertían en el Pacífico; los otros asaltando el ferrocarril (*rail-road*) de Folson, que enviaba sus trenes hacia el interior de la Confederación.

Papá Cascabel se dirigía hacia High Street(1) silbando una canción francesa.

Hacía días que se fijara en el almacén, situado en dicha calle, de un rival de los Fichet y de los Huret, los célebres fabricantes parisienses de arcas de acero. Allí William J. Morlan

---

1 Calle alta.

vendía bueno y relativamente barato, dado el precio excesivo que entonces tenían todas las cosas en Estados Unidos de América.

William J. Morlan estaba en su almacén cuando entró Cascabel.

–Señor Morlan, tengo el honor... –saludó–. Quisiera comprar un arca de acero.

William J. Morlan conocía a César Cascabel: como todo el mundo le conocía en Sacramento, pues desde tres semanas antes hacía las delicias de la población.

Así, pues, el digno fabricante replicó:

–¿Un arca de acero, señor Cascabel? Recibid mi enhorabuena.

–¿Y por qué?

–Pues porque comprar un arca de acero indica que hay algunos sacos de dólares que guardar.

–Tal vez, señor Morlan.

–Pues bien, aquí tenéis una –manifestó el comerciante, mostrándole una enorme, digna de figurar en las oficinas de los hermanos

Rothschild u otros banqueros de los que generalmente tienen mucho que guardar.

–¡Oh...! ¡Oh! ¡No tanto, no tanto! –apresuróse a decir Cascabel–. ¡Con esta tan grande podría alojar a toda mi familia! Son todos ellos un verdadero tesoro, convengo en ello; pero, por el momento, no se trata de meterlos bajo llave... ¡Hum! Decidme, señor Morlan, ¿qué es lo que podría contener esta enorme caja?

–Varios millones en oro.

–¿Varios millones...? ¡Entonces..., ya volveré más tarde, cuando los tenga! Lo que me hace falta ahora es un cofrecito muy sólido, que pueda llevar bajo el brazo a ponerlo en mi carruaje cuando viajo.

–Tengo lo que os hace falta, señor Cascabel.

Y el fabricante le presentó un cofre, provisto de su cerradura de seguridad. No pesaba más de veinte libras, y estaba dispuesto en el

interior como lo están las cajas de caudales o de títulos de los establecimientos de banca.

–Además, es incombustible –añadió Mr. William J. Morlan–, y se garantiza sobre factura.

–¡Estupendo! ¡Estupendo! –afirmó el señor Cascabel–. ¡Me conviene, siempre que me respondáis de la cerradura de este cofre!

–Cerradura de combinaciones –se apresuró a decir el fabricante–. Cuatro letras; una palabra de cuatro letras, a escoger en cuatro alfabetos, lo que da cerca de cuatrocientas mil combinaciones. Durante el tiempo que un ladrón tarda en buscarlas, habría para cogerle un millón de veces.

–¡Un millón de veces decís, señor Morlan! ¡Es verdaderamente maravilloso! Pero, ¿y el precio? ¡Ya comprenderéis que un arca es muy cara cuando cuesta más que lo que ha de contener!

–Muy bien hablado, señor Cascabel. Por lo tanto, no os pediré más que seis dólares y medio...

–¿Seis dólares y medio? –repitió Cascabel–. ¡No me gusta ese precio! Veamos, señor Morlan: en los negocios es preciso ser justo. ¿Convienen los cinco dólares?

–Sea porque sois vos, señor Cascabel.

Negocio concluido, precio pagado. William J. Morlan propuso al saltimbanqui que le llevasen el cofre a su casa ambulante, no queriendo cargarle con este fardo.

–¡Bah, señor Morlan! ¡Un hombre como vuestro servidor, que juega con pesos de cuarenta!

–¡Bueno, bueno! ¿Qué pesan exactamente vuestros pesos de cuarenta? –preguntó, riendo, el señor Morlan.

–Exactamente, quince libras; pero no lo divulguéis –declaró Cascabel.

William J. Morlan y él se separaron encantados uno de otro.

Media hora después el dichoso poseedor del arca de acero llegaba al circo, donde estacionaba su coche, y depositó, no sin alguna satisfacción de amor propio, «la caja de la Casa Cascabel».

¡Ah! ¡Cómo se admiró en aquel pequeño círculo aquella caja! ¡Y cuan orgullosa se encontraba la familia con poseerla! Fue necesario abrirla para volverla a cerrar. El joven Sandre hubiera querido meterse dentro para divertirse. Pero, ¡imposible!, resultaba demasiado pequeña para alojarle. En cuanto a *Clou de Girofle*, jamás había visto cosa tan bonita, ni aun en sueños.

–¡Esto debe ser muy difícil de abrir –exclamó–; a menos que sea fácil, si cierra mal!

–Nunca has dicho más verdad –le aseguró Cascabel.

Después, con voz de mando de esas que no admiten réplica, y con un gesto significativo de los que no permiten vacilación:

–Vamos, niños, id cuanto antes –dijo–, y traednos algo para almorzar..., como unos prín-

cipes. He aquí un dólar, que pongo a vuestra disposición... ¡Yo convido!

¡Bendito hombre! ¡Como si no fuera él quien *convidada* todos los días! Pero complacíase con este género de bromas, a las que acompañaba una fuerte risotada.

Al momento Juan, Sandre y Napoleona se largaron acompañados de *Clou*, que llevaba al brazo un gran cesto destinado a las provisiones.

–Ahora que estamos solos, Cornelia, hablemos un poco –manifestó Cascabel.

–¿De qué vamos a hablar, César?

–¿De qué...? De la palabra que hemos de escoger para cerrar nuestra arca de acero. No es que desconfíe de mis hijos... ¡No lo permita Dios! ¡Ni tampoco del imbécil de *Clou de Girofle*, que es la honradez en persona...! Pero es necesario que estas palabras sean secretas.

–Escoge la palabra que quieras –respondió Cornelia.

–Lo dejo a tu elección.

–¿No tienes preferencia?

–No.

–A mí me gustaría que fuese un nombre propio.

–En ese caso el tuyo, César.

–¡Imposible...! ¡Es muy largo...! Es necesario que el nombre tenga sólo cuatro letras.

–Entonces quítale al tuyo una... Puedes muy bien escribir César sin *r*. Supongo que seremos dueños de hacer lo que nos acomode.

–¡Bravo, Cornelia! ¡Es una idea, una de esas que tienes a menudo, esposa mía! Pero si nos decidimos a quitar una letra a mi nombre, quisiera mejor quitar cuatro, y que fuera el tuyo. –¿Mi nombre...?

–Sí... Tomando el final..., *elia*. Lo encuentro más distinguido.

–¡César querido...!

–¿Te gustará, verdad, tener tu nombre en la cerradura del arca?

–¡Claro que sí, puesto que ya está en tu corazón! –respondió Cornelia, con ternura.

Después, sintiéndose completamente dichosa, abrazó a su excelente marido.

Y he aquí cómo, por consecuencia de esta combinación, cualquiera que no conociese la palabra *Elia* no podría abrir el cofre de la familia Cascabel.

Media hora más tarde, los chicos estaban de vuelta con las provisiones, jamón y buey salado, cortado en lonchas apetitosas, y también algunas de esas sorprendentes legumbres que produce la vegetación californiana, coles arborescentes, patatas gruesas como melones, zanahorias de medio metro de longitud, que, según afirmaba Cascabel, «no tenían igual más que en las que se logran sin tomarse el cuidado de cultivarlas». En cuanto a la bebida, no se tenía más que el trabajo de escoger entre las variedades que la naturaleza y el arte ofrecen a las gargantas americanas. Esta vez, sin hablar del bock de cerveza espumosa, cada uno tendría su parte de una botella de *sherry* para los postres.

En un momento, Cornelia, secundada por *Clou,* su acostumbrado ayudante, preparó el almuerzo. La mesa fue puesta en el segundo departamento del coche, llamado salón de familia, y cuya temperatura estaba mantenida a un grado conveniente por el hornillo de la cocina, establecido en el departamento contiguo. Sí, este día, como todos los demás, por otra parte, el padre, la madre y los niños comieron con notable apetito, que estaba justificado por las circunstancias.

Terminada la comida, Cascabel, tomando el tono solemne que daba a sus discursos cuando hablaba en público, se expresó en estos términos:

–Mañana, muchachos, habremos dejado Sacramento, esta noble villa y sus nobles habitantes, a los que debemos alabar, cualquiera que sea su color, rojo, negro o blanco. Pero Sacramento está en California. California es América, y América no se encuentra en Europa. Además, el país es el país, y en Europa está

Francia, y no es demasiado pronto para que Francia nos vuelva a ver entre *sus muros*, después de una ausencia que se ha prolongado durante bastantes años. ¿Hemos hecho fortuna? Si hemos de decir la verdad, ¡no! Sin embargo, poseemos cierta cantidad de dólares que no resultarán mal en nuestra arca de acero cuando los hayamos cambiado en oro o plata francesa. Una parte de esta suma nos servirá para atravesar el Atlántico en uno de los rápidos vapores que ostentan nuestro pabellón, con los tres colores que Napoleón paseó en otro tiempo de capital en capital... ¡A tu salud, Cornelia!

La señora Cascabel se inclinó ante este testimonio de afecto que le daba su esposo, como para darle gracias por haberle proporcionado Alcides y Hércules en las personas de sus hijos.

Después, el buen hombre añadió:

–¡Bebo también por nuestro dichoso viaje! ¡Puedan los vientos hinchar felizmente nuestras velas!

Se detuvo para echar el último vaso de su excelente *sherry*.

–Quizá tú, *Clou*, me dirás que, una vez pagado nuestro viaje, no quedará nada en el arca...

–No, patrón... A menos que el precio del viaje, añadido al precio del ferrocarril...

–¡El ferrocarril! ¡Los *rails-roads*, como dicen los yanquis! –exclamó Cascabel–. Sabe, señor tonto, que no lo tomaremos. Cuento con economizar los gastos de transporte desde Sacramento a Nueva York haciendo el viaje en nuestra casa ambulante. Algunos centenares de leguas no van a atemorizar, supongo yo, a la familia Cascabel, que tiene la costumbre de pasearse a través del mundo.

–¡Claro que no! –respondió Juan.

–¡Y qué placer será para nosotros volver a ver Francia! –exclamó la señora Cascabel.

–Vuestra Francia, que no os conoce, hijos míos –replicó Cascabel–, puesto que todos habéis nacido en América; ¡nuestra bella

Francia, que conoceréis por fin! ¡Ah, Cornelia! ¡Qué placer para ti, una provenzal, y para mí, normando, después de veinte años de ausencia!

–¡Oh, sí, querido César!

–Mira, Cornelia, se me había de ofrecer un ajuste, aunque fuera para el teatro de Barnum, y lo había de rehusar. ¿Retrasar nuestra marcha? ¡Oh, no pienso hacerlo! Primero iría andando aunque fuera con las manos... Es la nostalgia del país que nos acomete, y hay que curarse volviendo allá... No conozco otro remedio.

Y César Cascabel decía la verdad. Su mujer y él no tenían más que un pensamiento: volver a Francia. ¡Y qué satisfacción sentían pudiéndolo hacer, puesto que el dinero no faltaba!

–Partiremos, pues, mañana –decidió Cascabel.

–Y quizá sea para nosotros el último viaje –indicó su mujer.

–Cornelia, sólo conozco un último viaje –replicó el marido–, y es aquél para el cual Dios no concede billete de vuelta.

–Sea como tú quieres, César; pero antes de llegar a él, ¿no piensas descansar un poco cuando hayamos hecho fortuna?

–¿Descansar, Cornelia? ¡Jamás! No quiero la fortuna, si la fortuna nos conduce a la ociosidad. ¿Supones entonces que te asiste el derecho de dejar sin empleo el talento con que la naturaleza te ha dotado con tanta largueza? ¿Imaginas que se pueda vivir con los brazos cruzados arriesgando nuestras articulaciones? ¿Comprendes a Juan abandonando sus ejercicios de equilibrista, sin danzar a Napoleona en la cuerda tirante con o sin balancín, que Sandre no figure en el vértice de la pirámide humana, y hasta el mismo *Clou*, sin recibir media docena de bofetadas por minuto para mayor alegría del público? ¡No, Cornelia! Dime que la lluvia apagará el sol, que el mar será absorbido por los peces; ¡pero no me digas que la hora del des-

canso debe sonar para la familia Cascabel! Y basta; no queda más que acabar los preparativos con el fin de que podamos ponernos en camino mañana temprano, cuando el sol se eleve sobre el horizonte de Sacramento.

Esto fue lo que se hizo durante la tarde, Inútil es decir que la famosa arca se colocó en lugar seguro en el último departamento del carruaje.

–De esta manera –aseguró Cascabel– podremos guardarla noche y día.

–Me parece, César, que realmente has tenido una buena idea –declaró Cornelia–. No siento el dinero que nos ha costado.

–Quizá sea ahora un poco pequeña, esposa mía; pero ya compraremos otra mayor..., si nuestro gato llegara a necesitarlo.

CAPÍTULO II

CASCABEL Y SU FAMILIA

El nombre de Cascabel era célebre y hasta diríamos que ilustre en las cinco partes del mundo y «otros lugares», como decía fieramente el que lo ostentaba con tanto honor.

César Cascabel, era oriundo de Pontorson, en plena Normandía, y conocía todas las sutilezas y truhanerías del país normando. Pero por diestro, por enredador que fuese, hay que reconocer que era un hombre honrado, y conviene no confundirle con los individuos, con razón sospechosos, de la corporación tiritera.

Las virtudes excepcionales de este jefe de familia rescataban la humildad de su origen y las irregularidades de su profesión.

En la época en que lo presentamos, Cascabel tenía la edad que representaba: exactamente cuarenta y cinco años. Hijo de la bohemia, en toda la acepción de la palabra, había tenido por cuna el fardo que su padre llevaba a hombros cuando recorría las ferias y mercados de la provincia normanda. Su madre había muerto poco después de su nacimiento y viose recogido muy oportunamente por una compañía ambulante, al perder a su padre algunos años más tarde. Pasó su infancia dando volteretas, contorsiones y saltos mortales, con la cabeza hacia abajo y los pies al aire. Después fue sucesivamente payaso, gimnasta, acróbata, hércules de feria, hasta el momento en que, padre de tres niños, convirtiose en director de esta pequeña familia que había creado a medias con la señora Cascabel, llamada Cornelia Valdarasse, y oriunda de Martignes, Provenza.

Inteligente e ingenioso, si su vigor era notable y su destreza poco ordinaria, las cualidades morales que le adornaban no cedían a las

físicas. Sin duda, piedra que rueda no se enmohece; pero si se frota por lo menos con las asperezas de los caminos, se pule, mata sus ángulos, se hace redonda y reluciente. Así, después de cuarenta años que César Cascabel rodaba por el mundo, se había frotado, pulido y redondeado tan bien, que conocía de la existencia todo lo que se puede conocer, no asustándose ni admirándose de nada. A fuerza de haber corrido Europa de feria en feria, de haberse aclimatado tanto en Estados Unidos como en las colonias holandesas o españolas, también americanas, comprendía casi todas las lenguas, las hablaba más o menos bien, «hasta las que no sabía», porque no tenía inconveniente, decía, en expresarse por gestos cuando la palabra le era inútil.

César Cascabel tenía una estatura algo más que mediana, torso vigoroso, miembros bien acoplados, cara con el maxilar inferior algo pronunciado, que es el signo de la energía; cabeza fuerte, embrollada y de cabellos rudos, tostada por los rayos del sol y curtida por el

contacto de todas las ráfagas; bigote sin puntas bajo su nariz poderosa, dos medias patillas sobre sus carrillos barrosos, ojos azules, muy vivos y penetrantes, aunque de noble mirada; una boca que hubiera tenido todavía treinta y tres dientes si se hubiese hecho poner uno. Delante del público, un Federico Lemaitre, con grandes gestos, posiciones fantásticas, frases declamatorias; pero, en particular, muy sencillo, natural y adorando a su familia. De una salud a toda prueba, si su edad le impedía ya la profesión de acróbata, era siempre notable en los ejercicios de fuerza que necesitan de los bíceps. Además, poseía un talento extraordinario en cierta rama de la industria ambulante, la ventriloquia, la ciencia del engastrimismo, que data de la Antigüedad, puesto que, al decir del obispo Eustaquio, la Pitonisa de Endor no era más que una ventrílocua. Cuando quería, su gaznate bajaba desde la garganta hasta el vientre. En caso de apuro hubiese sido capaz de cantar un dúo él solo.

En fin, para acabar su retrato, notemos que César Cascabel tenía su flaco por los grandes conquistadores, Napoleón sobre todo. ¡Ay, cómo amaba al héroe del Primer Imperio tanto como detestaba a sus verdugos, aquellos hijos de Hudson Lowe, aquellos abominables *John Bull*! Napoleón era «su hombre». Por eso no había querido nunca trabajar delante de la reina de Inglaterra, «¡aunque se lo hubiese rogado por conducto de su mayordomo en jefe!», lo que decía con tan buena fe y tan a menudo, que había acabado por creerlo. Y, sin embargo, Cascabel no era un director de circo, un Franconi, un Rancy o un Loyai, a la cabeza de una compañía de jinetes de ambos sexos, de payasos y titiriteros, no; era un simple saltimbanqui que se exhibía en las plazas, al aire libre, si hacía buen tiempo; bajo tiendas de campaña cuando llovía. En este oficio, en el que había corrido aventuras sin cuento durante un cuarto de siglo, había ganado, como sabemos, una suma

redonda, entonces encerrada en el arca de combinaciones.

¡Lo que esto representaba de trabajos, de fatigas e incluso de miseria! Pero, en fin, lo más duro estaba hecho. La familia Cascabel se preparaba a volver a Europa. Después de haber atravesado Estados Unidos, tomarían pasaje en un paquebote, francés o americano; aunque, desde luego, inglés nunca.

Por lo demás, César Cascabel no se apuraba por nada. Los obstáculos no existían para él; todo lo más, dificultades. El salvarlas y dejar expedito el camino de la vida era su negocio. Hubiera voluntariamente repetido como el duque de Dantzig, uno de los mariscales de campo del grande hombre que tanto admiraba:

–Abridme un agujero y pasaré por él...

Y había pasado por bastantes agujeros, en efecto.

La señora Cascabel, llamada Cornelia Valdarasse, una provenzal pura sangre, la incomparable profeta del porvenir, lúcida y traslúci-

da, la reina de las mujeres eléctricas, adornada con todas las gracias de su sexo, dotada de cuantas virtudes honran a una madre de familia, victoriosa en las grandes luchas femeninas con que Chicago había invitado a las *primeras atletas del mundo.*

En estos términos, presentaba Cascabel habitualmente a la compañera de su vida. Veinte años antes la había tomado por esposa en Nueva York. ¿Consultó a su padre acerca de tal casamiento? No. Primeramente, porque su padre no le había consultado para el suyo, decía, y, además porque aquel excelente hombre no existía ya. Tuvo lugar la ceremonia, desde luego, sin todas las formalidades preliminares que en la vieja Europa retardan penosamente la unión de dos seres hechos el uno para el otro.

Una tarde en el teatro de Barnum, en el Broadway, en el que se encontraba como espectador, César Cascabel se maravilló del encanto, de la agilidad, de la fuerza que desplegaba una

joven acróbata francesa en el ejercicio de la barra fija, la señorita Cornelia Valdarasse. Asociar su talento al de esta graciosa joven, convirtiendo en una ambas existencias, entrever para el porvenir una familia de pequeños Cascabel, dignos de su padre y de su madre, todo esto pareció indicado al honrado saltimbanqui. Lanzarse a la escena durante un entreacto, darse a conocer a Cornelia Valdarasse, hacerle las proposiciones más convenientes para un casamiento entre francés y francesa, avisar a un honorable clérigo que estaba en la sala, arrastrarle al vestíbulo y pedirle que consagrase una unión tan bien avenida, es lo que se realizó pronto en el dichoso país de Estados Unidos de América. No vamos a decir si son mejores o peores estos casamientos al vapor. Por lo menos, el de César Cascabel y Cornelia Valdarasse vino a ser uno de los mejores que jamás se hubieran celebrado en este bajo mundo.

En la época en que empieza esta historia, la señora Cascabel tenía cuarenta años; seguía

siendo de buena estatura, tal vez un poco corpulenta, mostraba cabellos y ojos negros, y una boca sonriente con todos los dientes, igual que su marido. En cuanto a su vigor excepcional, se había podido juzgar por las memorables luchas de Chicago, en que obtuvo *un brazalete de honor*. Mencionemos también que Cornelia amaba a su esposo como el primer día, teniendo una confianza inalterable, una fe absoluta en el genio de este hombre extraordinario, uno de los tipos más notables que jamás haya producido el país normando.

El primogénito de los hijos debidos a este matrimonio de artistas ambulantes fue Juan, que en el momento en que lo presentamos, contaba diecinueve años de edad. Si no tenía, como los de su familia, aptitudes para los trabajos de fuerza, para los ejercicios de gimnasia, de payaso o de acróbata, se distinguía por una notable destreza de manos y una seguridad de vista que le hacía un malabarista gracioso, elegante, y al que sus éxitos apenas enorgullecían. Era un

ser dulce y pensativo, moreno como su madre, con ojos azules. Estudioso y reservado, procuraba instruirse en dónde y cuándo podía. Aunque no le avergonzaba la profesión de sus padres, comprendía que podría hacer algo de más provecho que dar vueltas en público, y se prometía dejar este oficio cuando estuviese en Francia. Pero como profesaba a sus padres un cariño profundo, mantenía respecto a este asunto una extremada reserva.

El segundo hijo, el penúltimo, era el contorsionista de la *troupe*; era el producto lógico de la unión de los Cascabel. Contaba doce años y era listo como un gato, diestro como un mono y vivo como una anguila. Un pequeño payaso de un metro y pico de altura, venido al mundo dando el salto mortal, si hemos de creer a su padre; un verdadero píllete por sus travesuras y sus farsas, pronto a la réplica, pero un buen chico, merecedor a veces de tantarantanes y riendo siempre cuando los recibía. Verdad es que no eran nunca sumamente fuertes.

Como se habrá advertido, el primogénito de los Cascabel se llamaba Juan. Esto se debía a que la madre le había impuesto este nombre en recuerdo de uno de sus tíos, Juan Valdarasse, un marino de Marsella que había sido devorado por los caribes, de lo cual estaba muy orgullosa. Evidentemente, el padre, que tenía la suerte de llamarse César, hubiera preferido otro más histórico, más en armonía con sus admiraciones secretas para los hombres de guerra. Pero no había querido contrariar a su mujer en el nacimiento de su primer hijo, y había aceptado el nombre de Juan, prometiéndose el desquite si sobrevenía otro retoño. Así sucedió, y el segundo hijo se llamó Alejandro, como hubiera podido llamarse Amílcar, Atila o Aníbal. Solamente por abreviatura familiar se le llamaba Sandre.

Después dei primero y segundo muchachos, la familia se enriqueció con una niña; y esta niña, que !a señora Cascabel hubiera que-

rido llamar Hersilla, se llamaba Napoleona, en honor del mártir de Santa Elena.

Napoleona tenía entonces ocho años. Era una gentil chiquilla que prometía ser muy bonita; y cumplió, en efecto, su promesa. Rubia y sonrosada, de fisonomía viva y móvil, muy graciosa y diestra, los ejercicios de la cuerda tirante no tenían secretos para ella; sus pequeños pies, posados sobre el hilo metálico, resbalaban y jugaban como si la ligera muchacha hubiera tenido alas que la sostuvieran.

No hay que decir que Napoleona era la niña mimada de la familia. Todos la adoraban: verdad es que era adorable. Su madre acariciaba la idea de que llegaría un día en que hiciera un gran casamiento. Esta es una de las ilusiones inherentes a la vida nómada de los saltimbanquis, y no había por qué desesperar de que Napoleona, joven y bella, encontrase un príncipe que se enamorara y casase con ella.

–¿Cómo en los cuentos de hadas? –comentaba Cascabel, más positivista que su mujer.

–No, César, como en la vida real.

–¡Ay, Cornelia! No estamos en los tiempos en que los reyes se casaban con las pastoras; y, por otra parte, hoy no sé si las pastoras consentirían en tomar por esposos a los reyes.

Tal era la familia Cascabel: un padre, una madre y tres niños. Quizás hubiera sido mejor que se hubiese aumentado con un cuarto retoño, desde el punto de vista de ciertos ejercicios de pirámide humana, en que los artistas se escalonan unos sobre otros en número par; pero este cuarto no existía.

Por fortuna, *Clou de Girofle* estaba allí, y muy indicado para prestar ayuda con su concurso en los espectáculos extraordinarios.

En realidad, *Clou* completaba el grupo de los Cascabel. La *troupe* era su familia. Formaba parte de ella en todos conceptos, aunque era de origen americano. Uno de estos pobres diablos

sin familia, nacidos no se sabe dónde, y apenas si lo saben ellos mismos, criados por caridad, alimentados por la ocasión, dirigiéndose al bien cuando tienen una honrada naturaleza, una moralidad nativa que les permite resistir los malos ejemplos y los malos consejos de la miseria. ¿Y no es justo tener alguna piedad para estos miserables, si lo más frecuente es que estén predestinados a obrar o a acabar mal? No estaba en este caso Ned Harley, a quien Cascabel creyó chistoso darle el sobrenombre de *Clou de Girofle*. ¿Y por qué? Primero, porque era delgado como un clavo, y segundo, porque se había ajustado para recibir durante las representaciones más alelíes de cinco hojas, vulgo *bofetones*, que pueda en un año dar cualquier arbusto de la familia de las crucíferas (2).

---

2 Para comprender el juego de palabras que aquí aparece, es preciso aclarar que en francés es corriente decir donner a quelq'un une Giroflee a cinq feuilles: plantarle a uno los cinco dedos en la cara, llenársela de dedos.

Dos años antes, en su recorrido por Estados Unidos, Cascabel encontró a este desgraciado ser. llamado Ned Harley, cuando se veía condenado a morir de hambre. La compañía de acróbatas de la que formaba parte acababa de desbandarse a consecuencia de la fuga de su director. Representaba los papeles de *minstrels,* tontos musicales. ¡Triste oficio, aun cuando alimenta al que lo ejerce! Se embardunaba con betún, se «ennegrecía», se vestía un traje y un pantalón negros, un chaleco blanco y una corbata blanca: después entonaba canciones grotescas arañando un violín ridículo, en compañía de cuatro o cinco parias de su especie. ¡Pobre trabajo del más modesto orden social! Pues bien: este trabajo acababa de faltar a Ned Harley, y se consideró muy dichoso encontrando en su camino a la Providencia en la persona de Cascabel.

Precisamente, éste acababa de despedir a su payaso, al cual estaban generalmente destinados los papeles de *pierrot* en las farsas repre-

sentadas a la puerta de la barraca antes de empezar el espectáculo. ¿El motivo? ¡Inconcebible! Este payaso se había supuesto americano, cuando era de origen inglés. ¡Un *John Bull* en la *troupe*! ¡Un compatriota de los verdugos aquellos que...! Ya puede suponerse el resto. Un día, por casualidad, Cascabel supo la nacionalidad del intruso.

–Señor Waldurton, puesto que sois inglés –le dijo un momento después de haber sabido tal cosa–, vais a marcharos inmediatamente, u os aplico la bota a la trasera, por más *pierrot* que seáis.

Entonces *Clou* le remplazó. El ex *ministrel* se ajustó para hacer de todo, lo mismo para las farsas del tablado que para el cuidado de las bestias, o la cocina, cuando era necesario ayudar a Cornelia. No hay para qué decir que hablaba el francés, pero con un acento yanqui de los más pronunciados.

Era, en resumen, un muchacho sencillo, de treinta y cinco años de edad, tan alegre cuando

atraía al público con sus gracias burlescas, como melancólico en la vida privada. Veía casi siempre las cosas por su lado malo, y, francamente, nadie podía extrañarse, pues hubiera sido difícil contarle entre los felices de este mundo.

Su cabeza, que venía a quedar en punta, su cara larga y estirada, sus cabellos amarillentos, sus ojos redondos y desmesuradamente abiertos, su nariz extraordinariamente larga, sobre la que se hubiera podido colocar media docena de anteojos y que producía gran efecto de risa, sus orejas separadas, su cuello de garza, su delgado torso, puesto sobre unas piernas de esqueleto, hacían de él un ser extravagante. Por otra parte, nunca se quejaba, a menos que.., –esta era la corrección que daba generalmente a sus dichos–, a menos que la mala suerte le diera motivo para quejarse.

Por lo demás, desde su entrada en casa de los Cascabel se había hecho tan simpático a la

familia que no hubiese ésta podido pasar sin su *Clou de* Girofle. Tal era, si nos podemos expresar así, el elemento humano de esta compañía de saltimbanquis. En cuanto al elemento animal, estaba representado por dos buenos perros, uno excelente para la caza y muy seguro para guardar la casa ambulante, y otro de aguas, sabio y espiritual, destinado a ser miembro del Instituto el día que haya un instituto para la raza canina.

Después de los perros conviene presentar al público un pequeño mono, que en los concursos de muecas podía competir, no sin éxito, con el mismo *Clou*, y casi siempre los espectadores se hubieran visto muy perplejos para decidir cuál de los dos debía percibir el premio. Después había un papagayo, *Jako*, originario de Java, que hablaba, picoteaba, cantaba y chirriaba diez o doce horas, gracias a las lecciones de su amigo Sandre. Por último, dos caballos, jamelgos viejos, tiraban del coche ambulante, y ¡Dios sabe si sus piernas, un poco debilitadas

por la edad se habían alargado a través de los caminos durante millas y millas!

El nombre de estos dos excelentes animales eran, el uno *Vermout*, como el vencedor de Delamare, y el otro *Gladiador*, como el vencedor de Lagrange. Llevaban estos nombres ilustres sobre el *turf* (3) francés, sin haber jamas tenido el pensamiento de inscribirse para el Gran Premio de París.

En cuanto a los perros, el de caza tenía por nombre *Wagram*, y el de aguas *Marengo*, adivinándose por esto fácilmente a qué padrino debían estos nombres célebres en la historia.

En cuanto al mono, había sido bautizado con el nombre de *John Bull*, sencillamente por su fealdad.

Fuerza era perdonar a Cascabel esta manía, que tenía su origen, al fin y al cabo, en un patriotismo muy perdonable, incluso en

---

3 Hipódromo.

una época en que tales antipatías no tenían ya razón de ser.

Algunas veces decía, hablando de su vivo apasionamiento :

–¡Cómo no adorar al hombre que ha gritado, bajo una lluvia de balas: «Seguid mi penacho blanco; siempre lo encontraréis»!

Y cuando se le hacía observar que quien esto dijo era Enrique IV, aseguraba:

–Es posible; pero Napoleón hubiera sido capaz de decirlo.

CAPÍTULO III

SIERRA NEVADA

Cuántos habrán soñado alguna vez con realizar un viaje en un *coach house*, como viajan los saltimbanquis! ¡Eso de no tener que impacientarse ni por hoteles, posadas, camas inseguras, cocinas más inseguras todavía, cuando se trata de atravesar un país en el que escasean, como escaseaban entonces, las aldeas o pueblecillos!

Esto que los ricos a ello aficionados hacen comúnmente a bordo de sus yates de recreo, con todas las comodidades de una casa que cambia de lugar, hay muy pocos que lo hayan verificado en un coche *ad hoc*. Y, sin embargo, el coche, ¿no es la casa que marcha? ¿Por qué los ambulantes son los únicos en conocer este placer «de la navegación en tierra firme»?

En efecto, el carruaje del saltimbanqui es la habitación completa, con sus cuartos y su mobi-

liario; es el *home* ([4]) movible, y el de César Cascabel respondía perfectamente a las exigencias de esta vida nómada.

Se llamaba *Belle Roulotte*, como si se tratase de una goleta normanda; y creed que justificaba este título, después de peregrinaciones tan diversas a través de Estados Unidos. Comprada unos tres años atrás escasamente, con las primeras economías del matrimonio, remplazaba a la vieja galera cubierta sólo por un toldo y totalmente desprovista de muelles que por largo tiempo había servido para alojar a toda la familia. Y como habían transcurrido más de veinte años desde que Cascabel corría por las ferias y mercados de la Confederación, fácil es deducir que el vehículo era de fabricación americana.

La *Belle Roulotte* descansaba sobre cuatro ruedas. Provista de buenos muelles de acero, unía la ligereza a la solidez. Cuidadosamente

---

[4] Hogar

conservada, jabonada, frotada, lavada, hacía resplandecer sus tableros revestidos de vivos colores, en que el amarillo de oro se mezclaba agradablemente con el rojo cochinilla, exponiendo a las miradas esta razón social ya célebre: *Familia César Cascabel.* Por su longitud hubiera podido rivalizar con las carretas que recorren todavía las praderas del Far West, donde el Great-Trunk, el ferrocarril de Nueva York a San Francisco no ha proyectado todavía sus ramificaciones. Evidentemente, dos caballos no podían arrastrar más que al paso este pesado vehículo. En efecto, la carga era pesada: sin contar los huéspedes que la habitaban, la *Belle Roulotte* llevaba en su galería superior las telas de la tienda, amén de las estacas y cuerdas. Además, por debajo, entre el juego delantero y el trasero, llevaba un canasto oscilante cargado de objetos diversos, una gran caja, tambor, cornetín, trombón y otros utensilios y accesorios, que son los verdaderos útiles del titiritero.

Anotemos, además, los vestidos de una célebre pantomima: *Los bandidos de la Selva Negra,* que figuraba en el repertorio de la familia Cascabel.

En el interior, la distribución estaba muy bien efectuada, y, a decir verdad, con una ligereza notable; una limpieza maravillosa, gracias a Cornelia, que respecto a esto no bromeaba.

En la parte anterior, cerrado por una vidriera de corredera, se encontraba el primer departamento, que calentaba el fogón de la cocina. Después venía un salón o comedor, en el que se daban las consultas de buenaventura; enseguida un dormitorio, con hamacas colocadas una encima de otra, como en los camarotes de un buque, donde dormían, separados por un tabique, a la derecha los dos hermanos y a la izquierda su hermana; por último, en el fondo, el cuarto de los esposos Cascabel, con una cama de buenos colchones y una colcha multicolor. Cerca de esta cama había sido colocada la fa-

mosa arca de hierro. En todos los rincones, tableros que podían subirse o bajarse, formando mesillas o graderíos, y estrechos armarios donde se guardaban los trapos, pelucas y postizos de la pantomima. Las lámparas de petróleo que iluminaban el conjunto eran verdaderas lámparas de navío, que se balanceaban cuando el vehículo seguía caminos mal nivelados; además, a fin de dejar penetrar en los diversos departamentos la luz del día había media docena de ventanillos con cristales ajustados por plomos, y cortinillas de ligera muselina con cordones de color. Todo esto, pues, daba a la *Belle Roulotte* el aspecto de la garita de un *queche* holandés.

Clou de Girofle, al que no hemos mencionado, era poco exigente por naturaleza. Dormía en el primer departamento, sobre una hamaca que extendía por la noche entre las dos paredes y que levantaba por la mañana a los primeros rayos del sol.

Queda por nombrar a los dos perros, *Wagram* y *Marengo*, que, en su calidad de guardia-

nes de noche, dormían en el cesto, bajo el coche, donde toleraban la presencia del mono *John Bull*, a pesar de su petulancia y su gusto por las travesuras. El papagayo *Jako* estaba colocado en una jaula, suspendida en el interior del segundo departamento.

En cuanto a los dos caballos. *Gladiador* y *Vermout*, teman completa libertad de pastar alrededor de la *Belle Roulotte*, sin que fuera preciso trabarlos. Y después de haber comido los retoños de la hierba de aquellos excelentes prados, en que la mesa estaba siempre dispuesta, como también la cama, no tenían más que tenderse para dormir sobre el suelo que les había alimentado.

Lo cierto es que, cuando llegaba la noche, con los fusiles, los revólveres de sus huéspedes y los dos perros que la guardaban, la *Belle Roulotte* ofrecía completa seguridad.

Tal era el coche de familia. ¡Cuántas millas y millas había recorrido desde tres años atrás, a través de la Confederación norteamericana, de

Nueva York a Albany, del Niágara a Búfalo, a San Luis, a Filadelfia, a Boston, a Washington, siguiendo el curso del Mississipí, hasta Nueva Orleans, a lo largo del Grent-Frunk, hasta las Montañas Rocosas, al país de los mormones, y hasta el fondo de California! Viaje higiénico si los hay, puesto que nadie de la compañía había estado jamás enfermo, a excepción de *John Bull*, cuyas indigestiones eran frecuentes.

¡Gran alegría iba a ser para ellos llevar a Europa aquella *Belle Roulotte*, llegando a conducirla luego por los caminos del viejo continente. ¡Qué curiosidad tan simpática excitaría al atravesar Francia y las campiñas del país normando! ¡Ah! ¡Volver a ver su Francia, «volver a ver su Normandía», como en la célebre canción de Bérat, era a lo que tendían todos los pensamientos, todas las aspiraciones de César Cascabel!

Una vez en Nueva York, el vehículo debía ser desarmado, empaquetado, embarcado a bordo de un paquebote con destino a El Havre,

y una vez allí no tendrían más que volverle a poner sobre sus ruedas para tomar el camino de la capital.

¡Ah! ¡Cuánto apremio mostraba Cascabel, y también su mujer y sus hijos, por ponerse en marcha! Fue por esta causa que dejaron la gran ciudad de Sacramento, al amanecer el 15 de febrero, unos a pie, otros en el coche, cada cual a su gusto.

La temperatura era todavía muy fresca, pero hacía buen tiempo. No hay para qué decir que no se pusieron en camino sin *bizcochos*; dicho de otra manera, sin conservas variadas de carnes y legumbres.

Por otra parte, fácilmente habrían de poder proveerse de víveres en villas y pueblecillos. Y, después de todo, la caza, bisontes, gamos, liebres y perdices, abundaban en aquellos territorios. Juan no se privaría seguramente de coger su escopeta y hacer de ella buen uso, puesto que la caza no estaba prohibida ni se exigía licencia en las vastas praderas del Far

West. Juan era un diestro tirador, y *Wagram*, a falta del perro de aguas *Marengo*, se distinguía por sus cualidades cinegéticas de primer orden.

Al abandonar Sacramento, la *Belle Roulotte* tomó la dirección del Nordeste. Se trataba de llegar a la frontera por el camino más corto, y franquear la Sierra Nevada, o sea aproximadamente doscientos kilómetros hasta el Paso de Sonora, que da acceso a las interminables llanuras del Este.

No era todavía el Far West propiamente dicho, donde las pequeñas villas se encuentran muy lejos unas de otras. No era la pradera con sus horizontes lejanos, sus anchos espacios desiertos, sus indios nómadas que la civilización rechazaba lentamente en aquellos tiempos hacia las regiones poco frecuentadas de América del Norte. Casi al salir de Sacramento se elevaba ya el país. Se notaban las ramificaciones de la Sierra que recuadra admirablemente la vieja California entre sus cadenas cubiertas de pinos negrales, dominadas acá y allá por picos

de cinco mil metros de altura. Era una barrera de verdor que la Naturaleza ha dado a este país donde vertiera tanto oro, agotado ahora por la rapacidad humana. En la dirección seguida por la *Belle Roulotte* no faltaban villas importantes: Jackson, Mocquelenne, Placerville, célebres puertos avanzados de Eldorado y del Calaveras. Pero Cascabel no se paraba en ellas más que el tiempo necesario para hacer algunas compras, o cuando quería pasar una noche más tranquila. Tenía prisa por franquear las montañas de Nevada, el país del gran lago Salado y la enorme muralla de las Montañas Rocosas, donde su tiro tendría algunos buenos empujones que dar; después, hasta la región del Erié o del Ontario, el coche no tendría más que seguir a través de la pradera, por caminos hollados ya por el pie de los caballos y las carretas de las caravanas.

Sin embargo, no se andaba deprisa por aquellos territorios montañosos. El camino se alargaba por rodeos inevitables. Además, aun-

que esta comarca está atravesada por el paralelo 38°, que es en Europa el de Sicilia y España, los últimos fríos del invierno habían conservado todo su rigor. Se sabe que, por consecuencia del alejamiento del Gulf Stream –esa cálida corriente que a partir del Golfo de Méjico se dirige oblicuamente hacia Europa– el clima de América del Norte es mucho más frío, siendo su latitud la misma que la del antiguo continente. Pero esto es por poco tiempo. Pasadas algunas semanas California volvería a ser la tierra generosa entre todas, la madre fecunda en que el grano de los cereales se multiplica al céntuplo, en que las producciones más variadas de las zonas tropicales y templadas se mezclan con profusión; la caña de azúcar, el arroz, el tabaco, los naranjos, los olivos, los limoneros, los ananás, los bananos. No es sólo el oro el que ha motivado la riqueza del suelo californiano; es la extraordinaria vegetación que ha salido de sus entrañas.

–¡Echaremos de menos este país! –decía Cornelia, que no era indiferente a los buenos manjares.

–¡Glotona! –le respondía Cascabel.

–¡Oh! No es por mí, sino por los niños.

Varios días transcurrieron caminando por los linderos de los bosques a través de verdes y dilatadas praderas.

Por numerosos que fuesen los rumiantes por ellas alimentados, no conseguían agotar el tapiz de hierba que la Naturaleza renueva sin cesar. No se insistirá nunca demasiado sobre la potencia vegetal de este territorio californiano, al que ningún otro puede ser comparado. Es el granero del Pacífico, y las flotas de comercio que exportan sus productos no han de poder agotarlo.

La *Belle Roulotte* marchaba al paso ordinario, por término medio, solamente unas seis o siete leguas por día. En estas condiciones había ya paseado su personal a través de Estados Unidos, donde el nombre de los Cascabel era

tan ventajosamente conocido, desde las bocas del Mississipí hasta Nueva Inglaterra. Cierto que entonces se detenía en cada villa de la Confederación con el objeto de hacer colecta. Ahora, en este viaje del Oeste al Este, no se trataba de maravillar al público. No era una jira artística esta vez; era la vuelta a la vieja Europa, con sus granjas normandas en el horizonte.

La travesía se hacía alegremente, y ¡cuántas casas sedentarias hubieran envidiado la dicha que contenía aquella casa ambulante! Se reía, se cantaba, se cambiaban burlas y algunas veces el cornetín, vigorosamente tocado por el joven Sandre, ponía en fuga a los pájaros, no menos gorjeantes que esta dichosa familia.

Sin embargo, a pesar de que todo esto estaba muy bien, a juicio de Cascabel, los días invertidos en el viaje no debían ser necesariamente días de vacaciones.

–Niños –repetía–, es menester no enmohecerse.

Y durante las paradas, si sus caballos reposaban, la familia no lo hacía. Más de una vez los indios se apresuraron a mirar a Juan, ensayando sus juegos de malabarista; a Napoleona, ejecutando algunos pasos graciosos; a Sandre, dislocándose como un ser de goma; a la señora Cascabel, dedicándose a los ejercicios de fuerza, y Cascabel, a los efectos de ventriloquia, sin olvidar a *Jako*, que charlaba en su jaula, los dos perros que trabajaban en conjunto, y *John Bull*, que se deshacía en muecas.

Advirtamos, asimismo, que Juan no descuidaba sus estudios en el camino. Leía y releía algunos libros, que componían la pequeña biblioteca de la *Belle Roulotte*, un poco de geografía y de aritmética, y diversas narraciones de viaje. Llevaba también el diario de «a bordo», donde se relataban de agradable manera los incidentes de la navegación.

–¡Llegarás a ser demasiado instruido! –le decía a veces su padre–. ¡Pero ya que es tu gusto...!

Y Cascabel se guardaba muy bien de contrariar la afición de su primogénito. En el fondo, su mujer y él eran dichosos por contar con un *sabio* en la familia.

Hacia el 27 de febrero, después del mediodía, la *Belle Roulotte* llegó al pie de las gargantas de Sierra Nevada. Durante cuatro o cinco días el rudo paso de la cadena iba a ocasionar grandes fatigas. Sería duro, tanto para las personas como para las bestias, ascender la pendiente hasta media montaña. Habría necesidad de empujar las ruedas sobre los estrechos caminos que rodean los flancos de la enorme barrera.

Aunque el tiempo continuaba dulcificándose por precoces influencias de la primavera californiana, el clima era, sin embargo, poco caluroso a ciertas horas.

Nada tenía más temible que las lluvias torrenciales, los ventisqueros, las ráfagas desencadenadas que giran alrededor de las gargantas, donde el viento se precipita como en un embudo.

Por otro lado, la parte superior de los pasos se eleva por encima de la zona de las nieves perpetuas, y es necesario caminar lo menos a dos mil metros antes de bajar al país de los mormones.

Cascabel contaba con hacer lo que había ya hecho en semejantes ocasiones; tomaría caballos de refuerzo, que alquilaría en las villas o granjas de la montaña, y hombres, indios o americanos para conducirlos. Esto sería sin duda un aumento de gastos, pero necesario si la familia no quería comprometer sus propios caballos.

En la tarde del 27 se llegó a la entrada del Paso de Sonora. Los valles atravesados hasta entonces no presentaban más que desniveles de poca importancia. *Vermout* y *Gladiador* los habían subido sin demasiadas fatigas. Pero no hubieran podido ir más allá, aunque contasen con la ayuda de toda la compañía.

Se hizo alto a corta distancia de una aldea perdida en el fondo de las gargantas de la sierra.

Solamente se veían algunas casas, y a dos tiros de fusil una granja, a la que Cascabel resolvió dirigirse aquella misma tarde. Quería tener para el día siguiente otros caballos, que los suyos acogerían con satisfacción.

Por el momento era necesario tomar las medidas necesarias a fin de pasar la noche en aquel paraje.

Cuando el campamento quedó montado según las disposiciones acostumbradas se pusieron en relaciones con los habitantes de la aldea, que consintieron de buena gana en suministrar alimentos frescos para las personas y forraje para los animales.

Aquella tarde no hubo ocasión de ensayar los ejercicios. Todos estaban rendidos de fatiga. Jornada ruda, porque había sido necesario hacer una gran parte del camino a pie para aliviar un poco el tiro. Cascabel acordó, pues, re-

poso completo, que seria respetado mientras durase la travesía de la sierra.

Después que Cascabel echó una investigadora mirada al campamento, dejando la *Belle Roulotte* al cuidado de su mujer y sus hijos, acompañado de *Clou* se dirigió hacia la granja.

Esta granja estaba habitada por un californiano y su familia, que hicieron buen recibimiento al saltimbanqui. El granjero se apresuró a suministrarle tres caballos y dos conductores. Estos debían guiar a la *Belle Roulotte* hasta el punto en que se suavizan las pendientes que bajan hacia el Este; después se volverían, llevando el tiro suplementario. Solamente que esto costaría bastantes dólares.

Cascabel regateó, como hombre deseoso de no echar su dinero por la ventana, y, finalmente, convino en una suma que no excedía del crédito asignado a esta parte del viaje.

A las seis de la mañana del día siguiente llegaron los dos hombres, y los tres caballos fueron enganchados delante de *Vermout* y *Gla-*

diador. La *Belle Roulotte* partió, subiendo una garganta estrecha, muy cubierta de bosques sobre sus flancos.

Dos horas después, en una vuelta del desfiladero, los maravillosos territorios de California, que la familia dejaba con cierta pena habían desaparecido completamente detrás del macizo de la sierra.

Los tres caballos del granjero eran sólidos animales, con los que se podría contar. Pero no sucedía lo mismo con los conductores. Eran dos fuertes mocetones, especie de mestizos mitad indios mitad ingleses... ¡Ah! Si Cascabel hubiera sabido lo que iba a pasar, ¡qué prisa se hubiera dado para despedirlos!

Lo cierto es que Cornelia los encontraba de bastante mala traza. Juan participaba de la opinión de su madre, y ésta era igualmente la de *Clou*; Cascabel no parecía haber tenido acierto al escogerlos. Menos mal que, al fin y al cabo, no eran más que dos, y habrían tenido que

habérselas con gente dispuesta a la defensa si hubiesen abrigado la idea de atacarlos.

En cuanto a los malos encuentros de la sierra, no eran de temer. Los caminos eran seguros en aquella época. No estaban en los tiempos en que los mineros californianos, a los que se llamaba *loafers* y *rowdies,* se unían a los malhechores llegados de todos los rincones del mundo para maltratar a la gente honrada. La ley de Lynch había acabado por hacerles entrar en razón.

Sin embargo, como hombre prudente, Cascabel resolvió ponerse en guardia por lo que pudiese ocurrir.

Los hombres alquilados en la granja resultaban, eso sí, hábiles carreteros. Así, la jornada transcurrió sin accidente, y de eso se debían felicitar ante todo. Una rueda partida, un eje roto, y los huéspedes de la *Belle Roulotte*, lejos de toda habitación, no teniendo ningún medio de reparar sus averías, se hubieran encontrado en el mayor aprieto.

El paso presentaba un aspecto extremadamente salvaje. Nada más que pinos negrales, y por toda vegetación, musgos que tapizaban el suelo. Aquí y allí, enormes montones de rocas, multiplicando los rodeos, sobre todo a lo largo de uno de los afluentes del Walkner, salido del lago de este nombre, y que se precipitaba tumultuosamente al fondo de los precipicios. A lo lejos, perdido en las nubes, apuntaba el Castle Peak, dominando las demás cimas, pintorescamente proyectadas por la cadena de Nevada.

Hacia las cinco de la tarde, cuando la sombra subió de las profundidades de la estrecha garganta, hubo una vuelta que dar. La pendiente era tan fuerte en aquel punto, que fue necesario descargar en parte el coche y dejar detrás el cesto y la mayor parte de los objetos colocados sobre la galería superior.

Todo el mundo se puso a trabajar, y, fuerza es reconocerlo, los dos conductores dieron prueba de vigor y celo en esta circunstancia.

Cascabel y los suyos modificaron algo su primera impresión con respecto a estos hombres. Además, al cabo de dos días se llegaría al punto más alto del desfiladero, y entonces, no teniendo más que bajar, sería llegada la hora de que el tiro de refuerzo volviese a la granja.

Cuando aquel atardecer se hubo escogido el sitio para acampar, y mientras que los carreteros se ocupaban de sus caballos, Cascabel, sus dos hijos y *Clou* volvieron atrás y transportaron los objetos que habían sido depositados al principio de la rampa.

Una buena cena terminó esta jornada, y sólo se pensó en descansar.

Cascabel ofreció a los dos conductores lugar en uno de los departamentos de la *Belle Roulotte*; pero rehusaron, asegurando que el abrigo de los árboles les bastaría. Allí, envueltos en gruesas mantas, podrían velar más eficazmente por el tiro de su amo.

Pocos instantes después, el campamento estaba sumido en un profundo sueño.

Al día siguiente, a los primeros albores de la mañana, todo el mundo estaba en pie.

Cascabel, Juan y *Clou* bajaron los primeros de la *Belle Roulotte*, y se dirigieron al punto en que *Gladiador* y *Vermout* habían sido instalados la víspera.

Los dos estaban allí; pero los tres caballos del granjero habían desaparecido.

Como no podían estar lejos, Juan iba a dar orden a los conductores para que se pusieran en su busca, pero entonces observó que tampoco aquellos hombres se encontraban en el campamento.

–¿Dónde estarán? –dijo.

–Sin duda –respondió Cascabel– corren en busca de sus caballos.

–¡Ohé...! ¡Ohé...! –gritó *Clou*, con voz aguda, que debió de oírse a gran distancia.

No obtuvieron respuesta.

Igual resultado obtuvieron nuevos gritos, lanzados a pleno pulmón por Cascabel y Juan, quienes, al final volvieron pasos atrás.

Los dos conductores no aparecían.

–¡A ver si habremos acertado sobre su traza! –exclamó Cascabel.

–¿Por qué nos habrán dejado? –preguntó Juan.

–¡Porque habrán hecho algo malo!

–Pero, ¿qué será?

–¿Qué será, dices? ¡Espera...! ¡Vamos a saberlo...!

Y seguido de Juan y *Clou*, volvió corriendo a la *Belle Roulotte*.

Franquear el estribo, abrir la puerta, atravesar los departamentos y precipitarse en el cuarto del fondo, donde había sido colocada la preciosa arca de hierro, fue obra de un instante. Un momento después Cascabel reapareció, gritando:

–¡Robada!

–¿El arca de hierro...? –dijo Cornelia.

–¡ Sí, el arca de hierro! ¡Ha sido robada por esos canallas !

CAPÍTULO IV

FIRME RESOLUCIÓN

¡Canallas! Éste era el calificativo más suave que merecían aquellos bribones.

Sin embargo, por mucho que les increparan, la familia no resultaba por eso menos robada.

Menos la última, todas las tardes Cascabel había tenido la costumbre de mirar si el arca estaba en su sitio.

Pero la víspera, aún lo recordaba, de resultas de las grandes fatigas de la jornada, como se

caía de sueño no había hecho su acostumbrada visita. Evidentemente, mientras que Juan, Sandre y *Clou* habían ido con él a buscar los objetos abandonados a la vuelta del paso, los dos conductores, después de haber penetrado, sin ser vistos, hasta el último departamento, se apoderaron del arca y la habían ocultado bajo algunas malezas en el límite del campamento. De ahí que rehusaran pasar la noche en el interior de la *Belle Roulotte*. Después habían esperado que toda la familia se durmiese para huir con la caja y los caballos del granjero.

De todas las economías de la compañía no quedaba nada, excepto algunos dólares que Cascabel tenía en su bolsillo. Y aún podían darse por contentos de que aquellos infames no se hubieran llevado a *Vermout* y *Gladiador* porque los perros, acostumbrados ya a la presencia de los dos hombres después de su permanencia de veinticuatro horas, no habían dado aviso, y el robo no había tenido dificultad.

¿Dónde encontrar a los ladrones, ahora que se habrían internado a través de la sierra...?

¿Dónde encontrar el dinero...? Y sin este dinero, ¿cómo atravesar el Atlántico?

La desesperación de la familia se traducía por las lágrimas de los unos y por el furor de los otros. De momento, Cascabel fue presa de un verdadero acceso de rabia, y su mujer y sus hijos tuvieron bastante trabajo para calmarle. Pero, después de haberse abandonado a su cólera, volvió a ser dueño de sí mismo, como hombre que no debe perder el tiempo en vanas recriminaciones.

–¡Maldito cofre! –no pudo menos de decir Cornelia en medio de sus lágrimas.

–Es cierto –confirmó Juan–; de no haber tenido el arca, nuestro dinero...

–¡Sí...! ¡Bonita idea la que tuve al comprar esa endiablada caja! –exclamó Cascabel–. Decididamente, cuando se tiene un cofre, lo más prudente es no guardar nada en él. ¡Valiente ventaja que sea a prueba de fuego, como me

decía el comerciante, desde el momento en que no está hecho a prueba de ladrones!

Preciso es reconocerlo; era un golpe muy rudo para la familia, y no debe extrañar que todos estuviesen agobiados. ¡Robados los dos mil dólares, ganados a fuerza de tantos trabajos!

–¿Qué vamos a hacer? –dijo Juan.

–¿Qué quieres que hagamos? –respondió Cascabel, cuyos dientes apretados parecían mascar las palabras–. Sin caballos de refuerzo no podemos continuar subiendo el paso... En fin... Propongo que volvamos a la granja. Tal vez hayan ido a parar allí esos infames...

–¡A menos que no hayan vuelto! –observó atinadamente *Clou de Girofle*.

Y, en efecto, esto era más que probable. Sin embargo, como repetía Cascabel, no había otro camino a tomar que el de volverse atrás, puesto que no podían seguir adelante.

Vermout y *Gladiador* fueron, pues, enganchados, y el coche empezó a bajar el desfiladero de la sierra.

Esto fue sumamente fácil. Se va deprisa cuando no hay más que bajar pendientes; pero marchaban con las orejas bajas, en silencio sólo interrumpido por las maldiciones que de cuando en cuando se escapaban de los labios de Cascabel.

Al mediodía la *Belle Roulotte* se detuvo delante de la granja. Los dos ladrones no habían vuelto. Enterado de lo que había pasado, el granjero montó en cólera, pero no se inquietó gran cosa por lo que había sucedido a aquella familia.

Si les habían robado su dinero, a él le habían robado sus tres caballos. Después de haberse escapado a la montaña, los malhechores debían de haberse dirigido al otro lado del paso. ¡Vaya usted a correr tras de ellos! Y el granjero no estaba muy lejos de querer hacer responsable a Cascabel del robo de sus caballerías.

–¡Esto sí que es bueno! –dijo éste–. ¿Por qué tenéis semejantes criminales a vuestro servicio, y por qué los alquiláis a la gente honrada?

–¿Acaso lo sabía? –respondió el granjero–. ¡Jamás había tenido queja de ellos! Venían de la Columbia Británica...

–¿Eran ingleses?

–Sin duda.

–¡En ese caso, se previene a la gente, señor mío, se le previene! –gritó Cascabel.

En fin, como quiera que fuese, el robo se había cometido y la situación era extremadamente grave.

Pero si la señora Cascabel no llegaba a dominar su disgusto, su marido, con aquel fondo de filosofía ambulante que le era peculiar, no tardó en recobrar su sangre fría.

Y cuando estuvieron reunidos en la *Belle Roulotte* se suscitó una conversación de la mayor importancia, *de la que iba a salir una gran*

determinación, como dijo Cascabel recalcando las erres.

–Muchachos –declaró–, hay en la vida circunstancias en las que un hombre resuelto debe saber decidirse... He observado también que estas circunstancias son generalmente desagradables. Tales son las en que nos encontramos por la hazaña de esos malhechores... ¡ingleses! ¡*Englishmen*...! Se trata, pues, de no vacilar entre cuatro caminos, tanto más cuanto que no los hay... ¡No hay más que uno, y es el que vamos a tomar!

–¿Cuál? –preguntó Sandre.

–Os haré saber ahora mismo el proyecto que se me ha ocurrido –respondió Cascabel–. Pero, para saber si puede realizarse, es necesario que Juan me traiga sus mapas...

–¿Mi atlas? –exclamó Juan.

–¡Sí, tu atlas! ¡Debes de estar muy fuerte en geografía...! Ve a buscar ese atlas.

–Al instante, padre.

Y cuando el libro quedó extendido sobre la mesa, Cascabel volvió a hablar en estos términos:

–Es un hecho notorio, hijos míos, que estos pícaros ingleses, ¡cómo no habré adivinado que lo eran!, nos han robado nuestro cofre... ¿Por qué habré tenido la idea de comprarlo? Es bien notorio, digo, que por esto no vamos a renunciar a nuestra idea de volver a Europa...

–¿Renunciar...? ¡Jamás! –exclamó la señora Cascabel.

–¡Bien respondido, Cornelia! ¡Deseamos volver a Europa, y volveremos! ¡ Queremos ver de nuevo Francia, y la volveremos a ver! No porque nos hayan despojado... Necesito el aire de mi tierra, o moriré.

–¡Y yo no quiero que mueras, César! Hemos partido para Europa. ¡Pues bien, llegaremos a ella!

–¿Y de qué modo? –preguntó Juan–. ¿Cómo podremos conseguirlo?

–Cómo, es lo que se va a decidir... –manifestó Cascabel, que se rascaba la frente–. Seguramente que dando representaciones por el camino llegaríamos a ganar, un día con otro, lo suficiente para conducir la *Belle Roulotte* hasta Nueva York... Pero una vez allí no dispondríamos de la suma necesaria para pagar su transporte en el buque. ¡Y sin el paquebote no es posible atravesar el mar de otra manera que a nado...! ¡Y me parece que esto sería bastante difícil!

–Muy difícil, patrón –confirmó *Clou de Girofle*.–. A menos de tener aletas.

–¿Las tienes tú? –No lo creo.

–Pues cállate y escucha.

Después, dirigiéndose a su primogénito, le dijo:

–Juan, abre tu atlas y enséñanos sobre la carta en qué punto estamos.

Juan buscó el mapa de la América Septentrional y lo colocó ante los ojos de su padre. Todos le miraron, mientras que él indicaba con

el dedo un punto de la Sierra Nevada, situada un poco más al este de Sacramento.

–He aquí el sitio –dijo.

–Bien –musitó Cascabel–. ¿De modo que, después de haber pasado al otro lado de la montaña, tendríamos que atravesar todo el territorio de Estados Unidos hasta Nueva York?

–Sí, padre.

–¿Y cuántas leguas hay?

–Mil trescientas, aproximadamente.

–Bueno. ¿Y luego es necesario franquear el océano?

–Sin duda.

–¿Cuántas leguas tiene este océano?

–Cerca de novecientas hasta Europa.

–Y, una vez llegados a Francia, ¿vale tanto como decir que estamos en nuestra Normandía?

–¡Eso mismo!

–¿Y todo suma...?

–¡Dos mil doscientas leguas! –exclamó la pequeña Napoleona, que había contado con los dedos.

–¡Miren la chiquilla! –dijo Cascabel–. Ya sabe aritmética. ¿Quedamos en que dos mil doscientas leguas?

–Aproximadamente, padre, aunque creo que ha medido bien –respondió Juan.

–Pues bien, muchachos, esta longaniza no sería nada para la *Belle Roulotte* si no se encontrase un maldito mar que le cierra el camino. Y este mar no se puede pasar sin dinero, es decir, sin barco.

–O sin nadaderas –repitió *Clou*.

–¡Dale con lo mismo...! –exclamó Cascabel.

–Es, pues, evidente –dijo Juan– que no podemos ir por el Este...

–Es imposible, como dices, hijo mío: ¡absolutamente imposible! Pero, ¿puede ser por el Oeste...?

–¿Por el Oeste? –exclamó Juan mirando a su padre.

–¡Sí! Mira ahí, y enséñanos por dónde sería preciso tomar para dirigirnos por el Oeste.

–Sería necesario primeramente subir a través de California, el Oregón y el territorio de Washington hasta la frontera de Estados Unidos.

–¿Y después...?

–¿Después...? Está la Columbia Británica.

–¡Fuá! –dijo Cascabel–. ¿Y no habría medio de evitar esta Columbia...?

–No, padre.

–Pasémosla, entonces. ¿Y después?

–Una vez llegados a la frontera Norte de Columbia, encontraríamos la península de Alaska...

–¿Que es también inglesa...?

–No, rusa; por lo menos hasta ahora, porque se trata de anexionarla...

–¿A Inglaterra?

–No. A Estados Unidos.

–Perfectamente. Y después de Alaska, ¿qué hay?

–Está el Estrecho de Behring, que separa los dos continentes, América del Asia.

–¿Y cuántas leguas hay desde el punto en que nos encontramos hasta ese estrecho?

–Mil cien leguas.

–Acuérdate bien, Napoleona, y sumarás enseguida.

–¿Y yo? –preguntó Sandre.

–Tú también.

–Ahora, Juan, ¿qué anchura viene a tener el estrecho?

–Veinte leguas, padre.

–¡Uf! ¡Veinte leguas...! –ponderó mamá Cascabel.

–Un arroyo, Cornelia; como si dijéramos un arroyo.

–¿Qué dices...? ¿Un arroyo...?

–Sí. Dime, Juan: ¿no está helado en invierno ese estrecho de Behring?

–Sí, padre. Durante cuatro o cinco meses está completamente congelado.

–¡Bravo! ¿Se puede entonces marchar sobre el hielo?

–Se puede y se hace.

–¡Ah, qué excelente estrecho!

–Pero –preguntó Cornelia–, ¿no hay más mar que atravesar?

–No. De allí el continente asiático se tiende hasta la Rusia europea.

–Muéstranoslo, Juan.

Y Juan buscó en su atlas la carta general de Asia.

–¡Bah! Todo se arregla a medida de nuestro deseo –aseguró Cascabel examinando el atlas–, si no hay países salvajes en demasía en tu Asia.

–No los hay, padre.

–¿Y dónde está Europa?

–Aquí –respondió Juan, apoyando su dedo sobre la cadena de los montes Urales.

–¿Y qué distancia hay desde este estrecho, este arroyo de Behring, hasta la Rusia europea?

–Se cuentan mil seiscientas leguas.

–¿Y hasta Francia?

–Cerca de otras seiscientas.

–¿Y todo esto suma desde Sacramento...?

–¡Tres mil trescientas veinte leguas! –exclamaron a la vez Sandre y Napoleona.

–¡Un premio para cada uno! –dijo Cascabel–. ¿Entonces, por el Este, dos mil doscientas leguas...?

–Sí, padre.

–¿Y por el Oeste tres mil trescientas aproximadamente?

–Sí, o sean mil cien leguas de diferencia.

–¡De diferencia en más por el Oeste –confirmó papá Cascabel–, pero sin mar en el camino! Por lo tanto, muchachos, cuando no se puede ir por un lado, es necesario ir por el otro, y esto es lo que os propongo sencillamente.

–¿El qué...? ¡Un viaje hacia atrás! –exclamó Sandre.

–No, hacia atrás, no... Un viaje en sentido inverso.

–Muy bien, padre –dijo Juan–. Sin embargo, te advertiré que, visto el largo camino que

vamos a emprender, jamás podremos llegar este año a Francia si vamos por el Oeste.

–¿Por qué?

–Porque mil cien lenguas de más son algo para nuestra *Belle Roulotte* y su tiro...

–Pues bien, muchachos; si no estamos en Europa este año, estaremos en ella el año que viene. Y pienso, puesto que tenemos que atravesar Rusia, donde están las ferias de Perm, de Kazan y de Nijni, de las que tanto he oído hablar, que nos detengamos, y os prometo que la célebre familia de los Cascabel hará en ellas muy buen papel, y también muy buenos cuartos.

¿Qué objeciones podían hacerse a un hombre como aquél que tenía respuesta para todo?

Sucede con el alma lo que con el hierro. Bajo los golpes repetidos se contrae, se forja, se hace más resistente. Y eso era precisamente el efecto que se producía en aquellos audaces saltimbanquis. Durante aquella penosa existencia nómada y aventurera, en que habían soportado

tantas pruebas, jamás, sin duda, se habían encontrado en peores circunstancias: perdidas sus economías, se hacía imposible la vuelta al país por las vías ordinarias.

Pero este último martillazo fue tan rudamente asestado por la mala suerte, que se sentían con la fuerza necesaria para desafiarlo todo en el porvenir.

Mamá Cascabel, sus dos hijos y su hija aplaudieron, pues, la proposición de su padre. Y, sin embargo, era verdaderamente insensata y se necesitaba que Cascabel estuviera singularmente «empeñado» en su deseo de volver a Europa. ¡Bah! ¿Qué era tener que atravesar el Oeste de América y la Siberia asiática desde el momento en que se dirigían a Francia?

–¡Bravo...! ¡Bravo...! –exclamó Napoleona.

–¡Que se repita! ¡Que se repita! –añadió Sandre, que no encontró frase más significativa para expresar su entusiasmo.

–Dime, padre –preguntó Napoleona–: ¿veremos al emperador de Rusia?

–Ciertamente, si Su Majestad el zar tiene costumbre de ir a divertirse a la feria de Nijni.

–¿Y trabajaremos delante de él?

–Sí, por poco que lo desee.

–¡Ah! ¡Cómo me gustará besarle en los dos carrillos !

–Puede ser que debas contentarte con uno, niñita –replicó Cascabel–. Pero si le besas, ten cuidado de no aplastar su corona.

Clou de Girofle, por su parte, sintió que aumentaba aún mucho más la ya grande admiración que experimentaba por el genio de su amo.

Quedó, pues decidido que la *Belle Roulotte* caminaría a través de California, el Oregón y el territorio de Washington hasta la frontera anglo-americana.

Quedaban cincuenta dólares, aproximadamente, el dinero del bolsillo, que, por fortuna, no había sido depositado en el arca de hierro. Sin embargo, como tan débil suma no podría basta para los gastos cotidianos del viaje,

se convino en que la compañía daría representaciones en las villas y pueblecillos del tránsito.

En efecto, no había que preocuparse por el retraso que estos altos ocasionaran. ¿No sería necesario esperar a que el estrecho estuviera helado en toda su superficie para abrir paso al vehículo? Esto no podía ser antes de siete u ocho meses.

–Y el diablo ha de andar en ello –dijo papá Cascabel para concluir–, si no nos metemos en el bolsillo algunas buenas colectas antes de llegar al límite de América.

Verdad es que en toda la parte superior de Alaska «el hacer dinero» en medio de las tribus errantes de los indios era muy problemático. Pero hasta la frontera occidental de Estados Unidos, en aquella parte del Nuevo Continente que no había visitado todavía la familia Cascabel, no cabía duda que el público se apresuraría a acogerla como se merecía, nada más que por su reputación.

También era verdad que al otro lado se encontraría la Columbia Británica; y aunque las villas fuesen en ellas numerosas, jamás se rebajaría César Cascabel a postular chelines o peniques. Ya era bastante, ¡demasiado!, que la *Belle Roulotte* y su personal se viesen obligados a pisar durante más de doscientas leguas el suelo de una colonia inglesa.

En cuanto a la Siberia asiática, con sus largas estepas desiertas, apenas encontrarían algunos de esos pueblecillos samoyedos o Chukchis, que casi nunca abandonan las regiones del litoral. Allí, sin duda, no habría entrada en perspectiva. ¡Harto lo experimentarían cuando estuvieran allí!

Habiendo quedado todo convenido, Cascabel decidió que la *Belle Roulotte* partiera al día siguiente al amanecer.

Lo que ahora urgía era la cena. Cornelia puso manos a la obra con su desparpajo acostumbrado, y mientras guisaba, ayudada por *Clou de Girofle*, dijo:

–Es una buena idea la que ha tenido papá Cascabel.

–Sí, patrona, buena idea, como todas las que se cuecen en su cacerola; quiero decir, en su cerebro...

–Eso de que no haya mar que atravesar en esa dirección... Que no haya mareo...

–¡A menos que no haya balanceos de hielo en el estrecho!

–¡Chist! Calla, *Clou*; nada de malos presagios.

Entretanto, Sandre ejecutaba algunos saltos mortales que arrebataban a su padre. Y por su parte, Napoleona danzaban graciosamente, mientras los perros saltaban cerca de ella...

Era necesario ponerse en forma, en vista de que las representaciones iban a dar principio nuevamente.

De pronto, Sandre exclamó:

–¿Y las bestias, a las que no hemos consultado para nuestro gran viaje?

Corrió enseguida a *Vermout*:

–Y bien, mi viejo jaco, ¿te conviene un trote de tres mil leguas?

Después, dirigiéndose a *Gladiador*:

–¿Qué es lo que van a decir tus viejas piernas?

Los dos caballos relincharon a un tiempo, para dar su aquiescencia.

Sandre volvióse entonces a los perros:

–Y *Wagram*, y *Marengo*, ¿qué dicen? ¡Menudas carreras vais a daros! ¡Ya os divertiréis!

Ladridos y saltos cariñosos, que fueron acompañados de algunas piruetas significativas. No cabía duda: *Wagram* y *Marengo* darían la vuelta al mundo a una señal de su amo.

Se presentó al mono para darle el aviso.

–¡Veamos, *John Bull*í –exclamó el pilluelo–. ¡No tomes ese aire tan abatido! Vas a ver tierra. Y si tienes frío, se te pondrá una casaca bien forrada. ¿Y tus muecas? Creo que no las habrás olvidado.

No, *John Bull* no las había olvidado; y las hizo tan graciosas, que provocó la hilaridad general.

Quedaba el papagayo.

Sandre le hizo salir de su jaula, y el pájaro se paseó, moviendo la cabeza y balanceándose sobre sus patas.

–¿Qué, *Jako*? –preguntó Sandre–. ¿No me respondes...? ¿Es que has perdido la lengua? ¡Vamos a hacer un buen viaje, muy bonito! ¿Estás contento, *Jako*?

Jako sacó del fondo de su garganta una serie de sonidos articulados en que las erres se notaban como si fueran arrojadas por la poderosa laringe de papá Cascabel.

–¡Bravo! –exclamó Sandre–. *Jako* está satisfecho! *Jako* lo aprueba...! *Jako* ha dicho que sí...!

Y el muchacho, echando la cabeza abajo y los pies por alto, emprendió una serie de volteretas y contorsiones que le valieron las felicita-

ciones paternales. En aquel momento apareció Cornelia.

–¡A la mesa! –anunció.

Un instante después estaban sentados a la mesa, y la comida fue devorada hasta la última migaja.

Parecía que todo se había olvidado ya, cuando *Clou* volvió a la conversación sobre la famosa arca de hierro, diciendo:

–Y ahora que pienso, patrón, ¡vaya un chasco que se van a llevar esos tunantes!

–¿Por qué? –preguntó Juan.

–Puesto que no conocen la palabra, no podrán jamás abrir el cofre.

–¡Por eso no dudo que me lo devolverán! –saltó papá Cascabel, riéndose estrepitosamente.

Porque aquel hombre extraordinario, entregado por completo a su nuevo proyecto, había olvidado ya el robo y los ladrones.

CAPÍTULO V

SE INICIA LA MARCHA

Sí, se iniciaba la marcha hacia Europa; pero esta vez siguiendo un itinerario generalmente poco adoptado, y que no es oportuno recomendar a los viajeros que llevan prisa.

La partida se efectuó en la mañana del 2 de marzo. Al amanecer, *Vermout* y *Gladiador* fueron enganchados a la *Belle Roulotte*. La señora Cascabel subió con Napoleona, dejando ir a pie a su marido y a sus dos hijos, mientras *Clou* llevaba las riendas. En cuanto a *John Bull*, se había encaramado en la galería y los dos perros iban de descubierta.

Hacía buen tiempo. La nueva estación hinchaba de savia las primeras yemas de los arbustos. La primavera preludiaba todas las magnificencias que se desarrollan con profusión en los horizontes californianos. Los pájaros cantaban bajo el verdor de los árboles de hoja perenne, las encinas, los robles, los pinos, cuyas esbeltas cimas se balanceaban por encima de los arbustos. Los castaños enanos se agrupaban acá y allá, como también algunos grupos de manzanos, cuyo fruto, con el nombre de manzanilla, sirve para la fabricación de la sidra india.

Examinado en la carta el itinerario convenido, Juan no olvidaba que era el más particularmente encargado de proveer de caza fresca la cocina. Por otra parte, *Marengo* no le hubiera dejado olvidarse de ello. Buen cazador y buen perro, estaban hechos para entenderse. Jamás se comprendían mejor que cuando la caza abundaba, y en este caso se hallaban. Raro era que mamá Cascabel no tuviese para condimentar una liebre, una perdiz moñuda, un faisán o

algún par de codornices de montaña, de elegantes penachos, cuya carne perfumada es un manjar excelente.

Subiendo hasta el estrecho de Behring, si la caza continuaba siendo tan productiva a través de las planicies de Alaska, la familia no tendría que hacer mucho gasto para asegurar su alimento cotidiano. ¿Sería posible que más allá, en el Continente asiático, fuesen menos favorecidos? Pero ya verían lo que había que hacer cuando la *Belle Roulotte* entrase en las interminables estepas del país de los Chukchis.

Todo marchaba a pedir de boca. Papá Cascabel no era hombre que despreciase las circunstancias favorables de tiempo y de temperatura que entonces se les ofrecían. Se iba tan deprisa como lo permitía el tiro, aprovechando los caminos que las lluvias estivales harían impracticables algunos meses después. Andaban, por término medio de siete a ocho leguas cada veinticuatro horas, con un descanso al mediodía

para la comida y el reposo, y otro a las seis de la tarde para el campamento de noche.

La comarca no aparecía desierta, como pudiera creerse. Los trabajos del campo llamaban ya a los cultivadores, a los que este rico y generoso suelo procura un bienestar que sería envidiado en cualquier otra parte del mundo. Y además, frecuentemente se encontraban grandes aldeas, pueblos, pueblecillos y hasta villas, sobre todo cuando la *Belle Roulotte* seguía la ribera izquierda del Sacramento a través de esta región que fue el país del oro por excelencia y al cual ha quedado el nombre significativo de Eldorado.

La familia, conforme al programa de su jefe, daba algunas representaciones siempre que la ocasión se presentaba para utilizar su talento. No era todavía conocido en esta parte de California; y en todas partes hay buena gente que quiere divertirse. En Placerville, Aubury, Marysville, Tchama y otras ciudades más o menos importantes, cansadas ya del eterno Circo ame-

ricano que las visita de cuando en cuando, los Cascabel recogieron tantos aplausos como centavos, cuyo total se cifró en algunas docenas de dólares. La gracia y valentía de la joven Napoleona, la extraordinaria agilidad del avispado Sandre, la destreza maravillosa de Juan en sus ejercicios de malabarista y las boberías y necedades de *Clou de Girofle*, fueron apreciadas como se merecían por los inteligentes. Hasta los dos perros hicieron maravillas, en compañía de *John Bull*. En cuanto al señor y la señora Cascabel, se mostraron dignos de su renombre, el uno en los trabajos de fuerza, la otra en la luchas de pugilato, en las que derribó a los aficionados que tuvieron a bien presentarse.

Con fecha 12 de marzo, la *Belle Roulotte* había llegado a la pequeña villa de Shasta, que la montaña de este nombre domina a cuatro mil y pico de metros de altura. Hacia el Oeste se dibujaba confusamente la maciza mole de *Coast Rangers*, que afortunadamente no fue necesario franquear para llegar a la frontera de Oregón.

Pero el país se presentaba muy quebrado; era necesario circular por entre las caprichosas ramificaciones que se proyectan hacia el Este; y sobre aquellos caminos apenas trazados, que se escogían según las indicaciones de la carta, el coche no podía marchar rápidamente. Además, los pueblos eran escasos. Seguramente habría valido más caminar a través de los territorios del litoral, menos cubiertos de obstáculos naturales; pero para eso hubiera tenido que ir más allá de los Coast Rangers, cuyos pasos son, por decirlo así, impracticables. Pareció, pues, más prudente subir hacia el Norte, a fin de no rodear las últimas vertientes que hay en el límite del Oregón.

Tal fue el consejo dado por Juan, el geógrafo de la compañía, y todos se conformaron con él.

El 19 del mismo mes, después de haber dejado atrás el fuerte Jones, la *Belle Roulotte* se paró delante de la pequeña villa de Irica. Allí

tuvieron buena acogida, que les permitió ganar algunos dólares. Era el primer debut de una compañía francesa en aquel país, y en las lejanas comarcas de América se ama a los hijos de Francia. Son siempre recibidos con los brazos abiertos, y mejor seguramente que lo serían entre sus vecinas de Europa.

En este pueblecillo pudieron alquilar, a un precio moderado, algunos caballos que vinieron en ayuda de *Vermout* y *Gladiador*.

La *Belle Roulotte* pudo así franquear la cadena al pie de su punta septentrional, y esta vez sin haber sido robada por los conductores.

–¡Vaya! –dijo papá–. ¡Bien se ve que no eran ingleses!

Si este viaje no estuvo exento de dificultades ni de algunos retrasos, por lo menos se hizo sin accidentes, gracias a las medidas de prudencia que se tomaron.

Por último, el 27 de marzo, después de haber hecho un trayecto aproximadamente de cuatrocientos kilómetros desde Sierra Nevada,

la *Belle Roulotte* franqueó la frontera del territorio del Oregón.

La llanura estaba dominada al Este por el monte Pitt, que se destaca como una aguja en la superficie de un cuadrante solar. Personas y bestias habían trabajado rudamente. Hubo necesidad de tomar algún descanso en Jacksonville. Después una vez atravesado el río Roques, el camino se hizo costeando los meandros o revueltas de un litoral que se alejaba hasta perderse de vista hacia el Norte.

Es aquel un país rico, sumamente montañoso, y muy a propósito para la agricultura. Por todas partes se divisaban praderas y bosques. En suma, la continuación de la región californiana. Acá y allá grupos de indios sastos o umpacuas, que recorren la campiña. No había nada que temer por su parte.

Entonces Juan, que leía asiduamente los libros de viaje de la pequeña biblioteca, porque contaba con que le servirían de provecho sus lecturas, juzgó muy a propósito hacer una re-

comendación, que pareció oportuno tener en cuenta. Estaban a algunas leguas al norte de Jacksonville, en medio de una comarca cubierta de grandes bosques, que defiende el fuerte Lañe, construido sobre una colina a dos mil pies.

–Será necesario prestar atención –dijo Juan–, porque las serpientes pululan en el país.

–¡Serpientes! –exclamó Napoleona dando un grito de miedo–. ¡Serpientes...! ¡Vámonos, padre!

–Calma, niña –aconsejó papá Cascabel–; saldremos del paso tomando algunas precauciones.

–¿Y esos bichos son peligrosos? –preguntó Cornelia.

–Muy peligrosos, madre –respondió Juan–. Son crótalos, serpientes de cascabel, las más venenosas de todas. Si se evitan, no atacan; pero si se las toca o tropieza por casualidad, se revuelven, se lanzan y muerden y sus mordeduras son casi siempre mortales.

–¿Y dónde se encuentran? –preguntó Sandre.

–Bajo las hojas secas, donde no se las puede ver –explicó Juan–. Sin embargo, agitando los anillos de su cola dejan oír un ruido parecido al de cascabeles.

–Pues bien –manifestó Cascabel–, marchemos con cuidado y agucemos los oídos.

Juan había tenido razón en hacer notar esto, porque las serpientes abundan mucho en los distritos del Oeste de América. Y no solamente los crótalos pululan allí, sino también las tarántulas, casi tan peligrosas como aquéllas.

Inútil es decir que se prestó gran atención, y que cada cual tomó sus precauciones al andar. Además, había que velar por los caballos y demás animales de la compañía, no menos expuestos que sus amos a los ataques de los insectos y reptiles.

Por otra parte, Juan había creído oportuno añadir que aquellas malditas serpientes y tarántulas tenían la deplorable costumbre de intro-

ducirse en las casas, y sin duda no respetarían tampoco los carruajes. Era, pues, de temer que la *Belle Roulotte* recibiese su desagradable visita.

Por esto, llegada la noche, ¡con qué cuidado se buscaba debajo de las camas, debajo de los muebles, en los rincones y escondrijos! Napoleona daba gritos agudos cuando creía percibir uno de aquellos peligrosos animales; tomaba por un crótalo cualquier rollo de cuerda, aunque no presentara cabeza triangular. ¡Y qué de sustos experimentaba cuando, medio dormida, creía oír ruido de cascabeles en el fondo del departamento! Preciso es decir que Cornelia no estaba menos asustada que su hija.

–¡Al diablo las serpientes que dan miedo a las mujeres –exclamó un día el jefe de la familia–, y las mujeres que se asustan de las serpientes! Nuestra madre Eva era más valiente, y hasta hablaba familiarmente con ellas.

–¡Oh...! ¡Eso era en el Paraíso! –afirmó la niña.

–Y no es eso lo mejor que hizo... –decidió papá Cascabel.

También *Clou* tenía en qué ocuparse durante la noche. Se le había ocurrido encender grandes fuegos, para los cuales el bosque suministraba el combustible necesario; pero Juan le dijo que, si bien el resplandor de la hoguera dispersaba las serpientes, corría el riesgo de atraer a las tarántulas.

En resumen, la familia no estaba verdaderamente tranquila más que en algunos pueblecillos en que pasaban mucho la noche; allí el peligro era menor.

Además, los pueblos no estaban muy lejos unos de otros, tales como Canonville, sobre el Cow-creak, Roseburg, Rochester, Yoncalla, en los que papá Cascabel embolsó todavía algunas colectas. En fin, ganaba más que gastaba, pues la pradera le procuraba hierba para sus caballos; el bosque, la caza para su sustento; los ríos, excelentes peces para su mesa, y el viaje no costaba nada. Así es que su peculio iba crecien-

do. Pero, ¡ay, estaban tan lejos de los dos mil dólares robados en los pasos de Sierra Nevada...!

Sin embargo, si la compañía había escapado a las mordeduras de los crótalos y de las tarántulas, fue para ser atormentada de otra manera. Esto sucedió algunos días después. ¡Tantos y tan diversos medios ha imaginado la generosa Naturaleza para condenación de los pobres mortales en este mísero mundo!

Subiendo siempre el vehículo a través de los territorios del Oregón, acababan de pasar Eugene-City. Este nombre les había producido gran alegría, porque indicaba perfectamente su origen francés. Papá Cascabel hubiera querido conocer a este compatriota, al tal Eugenio, que era sin duda uno de los fundadores de dicho pueblecillo; debía de ser un buen hombre, y si su nombre no figuraba entre los de los modernos reyes de Francia, los Carlos, los Luises, los Franciscos, los Enriques, los Felipes... y los Na-

poleones, no por eso dejaba de ser francés, y muy francés, por cierto.

Después de haber hecho alto en las villas de Harrisbury, de Albany y de Jefferson, la *Belle Roulotte* echó el ancha delante de Salem, ciudad bastante importante, capital de Oregón, construida sobre una de las riberas del Villamette.

Allí papá Cascabel dio veinticuatro horas de descanso a su personal, a lo menos como viajeros, porque la plaza pública del pueblo sirvió de teatro a sus artistas y una bonita entrada les recompensó de sus fatigas.

Entretanto, habiendo sabido Juan y Sandre que el río era muy abundante en peces, se fueron a divertir, entregándose al placer de la pesca.

Pero la noche siguiente, padre, madre e hijos experimentaron tal picazón en todo su cuerpo, que dudaron si serían víctimas de alguna broma, como las que se dan todavía en las bodas pueblerinas.

¡Y cuál no fue su sorpresa cuando por la mañana se miraron unos a otros...!

–¡Pero si estoy roja como una india del Far West! –gritó Cornelia.

–¡Y yo, hinchada como una vejiga! –exclamó Napoleona.

–¡En cambio, yo me he cubierto de granos de la cabeza a los pies! –saltó *Clou de Girofle*.

–¿Qué significa esto? –agregó papá Cascabel–. ¿Es que hay peste en el país?

–Creo saber lo que es –manifestó finalmente Juan, examinando sus brazos, rayados de color rojo.

–Habla ya.

–Hemos cogido la *yedre*, como dicen los americanos.

–¡Que el diablo cargue con tu *yedre*! Aquí lo que se trata de saber es lo que significa.

–La *yedre*, padre mío, es una planta que basta oler, tocar o tan sólo mirar para sufrir toda clase de incomodidades. Os envenenan a distancia...

–¿Qué dices? ¿Que estamos envenenados? –saltó papá Cascabel–. ¡Envenenados...!

–¡Oh! No temáis nada –se apresuró a decir Juan. –Saldremos del paso sólo con algunas picazones y quizá un poco de fiebre.

La explicación era exacta. Esta *yedre* es una planta malsana, extremadamente venenosa. Cuando el viento está cargado de la semilla casi impalpable de este arbusto, si la piel está solamente rozada, se enrojece, se cubre de granos y se mancha con rosetones. Sin duda mientras el coche marchaba a través de los bosques, en los alrededores de Salem, papá Cascabel y los suyos habían sido cogidos al paso de una corriente de *yedre*. En suma, la erupción, que todos tuvieron que sufrir, no duró más que veinticuatro horas, durante las cuales se vieron obligados a rascarse sin descanso, haciendo competencia a *John Bull*, que se entregaba sin interrupción a esta faena.

El 5 de abril la *Belle Roulotte* dejó Salem, no sin guardar un picante recuerdo de las dos horas pasadas en los bosques de Villamette.

Dos días después, pasando por Fairfield, por Canemah, por Oregón-City y por Portland, villas importantes, la familia alcanzó, sin otros incidentes, la frontera de la Columbia, en el límite del Estado de Oregón, que había sido recorrido en un trayecto de ciento quince leguas.

Hacia el Norte se extendía el territorio de Washington, montañoso en la parte situada al oriente del itinerario seguido por la *Belle Roulotte* para ganar el estrecho de Behring. Allí se desarrollaban las ramificaciones de las cadenas conocida con la denominación de Montes de las Cascadas, con picos tales como el de Santa Elena, de nueve mil seiscientos pies de altura, el del monte Baker y el de Bainer, de unos tres mil trescientos metros. Parece que la Naturaleza, después de haberse gastado en largas llanuras desde el litoral del Atlántico, ha guardado toda

su potencia de erección para levantar las montañas que erizan el Oeste del Nuevo Continente. Suponiendo que estos territorios fuesen un mar, se podría decir que este mar, tranquilo unido y como adormecido, por un lado, es borrascoso y tumultuoso por el otro, y que las crestas de las olas son las cimas de sus montañas.

Juan fue el que hizo esta observación, y la comparación gustó mucho a su padre.

–¡Eso es, eso es! –afirmó–. ¡Después del buen tiempo, la tempestad! ¡Bah! Nuestra *Belle Roulotte* es sólida. ¡No naufragará! ¡Embarca, muchacho, embarca!

Y se embarcaron, y el buque continuó navegando sobre aquella comarca, que parecía agitada por las olas.

Y, para continuar la comparación, el mar empezaba a calmarse, y gracias a los esfuerzos de la tripulación, el arca de los Cascabeles salió con felicidad de los peores pasos. Si a veces se

vio obligada a disminuir su velocidad, por lo menos pudo evitar los escollos.

Como siempre, la acogida que se les hizo en los pueblecillos de Kalmera y Monticello fue buena y simpática, lo mismo que en los fuertes, que no son más que estaciones militares.

Allí no había murallas, ni apenas empalizadas; pero las pequeñas guarniciones que encierran estos puestos bastan para contener a los indios nómadas en las excursiones que llevan a cabo a través del país.

Tampoco la *Belle Roulotte* fue asaltada ni por los chinucos ni por los nesquallys, cuando se aventuró a través del país de Walla-Walla. Llegada la noche, los indios rodeaban el campamento, pero sin demostrar ninguna intención malévola. El que provocaba entre ellos la más viva sorpresa era *John Bull*, cuyas muecas excitaban su hilaridad.

Jamás habían visto monos, y sin duda tomaron a éste por uno de los miembros de la familia.

–¡Sí...! ¡Es mi hermano pequeño! –aseguraba Sandre, con lo que excitaba las iras de la señora Cascabel.

Por fin llegaron a Olimpia, capital del territorio de Washington, y allí fue donde «a petición general» se dio la última representación de la compañía francesa en Estados Unidos. No lejos se desarrollaba la última frontera de la Confederación, en el Noroeste de América.

El itinerario, en lo sucesivo, se reducía a seguir la costa del Pacífico, o, mejor dicho, los numerosos *sounds*, caprichosos y múltiples estrechos del litoral, que están cubiertos por las grandes islas de Vancouver y de la Reina Carlota.

Al cruzar el pueblecillo de Steklakoon fue necesario rodear los Pagget-sounds, con el fin de alcanzar el fuerte de Belligham, situado cerca del estrecho que separa las islas de la tierra firme.

Después, la estación de Whatcome, con el monte Baker, que apuntaba a través de las nu-

bes del horizonte, y la de Srimiahmoo, a la entrada del estrecho de Georgia.

Por último, el 27 de abril, después de haber hecho aproximadamente un recorrido de trescientas cincuenta leguas desde Sacramento, la *Belle Roulotte* llegó a la frontera adoptada por el tratado de 1847, y que formaba entonces el límite de la Columbia Británica.

CAPÍTULO VI

PROSIGUE EL VIAJE

Por primera vez, papá Cascabel, enemigo natural e irreconciliable de Inglaterra, iba a poner el pie en tierra inglesa. Por primera vez su calzado iba a pisar el suelo británico y a mancharse de polvo anglosajón.

Y, sin embargo, la Columbia Británica no está en Inglaterra. No pertenece al grupo que Inglaterra, Escocia e Irlanda constituían bajo la denominación de Gran Bretaña. Pero no por eso es menos inglesa que la India, Australia y Nueva Zelanda, y como tal repugnaba a César Cascabel.

La Columbia Británica forma parte de Nueva Bretaña, una de las más importantes colonias de Ultramar del Reino Unido, puesto que contiene la Nueva Escocia y el Dominio, es decir, el Alto y Bajo Canadá, así como los territorios concedidos a la Compañía de la Bahía de

Hudson. En anchuras va de un océano al otro: del Pacifico al Atlántico. Al Sur está limitada por la frontera de Estados Unidos, que se extiende desde el territorio de Washington hasta el litoral del Estado del Maine.

Era, pues, una tierra inglesa, y las necesidades del itinerario no permitían a la familia el evitarla. En suma, no había más que doscientas leguas que andar para atravesar la Columbia Británica antes de llegar a la punta meridional de Alaska, es decir, las posesiones rusas del Oeste de América. Sin embargo, doscientas leguas sobre «aquel suelo detestado», aunque no fuera más que un paseo para la *Belle Roulotte*, acostumbrada a tan largas peregrinaciones, era doscientas veces demasiado, y papá Cascabel se proponía franquearlas lo más deprisa posible.

Por lo tanto, nada de descanso, excepto a las horas de comer. Nada de trabajos de equilibrio o gimnasia; nada de danzas, nada de luchas. ¡Se pasaría sin ellas el público anglosajón!

La familia Cascabel no experimentaba más que desdén hacia las monedas con la efigie de la Reina. ¡Más valía un dólar en papel que una corona de plata o una libra esterlina de oro!

En estas condiciones, se comprende que la *Belle Roulotte* se puso en estado de pasar a lo largo de las poblaciones, separándose de los pueblecillos. Si durante la marcha la caza podía bastar para la alimentación de su personal, eso les dispensaría de comprar sus géneros a los productores de este país abominable.

No se crea que esta actitud era una especie de farsa de papá Cascabel. ¡No! Era natural. El filósofo que había tomado tan decididamente su partido en sus últimos infortunios y cuyo buen humor había resucitado después del robo de Sierra Nevada, se volvió triste y melancólico desde el momento en que pasaron la frontera de Nueva Bretaña. Marchaba con la cabeza baja, la cara arrugada, el sombrero hasta las orejas, echando miradas feroces a los inofensivos viajeros que se cruzaban en su camino. No te-

nía ganas de reír, y bien se vio cuando Sandre se ganó una buena rociada a propósito de una broma intempestiva.

En efecto, aquel día se le ocurrió al pilluelo no marchar sino hacia atrás durante un cuarto de milla, haciendo grandes contorsiones y muecas.

Y cuando su padre le preguntó el motivo de esta manera de proceder, por lo menos muy penosa, respondió:

–¡Porque es un viaje al revés el que hacemos!

A esta salida, todos se echaron a reír, hasta el mismo *Clou*, que encontró la contestación muy ingeniosa.

En cambio, papá Cascabel observó con tono gruñón, y tomando un aire solemne:

–Sandre, si te permites otra vez bromas de este género, cuando no tenemos ganas de bromear, te tiraré de las orejas hasta que te lleguen al talón.

–¡Pero..., papá...!

–¡Silencio en las filas...! ¡Se prohibe reír en este país de ingleses!

Y la familia no volvió a despegar los labios en presencia de su terrible jefe.

La parte de la Columbia Británica que confina con el litoral del Pacífico es muy quebrada. Encerrada al Este por las Montañas Rocosas, cuya cadena se prolonga hasta las cercanías del territorio polar, la costa de Bute, profundamente recortada al Oeste, se corta por numerosos fiordos, como una costa de Noruega, pintorescamente dominada por altas cimas. Allí se dibujan picos, de los que se encuentran parecidos en Europa, y en medio de la región alpina ventisqueros que sobrepasan en profundidad y extensión a los más importantes de la Sierra. Tales son el monte Hocker, cuya altura mide cinco mil ochocientos metros (mil más que la última plataforma del Mont Blanc) o el monte Burn, de mayor elevación que el gigante de los Alpes.

Afortunadamente, para la dirección impuesta a la *Belle Roulotte*, entre estas cadenas del Este al Oeste figuraba un ancho y fértil valle, donde se sucedían planicies descubiertas y bosques soberbios. El thalweg de este valle daba paso a una importante corriente de agua, el Fraser, que después de haber recorrido de Sur a Norte durante un centenar de leguas venía a encauzarse en un estrecho brazo de mar, limitado por la costa de Bute, la isla de Vancouver y el archipiélago de islotes que domina.

Esta isla de Vancouver tiene doscientas cincuenta millas geográficas de longitud, por ochenta y tres de ancho. Comprada por los portugueses, vino a ser objeto de un toma de posesión que la hizo pasar a manos de los españoles en 1789. Reconocida tres veces por Vancouver, cuando se llamaba todavía Noutka, tomó el nombre del navegante inglés y del capitán Quadra, perteneciendo luego definitivamente a Gran Bretaña a fines del siglo XVIII.

Su capital es actualmente Victoria, y tiene por principal villa a Nanaimo. Sus ricos yacimientos de hulla, después de haber sido explotados al principio por los agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson, constituyen una de las ramas más activas del comercio de San Francisco con los diversos puertos de la costa occidental.

Algo al norte de la isla de Vancouver el litoral está cubierto por la isla de la Reina Carlota, la más importante del archipiélago de este nombre, que completa las posesiones inglesas en medio de aquellos parajes del Pacífico.

Fácilmente se adivina que papá Cascabel no pensó siquiera en visitar esta capital, como tampoco había soñado en visitar Adelaida o Melbourne, en Australia, Madrás en la India. Ponía todo su cuidado en pasar el valle del Fraser tan rápidamente como lo consintiera su tiro, no teniendo relaciones sino con los habitantes de su raza.

Por otra parte, la compañía, mientras se elevaba a través de este valle, encontraba fácilmente la caza necesaria para el sustento. Abundaban los gamos, las liebres, las perdices, y así «por lo menos –decía papá Cascabel– esta caza que el fusil de mi primogénito mata con tiro seguro y rápido, sirve para alimentar a honradas criaturas». ¡No tenían sangre anglosajona en sus venas, y los franceses podían comerla sin remordimientos!

Después de haber pasado el fuerte Langley, el vehículo estaba ya completamente dentro del valle del Fraser. Buscó en vano un camino carretero sobre el suelo casi abandonado a sí mismo. A lo largo de la orilla derecha del río se extendían anchas praderas, limítrofes a los bosques del Oeste, teniendo por horizontes altas montañas, cuyas cimas se destacaban sobre un cielo casi siempre gris.

Es necesario mencionar que cerca de Nueva Westminster, una de las principales ciudades de la costa de Bute, situada casi en la des-

embocadura del Fraser, Juan había tenido cuidado de franquear la corriente de agua en la barca que funcionaba entre las dos orillas. Buena precaución, en efecto; porque, después de haber subido el río hasta su origen, la *Belle Roulotte* no tenía más que rodearlo hacia el Oeste. Era el camino más corto, y también el más practicable, hacia la punta de Alaska que se interna en la frontera columbiana.

Además, papá Cascabel, bien servido por la casualidad, había hecho la adquisición de un guía, que se ofreció a conducirlos hasta las posesiones rusas; y no debía pesarle el haberse confiado a este honrado indígena. Evidentemente, esto sería un aumento de gastos; pero más valía perder algunos dólares cuando se trataba de la seguridad de los viajeros y la rapidez del viaje.

Este guía se llamaba Ro-No. Pertenecía a una de las tribus en las que los *tyhi*, llamados de otro modo los jefes, tienen relaciones muy frecuentes con los europeos. Estos indios difie-

ren esencialmente de los tchilicotes, raza despreciable, cautelosa, cruel y salvaje de los que conviene no fiarse en el Noroeste de América. En efecto, algunos años antes, en 1864, tales bandidos tomaron parte en el cruel asesinato del personal enviado a la costa de Bute para la construcción de un camino, y también cayó bajo sus golpes el ingeniero Wadigton, cuya muerte fue muy sentida en toda la colonia. Afirmábase, además en aquella época que estos tchilicotes habían arrancado el corazón de una de sus víctimas y lo habían devorado, como lo hubieran hecho los caníbales australianos.

También Juan había leído el relato de esta espantosa carnicería en el viaje de Federico Whymper a través de la América septentrional, y había creído deber prevenir a su padre del peligro que presentaría un encuentro con los tchilicotes; pero, de acuerdo con él, no se dijo nada al resto de la familia, a la que era inútil asustar. Por otra parte, después de aquel funesto acontecimiento, estos pieles rojas se habían

quedado prudentemente fuera de alcance, asustados por el castigo de cierto número de ellos, más directamente comprometidos en este asunto. Esto lo confirmó el guía Ro-No, quien aseguró a los viajeros que no tenían nada que temer durante la travesía de la Columbia Británica.

El tiempo continuaba bueno.

Ya el calor se dejaba sentir vivamente entre el mediodía y las dos de la tarde. Los botones de los árboles se abrían a lo largo de las ramas hinchadas de savia; hojas y flores no tardarían en vestir sus colores primaverales.

La comarca presentaba entonces el aspecto especial de los países del Norte.

El valle del Fraser estaba rodeado de bosques, en medio de los cuales dominaban especies septentrionales, los cedros, los abetos, y también los pinos Douglas; algunos de quince metros de circunferencia en su base, erguían sus cimas a más de cien pies del suelo. La caza abundaba en los bosques y en las llanura, y, sin

separarse demasiado, Juan daba fácilmente abasto a las necesidades cotidianas de la cocina

Tampoco estaba desierta esta región. Acá y allá pueblecillos, donde los indios parecían vivir en buena inteligencia con los agentes de la administración anglosajona. En la superficie del río aparecían flotillas de canoas de madera de cedro, que bajaban con la ayuda de la corriente y subían con el auxilio de los remos y las velas.

A menudo se cruzaban bandas de indios que marchaban hacia el Sur. Envueltos en sus mantas de lana blanca cambiaron dos o tres palabras con papá Cascabel, que acabó, por fin, por comprenderlos, pues se servían de un idioma singular, el chinuco, en el cual se mezclan el francés, el inglés y el *patois* indígena.

–¡Vaya! –comentó el saltimbanqui al darse cuenta de ello–. ¡He aquí que ya sé el chinuco! ¡Una lengua que hablo sin haberla aprendido!

Chinuco es, en efecto, según dijo el guía Ro-No, el nombre dado a este lenguaje del Oes-

te de América, empleado por diversos pueblos hasta en las tierras de Alaska.

En aquella época, inútil es decir que las nieves del invierno habían desaparecido completamente, gracias a la precocidad de la estación cálida, por más que algunas veces persistiesen hasta los últimos días de abril. El viaje se efectuaba en condiciones favorables. Sin fatigarlos demasiado, papá Cascabel acostaba a sus caballos tanto como lo permitía la prudencia, por sus deseos de estar fuera de los territorios columbianos. La temperatura se elevaba gradualmente, y se notó por los mosquitos, que no tardaron en hacerse insoportables.

Era muy difícil impedirles la entrada en la *Belle Roulotte*, aun con la precaución de no encender ninguna luz cuando llegaba la noche.

–¡Malditos bichos! –gritó un día papá Cascabel, después de una lucha inútil contra aquellos irritantes insectos.

–¡Quisiera saber para qué sirven estos pícaros mosquitos! –exclamó también Sandre.

–Sirven... para devorarnos... –respondió *Clou*.

–¡Y, sobre todo, para devorar a los ingleses de la Columbia Británica! –agregó papá Cascabel–. Por consiguiente, niños, está prohibido formalmente el matar ni uno solo. Nunca habrá demasiados para los señores ingleses, y esto es lo que me consuela.

Durante esta parte del viaje la caza fue extremadamente fructuosa. Las piezas se presentaban con frecuencia, y los gamos bajaban de los bosques hasta la llanura, a fin de abrevar en las ricas aguas del Fraser. Siempre acompañado de *Wagram*, Juan pudo dar una batida a algunos de ellos, sin tener necesidad de alejarse más que lo que hubiera sido prudente, pues habría disgustado a su madre. Algunas veces Sandre iba a cazar con él orgulloso de empezar a manejar las armas bajo la dirección de su hermano mayor, y hubiera sido difícil decir cuál de los dos era el más listo y más rápido en la carrera: si el joven cazador o su perro.

No obstante, Juan no contaba aún en su activo más que algunos gamos, cuando tuvo la suerte de matar un bisonte. Aquel día corrió verdaderos peligros, porque el animal, herido solamente por el primer disparo, se revolvió contra él, y aunque le envió una segunda bala a la cabeza, la fiera no se detuvo hasta el momento en que el cazador iba a ser derribado, apaleado y despanzurrado. Como se puede suponer, no dio detalles de este lance. Pero el hecho se había verificado a algunos centenares de pasos de la orilla del Fraser, y fue necesario desenganchar los caballos para ir a buscar el enorme animal, que parecía un león por su espesa melena. Se sabe de cuanta utilidad es este rumiante para el indio de la pradera, que no vacila en atacarlo, bien con la lanza, bien con la flecha. Su piel es la cama del wigwam, es el abrigo de la familia, y hay vestidos hechos de esta piel que se venden hasta a veinte piastras. Además, los indígenas dejan secar al calor del sol

la carne, y la cortan en largas tiras, con lo que disponen de un precioso recurso para los meses de escasez.

Si los europeos no comen más que la lengua del bisonte, que es en realidad un plato de los más delicados, el personal de la compañía se mostró menos exigente. Nada era de despreciar para estos estómagos ávidos. Por otra parte, Cornelia arregló esta carne de tan agradable manera, emparrillada, asada o cocida, que se la declaró excelente, sirviendo para numerosas comidas. En cuanto a la lengua del animal, no pudo obtener cada uno más que un pedazo; pero la opinión general fue que jamás habían comido cosa mejor.

Durante la primera quincena del viaje a través de la Columbia Británica, no se produjo otro incidente digno de ser referido. El tiempo seguía modificándose, y no estaba lejana la época en que las lluvias persistentes llegarían, si no a impedir, por lo menos a retardar su marcha hacia el Norte.

En estas condiciones, había que temer que el Fraser se desbordase por una crecida extraordinaria, y este desbordamiento hubiera sido para la *Belle Roulotte* el mayor contratiempo, por no decir el mayor peligro. Por fortuna, cuando cayeron las lluvias, si bien el río no tardó en engrosar rápidamente, no se elevó más que al nivel de sus orillas. Las llanuras escaparon así a la inundación, que las habría sumergido hasta el límite de los bosques escalonados en las primeras rampas del valle. El coche caminaba con mucho trabajo, porque sus ruedas se hundían en el suelo humedecido; pero bajo su techo, impermeable y sólido, la familia Cascabel halló el seguro abrigo que le había ofrecido tantas veces contra las ráfagas y la tempestad.

CAPÍTULO VII

CRUZANDO EL CARIBÚ

Por qué no llegaría el buen Cascabel algunos años antes a visitar la región que se le ofrecía ante él en aquella parte de la Columbia Británica?

En efecto, era lástima que los azares de su vida errante no le hubiesen conducido cuando el oro recubría aquel suelo y no había más que agacharse para enriquecerse.

¡Lástima que lo contado por Juan de aquella época, perteneciese al pasado y no al presente!

–He aquí el Caribú –presentó Juan a su padre–; pero tal vez no sepas lo que es el Caribú.

–Ni por asomo –respondió Cascabel–. ¿Es un animal de dos o cuatro patas?

–¡Un animal! –repitió Napoleona–. ¿Es grande? ¿Es malo? ¿Muerde?

–No es un animal –aclaró Juan–. Es, sencillamente, un país que lleva ese nombre, el país del oro, Eldorado de la Columbia Británica. ¡Qué de riquezas ha proporcionado a muchos!

–¿Al paso que otros se arruinaban? –observó Cascabel.

–En efecto, padre; y aun añadiré que fue mayor el número de los últimos. Y, sin embargo, hubo asociaciones de mineros que recogieron hasta dos mil marcos en Un solo día. En cierto valle del Caribú, el valle de William-*creek*, se recogía a manos llenas. Y, con todo, por considerable que fuese el rendimiento de aquel valle aurífero, eran demasiados los que habían acudido para explotarlo. Así es que, a consecuencia de la acumulación de buscadores y de la turba que arrastraban consigo, la vida se hizo muy pronto extremadamente difícil, sin hablar

de la prodigiosa carestía de todas las cosas. La alimentación costaba un sentido: el pan, a dólar la libra. En aquel centro malsano se desarrollaron enfermedades contagiosas. Finalmente, la miseria, y después la muerte, se apoderaron de la mayor parte de los que visitaron el Caribú.

–¿No fue esto mismo lo que ocurrió algunos años antes en Australia y en California?

–¡Oh, padre! –comentó entonces Napoleona–. ¡Qué hermoso sería encontrar en nuestro camino un grueso pedazo de oro!

–¿Y qué harías con él, hija mía?

–¿Qué haría? –respondió por ella Cornelia–. Entregarlo a su mamita, que sabría cambiarlo bien pronto por buena moneda.

–Pues bien, busquemos –contestó *Clou*–, y seguramente concluiremos por encontrar, a menos que...

–A menos que no encontremos. ¿No es eso lo que ibas a decir? –completó Juan.

–Y eso es precisamente lo que sucederá, mi pobre *Clou*, porque la caja está vacía..., ¡archivada!

–¡Alto, muchachos! –saltó Cascabel con enfática voz–. Se prohibe absolutamente enriquecerse de esa manera. Oro recogido en territorio inglés..., ¡quita allá! Pasemos, pasemos deprisa, sin detenernos, sin bajarnos a recoger una pepita, aun cuando sea tan gorda como la cabeza de *Clou*. Y al llegar a la frontera, aunque no encontremos cartel alguno en que estén escritas estas palabras: «Límpiese usted los pies, S. V. P. (5)», nos los limpiaremos, hijos míos, para no llevar con nosotros nada que pueda pertenecer a esta tierra columbiana.

¡Siempre el mismo! Pero tranquilízate, ¡oh César Cascabel! Es más que probable que ninguno de los tuyos tenga ocasión de inclinarse a recoger ni la más insignificante pepita.

---

5 Si usted gusta.

Sin embargo, durante la marcha, y a pesar de la prohibición de papá Cascabel, investigadoras miradas se dirigían incesantemente hacia la superficie del suelo; cualquier guijarro se le figuraba a Napoleona, y sobre todo a Sandre, que valía su peso en oro. ¿Y por qué no? En el orden de las riquezas auríferas, ¿no ocupa el primer lugar América del Norte?

Australia, Rusia, Venezuela, China, vienen después que ella.

Entretanto, había comenzado la estación de las lluvias. A diario caían fuertes chaparrones, y el camino se iba haciendo cada vez más difícil.

El guía indio apretaba a los caballos; temía que los ríos o los *creeks* (6) afluentes de Fraser, hasta entonces casi secos, llegasen a desbordarse por avenidas repentinas. ¿Cómo podrían franquearlos si no ofrecían sitios vadeables? La

---

6 Arroyos.

Belle Roulotte se vería en gran peligro y pasaría muchos apuros durante las semanas que dura la estación lluviosa.

Era preciso apretar el paso para salir del valle del Fraser.

Hemos dicho que los indígenas de aquella comarca no eran de temer, desde que los tchilicotes habían sido rechazados hacia el Este.

Nada más cierto; pero guardaba ciertos animales temibles, entre otros los osos, cuyo encuentro hubiera ofrecido reales peligros.

No tardó Sandre en experimentarlo, exponiéndose a pagar cara la desobediencia a las órdenes de su padre.

Era la tarde del 17 de mayo.

La familia había hecho alto a unos cincuenta pasos de un *creek,* que los caballos acababan de atravesar en seco. Este *creek*, muy encajonado, hubiera sido absolutamente infranqueable si alguna repentina crecida lo hubiera transformado en torrente.

La parada debía durar un par de horas. Juan se adelantó con objeto de cazar algunas piezas, mientras Sandre, a pesar de la orden que tenía de no separarse el campamento, volvió a pasar el *creek* sin ser visto, no llevando consigo más que una cuerda de unos tres o cuatro metros de largo, arrollada a la cintura.

El muchacho tenía su idea. Había visto un brillante pájaro de plumaje multicolor, y quería seguirle para descubrir su nido, y, con ayuda de la cuerda, trepar al trono del árbol en que se posase, con objeto de apoderarse de él.

Pero, alejándose así, Sandre cometía una imprudencia, tanto más grande cuanto que el tiempo se presentaba amenazador.

Una fuerte tormenta subía rápidamente hacia el cenit. Pero, ¡quién detiene a un pilluelo que corre detrás de un pájaro!

Sucedió, como decimos, que Sandre se internó en un bosque, cuyos primeros árboles se elevaban a la izquierda del arroyo.

El pájaro revoloteando de rama en rama, parecía complacerse en atraerle.

Sandre, entregado por completo a su persecución, olvidaba que la *Belle Roulotte* debía ponerse en marcha dentro de dos horas, y veinte minutos después de haber abandonado el campamento había corrido ya media legua larga por lo más profundo del bosque, en que sólo se distinguían estrechos senderos invadidos por los matorrales que crecían al pie de los pinos y de los cedros.

El pájaro, lanzando alegres gritos revoloteaba de uno a otro árbol, mientras Sandre corría y saltaba como un gato montes.

Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles y el pájaro acabó por desaparecer en la espesura.

–¡Vete al diablo! –exclamó Sandre deteniéndose muy incomodado por la falta de éxito de su persecución.

Entonces miró al cielo y a través del follaje lo vio cubierto de espesas nubes, al paso que

intensas claridades corrían por encima de la sombría verdura.

Eran los primeros relámpagos, que fueron bien pronto seguidos de truenos prolongados.

–¡Ya es hora de regresar! ¿Qué dirá mi padre?

En aquel momento atrajo su mirada un objeto singular; un guijarro de forma extraña, del tamaño de una pina y salpicado de puntos metálicos.

¡Y he aquí a nuestro mocoso imaginándose que era una pepita olvidada en aquella parte del Caribú!

Lanzando un grito de alegría la recogió, guardándosela en el bolsillo y prometiéndose no hablar a nadie de semejante hallazgo.

«¡Veremos cuáles serán sus comentarios más tarde –pensó–, cuando la haya cambiado por hermosas monedas de oro!»

Apenas había Sandre guardado su precioso guijarro, cuando la tempestad se desencadenó con un violento trueno.

Los últimos ecos repercutían aún en el espacio cuando se dejó oír un espantoso rugido.

A veinte pasos, fuera del matorral, se levantaba sobre sus patas un oso enorme, perteneciente a la especie de los *grizzlys* ([7]).

Por bravo que fuese, Sandre echó a correr en dirección al arroyo con toda la velocidad de que eran susceptibles sus ágiles piernas.

Inmediatamente el animal se lanzó en su persecución.

Si Sandre lograba llegar al lecho del arroyo, franquearlo y refugiarse en el campamento, estaba salvado. Ya sabrían contener al oso desde la otra orilla del *creek*, y aun matarle para hacer con su piel una buena alfombra para los pies de la cama.

Pero la lluvia caía a torrentes, los relámpagos se multiplicaban, y el cielo parecía incendiarse con los estallidos del rayo.

---

[7] Oso gris, el más temible de la familia de los osos.

Sandre, calado hasta los huesos y entorpecido en su carrera por sus mojados vestidos, corría el riesgo de caer a cada paso, y una caída le hubiese puesto a merced del animal.

Sin embargo, logró conservar la distancia, y en menos de un cuarto de hora se encontró en la orilla del *creek*. ¡Obstáculo infranqueable! El arroyo, convertido en torrente, arrastraba piedras, troncos y cepas arrancadas por la violencia de la corriente. Las aguas subían hasta el borde de las orillas. Lanzarse en medio de estos torbellinos era perderse sin ninguna probabilidad de salvación.

Sandre no se atrevía a volver atrás. Sentía al oso pisándole los talones, pronto a estrecharle con su terrible abrazo; e imposible dar a conocer su presencia a la *Belle Roulotte*, que apenas podía verse entre los árboles.

El instinto le hizo entonces ejecutar, casi sin reflexión, lo único que tal vez podía salvarle.

A cinco pasos de él había un árbol, un cedro, cuyas ramas inferiores se extendían por encima del *creek*.

Lanzarse hacia el tronco, de un grueso mediano, rodearlo con sus brazos, ayudarse con las rugosidades de la corteza, izarse hasta la horquilla y deslizarse por entre las ramas superiores, fue para el muchacho obra de un momento. Un mono no hubiera sido más ágil ni más diestro; verdad es que se trataba de un verdadero gimnasta. Una vez allí, creyó estar seguro. Por desgracia, no fue por mucho tiempo.

En efecto, el oso, que se había apostado al pie del árbol, se disponía a trepar: era difícil escaparse de él, aun refugiándose en las ramas más altas.

Sandre no perdió en absoluto su sangre fría. ¿Acaso no era el hijo del célebre Cascabel, acostumbrado a salir sano y salvo de los momentos más difíciles y peligrosos?

Lo que urgía era abandonar el árbol. Pero, ¿cómo? Después franquear el torrente. Pero, ¿de qué manera? A consecuencia de la crecida ocasionada por aquella lluvia torrencial, el arroyo comenzaba a desbordarse, y sus aguas se extendían ya sobre la orilla derecha del lado del campamento.

¿Pedir socorro? Era imposible que sus gritos pudiesen ser oídos en medio de aquella ráfaga furibunda. Por otra parte, si papá Cascabel, Juan o *Clou de Girofle* habían salido en su busca, lo habrían hecho hacia delante, no hacia atrás de la *Belle Roulotte*.

¿Cómo habían de suponer que Sandre había vuelto a pasar el *creek*?

Entretanto, el oso trepaba..., lentamente, pero trepaba, e iba a alcanzar bien pronto la horquilla del cedro, al paso que Sandre procuraba alcanzar la cima.

Entonces el muchacho tuvo una idea.

Viendo que algunas de las ramas se extendían unos tres metros sobre el arroyo, se apre-

suró a desenrollar la cuerda que llevaba a la cintura y hacer un lazo que, lanzado con suma destreza, enganchó la extremidad de una de las ramas horizontales; después, tirando de la cuerda, levantó aquella rama y la mantuvo en posición casi vertical.

Todo aquello lo hizo diestra, rápidamente y con gran serenidad de ánimo.

No había tiempo que perder; el oso acababa de agarrarse a la horquilla, y desde allí buscaba el medio de izarse hasta el centro del ramaje. Pero en aquel momento, tras aferrarse bien a la extremidad de la rama enderezada, Sandre la soltó de repente, y fue lanzado por encima del arroyo como una piedra por una catapulta. Después, girando una vez sobre si mismo por una vigorosa contracción de músculos, cayó al borde de la orilla derecha del arroyo, mientras que el burlado oso veía escapársele su presa por los aires.

–¡Ah, tunante!

Este fue el cumplido con que pana Cascabel que acababa de llegar con Juan y *Clou* a la orilla del arroyo, acogió la vuelta del imprudente ¡oven, después de haberle inútilmente buscado por el lado del campamento.

–¡Tunante! –repitió–. ¡Qué susto nos has dado!

–Pues bien, padre: ¡tírame de las orejas! ¡Lo tengo bien merecido!

Pero en lugar de agarrar las orejas de su hijo, papá Cascabel no pudo resistirse al deseo de besarle, diciéndole:

–No lo vuelvas a hacer, porque entonces...

–¡Me volverás a besar! –declaró Sandre, dando un fuerte abrazo a su padre.

Después exclamó:

–¡Eh! ¿Qué tal se la he pegado a esa fiera?

Juan hubiera querido matar al animal, que se había alejado; pero no era cosa de pensar en perseguirle.

La crecida aumentaba; lo más apremiante era huir de la inundación, y los cuatro volvieron a la *Belle Roulotte*.

CAPÍTULO VIII

LA ALDEA DE LOS COQUINS (8)

O cho días después, el 16 de mayo, la pequeña caravana se encontraba en las fuentes del Fraser. Si bien la lluvia no había cesado de caer noche y día, aquel mal tiempo iba a

---

8 Tunantes. Se conserva la expresión francesa, para no desvirtuar el juego de palabras que el autor emplea más adelante.

cesar bien pronto, según las seguridades que daba el guía.

Después de haber rodeado las fuentes del río, continuando un territorio bastante montañoso, la *Belle Roulotte* se encaminó directamente hacia el Oeste.

Algunos días más de marcha, y papá Cascabel se hallaría en la frontera de Alaska.

Durante la última semana no se encontró ni un pueblo ni una aldea en el itinerario seguido por Ro-No, cuyos servicios, por otra parte, sólo merecían alabanzas, pues conocía el país perfectamente.

Aquel mismo día el guía previno al jefe de la familia Cascabel que, si lo deseaba, podría hacer alto en un pueblecito situado a muy poca distancia, donde los caballos, algo estropeados, podrían con provecho descansar veinticuatro horas.

–¿Qué pueblecillo es ése? –quiso saber papá Cascabel, siempre desconfiado cuando se

trataba de una población de la Columbia Británica

–La aldea de los *coquins* –respondió el guía.

–¡La aldea de los *coquins*!–exclamó papá Cascabel.

–Si –confirmó Juan–; tal es el nombre que lleva en el mapa, y debe ser el de una tribu india, tal como los ko-quins...

–¡Bueno, bueno! Basta de explicaciones –atajó su padre, viendo que se le iba a escapar el calificativo francés–. ¡Bien le cuadra ese nombre si lo hablan los ingleses, aunque sólo sean media docena!

Aquella misma noche la *Belle Roulotte* hizo alto a la entrada de la aldea. Sólo faltaban tres días para llegar a la frontera geográfica que separa Alaska de la Columbia Británica.

Papá Cascabel no tardaría, pues, en recobrar su buen humor, tan comprometido en los territorios de Su Majestad británica.

La aldea o pueblecillo de los *coquins* estaba ocupado por una población india; pero enton-

ces había en él cierto número de ingleses, cazadores de profesión o simples aficionados, que no permanecían en él sino durante la estación de la caza.

Entre los oficiales de la guarnición dé Victoria que se encontraban allí había un cierto baronet, Sir Edward Turner, hombre altivo, brutal, insolente, muy orgulloso de su nacionalidad, uno de esos *gentleman* que se creen que todo les es permitido por el solo hecho de ser ingleses.

Naturalmente, detestaba a los franceses, tanto, por lo menos, como papá Cascabel detestaba a sus compatriotas. ¡Juzgúese si ambos estarían hechos para entenderse!

Aquella misma noche, mientras Juan, Sandre y *Clou* habían ido en busca de provisiones, sucedió que los perros del baronet se encontraron, en las inmediaciones de la *Belle Roulotte*, con *Wagram* y *Marengo*, los cuales participaban evidentemente de las antipatías nacionales de su amo.

De aquí el completo desacuerdo entre el faldero y el perro de aguas de una parte, y los *pointers* ([9]) de la otra; luego alboroto, dentelladas, y, finalmente, intervención de los propietarios.

Habiendo oído Sir Edward Turner aquella algarabía, salió de la casa que ocupaba a la entrada del lugar, y vino a amenazar con su látigo a los perros de nuestro Cascabel.

Éste se puso inmediatamente delante del baronet, tomando la defensa de sus bestias.

Sir Edward Turner, que se expresaba en un francés muy correcto, reconoció inmediatamente con quién tenía que habérselas, y sin procurar poner ningún freno a su insolencia, no se detuvo para tratar *británicamente* al saltimbanqui en particular, y a sus compatriotas en general.

Imagínese cualquiera lo que debió de experimentar al amigo Cascabel al escuchar tales

---

[9] Perros pachones.

insolencias. Sin embargo, como no quería crearse ninguna dificultad ni meterse en un mal negocio, sobre todo en país inglés, que hubieran podido retardar su viaje, se contuvo, y respondió con un tono que no tenía nada de altivo:

–Caballero, vuestros perros son los que han empezado por atacar a los míos...

–¡A los vuestros...! –replicó el baronet–. ¡Perros de titiritero..., que sólo son buenos para ser recibidos a mordiscos o a latigazos!

–Debo haceros observar –indicó papá Cascabel animándose, a pesar de su resolución de permanecer tranquilo–, que es indigno de un caballero lo que estáis diciendo.

–Sin embargo, es la única respuesta que merece un hombre de vuestra especie.

–¡Caballero, yo soy cortés, y vos sois un... insolente!

–¡Ah! ¡Tened cuidado...! ¡Os atrevéis a hacer frente al baronet Sir Edward Turner...!

La cólera se apoderó de papá Cascabel, y con el rostro pálido, los ojos inflamados y los

puños amenazadores, se dirigía al insolente inglés cuando llegó corriendo Napoleona.

–¡Padre, a ver si vienes...! –dijo–. Mamá te llama.

Cornelia había enviado a su hija a fin de lograr que el jefe de la familia entrase en la *Belle Roulotte*.

–¡Enseguida! –contestó éste–. Di a tu madre que espere a que haya concluido con este caballero, Napoleona.

Al oír este nombre, el baronet soltó una carcajada de las más despreciativas.

–¡Napoleona! –repitió–. ¡Napoleona...! El nombre del monstruo que...

Aquello era más de lo que papá Cascabel podía soportar.

Avanzando con los brazos cruzados hasta tocar al inglés, le dijo:

–¡Me estáis insultando!

–¿Que os insulto...? ¿A vos?

–A mí, e insultáis también al gran hombre que no hubiera tenido ni para un diente con vuestra isla, si hubiese desembarcado.

–¿De veras?

–¡Que se la hubiera tragado como a una ostra ..!

–¡Miserable payaso! –exclamó el británico.

Y se retiró hacia atrás, tomando la actitud del pugilista que se apresta a la lucha.

–¡Bien! ¡Ya me habéis insultado bastante, señor baronet, y ahora vais a darme una satisfacción!

–¿Una satisfacción a un saltimbanqui?

–¡Al insultarle le habéis hecho vuestro igual...! Y nos batiremos a espada, a pistola, a sable, o a lo que queráis..., hasta a puñetazos.

–¿Y por qué no con las vejigas, como los titiriteros sobre los tablados?

–¡Defendeos!

–¿Acaso se bate uno con un corredor de ferias?

–¡Vaya! –respondió a gritos papá Cascabel, en el colmo del furor–. ¡Se bate, o se le obliga a batirse!

Y sin pensar que su adversario tendría sin duda la ventaja en aquella lucha de puños, en que tanto sobresalen los ingleses, iba a precipitarse sobre él cuando Cornelia intervino.

En el mismo instante acudieron algunos oficiales del regimiento de Sir Edward Turner, sus compañeros de caza, y reuniéronse al baronet, decididos a no dejarle comprometerse con semejante gentuza, colmando de invectivas a la familia Cascabel. Pero estas invectivas no tuvieron el don de conmover, al menos en apariencia, a la imponente Cornelia, que se contentó con arrojar a Sir Edward una mirada poco tranquilizadora para el insultador de su marido.

En aquel momento llegaron Juan, *Clou* y Sandre; la disputa iba a degenerar en batalla, cuando la señora Cascabel gritó:

–¡Ven, César, y vosotros también, niños, venid! ¡Vamos...! ¡Todos a la *Roulotte,* y deprisita!

Dijo esto con un tono tan imperioso, que ninguno se permitió desobedecer aquella orden.

¡Qué noche para papá Cascabel! La cólera le ahogaba...

¡ Él, agraviado en su honor, insultado en la persona de su héroe!

¡Insultado por un inglés...! Quería ir a buscarle, quería batirse con él, con todos sus compañeros, con todos los tunantes de aquella aldea de los ídem... ¡Y sus hijos no pedían otra cosa que acompañarle! ¡Hasta *Clou*, que hablaba nada menos que de comer las narices a un inglés..., a menos que no quedase satisfecho con una oreja!

Gran trabajo costó a Cornelia contenerlos. En el fondo reconocía que tenían razón para estar enfurecidos, y no podía negar que su marido primero, y después toda la familia, habían

sido tratados como no lo serían ni aun los ambulantes de la peor especie.

Sin embargo, no queriendo empeorar la situación, no cedió; hizo frente a la tormenta, y al deseo expresado por papá Cascabel de ir a propinar al «tipo aquél una de aquellas palizas que...», ella le contestó:

–¡Te lo prohibo! ¿Entiendes, César? ¡Te lo prohibo!

Y papá Cascabel, aunque tascando el freno, hubo de someterse a las órdenes de su mujer.

¡Con qué impaciencia esperaba Cornelia la llegada del día siguiente...! ¡Qué deseos tenía de abandonar aquel maldito lugar! No se vería tranquila hasta que toda la familia se encontrase algunas millas al Norte. Y para asegurarse de que ninguno saldría durante la noche, no sólo cerró cuidadosamente la puerta de la *Belle Roulotte*, sino que se quedó a la parte exterior de centinela.

Al siguiente día, 27 de mayo, antes de las tres de la mañana, Cornelia despertó a todo el personal.

Para mayor seguridad quería partir antes del alba, cuando todos, indios e ingleses, estuviesen entregados al sueño. Era la mejor manera de impedir que la batalla volviera a reproducirse. Y hasta en aquel momento, detalle digno de notarse, parecía que aquella valiente mujer tenía singular empeño en levantar el campo apresuradamente. Muy agitada, con la mirada inquieta, los ojos inflamados, mirando a derecha y a izquierda, hostigaba, reprendía, apremiaba a su marido, a sus hijos y a *Clou*, que no se apresuraban lo bastante con relación a su impaciencia.

–¿Cuántos días nos faltan para pasar la frontera? –preguntó al guía.

–Tres días –respondió Ro-No–, esto si no sufrimos retraso en el camino.

–¡Partamos enseguida! –dispuso Cornelia–. Y, sobre todo, que no nos vean marchar.

No hay que imaginarse cómo papá Cascabel había digerido los insultos de la víspera.

Abandonar la aldea sin haber pagado al inglés aquel lo que le debía, era duro para un normando, tan francés como patriota.

–¡He aquí lo que tiene –repetía– poner los p<«> en tierras de *John Bull*!

Pero aunque tuvo la veleidad de ir a dar una vuelta por los alrededores de la aldea con la esperanza de encontrar a Sir Edward Turner; aunque arrojó más de una mirada a las ventanas cerradas de la casa, no se atrevió a alejarse de la terrible Cornelia. Ésta no le abandonó ni un instante.

–¿Adónde vas, César...? ¡Aquí, César...! ¡Te prohibo que te muevas, César...!

Papá Cascabel no oía más que estas palabras. Nunca había estado dominado hasta tal punto por la excelente e imperiosa compañera de su vida.

Por fin, gracias a las reiteradas órdenes de Cornelia, terminaron rápidamente los prepara-

tivos, y los caballos quedaron enganchados a las varas.

A las cuatro de la mañana, perros, mono y papagayo, marido, hijos e hija, todos estaban instalados en los departamentos de la *Belle Roulotte*, sobre cuyo pescante estaba sentada la señora Cascabel. Después que *Clou* y el guía se pusieron a la cabeza de los caballos, se dio la orden de marcha.

Un cuarto de hora después la aldea de los coquins había desaparecido detrás de la cortina de corpulentos árboles que la rodeaban.

Apenas empezaba a apuntar el día.

Todo estaba silencioso. Ni un ser viviente se distinguía en la superficie de la extensa llanura que se alargaba en dirección del Norte.

Y entonces, cuando se tuvo la evidencia de que la partida se había efectuado sin haber llamado la atención de nadie; cuando Cornelia tuvo la completa seguridad de que ni los indios ni los ingleses pensaban en cerrarles el paso, lanzó un prolongado suspiro de satisfacción,

del que tal vez su marido se sintió algo humillado.

–¿Has tenido mucho miedo de esas gentes, Cornelia? –le preguntó.

–¡Mucho miedo! –se contentó con responder ella.

Los tres días siguientes transcurrieron sin incidente alguno, y, según había anunciado el guía, llegaron por fin al extremo límite de la Columbia Británica.

La *Belle Roulotte* se detuvo después de haber franqueado felizmente la frontera de Alaska.

Sólo tenían que arreglar las cuentas con el guía indio, que se había siempre mostrado tan celoso como fiel, y darle las gracias por sus buenos servicios.

Ro-No se despidió de la familia después de haber indicado la dirección que debería seguir para llegar, por el camino más corto, a Sitka, la capital de las posesiones rusas.

No tratándose ya de un territorio inglés, parecía que papá Cascabel hubiera debido respirar más a su gusto.

¡Pero no sucedía así!

Después de tres días, no se había repuesto aún de la escena que había ocurrido en la aldea de los *coquins*.

La tenía siempre sobre el corazón; así es que no pudo menos de decir a Cornelia:

–Hubieras debido dejarme volver atrás, para ajustar las cuentas a ese Milord...

–Ya me cuidé yo de ello, César –respondió tranquilamente la mujer de Cascabel.

En efecto, ella se había cuidado, ¡y cómo!

Durante la noche, mientras toda su gente dormía en el campamento, Cornelia se había ido a rondar la casa del inglés aquel, y habiéndole percibido en el momento en que salía para cazar a la espera, le había ido siguiendo algún trecho. Y en cuanto se hubo internado en el bosque. «El primer premio del concurso de Chicago» había administrado al susodicho Mi-

lord una de esas monumentales palizas que tumban a un hombre sobre el suelo. Sir Edward Turner, destrozado y medio muerto, no había sido levantado hasta el día siguiente, y debía llevar largo tiempo las señales de su encuentro con aquella amable mujer.

–¡Oh, Cornelia..., Cornelia! –exclamó su marido cuando comprendió, y al tiempo que la estrechaba entre sus brazos–. ¡Tú has vengado mi honor...! ¡Cuan digna eres de ser una Cascabel!

CAPÍTULO IX

¡NO SE PASA!

Alaska es la parte del Continente comprendida al Noroeste de América septentrional, entre los cincuenta y dos y setenta y dos grados de latitud.

Está, pues, cortada transversalmente por la línea del Círculo Polar Ártico, que se redondea a través del estrecho de Behring.

Por cierto que si se observa la costa con alguna detención, puede verse bastante distintamente que el litoral forma una cara de tipo israelita.

Su frente se desarrolla entre el cabo Lisburne y la punta Barrow; la órbita del ojo es el golfo de Kotzebue; la nariz es el cabo del Príncipe de Gales; la boca es la bahía de Norton, y la tradicional perilla es la península de Alaska, continuada por el semillero de las islas Aleutianas, que se proyecta sobre el océano Pacífico. En cuanto a la cabeza, se termina con la prolongación de la cadena de los Rangers, cuyas

últimas pendientes van a morir en el mar Glacial.

Tal es la comarca que la *Belle Roulotte* iba a atravesar oblicuamente en un trayecto de tres mil y pico de kilómetros.

No hay que decir que Juan había estudiado cuidadosamente en la carta sus montañas, sus corrientes de agua, la disposición del litoral, en fin, el itinerario que le convenía seguir. Hasta había dado con este motivo una conferencia, que su familia se había apresurado a escuchar con el más vivo interés.

Gracias a él, todos, hasta el mismo *Clou*, sabían que aquel país, situado en el extremo Noroeste del Continente americano, había sido visitado primero por los rusos, después por el francés Lapérouse y el inglés Vancouver, y últimamente por el americano Mac Clure, cuando su expedición en busca de Sir John Franklin.

En realidad era una región ya reconocida, en parte solamente, gracias a los viajes de Frederic Whymper y del coronel Buxley, en 1865,

cuando se trató de establecer un cable submarino entre el Antiguo y el Nuevo Mundo por el estrecho de Behring.

Hasta aquella época, el interior del territorio de Alaska no había sido recorrido sino por los viajantes de las casas que hacían el comercio de las pieles y peletería.

Entonces fue cuando reapareció en la política internacional la célebre doctrina de Monroe, según la cual América debía pertenecer por completo a los americanos. Si las colonias de Inglaterra, Columbia Británica y Dominio, no podían pertenecerles sino en un porvenir más o menos lejano, tal vez Rusia consentirla en cederles Alaska, es decir, 1.380.648 kilómetros cuadrados de territorio. Con este objeto se entablaron serias negociaciones con el Gobierno moscovita.

En Estados Unidos burláronse al principio de Mr. Steward, secretario de Estado, cuando emitió la pretensión de adquirir aquel *Walrus-Sia*, aquellas *tierras de las focas*, con las que pare-

cía que nada tenía que hacer la República. Sin embargo, el tal Steward persistió con una terquedad tan yanqui, que en 1867 los tratados se hallaban muy adelantados, y si bien la convención no había sido firmada todavía por América y por Rusia, debía serlo de un momento a otro.

Era la noche del 31 de mayo. La familia Cascabel había hecho alto en la frontera, al pie de un bosque de árboles corpulentos.

En aquel punto, la *Belle Roulotte* se encontraba sobre el territorio de Alaska, en plenas posesiones rusas, y fuera ya del suelo de la Columbia Británica. Desde tal punto de vista, papá Cascabel podía estar tranquilo. Así es que había vuelto a su buen humor, y de una manera tan comunicativa, que todos los suyos la compartieron. En adelante, para conducirlos hasta los límites de la Rusia europea, su itinerario no abandonaría el territorio moscovita. Alaska o Siberia asiática, ¿no estaban estas comarcas bajo el dominio del zar?

Tuvieron una alegre cena. Juan había matado una liebre grande y gorda, que *Wagram* había levantado entre los matorrales. Una verdadera liebre rusa, en verdad.

–¡Y nos beberemos una soberbia botella! –anunció papá Cascabel–. ¡Dios mío! Parece que se respira mejor a este lado de la frontera. ¡Aquí hay aire americano, mezclado de ruso! ¡Respirad- a pleno pulmón, hijos míos! ¡Hay para todo el mundo, hasta para *Clou*, por más que tenga unas narices de a metro! Cinco semanas hace que me estaba ahogando al atravesar esta maldita Columbia.

Y cuando terminó la cena, después de la absorción total de la soberbia botella, cada cual se retiró a su lecho.

La noche se pasó con la mayor tranquilidad. No fue turbada ni por la aproximación de las fieras ni por la presencia de indios nómadas.

Al día siguiente, caballos y perros estaban repuestos de sus fatigas.

El campamento se levantó al amanecer, y los huéspedes de la hospitalaria Rusia, «aquella hermana de Francia», como decía papá Cascabel, hicieron sus preparativos de marcha.

Estos no fueron largos.

Un poco antes de las seis de la mañana, la *Belle Roulotte* avanzaba en dirección del Noroeste, con el fin de alcanzar el río Simpson, que sería fácil de atravesar en la barca de pasaje.

Esta punta que Alaska destaca hacia el Sur es una delgada laguna de tierra, conocida con el nombre general de Thlinkithen, rodeada al Oeste por cierto número de islas o de archipiélagos, tales como las islas del Príncipe de Gales, de Kruzof, de Kuju, de Sitka, de Baranow, etc.

En esta isla está situada la capital de la América rusa, que lleva también el nombre de Nueva Arkángel. Desde el momento en que la *Belle Roulotte* llegase a Sitka, papá Cascabel contaba hacer un alto de algunos días, con el objeto, primero, de descansar, y después, de prepararse para la terminación de aquella primera

parte de su viaje que debía conducirles al estrecho de Behring.

Este itinerario obligaba a seguir una parte de territorio caprichosamente recostado a lo largo de la cadena costera.

Papá Cascabel partió, pues; pero aún no había andado cuatro o cinco kilómetros, cuando le detuvo en seco un obstáculo que parecía infranqueable.

La hospitalaria Rusia, la hermana de Francia, como decía el buen Cascabel, no parecía dispuesta a recibir hospitalariamente a los hermanos franceses que constituían la familia de este excelente patriota.

En efecto, Rusia se presentó bajo el aspecto de tres agentes de la frontera, tipos vigorosos, barbas largas, gruesas cabezas, narices remangadas, vestidos con el sombrío uniforme moscovita y cubiertos con el aplastado casquete que inspira un saludable respeto a tantos millones de hombres.

A una señal hecha por uno de aquellos agentes, la *Belle Roulotte* detuvo su marcha, y *Clou*, que conducía el tiro, llamó a su patrón.

Papá Cascabel apareció a la puerta de la primera división, seguido de su mujer y de sus hijos.

Después descendieron todos, algo inquietos por la vista de aquellos uniformes.

–¿Vuestros pasaportes? –pidió el agente en idioma ruso; lengua que papá Cascabel comprendió demasiado en aquella circunstancia.

–¿Pasaportes? –repitió.

–¡Claro! No está permitido penetrar sin pasaporte en las posesiones del zar.

–¡Pero si nosotros no los tenemos, mi querido señor! –declaró, políticamente, papá Cascabel.

–Entonces no pasaréis.

Esto fue claro y significativo, como una puerta que se cierra en las narices de un importuno.

Cascabel hizo una mueca Sabía cuan severas son las prescripciones de la Administración moscovita, y era dudoso que pudiera llegar a una transacción. Realmente era una fatalidad increíble haber encontrado aquellos agentes precisamente en el punto que la *Belle Roulotte* había franqueado la frontera.

Cornelia y Juan aguardaban con suma ansiedad el resultado de aquel coloquio, del que dependía la terminación del viaje.

–Bravos moscovitas –empezó papá Cascabel, desarrollando su voz y sus gestos a fin de dar más relieve a su charlatanismo habitual–, nosotros somos franceses que viajamos para nuestro recreo, y, me atrevo a decirlo, para el de los demás, y particularmente para el de los nobles boyardos que se dignan honrarnos con su presencia... Hemos creído que podríamos dispensarnos de tener papeles cuando se trataba de pisar el suelo de Su Majestad el Zar, emperador de todas las Rusias...

–¿Entrar sin permiso especial en su territorio?

–le respondieron–. ¡Eso, eso no se ha visto... jamás!

–¿Y no podría verse una vez sola? ¿Tan sólo una...? –indicó papá Cascabel con acento suave e insinuante.

–No –le contestó el agente en tono seco y breve–. Conque... ¡atrás!, y sin discusiones.

–Pero, bueno –dijo Cascabel–, ¿no puede uno procurarse esos pasaportes?

–Eso es cuenta vuestra.

–Dejadnos ir hasta Sitka, y allí, por mediación del cónsul de Francia...

–No hay cónsul de Francia en Sitka. Además, ¿de dónde venís?

–De Sacramento.

–Pues bien; es preciso que os proveáis de pasaporte en Sacramento... Luego es inútil insistir...

–Es muy útil, por el contrario –replicó papá Cascabel–, toda vez que estamos en camino para volver a Europa.

–¿A Europa..., siguiendo esta dirección...?

El buen Cascabel comprendió que su respuesta debía hacerle particularmente sospechoso, porque volver a Europa por aquel camino era cosa bastante extraordinaria.

–Sí, señor –declaró, sin embargo–; ciertas circunstancias nos han obligado a dar este rodeo.

–Poco importa –replicó el agente–. No se atraviesa por los territorios rusos sin pasaportes.

–Si solo se trata de pagar los derechos –observó, por último, papá Cascabel–, tal vez llegaremos a entendernos.

Al hablar así, guiñaba los ojos de una manera significativa.

Pero ni con estas condiciones parecía que podrían entenderse.

–Bravos moscovitas –dijo desesperado Cascabel, perdiendo toda esperanza–, ¿acaso no habréis oído nunca hablar de la familia Cascabel?

Y dijo esto como si la familia Cascabel fuese igual a la familia Romanoff.

Tampoco esto sirvió. Conque no quedó más remedio que dar media vuelta y volver atrás.

Los agentes llevaron su severa e implacable consigna hasta el extremo de volver la *Belle Roulotte* al otro lado de la frontera, con mandamiento formal a sus huéspedes de no volver a franquearla.

De todo esto resultó que papá Cascabel volvió a encontrarse, con gran sentimiento suyo, sobre el territorio de la Columbia Británica.

Hay que convenir en aquel momento contratiempo les creaba una situación desagradable y hasta inquietante.

Todos sus planes venían a tierra. Era necesario renunciar al itinerario adoptado con tanto entusiasmo.

El viaje por el Oeste, la vuelta a Europa por la Siberia asiática, se hacía imposible por falta de pasaportes. Volver a Nueva York a través del Far West, podía hacerse evidentemente en condiciones habituales.

Pero, ¿cómo franquear el océano Atlántico sin buque, y cómo tomar pasaje a bordo de ninguna embarcación, sin dinero para pagarlo?

En cuanto a procurarse durante el camino la suma necesaria para semejante gasto, era poco cuerdo pensarlo. Además, ¿cuánto tiempo sería necesario para completarla?

La familia Cascabel debía estar ya gastada en Estados Unidos. No había ciudades, villas ni aldeas en todo el territorio del Great Trunk, que no hubiera ya explotado. Ahora no recogería, ni aun en centavos, lo que otras veces recogía en dólares.

No era posible... Al tomar el camino del Este experimentarían retrasos infinitos; tal vez transcurrirían años antes de que pudieran embarcarse para Europa.

Necesitaban a toda costa encontrar una combinación que permitiese a la *Belle Roulotte* llegar a Sitka. He aquí lo que pensaban, lo que se decían los miembros de aquella interesante familia cuando los tres agentes les dejaron entregados a sus penosas reflexiones.

–¡Vaya un chasco! –dijo Cornelia, moviendo la cabeza.

–Esto es más que un chasco –concretó papá Cascabel–; es un callejón sin salida. Vamos, viejo atleta, luchador de los circos públicos, ¿acaso van a faltarte los recursos para triunfar de la adversa fortuna? ¿Es que te vas a dejar abrumar por la mala suerte? ¿Acaso un saltimbanqui como tú, acostumbrado a todas las trampas, a todas las artimañas, no ha de lograr escaparse de este apuro? ¿Está vacío tu saco de picardías? Tu imaginación, tan fértil en expe-

dientes, ¿no ha de triunfar de la situación, sobreponiéndose a ella?

–César –insinuó en este momento Cornelia–, puesto que esos malditos agentes se han encontrado tan a punto para impedirnos el paso de la frontera, intentemos dirigirnos a su jefe.

–¡Su jefe! –burlóse Cascabel–. Su jefe es el gobernador de Alaska, algún coronel ruso, tan intratable como sus subordinados, y que con seguridad nos enviará a paseo.

–Además, debe residir en Sitka, que es precisamente adonde nos impiden ir.

–Tal vez –observó *Clou de Girofle*, con bastante juicio –esos agentes no se negasen a conducir a uno de nosotros a presencia del gobernador...

–Tienes razón –respondió Cascabel–, ¡es una excelente idea...!

–A menos que no sea mala –añadió *Clou* con su autocontradicción acostumbrada.

–Hay que intentarlo antes de volver atrás –dijo Juan–, y si tú quieres, padre, yo iré...

–No, valdrá más que sea yo el que vaya. ¿Está lejos Sitka de la frontera?

–Más de quinientos kilómetros –respondió Juan.

–Pues bien, dentro de diez días puedo ya estar de vuelta en nuestro campamento. Aguardemos a mañana, e intentaremos la aventura.

Al amanecer del día siguiente, papá Cascabel se puso en busca de los agentes. No fue difícil encontrarlos, pues se habían quedado vigilando en los alrededores de la *Belle Roulotte*.

–¡Aún estáis aquí! –gritó uno de ellos con aire amenazador.

–Sí, aún estoy –confirmó Cascabel, con su más insinuante sonrisa.

Y con toda clase de amabilidades, dirigidas a la Administración moscovita, hizo conocer su deseo de ser conducido ante Su Excelencia el gobernador de Alaska. Ofrecía pagar los

gastos de viaje del honorable funcionario que consintiese en acompañarle, y hasta dejó entrever la perspectiva de una bonita gratificación en moneda corriente, para el hombre generoso que...

La proposición naufragó.

La perspectiva de una bonita gratificación no tuvo éxito alguno.

Era probable qué los agentes, tercos como aduaneros y testarudos como empleados del resguardo, empezasen a encontrar extremadamente sospechosa aquella insistencia en franquear la frontera de Alaska. El caso es que uno de ellos intimó la orden de retroceder en el acto, añadiendo:

–Si os volvemos a ver en territorio ruso, no es a Sitka adonde se os conducirá, sino al fuerte más próximo. Y cuando se entra allí, no se sabe cuándo ni cómo será la salida.

Papá Cascabel, con ayuda de algunos empujones, fue conducido en el acto a la *Belle Roulotte*, llevando patente en su desconcertado ros-

tro el poco éxito que habían alcanzado sus gestiones.

¿Iba, por ventura, la movible morada de los Cascabel a transformarse en habitación sedentaria? ¿Acaso la nave que llevaba al saltimbanqui y su fortuna iba a quedar varada entre la frontera de la Columbia Británica y la de Alaska, como un buque al que la mar, al retirarse, deja en seco en medio de las rocas?

En verdad que todo era de temer.

¡Cuan tristes fueron el día que transcurrió en aquellas condiciones y los demás que pasaron sin que la familia pudiera decidirse a tomar una resolución!

Por fortuna, no faltaban los víveres: quedaba una provisión suficiente de conservas, que se contaba renovar en Sitka. Además, la caza era abundantísima en los alrededores; pero Juan y *Wagram* tenían especial cuidado en no aventurarse fuera del territorio columbiano, lo que hubiera costado al joven, además de la escopeta, una fuerte multa.

Papá Cascabel y los suyos estaban seriamente preocupados. Parecía que hasta los animales tomaban parte en su pesar.

Jako charlaba menos que de ordinario. Los perros, con la cola caída, lanzaban ladridos de inquietud. *John Bull* se abstenía de hacer gestos y contorsiones. Únicamente *Vermout* y *Gladiador* parecían aceptar voluntariamente la situación, no teniendo que hacer otra cosa que pacer la fresca y jugosa hierba que les ofrecía La llanura.

–Sin embargo, hay que tomar una resolución –afirmaba a menudo papá Cascabel, con los brazos cruzados.

Evidentemente: pero, ¿cuál...? He aquí lo que no hubiera debido embarazar a papá Cascabel, porque, a decir verdad, no había elección posible; era preciso volver atrás, porque estaba prohibido marchar hacia delante.

¡Menudo fin había tenido el viaje por el Oeste, emprendido con tanta resolución!

¡Era necesario volver a pisar el suelo maldito de la Columbia Británica, y luego lanzarse a

través de las praderas del Far West, a fin de llegar al litoral de Atlántico!

Una vez en Nueva York, ¿qué harían? ¡Tal vez algunas almas caritativas iniciarían una suscripción para ayudar a repartirse a la familia! ¡Qué humillación para aquellas honradas gentes que habían vivido siempre de su trabajo, que nunca habían tendido la mano, el tener que descender hasta eso!

¡Malditos mil veces aquellos miserables, que en los pasos de Sierra Nevada les habían robado su pequeña fortuna!

–Si no se hacen ahorcar en América, o agarrotar en España, o guillotinar en Francia, o empalar en Turquía –decía papá Cascabel con un gesto especial a cada uno de estos castigos–, es que no hay justicia en este mundo.

Por fin se decidió.

–Mañana partiremos –decidió en la noche del 4 de junio–. Volveremos a Sacramento, y luego...

No acabó la frase. En Sacramento ya verían.

Todo estaba dispuesto para la partida. No había más que enganchar y volver la cabeza en dirección al Sur.

Esta última noche, pasada en la frontera de Alaska, fue todavía más triste que las anteriores.

La oscuridad era profunda.

Grandes nubes, en confuso desorden, recorrían el cielo, semejantes a témpanos flotantes, que una fuerte brisa empujaba hacia el Este.

La mirada no podía distinguir ninguna estrella, y la luna, en creciente, acababa de ocultarse tras las altas montañas del horizonte.

Eran cerca de las nueve cuando papá Cascabel dio a todo su personal la orden de irse a acostar.

Al día siguiente, al amanecer, debían ponerse en camino.

La *Belle Roulotte* volvería a tomar el camino que había seguido desde Sacramento, y no sería

difícil dirigirla, aun careciendo de la ayuda de un guía.

Una vez llegados a las afueras del Fraser, sólo haría falta descender el valle hasta la frontera del territorio de Washington.

Clou se disponía a cerrar la puerta del primer departamento, después de haber dado las buenas noches a los perros, cuando se oyó una detonación a corta distancia.

–¡Parece un disparo! –observó papá Cascabel.

–Sí... que lo es –confirmó Juan.

–Algún cazador, sin duda –comentó a su vez Cornelia.

–¿Un cazador, en una noche tan sombría? –contradijo Juan–. No es probable.

En aquel momento resonó una segunda detonación, y enseguida se oyeron algunos gritos.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

LA JOVEN KAYETTE

Aquellos gritos fueron causa de que papá Cascabel, Juan, Sandre y *Clou* abandonaran velozmente el carruaje.

–¡Por allí! –indicó Juan, señalando la orilla del bosque, que se extendía a lo largo de la frontera.

–Escuchemos antes –propuso papá Cascabel.

Fue inútil; ningún otro grito atravesó el espacio, ninguna otra detonación sucedió a las que acababan de oírse.

–De todos modos –observó Juan–, lo cierto es que eran gritos de agonía, y que por aquel lado hay alguien en peligro...

–Es preciso ir en su auxilio –añadió Cornelia.

–Sí, hijos míos, vamos –confirmó Cascabel–, pero bien armados.

En efecto; era posible que no fuese un accidente. Tal vez algún viajero había sido víctima de un atentado en aquella parte de la frontera de Alaska. Era, pues, prudente hallarse dispuestos a defenderse a sí mismos, tanto como a defender a los demás.

Un momento después, papá Cascabel y Juan, armados cada uno de un fusil y Sandre y *Clou* provistos de revólveres, abandonaban la *Belle Roulotte*, que Cornelia y los dos perros debían custodiar hasta su regreso.

Marcharon durante algunos minutos, siguiendo la . orilla del bosque.

De cuando en cuando se detenían para prestar atención.

Ningún ruido turbaba la tranquilidad de la selva. Sin embargo, estaban seguros de que los gritos venían de aquella dirección y de muy próxima distancia.

–¡A menos que hayamos sido juguete de alguna ilusión! –indicó papá Cascabel.

–No, padre –declaró Juan–, eso no es posible.

¡Ah! ¿Oyes?

Aquella vez era realmente un llamamiento, no hecho por un hombre, como lo había sido la primera, sino por una voz de mujer o de niño.

La noche era muy oscura, y bajo la sombra de los árboles no se veía a algunos metros de distancia.

Clou había propuesto tomar uno de los faroles del carruaje; pero papá Cascabel se opuso por prudencia, y porque, en resumen, valía más no ser vistos durante el trayecto.

Los gritos se redoblaban; eran bastante distintos para que fuera fácil guiarse siguiendo su dirección.

Hasta parecía que no habría necesidad de internarse en las profundidades del bosque.

En efecto, cinco minutos después, Cascabel, Juan Sandre y *Clou* habían llegado a una pequeña llanura.

Allí dos hombres yacían en el suelo.

Una mujer, arrodillada junto a uno de ellos, sostenía su cabeza entre sus brazos.

Aquella mujer era, sin duda, la que había lanzado los gritos últimamente oídos, y en e! lenguaje chinuco, que comprendía algo papá Cascabel.

La afligida mujer gritó:

–¡Venid, venid! ¡Los han asesinado!

Juan se acercó a aquella mujer espantada, cubierta de la sangre que se escapaba del pecho de aquel hombre, a quien procuraba volver a la vida.

–¡Este respira aún! –aseguró Juan.

–¿Y el otro? –preguntó Cascabel.

–El otro..., yo no sé –contestó Sandre.

Papá Cascabel se puso a escuchar si algunos latidos del corazón, o algún soplo de los labios, denunciaban un hálito de vida en aquel hombre.

–¡Está completamente muerto! –aseguró, al fin.

Lo estaba, en efecto. Una bala le había atravesado las sienes, dejándole muerto instantáneamente.

¿Quién era aquella mujer, cuyo lenguaje indicaba su origen indio?

¿Era joven, o vieja? No podían verlo en la oscuridad, bajo el capuchón que cubría su cabeza.

Pero esto lo sabrían más tarde; ella diría de dónde venía, y también en qué condiciones se había cometido aquel doble asesinato.

Lo más urgente era transportar al campamento al hombre que respiraba todavía, y prestarle 'os auxilios necesarios, con lo cual tal vez conseguirían salvarle.

En cuanto al cadáver de su compañero, volverían a la mañana siguiente para rendirle los últimos deberes.

Así decidido, Cascabel, ayudado de Juan, levantó al herido por los hombros, mientras que Sandre y *Clou* le cogieron por los pies.

Después, volviéndose hacia la mujer, le dijo:

–Seguidnos.

Ésta, sin vacilar, se puso en marcha, enjugando con un pedazo de tela la sangre que manaba del pecho del herido.

No se podía marchar rápidamente. El hombre pesaba mucho y debían, sobre todo, evitarle los movimientos bruscos y las sacudidas, que hubieran podido empeorar su estado.

Cascabel deseaba llevar al campamento de la *Belle Roulotte* un vivo, no un muerto.

Veinte minutos después llegaron todos sin haber tenido ningún mal encuentro.

Cornelia y Napoleona, temiendo que hubieran sido víctimas de alguna agresión, les esperaba con mortal inquietud.

–¡Pronto, Cornelia! –gritó papá Cascabel–. Agua, trapos y todo lo necesario para contener una hemorragia, o este desgraciado va a quedarse en un síncope.

–¡Bueno, bueno! –respondió Cornelia–. Ya sabes que entiendo estos negocios, César; conque, menos palabras, y déjame a mí.

En efecto, lo entendía a las mil maravillas, por haber tenido que curar más de una herida durante el ejercicio de su profesión.

El cuerpo fue colocado sobre una colchoneta, que *Clou* extendió en el primer departamento, y la cabeza, ligeramente levantada, sobre un almohadón.

A la claridad de la lámpara del techo se pudo advertir entonces su rostro, ya descolorido por la palidez de una muerte próxima, y al mismo tiempo el de la india, que estaba arrodillada junto a él.

Era una joven; parecía no tener más de quince o dieciséis años.

–¿Quién es esta niña? –inquirió ahora Cornelia.

–La que ha lanzado los gritos que hemos oído –respondió Juan–, y que hemos encontrado junto al herido.

Éste era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de barba y cabellos grises, de cuerpo vigorosamente constituido, de talla más que mediana, de fisonomía simpática, y cuyo enérgico carácter se revelaba a pesar de la palidez de su rostro y de no poderse ver la mirada, por tener los párpados cerrados.

De vez en cuando se escapaba un suspiro de sus labios; pero no pronunciaba una palabra que permitiese conocer la nación a que pertenecía.

Cuando se descubrió su pecho, Cornelia pudo observar que estaba agujereado por una puñalada entre la tercera y cuarto costillas.

¿Era mortal aquella herida? Sólo un médico hubiera podido decirlo; pero no cabía duda de que debía ser muy grave.

Sin embargo, puesto que la intervención de un médico resultaba imposible en las condiciones en que se encontraban, no había más remedio que atenerse a los cuidados que pudiera prestar Cornelia, y a los medicamentos contenidos en el botiquín de viaje.

Esto es lo que se hizo para detener una hemorragia que hubiera podido producir la muerte.

Más tarde se vería si en el estado de postración absoluta en que el herido se encontraba, sería o no posible transportarlo a la aldea más próxima, sin que papá Cascabel se inquietase por aquella vez de que fuese inglesa.

Después de haber lavado cuidadosamente la herida con agua fresca, Cornelia aplicó compresas empapadas de árnica. Esto bastó para contener la sangre, ya que tanta había perdido

desde el momento de caer herido hasta su llegada al campamento.

–Bueno, Cornelia, ¿qué vamos a hacer? –preguntó su marido.

–Pues colocar al herido en nuestro lecho –respondió su mujer–, y yo velaré para renovar las compresas cuando sea necesario.

–Le velaremos todos –decidió Juan–. ¿Acaso podríamos dormir? Además, hay que estar alerta y prevenidos... ¡Hay asesinos en los alrededores!

Cascabel, Juan y *Clou* levantaron con cuidado al herido y lo colocaron sobre un lecho en el primer departamento. Y entonces, mientras Cornelia se quedaba a su cabecera, espiando una palabra que no se dejó oír, la joven india, cuya dialecto era algo inteligible para papá Cascabel, empezó a contar su historia, que escucharon con atención.

Era realmente de raza india, de una de las razas originarias de Alaska.

En esta provincia, al Norte y al Sur del gran río Yukón, que la riega de Este a Oeste, se encuentran tribus numerosas, nómadas o sedentarias, entre otras los yukones, que forman la principal y tal vez la más salvaje; los newicargots, los tatanas, los kotcho-a-kutchens, y también, más particularmente a la desembocadura del río, los pastoliks, los haveacks, los primskes, los memolutes y los indgeletes.

A esta última tribu pertenecía la joven india, que se llamaba Kayette.

Kayette no tenía ni padre, ni madre, ni pariente alguno; y no solamente las familias desaparecen así, sino tribus enteras de las que no se encuentra ya ninguna señal en el territorio de Alaska.

Así ha sucedido con la de los indgeletes, que residían en otro tiempo al Norte del Yukón.

Kayette, sola en el mundo, se había dirigido hacia el Sur, hacia el interior de aquellas comarcas que tanto conocía por haberlas recorrido muchas veces con los indios nómadas.

Su proyecto era dirigirse a Sitka, la capital, donde contaba entrar al servicio de algún funcionario ruso. Y seguramente la hubieran aceptado, aunque sólo fuera por su rostro dulce y simpático. Era muy bonita; tenía la piel morena, ojos negros con largas pestañas, abundante cabellera negra también, entonces oculta bajo un capuchón de pieles que cubría su cabeza.

Era de mediana estatura, flexible y graciosa a pesar de la hopalanda que la envolvía, cuyos tirantes subían de la cintura a los hombros.

Sabido es que en las razas indias del Norte de América, muchachos y muchachas de carácter vivo y alegre, se forman con rapidez. A los diez años los niños se sirven diestramente del fusil y del hacha. Las muchachas se casan a los quince, y a pesar de su juventud resultan excelentes madres de familia.

Kayette era, pues, más seria, más resuelta de lo que su edad permitía, y el largo viaje que acababa de emprender demostraba la energía de su carácter.

Hacía ya un mes que se había puesto en camino bajando hacia el sudoeste de Alaska, y había llegado a la estrecha banda limítrofe de las islas donde está situada la capital, cuando al rodear el límite del bosque, había oído dos detonaciones y luego gritos desesperados a algunos pasos de distancia.

Eran los mismos gritos que también llegaran hasta el campamento de la ¡Selle Roulotte.

Inmediatamente Kayette se había lanzado hacia la orilla del bosque.

Y sin duda su aproximación debió de dar la voz de alarma, porque apenas si había podido entrever a dos hombres que huían a través de los matorrales. Pero evidentemente los miserables no tardaron en conocer que habían tenido miedo de una niña, y, en efecto, volvían ya para despojar a sus víctimas, cuando la llegada de papá Cascabel y los suyos les volvió a espantar, seriamente aquella vez.

En presencia de aquellos hombres tendidos en e1 suelo, uno de ellos ya cadáver, y el otro

cuyo corazón aún latía, Kayette se puso a gritar clamando socorro, y ya sabemos lo que después había ocurrido.

Los primeros gritos oídos por papá Cascabel, eran los de los sorprendidos viajeros; los segundos eran los de la joven india.

Transcurrió la noche. La *Belle Roulotte* no tuvo que rechazar la agresión de los asesinos, que sin duda se habían apresurado a huir del lugar del crimen.

A la mañana siguiente Cornelia no observó nada nuevo en la situación del herido, que parecía continuar en la misma gravedad.

Kayette demostró entonces cuan útiles podían ser sus servicios, yendo a recoger ciertas plantas cuyas cualidades antisépticas conocía. Las puso en infusión, y después de haber empapado bien en el líquido nuevas compresas, las colocó sobre la herida, que no dejaba ya escapar una gota de sangre.

Durante la mañana se pudo advertir que el herido respiraba con más facilidad; algunos

débiles suspiros, y hasta varias palabras entrecortadas, se escapaban de sus labios.

Resultaba, pues, imposible saber quién era, de dónde venía, adonde iba, lo que hacía sobre la frontera alaskiana, en qué condiciones habían sido atacados él y su compañero, y quiénes eran sus agresores.

De todos modos, si el atentado había sido motivado por el robo, aquellos miserables, obligados a huir por la llegada de la joven india, habían errado el golpe, siendo muy difícil que encontrasen otra ocasión equivalente en aquellos países tan poco frecuentados. En efecto, cuando papá Cascabel registró los vestidos del herido, se encontró en un cinturón de cuero una gran cantidad de monedas de oro, de origen ruso y americano. El total ascendía a quince mil francos, aproximadamente.

Aquel dinero se colocó en sitio seguro, para restituirlo cuando llegase la ocasión.

En cuanto a papeles, no había ninguno, a no ser una cartera de viaje, con algunas notas tomadas en ruso y en francés.

No había, pues, nada para conocer la procedencia e identidad del herido.

A cosa de las nueve, Juan dijo:

–Padre, tenemos un deber sagrado que cumplir con el cuerpo del desgraciado que ha quedado en el bosque sin sepultura.

–Tienes razón, Juan; vayamos allí. Tal vez encontremos sobre él algún escrito que nos proporcione antecedentes. Tú nos acompañarás –concluyó el jefe de la familia dirigiéndose a *Clou*–. Lleva un pico y una pala.

Provistos de aquellos útiles, los tres abandonaron la *Belle Roulotte*, no sin haberse armado, y se dirigieron a lo largo del límite del bosque por el mismo camino que habían seguido el día anterior.

En algunos minutos llegaron al punto en que se había cometido el asesinato.

Adquirieron el convencimiento de que los dos viajeros se habían instalado en aquel sitio para pasar la noche.

Había allí las huellas de haber acampado y los restos de un fuego cuyas cenizas humeaban todavía.

Al pie de un robusto pino veíase amontonada gran cantidad de hierba, sin duda para recibir los cuerpos de los viajeros, y tal vez dormían éstos cuando fueron atacados.

En cuanto al muerto, presentaba ya la rigidez cadavérica.

En su traje, en su fisonomía, en sus manos rudas, fue fácil reconocer que aquel hombre, de treinta años a lo sumo, debía de ser el criado del otro.

Juan registró sus bolsillos. No pudo encontrarle ningún papel. Dinero tampoco. En el cinturón llevaba un revólver de fabricación americana, cargado con seis balas, y del que el desgraciado no había tenido tiempo de servirse.

Luego el ataque había sido rápido, imprevisto, y las dos víctimas habían caído a un tiempo.

En aquel momento, en los alrededores de la plazoleta, el bosque estaba silencioso.

Después de una corta exploración, Juan volvió sin haber visto a nadie. Era evidente que los asesinos no habían reaparecido, porque hubiesen despojado el cuerpo, o por lo menos habrían cogido el revólver, que estaba aún colgado del cinturón.

Durante este tiempo, *Clou* había cavado una fosa bastante profunda para que un cadáver pudiera quedar enterrado al abrigo de las garras de las fieras.

El muerto quedó depositado en ella, y Juan recitó una oración después que la tierra hubo recubierto aquella tumba...

Enseguida papá Cascabel, Juan y *Clou* volvieron al campamento.

Allí, mientras Kayette permanecía a la cabecera del herido, Juan y sus padres se pusieron a conferenciar.

–Puede darse por descontado que si volvemos a tomar el camino de California nuestro hombre no llegará vivo –afirmó Cascabel–. Hay que recorrer cientos y cientos de leguas. Luego lo mejor sería dirigirnos a Sitka, adonde podríamos llegar en tres o cuatro días, si esos malditos polizontes no nos prohibiesen poner los pies en su territorio.

–No hay más remedio que ir a Sitka –respondió resueltamente Cornelia–, y a Sitka iremos.

–Pero ¿cómo? No habremos andado siquiera cinco kilómetros y ya nos habrán detenido.

–No importa, César. Hay que partir, y deprisa. Si encontramos a los agentes, les contaremos lo que ha pasado, y tal vez no rehusarán a este desgraciado lo que nos han rehusado a nosotros.

Cascabel movió la cabeza en señal de duda.

–Mi madre tiene razón –dijo Juan–. Intentemos llegar a Sitka, aun sin procurar obtener de los agentes una autorización que no habían de concedernos. Esto sería perder tiempo. Por otra parte, es posible que nos crean en camino de Sacramento y se hayan alejado.

–Desde hace veinticuatro horas no hemos vuelto a ver ninguno. Ni siquiera han sido atraídos por las detonaciones de ayer noche.

–Es cierto –convino papá Cascabel–; aunque no sería extraño que se hubiesen retirado.

–A menos que... –hizo observador *Clou*, que había venido a tomar parte en la conversación.

–No sigas, que ya sabemos el resto –le atajó.

La observación de Juan era justa, y tal vez lo mejor era tomar el camino de Sitka.

Una hora después *Vermout* y *Gladiador* estaban enganchados.

Perfectamente repuestos durante la larga parada en la frontera, podían hacer una buena jornada en aquel primer día de marcha.

La *Belle Roulotte* partió, pues, abandonando el territorio británico con una satisfacción evidente por parte de papá Cascabel.

–Muchachos, ¡mucho ojo! –advirtió el buen hombre–. En cuanto a ti, Juan, impón silencio a tu escopeta. No debemos llamar la atención.

–Además, que la cocina no se resentirá por eso –añadió la señora Cascabel.

El país, al Norte de la Columbia Británica, aunque bastante escabroso, era de camino fácil, aun a lo largo de los numerosos canales que separan los archipiélagos en el límite del Continente.

No se descubría ninguna montaña hasta los últimos planos del horizonte. A veces, a larga distancia, divisábase una granja aislada, que la familia Cascabel se guardaba muy bien de visitar.

Después de haber estudiado el mapa del país, Juan se orientaba con gran facilidad y esperaba llegar a Sitka sin tener que recurrir a los servicios de un guía.

Pero lo que interesaba, ante todo, era no encontrar ningún agente, ni los de la frontera, ni los del interior. Aquel día parecía que se había dado a la *Belle Roulotte* completa libertad para marchar cómo y por dónde tuviera por conveniente. Así es que papá Cascabel estaba sorprendido y satisfecho.

Cornelia atribuía esto a la Providencia, y su marido no estaba lejos de pensar como ella. Juan se inclinaba a creer que alguna circunstancia había debido modificar los procedimientos de la Administración rusa

Las cosas siguieron de esta suerte durante los días 6 y 7 de junio. Se acercaban a Sitka.

La *Belle Roulotte* hubiera podido, sin duda, marchar más deprisa si Cornelia no hubiese temido las sacudidas para el herido, que Kayette y ella cuidaban sin cesar, la una como una

madre y la otra como una hija. Continuaban temiendo que no llegase vivo al término del viaje.

Si su estado no había empeorado tampoco podían decir que había mejorado.

¿Cómo habían de ser suficientes los pobre recursos que ofrecía su farmacia, lo poco que aquellas dos mujeres se encontraban en disposición de hacer para una herida tan grave, y que necesitaba imperiosamente de la asistencia de un médico?

La abnegación no podía remplazar a la ciencia, por desgracia; pues nunca Hermanas de la Caridad se mostraron más solícitas ni cuidadosas.

Todos habían podido apreciar el celo y la inteligencia de la joven india. Parecía que formaba ya parte de la familia.

Era como una segunda hija que el cielo había dado a mamá Cascabel.

En la tarde del día 7, la *Belle Roulotte* vadeó el río Stekin, pequeña corriente que se arroja en

uno de los estrechos pasos abiertos entre la tierra firme y la isla Baranow, a algunas leguas solamente de Sitka.

Aquel día, por la noche, el herido llegó a pronunciar algunas palabras.

–¡Mi padre..., allá abajo..., volverle a ver...! –murmuraba.

Como estas palabras fueron pronunciadas en ruso, papá Cascabel las había comprendido perfectamente.

El nombre de Iván fue repetido varias veces.

No cabía duda de que era el nombre del pobre criado asesinado cerca de su amo.

Era muy probable que los dos fuesen de origen moscovita.

Sea como quiera, puesto que el herido comenzaba a recuperar la palabra con el recuerdo, la familia Cascabel no tardaría en conocer su historia.

La *Belle Roulotte* llegó aquel día a las orillas del estrecho canal que debe cruzarse para llegar a la isla Baranow.

Había, pues, que recurrir a los bateleros que hacen el servicio de aquellos numerosos estrechos.

Papá Cascabel no podía esperar entrar en relación con las gentes del país ocultándoles su nacionalidad; era, pues, de temer que volviese a presentarse la enojosa cuestión de los pasaportes.

–Pues bien, a pesar de todo, no habrá dejado nuestro ruso de llegar a Sitka.

–Si los policías nos obligan a volver a la frontera, al menos se harán cargo de él, puesto que es uno de sus compatriotas; y ya que nosotros hemos comenzado por salvarle, malo será que ellos no concluyan por curarle.

Razonamiento honrado, sin duda, pero que no dejaba de inquietar a la familia respecto a la acogida que pudieran hacerle. ¡Hubiese sido

tan cruel, una vez en Sitka, tener que emprender de nuevo el viaje a Nueva York!

Mientras el carruaje aguardaba a la orilla del canal, Juan había ido en busca de la barca y de los bateleros que habían de transportarlos a la otra orilla.

En aquel momento, Kayette advirtió al buen Cascabel que su esposa deseaba verle.

Éste se apresuró a reunirse con ella.

–Nuestra herido ha recobrado el conocimiento por completo –anunció Cornelia–. Está hablando, César, y es preciso que procures comprender lo que dice.

En efecto, el ruso había abierto los ojos, miraba en torno suyo y parecía interrogar con la vista a aquellas personas a quienes no conocía. Algunas palabras incoherentes se escapaban de su boca.

Y entonces, con una voz tan débil que apenas se le oía, llamó a su criado Iván.

–Señor –le respondió Cascabel–, vuestro criado no está aquí; pero, en cambio, nos tenéis a nosotros.

A estas palabras, pronunciadas en francés, el herido respondió en el mismo idioma:

–¿En dónde estoy?

–Al lado de gentes que os cuidan, caballero.

–¿Pero este país...?

–Es un país en que nada tenéis que temer, si sois ruso...

–Cierto... soy ruso.

–Pues bien, estáis en Alaska, y a pocos kilómetros de su capital.

–¡Alaska...! –repitió el herido.

Pareció que un sentimiento de terror acababa de revelarse en su mirada.

–¡Los territorios rusos! –exclamó.

–¡No, sino los territorios yanquis!

Juan, que acababa de entrar, era el que hablaba de aquel modo.

Y, al mismo tiempo, por una de las ventanillas entreabiertas de la *Belle Roulotte,* mostraba el pabellón norteamericano flotando sobre uno de los puestos del litoral.

En efecto, Alaska no era rusa desde hacía tres días. En aquel período se había firmado el tratado de anexión, en virtud del cual era cedida por completo a Estados Unidos.

La familia Cascabel no tenía ya nada que temer de los agentes de Rusia.

¡Estaba en un territorio de Estados Unidos!

CAPÍTULO II

SITKA

Sitka, la Nueva Arcángel, era no solamente la capital de la isla Baranow, sino de todo el territorio que había sido cedido al Gobierno federal. Situada sobre la citada isla de Baranow, en medio de los archipiélagos de la costa occidental, no hay otra ciudad más importante en esta región, en la que sólo se encuentran escasos pueblos, o más bien reducidas aldeas, situadas a grandes distancias unas de otras.

Sería más justo llamar a estos pueblos puestos o factorías. La mayor parte de ellas pertenecen a las Compañías norteamericanas, y algunas a la Compañía Inglesa de la Bahía de Hudson. Se comprende, pues, que las comunicaciones sean muy difíciles entre estos puestos, sobre todo durante la mala estación, cuando se desencadenan las tormentas del invierno alaskiano

Hace algunos años. Sitka no era más que un centro comercial poco frecuentado, en que la Compañía ruso-americana conservaba sus depósitos de pieles y peleterías. Pero gracias a los descubrimientos que se hicieron en esta provincia, cuyo litoral confina con los territorios polares, Sitka no tardó en tomar considerable desarrollo, y bajo la nueva administración llegaría a ser una ciudad rica, digna de este nuevo Estado de la Confederación.

Ya en aquella época, Sitka poseía todos los edificios que constituyen lo que se llama una ciudad: un templo protestante, muy sencillo cuya disposición arquitectónica no carecía de majestad; una iglesia griega, con una de esas cúpulas características que no convienen a este celaje nebuloso, tan diferente de los cielos del Oriente; un club, el «Gardens», especie de Tívoli, en que el habitante y el viajero encuentran restaurantes, cafés, tabernas y juegos de todas clases; un «Club de Solteros», cuyas puertas, como su nombre indica, no se abren más que

para los célibes; una escuela y un hospital, y, por último, casas villas y *cottages* pintorescamente agrupadas sobre las colinas de los alrededores Este conjunto tiene por horizonte un extenso bosque de árboles resinosos, que forman un marco de eterno verdor, y más allá una línea de altas montañas, con sus cimas perdidas en la bruma, dominando, sobre la isla de Kruzof, al norte de la isla Baranow, el monte Edgecumbe, cuyo vértice se eleva dos mil metros sobre el nivel del mar.

En suma: si el clima de Sitka no es muy riguroso, si el termómetro no desciende apenas a siete u ocho grados centígrados bajo cero, aunque esta villa está atravesada por el paralelo cincuenta y seis, merecería llamarse la «villa del agua» por excelencia. En efecto; sobre la isla Baranow llueve, cuando no nieva, por decirlo así. No extrañe, pues, si después de haber atravesado el canal en una barca, la *Belle Roulotte* hizo su entrada en Sitka bajo una lluvia torrencial. Papá Cascabel, sin embargo, no pensaba en

quejarse, puerto que había llegado precisamente en una fecha que le daba el derecho de penetrar sin pasaporte.

–He tenido momentos felices en mi existencia, pero jamás tan extraordinarios –repetía–. ¡Estábamos a la puerta, sin poder entrar, y de pronto esta puerta se abre de par en par ante nosotros!

La verdad es que el tratado de cesión de Alaska había sido firmado a tiempo para permitir a la *Belle Roulotte* franquear la frontera. Y sobre esta tierra tan recientemente anexionada a Estados Unidos, no existían ya aquellos intratables funcionarios ni formalidades para las que la Administración moscovita se muestra tan exigente.

Ahora hubiera sido muy sencillo conducir al ruso al hospital de Sitka, en el que los cuidados no le faltarían, o a un hotel, donde el médico vendría a visitarle.

Sin embargo, cuando Cascabel se lo propuso el hombre se resistió a ello.

–Me siento mejor, amigo mío –aseguró–, y si no os molesto...

–¡Molestarnos, caballero! –exclamó Cornelia–.

¿Y qué entendéis por molestarnos?

–Aquí estáis en vuestra casa –añadió papá Cascabel–, y si pensáis otra cosa...

–Pues bien: prefiero no separarme de los que me han recogido.

–¡Cómo queráis, señor! Como os plazca –respondió Cascabel–. Pero lo que sí es preciso es que un médico se apresure a veros...

–¿No puede venir aquí?

–Nada más fácil; iré yo mismo a buscar al mejor de la ciudad.

La *Belle Roulotte* se había detenido a la entrada de Sitka, en la extremidad de un paseo plantado de árboles, que se prolongaba hasta los macizos del bosque. El doctor Harry fue el indicado al buen Cascabel para hacer la visita al ruso.

Después de un detenido examen de la herida, el doctor declaró que no tenía gravedad; la puñalada se había desviado por una costilla. Ningún órgano importante había sido alcanzado, y gracias a las compresas de agua fría y al jugo de las hierbas recogidas por la joven india, la cicatrización empezaba ya, y no tardaría muchos días en avanzar lo bastante para que el herido pudiera levantarse. Iba lo mejor posible, y podía desde luego tomar alimento. Pero seguramente si Kayette no le hubiera encontrado y si la pérdida de sangre no hubiera sido detenida por los cuidados de mamá Cascabel, hubiese muerto algunas horas después del atentado cometido en su persona.

Entonces el doctor Harry dijo que, según él, el asesinato debía de ser obra de ciertos afiliados de la banda Karnof, o de Karnof mismo, que había sido visto en el Este de la provincia.

Este Karnof era un malhechor, de origen moscovita, o, mejor dicho, siberiano, que tenía bajo sus órdenes a una compañía de desertores,

como se encuentran en las posiciones rusas de Asia y de América. En vano la Administración había puesto en campaña sus mejores sabuesos. En vano se habían ofrecido primas considerables para la captura de la banda. Aquellos tunantes, tan temidos como formidables, habían escapado hasta entonces. Y de aquí crímenes frecuentes, robos y asesinatos que habían esparcido el terror, principalmente en la parte meridional del territorio. La seguridad de los viajeros, de los traficantes, de los empleados de las Compañías de píeles, no estaba garantizada, y de seguro este nuevo crimen era obra de la banda Karnof.

Cuando se retiró el doctor Harry dejó a la familia muy tranquilizada por el estado de su huésped.

La intención de Cascabel al detenerse en Sitka había sido la de reposar algunos días, reposo bien ganado por su personal después de un viaje de cerca de setecientas leguas desde Sierra Nevada. Además, esperaba hacer en esta

villa dos o tres buenas colectas, que vendrían a engrosar su pecunio.

–Muchachos, ya no estamos en Inglaterra –anunció–, y, por tanto, podemos permitirnos trabajar delante de los norteamericanos.

Papá Cascabel no dudaba, por otra parte, que el renombre de su familia hubiera ya penetrado hasta en medio del populacho de Alaska, y que se diría en Sitka:

–¡Los Cascabel están dentro de nuestros muros!

Sin embargo, según una conversación que tuvo lugar entre el ruso y el jefe de la familia Cascabel dos días después, estos proyectos fueron algo modificados, salvo en lo que concernía al reposo de algunos días, necesitado por las fatigas del viaje. Este ruso, en concepto de Cornelia, no podía ser más que un príncipe; sabía ahora que las buenas personas que le habían salvado eran pobres artistas ambulantes que recortan América. Toda la familia le había sido

presentada, así como la joven india, a la que debía el haber escapado a la muerte

Una tarde, estando reunida toda la familia, contó su historia; únicamente lo que les importaba conocer de ella. Hablaba el francés con gran facilidad, como si esta lengua hubiera sido la suya, aunque hacía rodar un poco las erres, lo que da al lenguaje moscovita una inflexión a la vez dulce y enérgica, y en la que el oído encuentra cierto encanto.

Lo que contó era extremadamente sencillo.

Nada de aventurero, ni tampoco de novelesco.

El ruso se llamaba Sergio Vassiliovitch, y desde aquel día, con su permiso, no se llamó más que el señor Sergio en la familia Cascabel. De todos sus parientes no le quedaba más que su padre, que habitaba un dominio situado en el Gobierno de Perm, a poca distancia de la ciudad de este nombre. El señor Sergio, llevado por sus instintos de viajero y sus gustos por los

descubrimientos e investigaciones geográficas, había dejado Rusia hacía tres años.

Después de haber visitado los territorios de la bahía de Hudson, se disponía a verificar un reconocimiento en Alaska desde la corriente del Yukón hasta el mar Ártico, cuando fue atacado en las circunstancias siguientes :

Su criado Iván y él acababan de establecer su campamento sobre la frontera, en la noche del 4 de junio, cuando una agresión súbita les sorprendió en su primer sueño.

Dos hombres acababan de arrojarse sobre ellos. Se despertaron, se levantaron, quisieron defenderse..., fue inútil; y, casi de repente, el desgraciado Iván cayó con la cabeza atravesada por una bala.

–Era un servidor tan excelente como honrado –terminó el señor Sergio–. Desde hace diez años vivíamos juntos. Se me había consagrado por completo, y siento su muerte como la de un amigo.

Diciendo esto, el señor Sergio no podía ocultar su emoción, y siempre que hablaba de Iván, sus ojos, húmedos, indicaban cuan sincero era su dolor.

Después añadió que. herido él en el pecho, y habiendo perdido el conocimiento, no sabía lo que había pasado hasta el momento en que, vuelto a la vida, pero sin poder agradecerles sus cuidados, había comprendido que se encontraba en manos de gentes buenas.

Cuando papá Cascabel le hizo saber que el atentado era atribuido a Karnof o a alguno de sus cómplices, el señor Sergio no pareció sorprendido, pues había oído decir que aquella banda realizaba incursiones por la frontera.

–Como veis –dijo para terminar–, mi historia no tiene nada de particular, y la vuestra debe de ser mucho más curiosa. Mi campaña debía terminarse después de la exploración de Alaska. Desde aquí esperaba marchar a Rusia para volver a ver a mi padre, y no abandonar jamás el dominio paterno. Ahora hablemos de

vosotros, y primeramente quisiera saber cómo y por qué, siendo franceses, os encontráis tan lejos de vuestro país, en esta parte de América.

–¿Acaso los saltimbanquis no se pasean por todas partes, señor Sergio? –respondió Cascabel.

–Sin duda; pero me extraña veros tan lejos de vuestra patria.

Entonces el jefe de la familia Cascabel, dirigiéndose a su primogénito, le dijo:

–Juan, cuenta al señor Sergio por qué estamos aquí, y de qué modo volveremos a Europa.

Juan contó todo lo que había sucedido a los huéspedes de la *Belle Roulotte*, desde su salida de Sacramento; y, como deseaba ser comprendido de Kayette, hizo su relato en inglés, que el señor Sergio completaba empleando el lenguaje chinuco.

La joven india escuchaba con la mayor atención. De esta manera supo lo que era la familia Cascabel, a la que estaba tan estrecha-

mente ligada. Supo que los saltimbanquis habían sido robados de todo lo que poseían en el momento en que franqueaban el desfiladero de Sierra Nevada para ganar el litoral del Atlántico, y cómo, faltos de dinero, obligados a modificar sus proyectos, se habían decidido a hacer por el Oeste lo que no podían hacer por el Este.

Después de haber vuelto hacia el Poniente la fachada de la casa ambulante, habían atravesado el Estado de California, Oregón, el territorio de Washington, la Columbia Británica, y se habían detenido en la frontera de Alaska. Allí era imposible pasar ante las formalidades de la Administración rusa, circunstancia feliz, pues esta contrariedad les había permitido prestar socorro al señor Sergio.

Y he aquí por qué los ambulantes franceses, y hasta normandos por el jefe de la familia, se encontraban en Sitka, gracias a la anexión de Alaska a Estados Unidos, que les había abierto las puertas de la nueva posesión.

El ruso escuchó el relato con el mayor interés, y cuando supo que Cascabel se proponía llegar a Europa atravesando toda la Siberia asiática, hizo un ligero movimiento de sorpresa.

Cuando Juan hubo terminado su relato, el ruso concretó:

–¿Así, pues, amigos míos, vuestra intención es la de dirigiros hacia el estrecho de Behring en cuanto dejéis Sitka?

–Justamente, señor Sergio –respondió Juan–, y atravesarlo cuando esté helado.

–¡El viaje que habéis emprendido es largo y penoso, señor Cascabel!

–Sin duda que habrá de serlo, señor Sergio. ¿Qué queréis? No teníamos otro que elegir. Por otra parte, los saltimbanquis no consideran en nada las fatigas, y estamos acostumbrados a correr el mundo.

–Pero en estas condiciones, no esperaréis llegar a Rusia este año.

–No –respondió Juan al ruso–, puesto que el Estrecho no estará franqueable antes de los primeros días de octubre.

–La verdad es que el vuestro no deja de ser un proyecto aventurado y atrevido... –observó el señor Sergio.

–Es posible –admitió Cascabel–; pero, puesto que no se puede hacer de otra manera... Señor Sergio, nos sentimos acometidos por la nostalgia del país. Queremos volver a entrar en Francia, y lo conseguiremos. Y puesto que pasaremos por Perm y por Nijni en la época de las ferias..., procuraremos que la familia Cascabel no haga en ella un papel desairado.

–Muy bien; pero, ¿cuáles son vuestros recursos?

–Algunas colectas que hemos obtenido en el camino, que espero engrosar dando dos o tres representaciones en Sitka. Precisamente la ciudad está de fiesta con motivo de la anexión, e imagino que el público se interesará por los ejercicios de la familia Cascabel.

–Amigos míos, tendría mucho gusto en compartir mi bolsa con vosotros, si no he sido robado... –dijo el ruso.

–¡No lo habéis sido, señor Sergio! –le comunicó vivamente Cornelia.

–¡Ni en medio rublo! –añadió César.

Y llevó el cinturón, en el que se encontraba todo el dinero que poseía el herido.

–Entonces, amigos míos, ¿querréis aceptar...?

–En modo alguno, señor –rehusó papá Cascabel–, para sacarnos de apuros, no podemos consentir que tengáis vos que pasarlos.

–¿Rehusáis compartir conmigo...?

–¡Absolutamente!

–¡Ah, estos franceses! –exclamó el señor Sergio, tendiéndole la mano.

–¡Viva Rusia! –gritó el joven Sandre.

–¡Viva Francia! –respondió el ruso.

Era !a primera vez, sin duda, que este doble grito se cambiaba en estos lejanos territorios de América.

–Ya se ha hablado bastante, señor Sergio –dijo Cornelia–. El médico os ha recomendado calma y reposo, y los enfermos deben obedecer siempre a su médico.

–Os obedeceré, señora Cascabel –declaró el herido–; pero tengo todavía una cuestión que proponer, o, mejor, una petición que haceros.

–A vuestras órdenes, señor Sergio.

–Más bien es un servicio el que espero de vosotros.

–¿Un servicio?

–Puesto que os dirigís al estrecho de Behring, ¿querréis permitirme que os acompañe hasta allí?

–¿Acompañarnos?

–Sí. Este viaje completará mi exploración de Alaska por el Oeste.

–¡Ah! Pues os aseguro que os admitiremos con mucho gusto, señor –exclamó Cascabel.

–Pero con una condición –observó Cornelia.

–¿Cuál es?

–La de que haréis todo lo que sea necesario para restableceros... y sin replicar.

–Con una condición también; y es que, puesto que os acompaño, contribuiré a los gastos del viaje.

–Como gustéis, señor Sergio –declaró Cascabel.

Todo estaba convenido a satisfacción de ambas partes. Sin embargo, el jefe de la familia no creyó deber renunciar a su proyecto de dar algunas representaciones en la gran plaza de Sitka, lo que debía procurarles a la vez honra y provecho.

Toda la región estaba de fiesta con motivo de la anexión a Estados Unidos, y la *Belle Roulotte* no había podido llegar más a propósito para los regocijos públicos.

No hay para qué decir que papá Cascabel había hecho su declaración relativa al atentado cometida en la persona del señor Sergio, y que se dieron órdenes de perseguir con más encar-

nizamiento a la banda Karnof que merodeaba por la frontera.

Era el 17 de junio cuando el ruso pudo salir por primera vez. Estaba mucho mejor, y su herida cicatrizada, gracias a los cuidados del doctor Harry.

Hizo entonces conocimiento con los demás artistas de la compañía; los dos perros, que vinieron a frotar dulcemente sus piernas; *Jako*, que le saludó con un «¿Vamos bien, señor Sergio?», que había aprendido de Sandre; después *John Bull*, del que tuvo a bien aceptar las mejores muecas. No sucedió así con los dos viejos caballos, *Gladiador* y *Vermout*, que no relincharon de alegría hasta que los gratificó con un terrón de azúcar.

El ruso era ya de la familia, así como la joven Kayette. Había notado el carácter seno, el espíritu delicado, las tendencias superiores a su condición que distinguían al hijo primogénito. Sandre y Napoleona le encantaban por su gracia y su vivacidad. *Clou* le divertía por su buena

y honrada estupidez. En cuanto a los esposos Cascabel, no había más que apreciar sus virtudes domésticas. Eran decididamente gentes de corazón, por las que sentía un vivísimo interés.

Entretanto, se ocupaban activamente de los preparativos de la próxima partida. Se trataba de no descuidar nada para asegurar el éxito de este viaje en un recorrido de quinientas leguas desde Sitka hasta el es trecho de Behring. Este país, casi desconocido, no ofrecía grandes peligros, es verdad, ni por parte de las fieras ni por la de los indios nómadas o sedentarios, y nada sería más fácil que hacer alto en las diferentes factorías ocupadas por los empleados de las Compañías de pieles. Lo importante era proveer las necesidades cotidianas de la vida a través de una comarca cuyos recursos, fuera de la caza, debían de ser casi nulos.

Sucedió, pues, que la familia tuvo que discutir todas estas cuestiones con el señor Sergio.

–En primer lugar –dijo papá Cascabel–, es necesario tener en cuenta una circunstancia, y

es que no tendremos que viajar durante la mala estación.

–Felizmente –observó el ruso–; porque son crueles los inviernos en Alaska, en el límite del círculo polar.

–Y después no iremos a ciegas –añadió Juan–. El señor Sergio debe de ser un sabio geógrafo...

–¡Oh! –sonrió el aludido–. Un geógrafo en medio de los países que no conoce se ve muy apurado para encontrar su camino. Pero, con ayuda de las cartas, el buen amigo Juan ha llegado hasta aquí, y espero que entre los dos haremos en lo sucesivo lo que podamos. Por otra parte, tengo una idea que os comunicaré más adelante.

Desde el momento que el señor Sergio tenía una idea, no podía menos de ser excelente, y se le de ¡ó que la madurase largo tiempo para ponerla en ejecución.

Como no faltaba el dinero, papá Cascabel renovó sus provisiones de harina, grasa, arroz,

tabaco y, sobre todo, de té, del que se hace un consumo excesivo en la región de Alaska, se procuró también jamones, carne salada de vaca, bizcochos y gran cantidad de conservas en el depósito de la Compañía ruso-americana. El agua no faltaría en el camino con los afluentes dei Yukón, pero sería mejor mezclada con un poco de azúcar y coñac, o más bien de vodka, especie de aguardiente muy apreciado de los rusos. Se compró, pues, azúcar y vodka en cantidades suficientes En cuanto al combustible aunque los bosques debieran suministrarlo, la *Belle Roulotte* llevó una tonelada de excelente carbón de Vancouver; nada más que una tonelada, por no recargarla en demasía.

El segundo departamento había sido dispuesto para recibir una hamaca suplementaria, en la que el señor Sergio se encontraba muy a gusto, y que fue provista de una buena colchoneta. Se hizo igualmente acopio de mantas y pieles de liebre, tan en uso entre los indios durante el invierno. Por otra parte, para el caso en

que fuera necesario comprar algunos objetos en el camino, el ruso se proveyó de chucherías de cristal, telas de algodón, cuchillos y tijeras baratas, que forman la moneda corriente entre traficantes e indígenas. Como les era permitido contar con la caza, puesto que la mayor, gamos y renos, y la menor, liebres, faisanes, ocas y perdices, abundan en el territorio, se adquirió pólvora y plomo en cantidad conveniente. El señor Sergio pudo asimismo procurarse dos fusiles y una carabina, que completaron el arsenal de la *Belle Roulotte.* Era buen tirador, y tendría sumo placer en cazar acompañado de su amigo Juan.

No hay que olvidar, por otra parte, que la banda Karnof recorría el país por las cercanías de Sitka, y era necesario prevenirse contra una agresión de aquellos malhechores, y, si preciso era, recibirlos como merecían.

–A las preguntas que nos puedan hacer esas gentes indiscretas –hizo observar el jefe de la familia– la mejor respuesta es una bala en medio del pecho...

–A menos que no sea en la cabeza –hizo observar juiciosamente *Clou de Girofle*.

Gracias al comercio que la capital de Alaska mantenía con las diversas ciudades de la Columbia Británica y los puertos del Pacífico, el señor Sergio y sus compañeros pudieron adquirir, sin pagar precios muy exagerados, todos los objetos necesarios para hacer una larga travesía por un país desierto.

Estas compras no se terminaron hasta la penúltima semana del mes de junio, y la partida se fijó definitivamente para el 26. Como no había que soñar en atravesar el estrecho de Behring antes que estuviera completamente ocupado por los hielos, había tiempo de sobra para llegar allí. Sin embargo, convenía contar con los retrasos posibles, obstáculos imprevistos, y más valía llegar pronto que tarde. En Port Clarence, que está situado sobre el litoral mismo del estrecho, se descansaría esperando el momento favorable.

Y durante este tiempo, ¿qué hacía la joven india?. Nada más sencillo. Ayudaba con mucha inteligencia a mamá Cascabel en todos los preparativos del viaje. Esta excelente mujer había tomado por ella un cariño maternal: la amaba casi como a Napoleona, interesándose más cada día por su nueva hija. Todos, por otra parte, experimentaban un cariño profundo hacia Kayette, y sin duda la pobre niña gozaba de una dicha que no había jamás conocido en medio de las tribus nómadas, bajo la tienda de los indios. Cada cual vería, pues, llegar con gran tristeza el momento en que Kayette se separase de la familia. Pero al presente, sola en el mundo, ¿no debía quedarse en Sitka, puesto que había venido con el fin de dedicarse al servicio y ganar su vida, quizás en condiciones miserables?

Algunas veces el buen Cascabel decía:

–Si esta gentil Kayette tuviera afición al baile, puede que la propusiera... ¡Hum! ¡Qué encantadora bailarina haría! Y también, ¡qué graciosa *ecuyére* si quisiera debutar en un circo! Estoy seguro que montaría a caballo como un centauro.

Papá Cascabel creía firmemente que los centauros eran unos excelentes jinetes, y no hubiera sido posible hacerle creer lo contrario.

Viendo que Juan movía la cabeza cuando su padre hablaba así, comprendía el señor Sergio que aquel muchacho serio y reservado estaba lejos de participar de las ideas paternas en lo que concernía a la acrobacia.

Se preocupaba mucho por Kayette, de lo que sería de ella, de la existencia que la esperaba en Sitka, y esto derramaba cierta sombra de tristeza, cuando la víspera de la partida, el señor Sergio, llevándola de la mano, la presentó delante de la familia reunida.

–Amigos míos –anunció–, antes no tenía hijos, ahora, en cambio, tengo una hija adopti-

va. Kayette consiente en considerarme como a su padre, os pido para ella un sitio en la *Belle Roulotte.*

Varios gritos de júbilo respondieron a las palabras del ruso, y ¡cuántas caricias se prodigaron a la dulce y querida muchacha! Por su parte, ¡con qué placer había aceptado la proposición del señor Sergio!

El bueno de papá Cascabel no pudo menos de decir a éste, con evidente emoción:

–¡Qué bueno sois!

–¿Bueno? ¿Por qué. amigo mío? –respondió el ruso–. ¿Habéis olvidado lo que Kayette ha hecho por mí? ¿No es natural que la mire como a mi hija, puesto que le debo la vida?

–¿Ah, sí? Pues en ese caso reclamo una parte en tal parentesco –decidió el jefe de la familia Cascabel–. Puesto que sois su padre, yo seré su tío.

CAPÍTULO III

HACIA EL FUERTE YUKÓN

Amanecía el día 26 de junio, cuando el carro de Cascabel «levó anclas», empleando una de las frases metafóricas, familiar a su comandante. Falta saber, para completar aquella metáfora por la frase del inmortal Prudhomme, si no llegaría a navegar sobre un volcán.

Esto no era imposible en sentido figurado: primero, porque las dificultades del camino serían físicamente grandes; después, porque los volcanes, extinguidos o no, no

faltan sobre la costa septentrional del mar de Behring.

La *Belle Roulotte* dejó, pues, la capital de Alaska en medio de las mil aclamaciones que acompañaron ruidosamente a su salida. Eran las de numerosos amigos, de quienes la familia había recogido los aplausos y también los rublos durante los pocos días pasados en las puertas de Sitka. La palabra «puerta» es más justa de lo que parece. En efecto, la ciudad está rodeada de una empalizada fuertemente construida que no permite la entrada más que por algunas aberturas, que sería difícil franquear sin permiso.

Indudablemente las autoridades rusas han debido hacer esto para prevenirse contra la afluencia de los indios kaluches, que vienen a instalarse lo más comúnmente entre las riberas del Stekin y del Tchilcat, en los alrededores de Nueva Arkángel. Allí se levantan sus chozas, que son de construcción muy rudimentaria; una puerta baja da entrada a una habitación

circular, algunas veces dividida en dos departamentos, solamente iluminados por un agujero practicado en la parte superior, y que permite la salida de los humos del hogar. El conjunto de estas chozas forma como un arrabal de Sitka, un arrabal extramuros. Después de la puesta del sol ningún indio tiene el derecho de permanecer en la ciudad. Prohibición justa que necesitan las relaciones entre los pieles rojas y los rostros pálidos. Fuera de Sitka, la *Belle Roulotte* tuvo primeramente que atravesar una serie de estrechos pasos por medio de barcas dispuestas al objeto, a fin de ganar el fondo de un golfo sinuoso, terminado en punta, y llamado Lyan Canal.

A partir de este punto estaban en tierra firme.

El plan de viaje, o mejor el itinerario, había sido cuidadosamente estudiado por el señor Sergio y Juan sobre los mapas a gran escala que había sido fácil procurarse en «Gardens Club». Kayette, que conocía bien el país, había sido

llamada para dar su opinión en esta circunstancia. Su viva inteligencia le había permitido comprender las indicaciones de la carta puesta ante sus ojos. Se expresaba en un lenguaje mitad indio, mitad ruso, y sus observaciones fueron muy útiles para la discusión. Se trataba de tomar, si no el camino más corto, al menos el más fácil para llegar a Port Clarence, situado sobre la ribera este del Estrecho.

Se convino, pues en que la *Belle Roulotte* siguiese las orillas del gran río Yukón hasta la altura del fuerte que ha tomado el nombre de esta corriente. Estaban casi a la mitad de camino, o sea a doscientas cincuenta leguas de Sitka. Así evitarían las dificultades de un camino a lo largo del litoral, en que la costa es en parte montañosa. Por el contrario, el valle del Yukón se desarrolla entre las complicadas cadenas del Oeste y las Montañas Rocosas, que separan Alaska del valle, del Mackenzie y del territorio de la Nueva Bretaña.

De ahí que algunos días después de su partida la familia Cascabel había visto desaparecer hacia el Sudoeste los perfiles desiguales de la costa que dominan a gran altura el monte Fairweather y el monte San Elías.

La distribución de las horas de marcha y de descanso, estudiada con cuidado, había sido seguida con todo rigor. No había que apresurarse por ganar el Estrecho de Behring y más valía ir piano para llegar sano. Lo importante era no cansar demasiado a los dos caballos, pues no podrían ser remplazados más que por un tiro de renos si se les desgraciaban, eventualidad que convenía evitar a todo trance.

Por ello se partía a las seis de la mañana; al mediodía se dedicaban dos horas al descanso, y vuelta a marchar hasta las seis de la tarde; después descanso durante toda la noche. Esto daba un recorrido medio de veinticinco a treinta kilómetros diarios.

De haber sido necesario, nada hubiese sido más fácil que el viajar de noche, porque, según

la observación de papá Cascabel, el sol de Alaska no abusa del lecho.

–¡Apenas se acuesta, se levanta! –decía una y otra vez–. ¡Veintitrés horas de luz, y, sin embargo, no se le paga más!

Ciertamente, en aquella época, es decir, alrededor del solsticio de verano, y en esta alta latitud, el sol desaparece a las once y diecisiete minutos de la noche, y reaparece a las once y cuarenta y nueve, o sea treinta y dos minutos de eclipse bajo el horizonte. Y hasta el crepúsculo, que continúa después de él, mezcla sin interrupción su claridad con la del nuevo amanecer.

En cuanto a la temperatura, era caliente, y, a veces, sofocante. En estas condiciones hubiera sido más que imprudente no hacer alto durante las horas ardientes del mediodía. Personas y animales sufrían sensiblemente estos calores excesivos.

¿Se creerá que, en el límite del círculo polar, el termómetro marca a veces treinta grados centígrados sobre cero? Pues es muy cierto.

Sin embargo, si el viaje se verificaba con seguridad y sin grandes dificultades, Cornelia, abrumada por estos insoportables calores, se quejaba, no sin razón.

–¡Bien pronto echaréis de menos lo que ahora os parece tan difícil soportar! –le aseguró un día el señor Sergio.

–¿Semejante calor? ¡Jamás! –exclamó ella.

–No digas tal, madre –añadió Juan–, sufrirás bien pronto los efectos del frío, más allá del estrecho de Behring, cuando atravesemos las estepas de Siberia.

–Estoy conforme en que así será, señor Sergio –respondió Cascabel–. Mas no por eso es menos cierto que ahora no podemos defendernos contra el calor, y, en cambio, ayudándonos con el fuego, nos será posible combatir el frío.

–Sin duda, amigo mío –replicó el ruso–; y eso tendréis que hacer durante algunos meses, porque el frío será terrible, no lo dudéis.

Después de una semana de haber caminado a través de los cañones (estrechas gargantas caprichosamente recortadas en medio de colinas de mediana altura) la *Belle Roulotte* vio desarrollarse delante de sí largas planicies entre los poco espesos bosques de este territorio.

Aquel día se costeó un pequeño lago, el lago de Dease, en donde nace el río Lewis, uno de los principales afluentes del Bajo Yukón.

Kayette lo reconoció y dijo:

–Sí, éste es el *cargout*, que va a desembocar en nuestro gran río.

Después hizo saber a Juan que, en lenguaje del país, la palabra *cargout* significa precisamente arroyo.

Durante este viaje, sin obstáculos ni fatigas, no descuidaban los artistas de la *troupe* Cascabel ensayar sus ejercicios, sostener la fuerza de sus músculos, la agilidad de sus miembros y la

destreza de sus manos. A menos que el calor no lo impidiera, cada campamento se transformaba por la noche en un circo, que tenía por únicos espectadores al señor Sergio y a Kayette.

Los dos admiraban entonces las proezas de esta valerosa familia; la joven india con alguna sorpresa y el ruso con benevolencia.

Los esposos Cascabel levantaban pesos con los brazos extendidos, y jugaban con los balancines; Sandre se retorcía con las dislocaciones y contorsiones que constituían su especialidad; Napoleona se aventuraba en la cuerda tirante, entre dos caballetes, y desplegaba sus gracias de bailarina, mientras que *Clou* hacía gala de sí mismo ante un público absolutamente imaginario.

Con seguridad, Juan hubiera preferido permanecer con sus libros, instruirse conversando con el señor Sergio o instruir a Kayette que, gracias a él, hacía rápidos progresos en la lengua francesa; pero su padre exigía que no perdiese nada de su notable destreza de equili-

brista, y por obediencia hacía voltear los vasos, anillos, bolas, cuchillos y bastones; aunque muy en otra cosa estaba pensando el pobre muchacho.

Una cosa que le había producido gran satisfacción era que el buen Cascabel había renunciado a su proyecto de hacer de Kayette una artista ambulante. Desde que la joven había sido adoptada por el señor Sergio, hombre rico e instruido, perteneciente a buena familia, su porvenir estaba asegurado, y en las mejores condiciones.

Como decimos, esto llenaba de satisfacción al bravo Juan, aunque por otra parte experimentaba un disgusto real, pensando que Kayette les dejaría cuando estuvieran en el estrecho de Behring. Y esto no sucedería si hubiera formado parte de la *troupe* en concepto de bailarina.

Pero Juan experimentaba por ella una amistad demasiado viva para no regocijarse pensando en que había sido adoptada por el

señor Sergio. ¿Acaso él mismo no tenía sumo afán por cambiar de oficio? Obedeciendo a sus instintos más elevados, no se creía a propósito para aquella existencia de saltimbanqui; y ¡cuántas veces sobre las plazas públicas había sentido vergüenza de los aplausos que le valía su notable destreza!

Paseándose una tarde con el señor Sergio le confesó por completo sus aspiraciones y deseos. Le dijo lo que hubiera querido ser. de lo que se creía con legítima ambición. Quizá se vería obligado a continuar corriendo el mundo, a exhibirse en las fiestas de pueblo, a proseguir en este oficio de gimnasta y acróbata; quizá sus padres llegarían a vivir con algún desabrigo; tal vez acabaría él por adquirir alguna fortuna. Pero entonces sería demasiado tarde para entrar en una carrera más honrosa.

–No reniego de mi padre ni de mi madre, señor Sergio –concluyó–. ¡Oh, no! ¡Si lo hiciese sería un ingrato! ¡Todo lo que podían hacer, lo

han hecho! ¡Han sido tan buenos para sus hijos! Sin embargo, siento que podría llegar a ser un hombre, y no estoy destinado más que a ser un pobre saltimbanqui.

–Te comprendo, amigo mío –le aseguró el ruso–. Pero permíteme que te diga que, sea cualquiera el oficio que se ejerza, ya es algo el haberlo ejercido honradamente. ¿Conoces tú gente más honrada que tu padre y tu madre?

–Claro que no.

–Pues bien, continúa estimándolos como los estimo yo mismo. Queriendo elevarte, das pruebas de tu noble condición. ¿Quién sabe el porvenir que te está reservado? ¡Ten valor, hijo mío, y cuenta con mi apoyo! ¡No olvidaré jamás lo que tu familia ha hecho por mí; no, jamás! Y algún día, si puedo...

Y mientras hablaba de este modo, Juan observaba que la frente del ruso se oscurecía, que su voz era menos segura. Parecía mirar el porvenir con ojos inquietos. Hubo un instante de silencio, que Juan interrumpió, diciendo:

–Una vez llegado a Port Clarence, ¿por qué no continuáis el viaje con nosotros, señor Sergio? Puesto que tenéis intención de volver a Rusia...

–Eso es imposible, Juan– respondió el señor Sergio–. No he acabado la exploración emprendida a través de los territorios del oeste de América.

–¿Marchará Kayette con vos? –murmuró Juan.

Y lo dijo con una voz tan triste, que el señor Sergio no pudo oírle sin sentir profunda emoción.

–¿No es necesario que me acompañe –repuso– habiéndome encargado de su porvenir?

–Así, pues, Kayette no se separaría de vos, señor Sergio, y en vuestro país...

–Hijo mío –manifestó el caballero–, mis proyectos no están definitivamente resueltos. Esto es todo lo que puedo decirte por el momento. Cuando esté en Port Clarence, vere-

mos... Quizás haga a tu padre cierta proposición, y de ella dependerá sin duda todo...

Juan sintió renacer la excitación que ya había notado en las palabras del ruso. Esta vez no insistió, comprendiendo que quería mantenerse en su extremada reserva.

Pero después de esta entrevista, hubo más estrecha simpatía entre los dos. El señor Sergio había adivinado todo lo que existía de bueno, de justo, de elevado en este muchacho, tan recto, tan franco. Se ocupaba, pues, de instruirle, dirigiéndole hacia los estudios a que le encaminaban sus gustos. En cuanto a los esposos Cascabel, no debían más que felicitarse de lo que el señor Sergio hacía por su hijo.

Juan no se descuidaba tampoco en ejercer sus funciones de cazador. El señor Sergio, muy apasionado por este ejercicio, le acompañaba a menudo, y entre dos disparos, ¡cuántas cosas se pueden decir! Por otra parte, estas llanuras eran muy abundantes en caza.

Había liebres para alimentar toda una caravana, Y no solamente desde el punto de vista comestible tenían utilidad, sino que, como decía Cascabel, además de los guisos y asados que con ellas podían hacerse, llevaban encima, corriendo por la pradera, capotes, boas, manguitos y mantas.

–En efecto, amigo mío –confirmó el ruso–, y después de haber servido bajo una forma, servirán no menos ventajosamente bajo otra en vuestro guardarropía. Todo lo que se haga es poco para prevenirse contra los rigores del clima siberiano.

Se hacía, pues, gran provisión de estas pieles, economizando además las conservas para la época en que el invierno pusiera en fuga la caza de las comarcas polares.

Cuando los cazadores no traían ni perdices ni liebres, no desdeñaba Cornelia poner en el puchero un cuervo o un grajo, a la moda indiana, y la sopa tío dejaba por eso de ser excelente.

De vez en cuando, el señor Sergio o Juan sacaban de su morral un magnífico faisán, y fácilmente se comprenderá qué buen papel haría este guisado sobre ¿a mesa.

La *Belle Roulotte* no tenía, pues que temer la visita del hambre. Es verdad que no estaba todavía sino en la parte más fácil de su azaroso itinerario.

Una molestia, mejor un tormento, que no ha Día medio de evitar, eran las importunidades de los mosquitos. Papá Cascabel los encontraba muy desagradables ahora que no estaba en tierra inglesa. Y sin duda su desazón hubiera excedido a toda medida si las golondrinas no hubieran hecho de ellos un consumo extraordinario.

Pero estas golondrinas no tardarían en emigrar hacia el Sur, porque su estancia es de corta duración

El 9 de julio la *Belle Roulotte* llegó a la confluencia de dos corrientes, una tributaria de la otra Era el río Lewis que desemboca en el Yu-

kón por una ancha abertura de su ribera izquierda.

Kayette hizo observar que este río. en la parte superior de su curso, recibe el nombre de río Peily. A partir de la embocadura del Lewis se dirige francamente hacia el Noroeste, antes de desviarse hacia el Oeste, para ir a verter sus aguas en un vasto estuario del mar de Behring.

En la confluencia del Lewis se levanta un puesto, el fuerte Selkirk, menos importante que el fuerte Yukón, situado a un centenar de leguas hacia abajo sobre la ribera derecha del río.

Desde la salida de Sitka, la joven india había hecho grandes servicios guiando a la *troupe* con pasmosa seguridad. Ya durante su vida nómada había recorrido estas llanuras que riega el gran río de Alaska. Interrogada por el señor Sergio acerca de su infancia había referido su vida tan penosa, cuando las tribus indgeletes se trasladaban de un punto a otro del valle del Yukón; después, la dispersión de la tribu y la desaparición de su familia. Y entonces, no

teniendo ya parientes, se había visto obligada a abrazar el oficio de sirvienta en casa de algún funcionario o agente de Sitka. Más de una vez Juan le hizo volver a empezar su historia, y experimentaba siempre profunda emoción.

En los alrededores del fuerte Selkirk encontraron algunos de aquellos indios que viven errantes sobre las riberas del Yukón, particularmente los birch, nombre que Kayette traducía así: «Gentes del abedul.»

Realmente, existen gran número de estas especies de las altas latitudes en medio de los pinos Douglas y de los arces, de los que está sembrado el centro de Alaska.

El fuerte Selkirk, ocupado por algunos empleados de la Compañía ruso-americana, no es, a decir verdad, más que un depósito de peleterías; en él, los negociantes del litoral vienen a efectuar sus compras en épocas determinadas.

Estos empleados., gozosos por una visita que rompía la monotonía de su existencia, hicieron buena acogida al personal de la *Belle*

Roulotte. Papá Cascabel resolvió descansar veinticuatro horas.

Se decidió también que el coche atravesase el río Yukón en este punto, con el fin de no tener que franquearlo más tarde, y quizás en condiciones menos favorables. En efecto, su cauce ganaba en anchura y su corriente en rapidez a medida que se desarrollaba hacia el Oeste.

El señor Sergio fue el que dio este consejo después de haber estudiado sobre el mapa el trazado del Yukón que cortaba el itinerario de Port Clarence.

Una barca transportó, pues, a la *Belle Roulotte* sobre la ribera derecha, con la ayuda de los agentes y de los indios avecindados alrededor del fuerte Selkirk, y que explotan las aguas del río, tan abundantes en pesca.

La llegada de la familia no les resultó del todo inútil, y a cambio de sus servicios pudieron recibir uno, cuya importancia apreciaron en lo mucho que valía.

El jefe de la tribu se encontraba gravemente enfermo; por lo menos así hubiera podido creerse. Ahora bien; no tenían más remedios ni más médico que el mago tradicional y los medicamentos mágicos usados entre los indígenas. Hacía algún tiempo que este jefe había sido acostado en la plaza del pueblo, donde ardía una gran hoguera noche y día. Los indios, reunidos a su alrededor, cantaban a coro una invocación al Gran Manitú, mientras que el mago ensayaba sus mejores sortilegios a fin de arrojar el mal espíritu introducido en el cuerpo del enfermo. Y para conseguirlo mejor, trataba de introducir dicho espíritu en su propia persona; pero éste, cada vez más terco, no quería abandonarle.

Afortunadamente, el señor Sergio, que tenía algunos conocimientos de medicina, pudo prestar al jefe indio los cuidados que su estado reclamaba.

Cuando el ruso le hubo examinado, diagnosticó sin trabajo la dolencia del augusto en-

fermo; y recurriendo al botiquín de viaje le administró un enérgico vomitivo, que todas las ceremonias practicadas por el mago no hubieran podido remplazar.

La verdad es que este jefe tenía una indigestión de primer orden, y las enormes cantidades de té que absorbía desde dos días antes no bastaban a combatirla.

No murió, pues, con gran satisfacción de su tribu, lo que privó a la familia Cascabel de asistir a las ceremonias que acompañan al entierro de un soberano.

Y aun la palabra entierro no es la más apropiada tratándose de funerales indios. Allí no se da tierra al cadáver; se le deja en el aire a algunos pies del suelo, y en el fondo del ataúd, y como para servirle en el otro mundo, se depositan su pipa, su arco, sus flechas, sus raquetas y las pieles más o menos preciosas con que se abrigaba en el invierno.

Y durante su eterno sueño, la brisa le mece como a un niño en su cuna.

Después de las veinticuatro horas pasadas en el fuerte Selkirk, la familia Cascabel marchó, con permiso de los indios y de los empleados, conservando un buen recuerdo de este primer descanso sobre la ribera del río. Subió la corriente del río Pelly por una especie de ribazo bastante pedregoso, y que el tiro pasó sin gran trabajo. Por último, el 27 de julio, diecisiete días después de haber abandonado el fuerte Selkirk, llegaron al fuerte Yukón.

CAPÍTULO IV

UNA ASTUCIA DE CORNELIA CASCABEL

Recorriendo la ribera derecha del río, la *Belle Roulotte* había hecho el viaje comprendido entre el fuerte Selkirk y el fuerte Yukón. Se había mantenido a una distancia variable, con objeto de evitar las revueltas que se hubiera visto precisada a hacer siguiendo la corriente, interrumpida por numerosas cortaduras, cuyas avenidas formaban a veces impracticables lagunas. Así ocurría por este lado al menos, porque a la izquierda algunas colinas de mediana altura encauzan el valle, prolongándose hacia el Noroeste. También hubiera sido molesto franquear ciertos pequeños afluentes del Yukón, entre otros el Stewart, que no está servido por barcas, si durante la estación cálida no se hubiera podido vadear con el agua a media pierna solamente. Todavía papá Cascabel y los suyos se hubieran visto más apurados sin la presencia de Kayette, que, co-

nociendo bien este valle, pudo indicarles los pasos practicables.

Era en verdad gran fortuna el tener a esta joven india por guía. Por otra parte, ¡era ésta tan dichosa sirviendo a sus amigos; estaba tan contenta por encontrarse en medio de una nueva familia, tan gozosa en recibir todavía las maternales caricias, de que se creía privada para siempre...!

El país estaba cubierto de bosque en su parte central, ondulado por ligeras tumescencias en diversos puntos; pero no era éste ya el aspecto de los alrededores de Sitka.

En efecto: el rigor de un clima sometido a ocho meses de un invierno ártico, no permite a la vegetación desarrollarse. Por consiguiente, las especies propias de estas regiones pertenecen únicamente, a excepción de algunos álamos, cuya cima se redondea en curva, a la familia de los pinos y de los abedules. También se encuentran algunos grupos de tristes sauces, secos y descoloridos, cuyas hojas desaparecen

pronto a impulso de las agudas brisas procedentes del océano Glacial.

Durante el trayecto del fuerte Selkirk al fuerte Yukón, la caza fue bastante productiva, y no hubo necesidad de tocar a las reservas para la alimentación cotidiana. Había tantas liebres como se quería, y en realidad los convidados se iban cansando de ellas Es verdad que hubieran podido alternar con guisados de ocas y patos silvestres, sin contar con los huevos de estos volátiles, que Sandre y Napoleona sacaban diestramente de los nidos. Y Cornelia, que cifraba su orgullo en esto, sabía preparar los huevos de tantas maneras que siempre los presentaba de distinto modo.

–¡He aquí un país en que se vive a gusto! –comentó un día *Clou de Girofle* acabando de roer un soberbio caparazón de oca–. ¡Es una lástima que no esté situado en el centro de Europa o de América!

–Si estuviese en el centro de países habitados –observó el señor Sergio–, es probable que la caza no fuera tan abundante.

–A menos que... –replicó el testarudo *Clou*.

Una mirada del jefe de la *troupe* le hizo callar, y le ahorró la tontería que seguramente iba a decir.

Si la llanura era abundante en caza, hay que notar también que los créeles, los ríos tributarios del Yukón, suministraban excelentes peces, que Sandre y *Clou* cogían sin trabajo, sobre todo sollos magníficos. No tenían más que el trabajo, o más bien el placer de entregarse a la pesca, sin tener que gastar nunca ni un sueldo, ni un centavo.

¡El gasto! ¿Qué le importaba el gasto al joven Sandre? ¿No estaba asegurado, gracias a él, el porvenir de los Cascabel? ¿No poseía su famosa pepita? ¿No había ocultado en un rincón del coche, que él solo conocía, el precioso pedrusco encontrado en el valle del Caribú? ¡Sí! Y hasta entonces el pilluelo había sido bastante

dueño de sí para no decir nada, esperando con paciencia el día en que pudiera transformar su pepita en buena moneda de oro. ¡Qué gusto entonces hacer gala de su riqueza! Lo destinaba a su padre, a su madre, y he aquí una fortuna que reparaba sobradamente el robo cometido en los pasos de Sierra Nevada.

Cuando la *Belle Roulotte* llegó al fuerte Yukón, después de una serie de rápidas jornadas, todos sus moradores estaban sumamente fatigados. Se decidió que el descanso en este lugar duraría una semana.

–Podéis hacerlo tranquilamente –indicó el señor Sergio–. Ya que el fuerte no está más que a mil kilómetros de Port Clarence. Hoy no estamos más que a 27 de julio, y hasta dentro de dos meses, quizá tres, no será posible cruzar el estrecho de Behring.

–Comprendo –aseguró Cascabel– y puesto que tenemos tiempo... ¡a descansar!

Esta decisión fue recibida con la misma satisfacción por el personal de dos pies de la *Belle Roulotte*, como por el de cuatro patas.

La fundación del fuerte Yukón tuvo lugar en el año 1847. Este puesto, el más alejado hacia el Oeste de todos los que posee la Compañía de la Bahía de Hudson, está situado casi en el límite del círculo polar. Pero como se encuentra en tierras de Alaska, esta Compañía paga una indemnización anual a su rival la Compañía ruso-americana.

En 1864 se comenzaron las construcciones actuales, que están rodeadas por una empalizada, y acababan de terminarse cuando la familia Cascabel llegó al fuerte Yukón con intención de permanecer en él algunos días.

Los agentes les ofrecieron espontáneamente hospitalidad en el recinto del fuerte. No faltaba sitio ni en los patios ni bajo techado; pero el buen Cascabel prefería no dejar su cómodo carruaje.

En realidad, si la guarnición del fuerte no comprendía más que una veintena de agentes, americanos la mayor parte, con algunos indios a su servicio, los indígenas se contaban por centenares en los alrededores de Yukón.

En efecto: en este punto central de Alaska es donde se mantiene con más actividad el tráfico de peleterías y de cueros. Allí se aglomeran las diversas tribus de la provincia, los kotcho-a-kutchens, los ankutchins, los tatanchoks, los tatanas y, principalmente, los indios que forman la nación más importante de la comarca, los yukones, limítrofes del gran río.

La situación del fuerte es muy ventajosa para el cambio de las mercancías, punto que se eleva en el ángulo que forma el Yukón con su confluente el Porcupine. Allí el río se subdivide en cinco canales, que permiten a los traficantes penetrar más fácilmente en el interior del territorio y comerciar con los esquimales por la corriente del Mackenzie.

Así es que esta red líquida está cubierta de embarcaciones, que la bajan o la suben, sobre todo los llamados baidares, especies de esquifes ligeros de piel barnizada, cuyas costuras se engrasan para hacerlas más impermeables.

En estos frágiles barco los indios se aventuran en trayectos considerables, no impidiéndoles, por otra parte, transportarlas a hombros cuando alguna corriente rápida o alguna barrera viene a oponer un obstáculo para la navegación.

Estas embarcaciones sólo acostumbran a servir tres meses, a lo sumo. Durante el resto del año, las aguas están aprisionadas bajo una espesa capa de hielo. Entonces el baidar cambia de nombre y se le llama trineo. Este vehículo, cuya punta, encorvada como la proa de una embarcación, por medio de correas de piel de danta, está tirado por perros o renos, se dirige fácilmente, y se mueve con la mayor rapidez. Los viajeros, con sus largos patines en los pies, se mueven más deprisa todavía.

¡Siempre afortunado César Cascabel! Había llegado muy a propósito al fuerte Yukón, puesto que el mercado de peleterías se encontraba en aquella época en todo su apogeo. Por tanto, varios centenares de indios habían acampado en los alrededores de la factoría.

–¡Que el diablo nos lleve –gritó–, si no nos aprovechamos! ¡Es una verdadera feria, y no olvidemos que somos artistas ambulantes! ¡Ahora mejor que nunca es la ocasión de demostrar nuestra aptitud para estos trabajos...! ¿Veis en ello algún inconveniente, señor Sergio?

–Ninguno, amigo mío –aseguró el ruso–, pero dudo que podáis tener buenas entradas.

–¡Bah! Cubrirán siempre nuestros gastos, puesto que no tenemos ninguno.

–Nada más cierto –admitió el señor Sergio–. Sin embargo, ¿de qué manera esperáis que os paguen estos bravos indígenas su asiento, puesto que no tienen moneda americana ni moneda rusa?

–¡Pues bien! ¡Pagarán con pieles de ratas de almizcle, con pieles de castores; en fin, con lo que puedan! De cualquier modo que sea, estas representaciones tendrán por objeto principal el estirar un poco nuestros músculos, porque temo que nuestras articulaciones vayan a perder su elasticidad. Debemos sostener nuestra reputación en Perm y en Nijni, y no quiero exponer a mi compañía a un fiasco cuando deba actuar en vuestra tierra natal... ¡Ah! Si eso sucediera, no lo soportaría, amigo mío. ¡No podría soportarlo!

El fuerte Yukón, que es el más importante de la región, ocupa un lugar bastante extenso sobre la ribera derecha del río. Es una especie de cuadrilátero prolongado, dominado en cada ángulo por una torre cuadrada, bastante semejante a esos molinos montados sobre un eje que se encuentran en el Norte de Europa. En el interior se levantan diversas construcciones, reservadas para el alojamiento de los empleados de la Compañía y sus familias; después, dos

largos cobertizos cerrados, donde las pieles forman un stock considerable, siendo éstas de martas, castores, zorros negros o grises de plata, sin contar los productos de menor cuantía.

¡Vida monótona y penosa la de estos empleados! Su único alimento es ordinariamente la carne de danta, tostada a la parrilla, cocida o guisada, y a veces la carne de reno.

En cuanto a los géneros de otra especie, es necesario traerlos de la factoría de York, en la región de la bahía de Hudson, es decir, de seiscientas a setecientas leguas; de donde se deduce que las arribadas son bastante raras.

Por la tarde, después de haber instalado su campamento, papá Cascabel y su familia fueron a visitar a los indígenas establecidos entre las riberas del Yukón y del Porcupine.

¡Qué variedad en aquellas habitaciones provisionales, según la tribu a que pertenecían! Chozas de corteza y de pieles sostenidas por estacas y cubiertas de una capa de follaje; tiendas hechas con terliz de algodón de fabricación

india; barracas de tablas, que se montan y desarman según las necesidades del momento.

Y también, ¡qué extraordinaria variedad de trajes! Los unos con vestidos de piel, otros con vestidos de tela de algodón y todos con la cabeza coronada de follaje para preservarse de las picaduras de los mosquitos. Las mujeres, vestidas con una falda cuadrada por abajo, tenían la cara adornada de conchas.

En cuando a los hombres llevan alfileres pequeños, que durante el invierno sirven para recoger su largo traje de piel de danta, cuyo pelo está vuelto al interior. Además, ambos sexos llevan como adorno franjas de perlas falsas, que son únicamente apreciadas por su gran tamaño. Entre estas distintas tribus se distinguen los tatanas, por su cara pintada de colores brillantes, las plumas de sus peinados, sus penachos guarnecidos de pedazos de arcilla roja, su chaqueta de cuero, su pantalón de piel de reno, su largo fusil de chispa y su frasco de pólvora, esculpido con gran delicadeza.

En cuanto a moneda, estos indios se sirven de conchas de *dentalium*, que se encuentran hasta entre los indígenas del archipiélago de Vancouver; las suspenden del cartílago de su nariz y las quitan cuando desean pagar alguna adquisición.

–He aquí un portamonedas económico –dijo Cornelia–, y estoy segura de que no lo perderán...

–¡A menos que se les caiga la nariz! –replicó justamente *Clou de Girofle*.

–¡Lo que podía muy bien suceder durante los grandes fríos del invierno! –advirtió el buen Cascabel.

En suma, todo ese conjunto de indígenas ofrecía un aspecto curioso.

No hay para qué decir que Cascabel entró en relaciones con varios de aquellos indios, cuyo dialecto chinuco comprendía algo, mientras que el señor Sergio les preguntaba y les respondía en lenguaje ruso.

Durante varios días se hizo un comercio muy activo entre los traficantes y los representantes de la Compañía; pero hasta entonces los Cascabel no habían utilizado su talento en una representación pública.

Sin embargo, los indios no tardaron en saber que esta familia era de origen francés, que sus diversos miembros gozaban de gran reputación, tanto en los ejercicios de fuerza como en los juegos de manos. Todas las tardes iban en gran número a admirar la *Belle Roulotte*. Jamás habían visto coche semejante, tan brillantemente pintarrajeado. Les agradaba, sobre todo porque con la mayor facilidad podía cambiar de sitio, lo que debía interesar particularmente a los nómadas. Y quizá, en el porvenir, no debería extrañarse ver marchar sobre ruedas a las chozas de los indios. ¡Después de las casas movibles, los pueblos ambulantes!

En estas circunstancias se imponía a los recién llegados una representación extraordinaria. Por tanto, se decidió que esta repre-

sentación se daría « a petición general de los indios del fuerte Yukón».

Uno de los indígenas, con quien papá Cascabel había intimado desde los primeros días de su llegada, era un *tihy*, es decir, un jefe de tribu. Era un hombre agradable, de cincuenta años de edad, y que parecía muy inteligente y hasta algo truhán. Había visitado varias veces la *Belle Roulotte* y hecho comprender cuan felices serían los indígenas asistiendo a los ejercicios de la familia.

A este *tyhi* acompañaba a veces un indio de treinta años llamado Fir-Fu, indígena de tipo gracioso y fino, que era el mago de la tribu, un malabarista notable y conocido en toda la provincia del Yukón.

–¿Es, por tanto, un compañero? –preguntó Cascabel cuando el tyhi se lo presentó por primera vez.

Y los tres, después de haber bebido algunos licores del país fumaron la pipa de la amistad.

Durante estas entrevistas, el tyhi había insistido vivamente para que papá Cascabel diera una representación, que se fijó en definitiva para el 3 de agosto. Se había convenido que los indios prestarían su ayuda, deseosos de no mostrarse inferiores a los europeos en fuerza, destreza y agilidad.

Esto no era de extrañar, pues tanto en el Far West como en aquella lejana Alaska, los indios son muy aficionados a las diversiones de gimnasia y acrobacia, que mezclan con diversas farsas.

En la fecha indicada, cuando se hubo reunido numeroso concurso, pudo verse un grupo compuesto de media docena de indígenas, cuyos rostros estaban cubiertos por una ancha careta de madera de incomparable fealdad. De la misma manera que los cabezudos de las comedias de magia, la boca y los ojos de estas caretas se ponían en movimiento por medio de bramantes, lo que daba la ilusión de la vida a estas horribles caras, la mayor parte terminadas

en pico de pájaro. Difícilmente se imaginaría a qué grado de perfección pueden llegar en sus muecas, y el mono *John Bull* hubiera podido tomar allí buenas lecciones.

No hay para qué decir que los esposos Cascabel, Juan, Sandre, Napoleona y *Clou de Girofle* se habían puesto los trajes de colorines de reglamento.

El lugar escogido era una extensa pradera rodeada de árboles, de la que la *Belle Roulotte* ocupaba el tundo, como en una decoración de teatro. Habían sido colocados delante de ella los agentes del fuerte Yukón con sus mujeres e hijos. A los lados varios centenares de indios y de indias formaban un semicírculo y turnaban tranquilamente esperando la hora de la representación.

Los indios enmascarados que debían tomar parte en los ejercicios estaban un poco alejados.

Llegado el momento, *Clou* apareció sobre la plataforma del vehículo y pronunció su discurso acostumbrado :

–Señores indios y señoras indias, vais a ver lo que vais a ver, etc.

Pero como no hablaba el lenguaje chinuco, era más que probable que sus discursos elocuentes no fueran saboreados por los espectadores.

Sin embargo, lo que se comprendió fueron los tantarantanes tradicionales que le administró su patrón, y los puntapiés que siempre recibía en el sitio convenido, con la resignación de un payaso ajustado con este objeto.

Después cuando concluyó el prólogo, papá Cascabel, después de haber saludado a los asistentes, dijo.

–¡Ahora toca a los animales!

Los perros *Wagram* y *Marengo* se presentaron en el espacio reservado delante de la *Belle Roulotte* y maravillaron a los indígenas, poco acostumbrados a estos ejercicios, que ponen de

relieve la indigencia de los animales. Después, cuando *John Bull* pasó a ejecutar sus volteretas sobre la espalda del perro de aguas y del faldero, lo hizo con tal destreza y con tan ridículas posturas, que dio al traste con la gravedad india.

Mientras tanto, Sandre no dejaba de tocar el cornetín a pleno pulmón, Cornelia el tambor y *Clou* el bombo. Si después de esto los habitantes de Alaska no sabían apreciar el efecto que puede sacarse de una orquesta europea, sería porque les faltase el sentido de la música.

Hasta entonces el grupo enmascarado no había hecho el menor movimiento; no juzgando, sin duda, llegado el momento de aparecer en escena, se reservaba.

–¡Mademoiselle Napoleona, bailarina en la cuerda! –anunció *Clou* a través de una altavoz.

Y la muchacha presentada por su ilustre padre, hizo su entrada ante el público.

Danzó primero con una gracia que le valió numerosos aplausos, que no se tradujo

por gritos ni aplausos sino por simples movimientos de cabeza, no menos significativos. Sucedió lo mismo cuando se le vio lanzarse sobre la cuerda tirante, marchar, correr, voltear con una facilidad que fue particularmente admirada por los indios.

–¡Ahora me toca a mí! –gritó el joven Sandre.

Y he aquí que aparece, saluda golpeándose la nuca, se mueve, se tuerce, se disloca, se contorsiona, se deshace en torceduras y volteretas haciendo de sus brazos piernas, y de sus piernas brazos, unas veces el lagarto, otras la rana, y acabando sus ejercicios por el doble salto mortal que fue aplaudido calurosamente.

Esta vez, como siempre, tuvo un éxito extraordinario. Pero apenas había dado las gracias a los espectadores bajando su cabeza hasta sus pies, cuando un indio de su edad, destacándose del grupo se presentó después de haber levantado su careta.

Y todo el trabajo que acababa de ejecutar Sandre, el joven indígena lo ejecutó con una flexibilidad de músculos una seguridad de movimientos que no dejaban nada que desear en el arte de la acrobacia. Si era menos gracioso que el segundo hijo de los Cascabel, no era menos diestro. Provocó también entre los indígenas los movimientos de cabeza más entusiastas.

No hay para qué decir que el personal de la *Belle Roulotte* tuvo el buen gusto de unir sus aplausos a los del público. Pero no queriendo quedarse atrás, papá Cascabel hizo señas a Juan de empezar sus suertes de malabarista, para las que le creía sin igual.

Juan sintió que él era llamado a sostener el honor de la familia.

Envalentonado por un gesto del señor Sergio y por una sonrisa de Kayette, tomó sucesivamente sus botellas, sus platos, sus bolas, cuchillos, discos y bastones, y se puede decir que se excedió a sí mismo en sus ejercicios.

Papá Cascabel no pudo menos de arrojar sobre los indios una mirada de satisfacción en la que se traslucía como una especie de desafío. Parecía decir, volviéndose hacia el grupo enmascarado:

«¿Qué? ¿Sois capaces de hacer vosotros otro tanto?»

Esto fue comprendido sin duda, porque a un gesto del *tyhi,* otro indio, desenmascarándose, se lanzó fuera del grupo.

Era el mago Fir-Fu; también tenía que sostener la reputación de la raza indígena. Y entonces, cogiendo uno por uno todos los utensilios de que Juan se había servido repitió también los ejercicios de su rival, cruzando los cuchillos y las botellas, los discos y los anillos, las bolas y los bastones, y, fuerza es confesarlo, lo hizo con la misma elegancia y actitudes y seguridad de manos que Juan Cascabel.

Clou, acostumbrado a admirar solamente a su patrón y a su familia, estaba absorto abriendo unos ojos como platos y con unas orejas tan

desplegadas de su cabeza que parecían tan grandes como su sombrero.

Esta vez Cascabel no aplaudió más que por delicadeza, y con la punta de los dedos.

–¡Diantre! –murmuró–. Trabajan bien los pieles rojas... ¡Hum! Y son gente sin educación... Pues bien: vamos a enseñarles algo...

Lo cierto es que estaba muy descontento por haber encontrado competidores donde no creía hallar sino admiradores. ¡Y qué competidores! Simples indígenas de Alaska, como si dijéramos... ¡salvajes! Su amor propio de artista se hallaba singularmente contrariado.

–¡Qué diablos! 0 es uno saltimbanqui o no lo es, ¡Vamos muchachos –gritó con voz potente–, a formar la pirámide humana!

Y todos se precipitaron hacia él como para un asalto.

Sólidamente plantado sobre sus piernas separadas, con los riñones salientes, el torso ampliamente desarrollado, recibió sobre su

hombro derecho a Juan que se había izado ágilmente, dando la mano a *Clou*, de pie sobre su hombro izquierdo. A su vez Sandre se colocó derecho sobre su cabeza y encima de él Napoleona coronaba el edificio, arqueando los brazos para enviar sus besos a la multitud.

Apenas acabó de construir la pirámide francesa, cuando otra pirámide indígena se levantó enfrente de ella.

Sin quitarse las caretas, el grupo de indios, trepando con sorprendente agilidad los unos sobre los otros, construyó la suya, no ya con cinco, sino con siete escalones, dominando en un piso a la familia Cascabel. ¡Pirámide contra pirámide!

Entonces los gritos y los hurras de los indios estallaron en honor de sus tribus.

La vieja Europa estaba vencida por la joven América: ¡y qué América! ¡La de los yukones y la de los tatanas!

Papá Cascabel, avergonzado y confuso no pudo contener un falso movimiento que estuvo a punto de derribar a su familia.

–¿Pero es que han de poder más que nosotros? –exclamó después de haberse desembarazado de aquella carga humana.

–Calmaos, amigo mío –le consoló el señor Sergio–. Esto no vale la pena de...

–¿Que no vale la pena...? ¡Veo que no sois artista, señor Sergio!

Volviéndose entonces a su mujer, ordenó:

–¡Pronto, Cornelia! ¡Vamos a luchar, a boxear! –exclamó–. ¡Veamos cuál de esos salvajes se atreve a medir sus fuerzas con la «vencedora de Chicago»!

Pero mamá Cascabel no se movió.

–¿A qué aguardas, Cornelia...?

–¡No, César!

–¿No quieres luchar con estos monos y salvar el honor de la familia.

–Descuida, que lo salvaré –se contentó con prometer Cornelia–. Déjame... Tengo una idea.

Y cuando esta valiente mujer tenía una idea, valía más dejar que la pusiese en ejecución sin molestarla.

Se encontraba tan humillada como su marido por el éxito de los indios, y era probable que les reservara algún chasco de su invención.

En efecto, Cornelia había vuelto a la *Bella Roulotte*, dejando impaciente a su esposo, por mucha confianza que éste tuviera en la inteligencia e imaginación de su esposa.

Un par de minutos después, la mujer de Cascabel reapareció, y fue a colocarse ante el grupo de indios formado a su alrededor.

Dirigiéndose después al agente principal del fuerte, le rogó que repitiese a los indígenas lo que iba a decirle.

Y he aquí lo que tradujo, palabra por palabra, en el puro lenguaje empleado por aquellos habitantes de Alaska:

–Indios e indias; habéis demostrado en estos ejercicios de fuerza y de destreza un talento

que merece recompensa, y esta recompensa yo os la traigo...

Se hizo silencio general y hubo viva atención entre los espectadores.

–¿Veis mis manos? –continuó Cornelia–. Han sido más de una vez estrechadas por los más augustos personajes del Antiguo Mundo. ¿Veis mis mejillas? Han recibido muchas veces los besos de los más poderosos soberanos de Europa. Pues bien: estas manos, estas mejillas os pertenecen... ¡Indios de la América, venid a besarlas, venid a estrecharlas!

La verdad sea dicha, los indígenas no pensaron en hacerse rogar. Jamás encontrarían una ocasión semejante para besar las manos de una tan soberbia mujer.

Uno de ellos, un hermoso tanana, se adelantó y cogió la mano que le tendía Cornelia.

Un grito se escapó de su garganta, a consecuencia de una sacudida que le hizo retorcerse en mil contorsiones.

–¡Ah, Cornelia! –exclamó en este momento Cascabel–. ¡Te comprendo y te admiro!

Al mismo tiempo, el señor Sergio, Juan, Sandre, Napoleona y *Clou* se desternillaban de risa, viendo el espanto que causaba a los indígenas aquella mujer extraordinaria.

–¡Otro! –decía ésta en tales momentos, con los brazos extendidos siempre hacia la concurrencia.

Los indios vacilaban, creyendo que se había producido allí un fenómeno sobrenatural.

Sin embargo, el *tyhi* se decidió marchó lentamente hacia Cornelia, se paró a dos pasos de su imponente persona, y la miró con un aire que no tenía nada de tranquilo.

–¡Vamos, vejete! –le gritó mamá Cascabel–. Vamos, un poco de valor... Abraza a la señora. ¡No es muy difícil y resulta bastante agradable!

El *tyhi* alargando la mano, se contentó con tocar un dedo de la bella europea.

Nueva sacudida, nuevos aullidos del *tyhi,* que estuvo a punto de caer de espaldas, y pro-

fundo estupor en todo el público ingenuo allí reunido.

Si con sólo tocar la mano de la mujer de Cascabel quedaban tan mal tratados, ¿qué sucedería al audaz que se atreviese a abrazar a aquella mujer, cuyas mejillas habían recibido los besos de los más poderosos soberanos de toda Europa?

Sin embargo, aún hubo un atrevido que decidió arriesgarse: el hechicero Fir-Fu.

Creyéndose al abrigo de todo maleficio, se adelantó hasta colocarse enfrente de Cornelia, dio media vuelta a su alrededor, y envalentonado por las excitaciones de los indígenas dio un salto, la tomó en sus brazos y le aplicó un formidable beso en pleno rostro.

A este contacto siguió una serie de volteretas increíbles. ¡El hechicero se convirtió en acróbata! Y después de haber dado dos saltos tan mortales como involuntarios, fue rodando hasta el centro del grupo de sus estupefactos compañeros.

Para producir este efecto, tanto sobre el hechicero como sobre los demás, Cornelia no había tenido más que apretar un botón de una diminuta pila eléctrica que llevaba oculta en su bolsillo. ¡Sí... una pequeña pila portátil, que le servía para representar *las mujeres eléctricas*!

–¡Ah, esposa, esposa mía...! –exclamó papá Cascabel estrechándola impunemente entre sus brazos, delante de los indios sorprendidos–. ¡Qué astuta, qué astuta eres!

–Tan astuta como eléctrica –añadió el señor Sergio.

La verdad es que aquellos indígenas no podían pensar otra cosa sino que aquella mujer sobrenatural disponía del rayo a su capricho. ¿Cómo, si no, habían de quedar atontados con sólo tocar su mano?

Decididamente, no podía ser más que la compañera del Gran Espíritu que se había dignado bajar a la tierra para casarse en segundas nupcias con papá Cascabel.

CAPÍTULO V

A PORT CLARENCE

En una conversación que tuvo lugar aquella noche y a la que asistió toda la familia, fue decidido que la partida se efectuaría dos días después de tan memorable representación.

Evidentemente éste era el objeto de las juiciosas reflexiones de César Cascabel, si hubiera tenido necesidad de reclutar algunos artistas para su compañía, bastaba echar mano de los primeros que se presentasen entre aquellos

indígenas de Alaska, sin preocuparse por su elección.

Por más que resultase herido su amor propio, era preciso reconocer que aquellos indios tenían maravillosas disposiciones para los ejercicios acrobáticos.

Como gimnastas, payasos, equilibristas y volatineros habrían obtenido gran éxito en cualquier país en que se presentasen.

Sin duda, el trabajo entraba por mucho en su talento; pero la Naturaleza había hecho mucho más al crearlos vigorosos y diestros.

Negar que se habían mostrado iguales a los Cascabel no hubiera sido justo.

Felizmente, la última palabra había sido pronunciada por la familia, gracias a la presencia de ánimo de la *Reina de las mujeres eléctricas*.

Fuerza es confesar que los empleados del fuerte, pobres diablos, en su mayoría muy ignorantes, habían quedado no poco menos sorprendidos que los indígenas de lo que había sucedido delante de ellos.

Se convino en que no se les daría a conocer el secreto de este fenómeno, a fin de conservar a Cornelia toda su aureola. Siguióse de ahí que, al venir el día siguiente, como de costumbre, a visitarlos, no se atrevían a acercarse mucho a la fulminante mujer, que los recibía con su más encantadora sonrisa. No sin grandes vacilaciones se atrevieron a estrechar su mano, sucediendo lo mismo con el tyhi y el mago, que hubieran querido conocer aquel misterio, del que habrían podido sacar un gran provecho, aumentando fabulosamente su prestigio ante aquellas tribus indias.

Terminados los preparativos de marcha, papá Cascabel y los suyos se despidieron de sus huéspedes en la mañana del 6 de agosto, y los caballos, bien reposados, siguieron la dirección del Oeste, descendiendo por la orilla derecha del río.

Kayette conocía la mayor parte de los pueblecillos que tenían que atravesar, y, según ella,

ninguna corriente entorpecía seriamente la marcha.

Además, no se trataba todavía de abandonar el valle del Yukón. Después de haber seguido la orilla del río hasta el puesto de Nelu, se pasaría por el pueblecillo de Nuclakayette, y desde este punto hasta el fuerte Nulato sólo tendrían que franquear unas ochenta leguas.

El vehículo abandonaría entonces el Yukón, para cortar directamente hacia el Oeste.

La estación era favorable aún y los días cálidos, si bien durante la noche podía observarse un notable descenso en la temperatura.

De modo que, a menos de experimentar retrasos imprevistos, papá Cascabel tenía la seguridad de llegar a Port Clarence antes de que el invierno hubiese acumulado obstáculos insuperables en su camino.

Tal vez resulte a muchos extraño que un viaje semejante pudiera llevarse a cabo en condiciones relativamente tan fáciles. Pero, ¿no

ocurre así siempre en los países llanos, cuando el buen tiempo, la duración del día y la dulzura del clima favorecen a los viajeros?

No acaecería lo mismo al otro lado del estrecho de Behring, cuando las estepas siberianas se extendiesen hasta el horizonte, cuando las nieves del invierno las cubriesen hasta más allá del alcance de la vista y, cuando las ráfagas se desencadenasen en su superficie. Y una noche, hablando de los peligros del porvenir, declaró el confiado Cascabel:

–¡Bah! ¡Ya sabremos salir de los malos pasos!

–Así lo espero –declaró el ruso–. Pero cuando hayáis puesto el pie sobre el litoral siberiano os recomiendo toméis inmediatamente la dirección del sudoeste de la provincia, con el objeto de ganar territorios más meridionales, en los que la *Belle Roulotte* será menos castigada por el frío.

–Esa es precisamente nuestra intención, señor Sergio –manifestó Juan.

–Y tendréis tanta más razón, amigos míos, cuanto que los siberianos no son de temer, a menos que, como diría *Clou* no os aventuréis entre las tribus de la costa septentrional. En realidad, vuestro mayor enemigo será el frío.

–Estamos prevenidos –afirmó Cascabel–, y haremos un buen camino; sólo tendremos un pesar, señor Sergio, y es que no continuéis el viaje con nosotros,

Juan confirmó con un suspiro:

–¡Sí, un profundo pesar!

El ruso sentía hasta qué punto aquella familia se había consagrado a él, y cuan grande era la amistad que él le tenía. En efecto, a medida que transcurrían los días la afección era más estrecha entre ambos.

La separación sería muy dolorosa; y ¿volverían a encontrarse acaso a través de una existencia tan diferente de una y otra parte?

Además, el señor Sergio se llevaría a Kayette, y había observado ya que la amistad de

Juan para la joven podía muy bien tener otro nombre.

¿Había notado César Cascabel lo que pasaba en el corazón de su hijo? El señor Sergio no hubiera podido asegurarlo.

En cuanto a Cornelia, como la excelente mujer no se había explicado jamás sobre este punto, él creyó que debía mantenerse en la misma reserva.

¿De qué hubiera servido una explicación?

Era un porvenir muy distinto el que esperaba a la hija adoptiva de aquel potentado ruso, y e! pobre Juan se abandonaba a esperanzas que no podrían realizarse.

En resumen: el viaje se hacía sin grandes obstáculos, sin demasiadas fatigas. Se llegaría a Port Clarence antes que el invierno hubiese solidificado el estrecho de Behring, y allí habría tiempo de descansar durante semanas enteras; de manera que ninguna necesidad había de fatigarse todos.

Sin embargo, siempre se está a merced de un accidente posible. Uno de los caballos, herido o enfermo, la rotura de una rueda, hubieran puesto a la *Belle Roulotte* en una dificultad casi insuperable.

Convenía, pues, no separarse de la más estricta prudencia.

Durante los tres primeros días, el itinerario siguió rigurosamente el curso del río, que se dirigía hacia el Oeste; pero cuando el Yukón empezó a torcerse hacia el Sur, juzgóse conveniente mantenerse en la línea marcada por el paralelo 65 ([10]).

En este punto el río era muy sinuoso y el valle se estrechaba visiblemente entre colinas de mediana altura, que el mapa designa con el nombre de remparts ([11]), a causa de su forma a modo de fortificación.

---

[10] Latitud de Dromheim, en Noruega

[11] Murallas.

Hubo algunas dificultades para salir de aquel dédalo, y se adoptaron muchas precauciones para evitar al vehículo un accidente.

Se le descargaba en parte en los pasos peligrosos, se empujaban las ruedas, y, según decía papá Cascabel, debía hacerse todo aquello «por cuanto los carreteros parecían ser muy raros en el país».

Hubo también necesidad de franquear algunos *creek*s, entre otros el Nocolocargut, el Shetehaut y el Klakento. Felizmente, en aquella estación las corrientes eran poco profundas, y no fue difícil encontrar vados practicables.

En cuanto a indios, pocos o ninguno encontraron en aquella parte de la provincia, en otro tiempo recorrida por tribus pertenecientes a las gentes del Centro, tribus ahora casi extinguidas.

De tiempo en tiempo pasaba una familia que se dirigía al litoral del sudoeste para dedicarse a la pesca durante el otoño.

A veces venían algunos traficantes en sentido inverso, después de haber abandonado la desembocadura del Yukón, y se dirigían hacia los diferentes puestos de la Compañía ruso-americana.

Miraban, no sin gran sorpresa, aquel carruaje de vivos colores y los huéspedes que transportaba, y, después de un saludo, continuaban su camino hacia el Este.

El 13 de agosto la *Belle Roulotte* llegó ante el pueblo de Nuclakayette, a cosa de unos seiscientos kilómetros escasos del fuerte Yukón. Este, en realidad, no es sino una factoría, en la que se hace el comercio de pieles, y que casi nunca traspasan los empleados moscovitas.

Partiendo de diferentes puntos de la Rusia asiática y del litoral de Alaska, se reúnen allí para hacer la competencia a los compradores de la Compañía de la Bahía de Hudson.

Así es que Nuclakayette es un punto de concentración al que los indígenas transportan

las pieles que han podido recoger durante la estación del invierno.

Después de haberse separado del río a fin de evitar numerosos rodeos, César Cascabel había vuelto a encontrarlo a la altura de aquel pueblo situado en el centro de verdes colinas sembradas de árboles.

Algunas chozas de madera se agrupaban alrededor de la empalizada que defendía el fuerte. Los arroyos murmuraban a través de la llanura cubierta de hierba.

Dos o tres embarcaciones estaban ancladas cerca de la orilla del Yukón.

Todo aquel conjunto agradaba a la vista y convidaba al reposo.

En cuanto a los indios que frecuentaban los alrededores, eran tatanas, pertenecientes, según hemos dicho ya, al hermoso tipo de indígena de Alaska septentrional.

Por seductor que fuese aquel sitio, la *Belle Roulotte* no hizo alto más que veinticuatro

horas. Esto pareció suficiente para los caballos, que por otra parte apenas estaban fatigados.

La intención de papá Cascabel era detenerse más tiempo en Nulato, fuerte bastante importante y mejor provisto de todo lo necesario, en donde habría tiempo que hacer varias adquisiciones, en vista del viaje que iban a emprender a través de la Siberia.

Durante el camino el señor Sergio y Juan, acompañados del joven Sandre, no descuidaban la caza. Esta se componía de alces y renos, que corrían a través de las llanuras y se refugiaban al abrigo de los bosques, o más bien de los bosquecillos de árboles sembrados sobre el territorio.

En los sitios pantanosos había ocas, becadas, gallinetas, patos salvajes, y hasta lograron derribar algunos pares de garzas, que suelen ser poco apropiadas como comestibles.

Y sin embargo, según Kayette, la garza es un manjar muy estimado de los indios, sobre todo cuando no tienen otra cosa que comer.

Hicieron un ensayo en el almuerzo aquel día; pero, a pesar de todo el talento culinario de Cornelia, la carne pareció de todos dura y coriácea.

Sólo la aceptaron sin protesta *Wagram* y *Marengo*, que se regalaron con ellas hasta el último hueso.

Verdad es que durante las épocas de escasez los indígenas se contentaron con búhos, halcones y hasta martas; pero hay que convenir que es porque no tienen remedio.

AI día siguiente, que era el 14 de agosto, la *Belle Roulotte* tuvo que deslizarse a través de las sinuosidades de una garganta estrecha entre colinas muy escarpadas, a lo largo del río. Aquella vez el paso era tan rudo y tan lleno de sacudidas, como si hubiese sido el lecho de un torrente, que a pesar de todas las precauciones tomadas, se produjo una accidente.

Por fortuna no fue una de las ruedas del coche lo que se rompió, sino una de las varas. Al cabo de poco tiempo quedó hecha la repara-

ción, bastando algunas cuerdas para poner las cosas en su primitivo estado.

Después de haber pasado de un lado del río el pueblo de Suquongilla, y del otro el de Newicargout, construido sobre el *creek* de este nombre, el camino se efectuó sin dificultad.

Las colinas desaparecieron; una ancha llanura se extendía más allá de donde alcanzaba la mirada.

Tres o cuatro ríos la surcaban, con sus lechos enteramente secos en aquella estación, en la que las lluvias son raras.

En el período de las tormentas y de las nieves hubiera sido imposible mantener en aquella dirección el itinerario.

Al atravesar uno de los *creek*s, el Milocargut, donde apenas había un píe de agua, César Cascabel hizo observar que estaba atajado por una calzada.

–¡Bah! –dijo–; puesto que han hecho el camino a través de este *creek*, bien hubieran podi-

do hacer un puente; hubiese sido mucho más útil en las crecidas.

–Sin duda, padre– admitió Juan–. Sólo que los ingenieros que han construido esta calzada no hubieran sido capaces de construir un puente...

–¿Y por qué?

–Porque son ingenieros de cuatro patas; por otro nombre castores.

Juan decía la verdad y tuvieron ocasión de admirar el trabajo de aquellos industriosos animales, que fabrican sus diques teniendo en cuenta la corriente, elevándolos según el estiaje ordinario del *creek*. Nada había que no estuviese calculado; hasta la inclinación de los taludes para oponer mayor resistencia al empuje de las aguas.

–¡Y pensar –comentó Sandre– que estos castores no han ido a aprender a las escuelas!

–No tienen necesidad de ir –declaró el ruso–, ¿Para qué la ciencia, que se engaña algunas veces, cuando se dispone del instinto, que no se

engaña jamás? Los castores, amigo mío han hecho este dique, como las hormigas hacen sus hormigueros, como las arañas tejen sus telas, como las abejas disponen los alvéolos y los arbustos producen sus frutos y sus flores. Nada de tanteos por su parte; pero tampoco nada de progreso. El castor de hoy construye con tanta perfección como el primer castor que apareció en el Globo. La perfección no es propia de los animales; está reservada al hombre, y sólo él puede elevarse de progreso en progreso en el dominio de las ciencias. ¡Admiremos, pues, sin reserva el instinto maravilloso de los animales, que les permite crear tales cosas! Pero estas cosas no las consideremos sino como obras de la Naturaleza.

–Decís muy bien, señor Sergio –dijo Juan–; comprendo perfectamente vuestra observación. Ahí está la diferencia entre el instinto y la razón. En suma: la razón es superior al instinto, aunque esté sujeta a equivocaciones.

–Incontestable, amigo mío –declaró el ruso–; y estos errores, sucesivamente reconocidos y reparados, no son sino un adelanto por la vía del progreso.

–De todos modos –replicó Sandre– me tengo a lo dicho. ¡ Las bestias no tienen necesidad de ir a la escuela!

–Conforme; pero los hombres no son más que bestias cuando no han ido a la escuela –observó el señor Sergio.

–Hablando de otra cosa –dijo Cornelia, siempre práctica cuando se trataba de las cosas de la casa–, ¿esos castores se comen?

–Seguramente –respondió Kayette–. Hasta recuerdo haber leído que la cola es excelente.

Esto no pudo comprobarse, porque no había castores en el arroyo; o si los había, no se pudo coger ninguno.

Después de haber abandonado el lecho del Milocargut, la *Belle Roulotte* atravesó el pueblecillo de Sachertelutam, en pleno país de los indios yukones. Por consejo de Kayette, hubo

que tomar algunas precauciones en su trato con los indígenas, naturalmente inclinados al robo.

Como rodeaban al carruaje muy de cerca, se cuidó de que no pudiesen penetrar en el interior. Algunos objetos de vidrio, liberalmente ofrecidos a los principales jefes de la tribu, produjeron entre ellos agradable efecto, y salieron del paso sin molestias.

El itinerario se complicaba con ciertas dificultades, al rodar la estrecha base de los *remparts;* pero no era posible evitarlos sino aventurándose a través de una región más montañosa.

La rapidez de la marcha se resintió un poco, y, sin embargo, era preciso no retrasarse demasiado.

La temperatura comenzaba a ser bastante fría, si no por el día, a lo menos durante la noche, lo que era normal en aquella época, puesto que la región se encontraba a algunos grados tan sólo del círculo polar.

La familia Cascabel había llegado entonces a un punto en que el río traza un ángulo bas-

tante brusco, volviendo a dirigirse al norte. Tuvieron que remontarlo hasta su confluencia con el Coyukón, que le envía sus aguas por dos brazos muy tortuosos. Cerca de una jornada invirtieron en encontrar un paso vadeable, que Kayette no reconoció sin trabajo, porque el nivel de la corriente estaba muy elevado.

Una vez flanqueado este afluente, la *Belle Roulotte* volvió a tomar la dirección del Sur, bajando a través de una comarca bastante montañosa hasta el fuerte Nulato.

Este puesto, cuya importancia comercial es grande, pertenece a la Compañía ruso-americana.

Es la factoría más septentrional que se ha establecido en el Oeste de América, puesto que, según las observaciones de Federico Whymper, está situada a los 64° 42' de latitud y 158° 36' de longitud.

Y sin embargo, en aquella parte de la región de Alaska hubiera sido difícil creerse bajo un paralelo tan elevado. En efecto, el suelo es

incontestablemente más fértil que en los alrededores del fuerte Yukón.

Por todas partes árboles de hermosa presencia, praderas tapizadas de verde hierba, sin hablar de las vastas llanuras que el agricultor podría cultivar con gran provecho, porque un espeso humus recubre el suelo arcilloso. Además, el agua se extiende ampliamente, gracias a las derivaciones del río Nulato, que corre hacia el Sudoeste, y a la red de *creek*s o riachuelos que se extiende hacia el Nordeste.

Sin embargo, la producción vegetal está reducida a algunos matorrales, cargados de bayas salvajes, abandonados al capricho de la Naturaleza.

He aquí la disposición del fuerte Nulato: alrededor de los edificios, un circuito de empalizadas, defendido por dos torres, que está prohibido franquear a los indios durante la noche, y aun por el día, si son numerosos; en el interior del recinto, cabañas, cuadras, cobertizos y almacenes de tablas, con ventanas cuyos

cristales eran remplazados por vejigas de focas. Según se ve, nada había más rudimentario que aquellos puestos extremos.

La familia Cascabel fue acogida con gran solicitud.

En estos sitios perdidos del Nuevo Continente, fuera de toda comunicación regular, ¿no es siempre una distracción, un verdadero motivo de placer la llegada de algunos visitantes? Por eso son siempre bien recibidos los forasteros por las noticias que traen desde tan lejos.

Fuerte Nulato estaba habitado por una veintena de empleados de origen ruso y americano, que se pusieron a disposición de la familia para proporcionarles todo aquello de que tuviera necesidad.

Periódica y regularmente abastecidos por los cuidados de la Compañía, encuentran, además, recursos durante el buen tiempo, bien sea cazando el alce o el reno, o bien pescando en las aguas del Yukón. Abundan allí ciertos peces, y más especialmente el nalima, reserva-

do para la alimentación de los perros, pero cuyo hígado es muy apreciado por los que se mantienen con él habitualmente.

Los habitantes de Nulato quedaron sorprendidos cuando vieron llegar la *Belle Roulotte*, y más aún cuando papá Cascabel les hizo conocer su proyecto de volver a Europa por la Siberia asiática.

En cuanto a la primera parte del viaje, que debía terminar en Port Clarence, afirmaron que se llevaría a cabo sin obstáculo, y terminaría antes que las llanuras de Alaska fueran invadidas por los fríos.

Siguiendo el consejo del señor Sergio se resolvió la adquisición de algunos objetos indispensables para la travesía de las estepas.

El primer lugar, había que proveerse de algunos pares de cierta clase de anteojos, necesarios cuando se deben franquear espacios blanqueados por la nieve.

Mediante algunos objetos de vidrio, los indios consintieron en vender una docena. No

eran más que unos anteojos de madera, sin cristales, o más bien unas ojeras que rodean el ojo, dejando pasar la mirada por una estrecha hendidura. Esto basta para dirigirse sin gran trabajo, evitando las oftalmías, que provocarían inevitablemente la reverberación de las nieves.

Todo el personal ensayó estas ojeras, y pudo convencerse de que les sería fácil acostumbrarse a ellas.

El almacén de Nulato proporcionó varios pares de botas de piel de foca, de las que son más a propósito para los viajes largos sobre un suelo helado, y que se hacen impermeables por medio de una capa de grasa.

Esto sirvió a Cascabel para hacer sentenciosamente esta justa observación:

–¡Hay siempre una gran ventaja en vestirse como los animales de los países por donde se pasa! Así, pues, disfracémonos de focas.

–¡De focas con anteojeras! –burlóse Sandre, cuya observación obtuvo la aprobación paternal.

La familia permaneció dos días en el fuerte Nulato; dos días que bastaron para que el tiro se repusiera de sus anteriores fatigas. Tenían prisa para llegar a Port Clarence.

La *Belle Roulotte* se puso en marcha el 21 de agosto, al amanecer, y, a partir de este punto, abandonó definitivamente la orilla derecha del gran río.

De continuar siguiendo su curso, hubieran alargado infructuosamente su camino, puesto que su desembocadura se abre por debajo del estrecho de Behring De allí hubieran tenido que volver a subir hasta Port Clarence, costeando su litoral cortado por pequeños golfos, bahías y ensenadas, en el que *Gladiador* y Vermout se habrían fatigado inútilmente.

El frío se dejaba ya sentir vivamente. Si los rayos del sol, muy oblicuos, daban aún alguna luz, procuraban también poco calor. Espesas nubes, formando una masa gris, amenazaban resolverse en nieve. La caza menor no abundaba, y los pájaros emigrantes empezaban a huir

hacia el Sur, en busca de más dulces invernadas.

Hasta aquel día, cosa de que se felicitaban altamente, papá Cascabel y su familia no habían sufrido gran cosa por las fatigas del viaje. Era preciso que estuviesen dotados de una salud de hierro, lo que así sucedía evidentemente a causa de su vida errante, a sus costumbres de recorrer todos los climas y a la solidez de constitución que dan los ejercicios corporales. Era, pues, de esperar que todos llegasen sanos y salvos a Port Clarence.

Así sucedió, en efecto, el día 5 de setiembre, después de cerca de tres mil kilómetros recorridos desde Sitka, y más de seis mil desde Sacramento hasta el lugar.

En total eran ocho mil novecientos kilómetros largos los andados en siete meses, a través del Far West americano.

CAPÍTULO VI

PORT CLARENCE

El puerto más avanzado hacia el No-E roeste, que la América septentrional posee en el estrecho de Behring, es Port Clarence.

Situado al Sur del cabo del Príncipe de Gales, se encuentra en la parte del litoral donde se dibuja la nariz de la cara cuyo perfil está representado por la costa de Alaska.

Este puerto ofrece un excelente surgidero, que es muy apreciado por los navegantes, y más particularmente por los balleneros, cuyos buques van a buscar fortuna en los mares árticos.

La *Belle Roulotte* había acampado cerca de la orilla interior del puerto, junto a la desembocadura de un pequeño río, en el cantil de altas rocas coronadas por un macizo de raquíticos abedules.

Allí debía hacerse la mayor parada de todo el viaje. En efecto, en tal lugar se prolongaría el reposo de la compañía; reposo forzado, impuesto por el estado del estrecho, cuya superficie no estaba aún solidificada en aquella época del año.

No hay que decir que el carruaje no hubiera podido franquearlo a bordo de aquellas embarcaciones que hacen el servicio de Port Clarence, las cuales no son más que canoas de pesca de muy escaso tonelaje. Era, pues, preciso atenerse al proyecto de ganar la costa asiática cuando el mar estuviera convertido en un inmenso *icefield.*

Aquella larga parada no era de sentir en el momento de emprender la segunda parte del viaje, en la que comenzarían verdaderamente

las dificultades físicas, la lucha contra el frío, contra las tempestades de nieve, por lo menos hasta tanto que la *Belle Roulotte* no hubiese llegado a los territorios menos fríos de Siberia meridional.

Hasta entonces, habría algunas semanas, tal vez algunos meses, muy rudos que pasar, y no podían menos de felicitarse de tener el tiempo suficiente para completar sus preparativos, en vista de un viaje tan penoso como el propuesto.

En efecto, si bien habían podido comprar ciertos objetos a los indios del fuerte Nulato, faltaban todavía otros que el jefe de la familia Cascabel pensaba adquirir, bien de los negociantes, o bien de los indígenas de Port Clarence.

De aquí que todo el personal acogiese con gran satisfacción la frase sacramental de «¡Alto y descanso!»

Y esta voz de mando, acogida siempre favorablemente durante las marchas o maniobras

militares, fue inmediatamente seguida de esta otra, que pronunció en alta voz el joven Sandre:

–¡Rompan filas!

¡Y calcúlese si se romperían con gusto!

Como puede imaginarse, la llegada de la *Belle Roulotte* a Port Clarence no debía pasar inadvertida. Jamás semejante máquina ambulante se había aventurado tan lejos, puesto que había llegado a los confines mismos de la América septentrional.

Por primera vez se presentaban saltimbanquis franceses a las sorprendidas miradas de los indígenas.

Había entonces en Port Clarence, además de la población habitual de esquimales y de negociantes, cierto número de funcionarios rusos. Eran éstos los que, después de la anexión de Alaska a Estados Unidos, habían recibido orden de volver a franquear el estrecho para dirigirse, bien a la península de los Chukchis en la costa asiática, o a Petropavlosk, la capital de la Kamchatka.

Estos agentes se unieron a toda la población para hacer una buena acogida a la familia Cascabel; y hay que confesar que la recepción de los esquimales fue particularmente muy cordial.

Eran aquellos los mismos esquimales que doce años después debía encontrar el célebre navegante Nordenskiold, al emprender la audaz campaña en la que debía descubrir el Paso del Nordeste. En esta época, algunos de aquellos indígenas iban armados de revólveres y fusiles de tiro rápido, primeros dones de la civilización americana.

Como la estación de verano apenas había terminado, los indígenas de Port Clarence aún no hacían uso de sus habitaciones de invierno. Estaban establecidos en pequeñas tiendas, elegantemente construidas, formadas por espesas telas de algodón de vivos colores, y consolidadas por cuerdas fabricadas con hierbas. En el interior se encontraban numerosos utensilios hechos con la corteza de las nueces de coco.

Cuando *Clou de Girofle* vio por primera vez estos utensilios, no pudo menos de exclamar;

–¡Calla! ¡Los cocos crecen en los bosques de los esquimales...!

–A menos que –le advirtió el señor Sergio– estas nueces hayan sido transportadas de las islas del Pacífico por los balleneros que vienen de arribada a Port Clarence.

El ruso decía bien. Las relaciones entre los habitantes de aquel lugar de América y los indígenas eran ya muy frecuentes en aquella época; se operaba entre ellos una fusión que tendía a mejorar el desarrollo de la raza esquimal. Respecto a esto, hay que observar, según veremos más tarde, que no existe ninguna conformidad de tipo ni de costumbres entre los esquimales de origen americano y los indígenas de la Siberia asiática.

Las tribus de Alaska no comprenden ni aun el idioma que se habla al oeste del estrecho de Behring; pero estando mezclado el suyo con

muchas palabras inglesas y rusas, no resultaba difícil conversar con ellos.

La familia Cascabel quiso, desde los primeros días de su instalación, relacionarse con los indígenas diseminados en los alrededores de Port Clarence; y como fue hospitalariamente acogida en las tiendas de aquellas honradas gentes, no vaciló en abrirles las puertas de la *Belle Roulotte*, cosa de la que nadie tuvo que arrepentirse. Estos esquimales son, además, mucho más civilizados de lo que se cree generalmente. Se les representa como especie de focas parlantes, anfibios de rostro humano, a juzgar por los vestidos que suelen llevar, sobre todo durante la estación invernal; pero no hay nada de eso, y en Port Clarence los representantes de la raza esquimal, ni son repugnantes a la vista, ni desagradables en su trato. Algunos de ellos llevan su respeto a la moda hasta el extremo de vestirse casi a la europea. La mayor parte obedecen a cierta coquetería, que admite el traje de piel de reno o de foca, el *pask* de piel

de marmota, el tatuaje de la cara, es decir, algunas ligeras huellas de dibujos aplicados sobre la parte inferior del rostro. Los nombres tienen la barba corta y rala; en las extremidades de los labios, tres agujeros, abiertos con arte, les permiten suspender ligeros anillos de hueso esculpido, y el cartílago de la nariz recibe también algunos ornamentos de este género. En suma, los esquimales que vinieron a presentar sus respetos a la familia Cascabel, no tenían aspecto desagradable; el aspecto que, en general, muestran los samoyedos u otros indígenas del litoral asiático.

Las jóvenes llevaban en sus orejas sartas de perlas, en sus brazos brazaletes de hierro o de cobre, trabajados con suma delicadeza.

Eran gentes honradas, llenas de buena fe en las transacciones, aunque discutiendo y regateando con exceso; pero reprochar este defecto a los naturales de las regiones árticas, serla mostrarse excesivamente severo.

Reina entre ellos la más perfecta igualdad. No tienen ni aun jefes de clan. Adoran, en cuanto a divinidades, maderos con figuras esculpidas y pintadas de rojo, que representan diversas clases de pájaros cuyas alas se despliegan en forma de abanico. Tienen costumbres puras, muy desarrollado el sentimiento de la familia, el respeto a los padres y a las madres, el amor a los hijos, la veneración a los muertos, cuyos cuerpos, expuestos al aire libre, están vestidos con sus trajes de fiesta, teniendo junto a sí sus armas y su *kayak.*

La familia Cascabel se divertía mucho en los paseos cotidianos que daban por las inmediaciones de Port Clarence. Iban también a menudo a visitar una antigua fábrica de aceite, de fundación americana, que funcionaba todavía en aquella época.

El país no estaba desprovisto de árboles, ni el suelo de vegetación; aspecto muy diferente del que presenta la península de los Chukchis, al otro lado del estrecho. Consiste esto en que a

lo largo de la costa del Nuevo Continente sube una corriente cálida, procedente de los abrasadores parajes del Pacífico, mientras que a lo largo del litoral siberiano desciende una corriente fría, que viene de los mares boreales.

César Cascabel no tenía intención de dar ninguna representación a los indígenas de Port Clarence. Desconfiaba, y con razón. ¡Buena hubiese sido si encuentra otros acróbatas, malabaristas y payasos tan notables como entre los indios de fuerte Yukón!

Valía más no arriesgarse a comprometer por segunda vez la reputación de la familia.

Entretanto, los días transcurrían, y en realidad en número mayor del necesario para el reposo de la compañía, pues con sólo una semana de alto en Port Clarence todos hubieran estado en disposición de afrontar las fatigas de un viaje por territorio siberiano.

Pero el estrecho no permitía aún el paso a la *Belle Roulotte*. Finalizaba setiembre, y bajo aquella latitud, si bien la temperatura media

marcaba bajo cero del centígrado, el brazo de mar que separa Asia de América no estaba aún congelado. Pasaban, sí, numerosos témpanos formados a lo largo de los límites del estrecho de Behring, y que subían hacia el Norte, abarloando la costa de Alaska, bajo la acción de la corriente venida del Pacífico; pero era preciso aguardar a que aquellos témpanos se solidificasen y después se aglomerasen hasta el punto de ofrecer un inmenso campo de hielo inmóvil.

Era indudable que sobre aquella capa helada, lo bastante resistente para que pudiese pasar por ella un tren de artillería, la *Belle Roulotte* y su personal no corrían el menor riesgo. Además, sólo se trataba de un trayecto de unas veinte leguas en la parte más angosta del estrecho, comprendida entre el cabo del Príncipe de Gales, algo más arriba de Port Clarence, y el puertecito de Numana, en la costa de Siberia.

–¡Diantre! –dijo un día César Cascabel–. Es lástima que los americanos no hayan construido un puente.

–¡Un puente de cien kilómetros! –exclamó Sandre.

–¿Y por qué no? –observó Juan–. Podría apoyarse en el centro del estrecho, sobre el islote Diomedes.

–Imposible no sería –confirmó el señor Sergio–, y debe creerse que algún día se hará, como todo lo que puede hacer la inteligencia del hombre.

–¿Acaso no se trata de construirlo sobre el Paso de Calais? –dijo Juan.

–Tienes razón, amigo mío –confirmó el señor Sergio–; pero hay que convenir en que el puente sobre el estrecho de Behring sería menos útil que el de Calais a Dover... ¡Con seguridad que no llegarían a cubrir gastos!

–Si era poco útil para los viajeros en general –observó Cornelia–, lo sería mucho para nosotros.

–¡Ya lo creo! –replicó César Cascabel–. Pero durante las dos terceras partes del año existe nuestro puente, un puente de hielo tan sólido y

resistente como cualquier otro de piedra, madera o hierro. La señora Naturaleza lo construye todos los años, y no exige el pago de peaje.

El buen Cascabel tenía razón en tomar las cosas por su lado bueno. ¿Para qué un puente que costaría millones, cuando bastaba esperar el momento favorable para que el paso quedase asegurado, tanto a los peatones como a los carruajes? Esto no debía tardar en suceder: sólo se necesitaba un poco de paciencia.

Hacia el día 7 de octubre, quedó definitivamente establecido el período de invernada en aquella alta latitud.

Nevaba a menudo. Toda huella de vegetación había desaparecido. Los escasos árboles del litoral, despojados de sus últimas hojas, estaban cargados de escarcha. Ya no se veía ninguna de aquellas raquíticas plantas de las comarcas boreales, cuyas especies son tan parecidas a las de Escandinavia, ni ninguna de aquellas linearías que componen en gran parte el herbario de la flora ártica.

Sin embargo, si los témpanos derivaban siempre a través del estrecho, tan rápida es la corriente, iban aumentando en anchura y espesor.

Del mismo modo que basta un gran fuego para motivar la soldadura de los metales, bastaría aquí un gran frío para soldar los pedazos del campo de hielo. Esto podía esperarse de un día para otro. Pero si bien la familia Cascabel deseaba con ansia que el estrecho fuera practicable y le permitiese abandonar Port Clarence lo antes posible; si para ella debía ser una inmensa alegría el pisar por fin los territorios del Antiguo Continente, esta alegría no estaba exenta de amargura. Llegaría la hora de la separación; abandonarían Alaska, pero el señor Sergio se quedaría en aquel país, pues no era cosa de que se adelantase más hacia el Oeste. Y después del invierno, volvería a emprender sus excursiones a través de aquella parte de América cuya exploración quería terminar, visitando

los territorios situados al Norte del Yukón y al otro lado de las montañas.

Separación cruel para el uno como para los otros, porque todos estaban ligados, no solamente por la simpatía, sino también por una estrecha amistad.

El más entristecido, como puede fácilmente adivinarse, era Juan.

¿Podía olvidar que el señor Sergio se llevaría consigo a Kayette? ¿No exigía el interés de la joven india que su porvenir se encomendase a los cuidados de su nuevo padre?

¿A quién podía ser confiada mejor que al señor Sergio? Había hecho de ella su hija adoptiva; la conduciría a Europa, la instruiría y le aseguraría una posición, que no podría nunca alcanzar al lado de unos pobres saltimbanquis.

Ante tales ventajas, ¿era posible la vacilación? No, seguramente, y Juan era el primero en reconocerlo.

Y, no obstante, experimentaba inmenso pesar, que se manifestaba por su creciente tristeza.

¿Cómo hubiera podido tener la fuerza necesaria para dominarla?

Separarse de Kayette; no volverla a ver cuando estuviera tan lejos de él, material y moralmente; cuando hubiese ocupado el lugar que le correspondía en la propia familia del señor Sergio; perder la dulce costumbre que ambos tenían de hablar, de trabajar juntos, de estar siempre el uno al lado del otro, era cosa que le desesperaba.

Juan amaba a Kayette, la amaba con verdadero amor, que se revelaba en sus cuidados, en su asiduidad, en su emoción cuando le hablaba. Tal vez este amor era compartido por la joven. ¡Y habría que romper todo esto por medio de una separación eterna!

Por otra parte, si Juan sentíase muy desgraciado, su padre, su madre, su hermano y su hermana, profundamente encariñados con Ka-

yette, no podían acostumbrarse a la idea de separarse de ella, como tampoco del buen señor Sergio. Hubieran dado «cualquier cosa», como decía papá Cascabel, porque el ruso aquél consintiera en acompañarlos hasta el término de su viaje. Eso significaría pasar a su lado algunos meses más, y luego..., luego ya verían.

Ya hemos dicho que los habitantes de Port Clarence habían tomado gran afecto a esta familia. Veían, no sin cierta aprensión, acercarse el momento en que se aventurase a través de las estepas, expuestos a verdaderos peligros.

Pero si se interesaban por aquellos franceses venidos de tan lejos, y que iban también tan lejos, algunos de los rusos recientemente llegados al estrecho observaban el personal de la compañía, y más particularmente al señor Sergio, con un interés muy diferente.

No se habrá olvidado que se encontraba entonces en Port Clarence cierto número de funcionarios a quienes la anexión de Alaska obligaba a volver a los territorios siberianos.

Entre estos agentes había dos que estaban encargados de una vigilancia especial sobre los territorios americanos sometidos a la Administración moscovita.

Sobre todo debían vigilar y espiar los refugiados políticos, a quienes daba asilo la Nueva Bretaña, y que pudieran intentar franquear la frontera de Alaska.

Ahora bien, aquel ruso, convertido en compañero y huésped de una familia de saltimbanquis; aquel señor Sergio, que se detenía precisamente en 'os límites del Imperio del zar, les había parecido un poco sospechoso, por lo cual le vigilaban con la necesaria prudencia, para no dejar entrever nada.

El señor Sergio no se figuraba ser el objeto de cierta clase de sospechas, y no se preocupaba más que de la próxima separación.

¿Luchaba con la idea de volver a emprender su excursión a través del Oeste de América, o pensaba en renunciar a ella para seguir a sus nuevos amigos hasta Europa?

Difícil hubiera sido decirlo. Sin embargo, papá Cascabel, viéndole tan preocupado, resolvió provocar una explicación sobre este motivo.

Una noche, el 11 de octubre, después de cenar, César Cascabel, dirigiéndose a su huésped ruso, le dijo:

–A propósito, señor Sergio: ¿sabéis que dentro de poco vamos a partir para vuestro país?

–Sin duda, amigos míos... Es cosa convenida.

–Sí, vamos a Rusia; y precisamente pasaremos por Perm, en donde vive vuestro padre, si no estoy equivocado.

–En efecto; ¡y no creáis que os veo partir sin pesar ni sin envidia!

–Señor Sergio –terció aquí Cornelia–. ¿Pensáis permanecer mucho tiempo en América?

–¿Mucho tiempo...? ¡Quién sabe!

–Y cuando volváis a Europa, ¿qué camino tomaréis?

–El camino del Far West. Mi exploración me conducirá, naturalmente, hacia Nueva York, y allí me embarcaré con Kayette...

–¡Con Kayette! –murmuró Juan, mirando a la joven, que bajaba la cabeza.

Hubo algunos instantes de silencio.

Finalmente, César Cascabel añadió:

–Bueno, señor Sergio, voy a permitirme haceros una proposición... ¡Oh! Bien sé que será muy penoso atravesar esa endiablada Siberia...; pero con valor y buena voluntad...

–Amigo mío –respondió el señor Sergio–, creed que no me espantan los peligros ni las fatigas, y de buena gana las compararía con vosotros si...

–¿Por qué no concluir juntos el viaje? –preguntó Cornelia.

–¡Sería tan divertido! –añadió Sandre.

–¡Y os daría tantos besos si dijeseis que sí...! –exclamó Napoleona.

Juan y Kayette no habían pronunciado una palabra, y sus corazones latían violentamente.

–Mi querido Cascabel –dijo entonces el señor Sergio, después de haber reflexionado unos instantes–, desearía tener una conversación con vuestra esposa y con vos.

–A vuestra disposición... Enseguida.

–No, mañana –propuso el señor Sergio.

Después de esto, cada cual se retiro a su departamento, muy inquieto.

¿Qué motivo impulsaría al ruso a solicitar aquella entrevista? ¿Se decidiría a cambiar sus proyectos, o quería únicamente poner a la familia en disposición de llevar a cabo su viaje en mejores condiciones, haciéndole aceptar algún dinero?

De todos modos, ni Juan ni Kayette pudieron dormir aquella noche.

A la mañana siguiente tuvo lugar la entrevista.

El señor Sergio había rogado a los esposos Cascabel que le siguieran a alguna distancia del campamento, no por desconfianza de sus hijos,

sino por temor de que pudieran escucharle algunos indígenas u otra clase de gente.

Sin duda lo que tenía que decir era importante, y seguramente secreto.

Los tres subieron por la ligera cuesta de la orilla, dirigiéndose hacia la fábrica de aceite, y el ruso comenzó a hablar de esta manera:

–Amigos míos, escuchadme y reflexionad bien antes de responder a la proposición que voy a haceros. No dudo de vuestro buen corazón, y ya me habéis probado hasta dónde puede llegar vuestra abnegación. Pero antes de tomar el último partido es preciso que sepáis quién soy...

–¿Quién sois...? Un hombre honrado, ¡pardiez! –exclamó César Cascabel.

–Eso, desde luego... Un hombre honrado –confirmó el señor Sergio–, pero un hombre honrado que no quiere, con su presencia, aumentar los peligros de vuestro viaje por Siberia.

–¡Vuestra presencia un peligro, señor Sergio! –dijo, asombrada, Cornelia.

–Sí, porque mi nombre es: conde Sergio Narkin ¡Soy un proscrito político!

El conde Sergio Narkin pertenecía a una rica familia del gobierno de Perm. Apasionado por las ciencias y los descubrimientos geográficos, empleó los años de su juventud en continuos viajes a todas las partes del mundo.

Desgraciadamente, no se dedicó sólo a sus atrevidas campañas, que hubieran podido darle una verdadera celebridad. La política se mezcló en su vida, y en 1857 se comprometió, ingresando en una sociedad secreta, donde sus relaciones le hicieron entrar. En resumen, los miembros de aquella sociedad fueron arrestados, perseguidos con toda la energía natural a la Administración moscovita, y la mayor parte condenados a perpetua deportación en Siberia.

Entre estos condenados se encontraba el conde Sergio Narkin.

Tuvo que partir para Yakutsk, lugar que le había sido designado para cumplir su condena, abandonando al único pariente que le quedaba

de toda su familia, su padre, el príncipe Wassili Narkin, a la fecha octogenario, que habitaba en su finca de Walska, cerca de Perm.

Después de cinco años pasados en Yakutsk, el prisionero logró escaparse, llegando hasta Ojotsk, en el litoral del mar de este nombre.

Allí pudo encontrar pasaje a bordo de un buque en franquía y arribar felizmente a uno de los puertos de California.

De esta manera, el conde Sergio Narkin había vivido durante siete años, ya en Estados Unidos, ya en Nueva Inglaterra, procurando siempre acercarse a Alaska, donde contaba entrar en el momento en que fuese anexionada a Estados Unidos.

Porque su secreta esperanza era volver a Europa por Siberia.

Precisamente su proyecto era el que estaba ejecutante Cascabel. ¡Juzgúese lo que experimentó cuando supo que aquella familia, a la

que debía su salvación, se disponía a ganar el estrecho de Behring para pasar a Asia!

Su más vivo deseo hubiera sido acompañarla. Pero, ¿podía él exponerla a las represalias del Gobierno ruso? Si se descubría que había favorecido la entrada de un condenado político en el Imperio moscovita, ¿qué sucedería? Y, sin embargo, ¡su padre era tan anciano! ¡Tenía tantas ganas de volver a verle!

–¡Venid, pues, señor Sergio, venid con nosotros! –exclamó Cornelia.

–Va en ello vuestra libertad, amigos; vuestra vida tal vez, si sabían...

–¡Y qué importa! –dijo César Cascabel–. Cada cual tiene allá arriba abierta su cuenta, ¿no es así...? Pues bien, procuremos aportar el mayor número posible de buenas acciones... Estas servirán de contrapeso a las malas.

–Pues bien, mi querido Cascabel...

–Además, que no os reconocerán; ya veremos lo que se ha de hacer para conseguir nues-

tro objeto; ¡y que me trague un lobo si no se la pegamos a todos los agentes de la policía rusa!

–Sin embargo... –insistió aún el conde.

–Y hasta, si es preciso, os vestiremos de saltimbanqui..., a menos que no os avergoncéis...

–¡Oh, amigo mío!

–¡Y quién habrá de sospechar que el conde Narkin figura en el personal de la familia Cascabel!

–Convenido, pues. ¡Acepto, amigos míos...! Acepto, y os doy las gracias...

–¡Bueno, bueno! ¡Gracias! ¡Creéis que las necesitamos...! Conque, señor conde de Narkin...

–¡No me deis ese nombre...! Para todo el mundo, hasta para vuestros hijos, no debo ser más que el señor Sergio.

–Tenéis razón, es inútil que lo sepan... Es cosa convenida; os llevamos con nosotros, señor Sergio; y yo, César Cascabel, me comprometo a conduciros a Perm, o pierdo el nombre

que tengo; lo que sería, y creo opinaréis como yo, una pérdida irreparable para el arte.

No hace falta, creemos, expresar la acogida que recibió el señor Sergio a su vuelta a la *Belle Roulotte* cuando Juan, Kayette, Sandre, Napoleona y *Clou* tuvieron noticias de que les acompañaría hasta Europa.

CAPÍTULO VII

ADIÓS AL NUEVO CONTINENTE

a sólo era menester poner en ejecución
Y el plan convenido para encaminarse a

Europa.

Bien considerado, este plan ofrecía probabilidades de éxito. Puesto que los azares de su vida errante forzaban a la familia Cascabel a atravesar Rusia, pasando precisamente por el gobierno de Perm, el conde Sergio Narkin no podía hacer nada mejor que sumarse a ella para el resto del viaje.

¿Cómo suponer que el condenado político, el evadido de Yakutsk, se encontraba entre los miembros de una compañía de saltimbanquis?

Si no se cometía ninguna indiscreción, el éxito estaba asegurado, y, llegado a Perm, después de haber visto al príncipe Wassili Narkin, el señor Sergio obraría como mejor conviniese a sus intereses. Puesto que había franqueado el Asia sin dejar tras él ninguna huella a la que la Policía pudiera agarrarse, decidiría según las circunstancias.

Verdad es que si, contra toda posibilidad, era reconocido a su paso por Siberia, esto podía tener terribles consecuencias para él, y también

para la familia; pero ni César Cascabel ni su esposa querían tener en cuenta este peligro, y si hubieran consultado a sus hijos sobre este asunto, éstos habrían aprobado su conducta.

Pero el secreto del conde Narkin debía ser guardado con severidad, y únicamente el señor Sergio continuaría siendo su compañero de viaje.

Más tarde, el conde Narkin sabría reconocer la abnegación de aquellos honrados franceses, por más que papá Cascabel no ambicionase otra recompensa que el placer de haberle obligado a irse con ellos, burlando al propio tiempo a la policía moscovita.

Por desgracia, lo que ni el uno ni el otro podían imaginarse, era que su plan iba a verse gravemente comprometido desde el principio.

AI desembarcar en la otra orilla del estrecho, iban a verse expuestos a los mayores peligros, y detenidos, sin duda, por los agentes de Siberia.

En efecto, la mañana misma del día en que habían formado este proyecto, dos hombres hablaban, paseándose por la extremidad del puerto, en un sitio en que nadie podía escuchar su conversación.

Estos eran los dos agentes de que ya hemos hablado, y a quienes la presencia del ruso entre los huéspedes de la *Belle Roulotte* había, sorprendido y llamado la atención.

Establecidos en Sitka desde hacía muchos años, y encargados de la vigilancia de la provincia desde el punto de vista político, su deber, según sabemos, consistía en observar los movimientos de los refugiados en los alrededores de la frontera columbiana, en señalarlos al gobernador de Alaska y arrestar a los que intentaran franquearla.

Lo grave era que, si bien no conocían personalmente al conde Narkin, poseían su filiación, que les había sido dada en la época en que el prisionero se fugó de la ciudadela de Yakutsk.

Desde la llegada de César Cascabel a Port Clarence, quedaron sorprendidos viendo aquel ruso que no tenía ni la facha ni las maneras de un artista ambulante.

¿Por qué se encontraba entre aquella compañía de titiriteros que, después de salir de Sacramento, seguía un itinerario tan extraño para volver a Europa?

Una vez despertadas sus sospechas, se informaron, observaron diestramente para no llamar la atención, y, aplicando al supuesto señor Sergio la filiación que correspondía al conde Narkin, sus dudas se cambiaron en certidumbre.

–¡Sí, es el conde Narkin! –decía uno de los agentes–. Sin duda rondaba por la frontera de Alaska esperando a que se hiciese la anexión, cuando se ha encontrado con esa familia de titiriteros que le ha socorrido, y ahora se dispone a pasar a Siberia con ella.

Nada más exacto, como sabemos, y si el conde Narkin no había tenido, desde luego, el

proyecto de aventurarse más allá de Port Clarence, los dos agentes no experimentaron ninguna sorpresa cuando supieron que se había decidido a seguir a la *Belle Roulotte* al otro lado del estrecho.

–Es una suerte para nosotros el que se haya decidido –afirmó el segundo agente–. Si el conde se hubiese quedado aquí, es decir, en territorio americano, no hubiéramos tenido el derecho de detenerle...

–Mientras que en el momento en que ponga el pie en la otra orilla del estrecho, se encontrará en territorio ruso, y no podrá escaparse si nos encontramos allí para recibirle.

–He aquí una detención que nos proporcionará honra y provecho –replicó el otro agente–. Un verdadero golpe maestro para nuestra entrada. Pero, ¿cómo nos arreglaremos?

–Nada más sencillo. La familia Cascabel no tardará en partir; y como tomará el camino más corto, no es dudoso que se dirigirá al puerto de Numana. Pues bien, si nosotros llegamos antes

o al mismo tiempo que el conde Narkin, no tendremos más que echarle mano.

–Sea; pero preferiría adelantarle a fin de advertir a la policía del litoral para que nos ayude en caso necesario.

–Lo haremos, si es posible. Estos saltimbanquis se verán precisados a esperar que el hielo sea bastante sólido para aguantar su carruaje, mientras que a nosotros nos será fácil tomar la delantera. Quedémonos en Port Clarence y continuemos observando al conde Narkin sin que pueda sospecharlo. Si debe desconfiar de los funcionarios rusos que abandonan Alaska para volver a Europa, no puede figurarse que le hemos reconocido. Partirá, le arrestaremos en Numana, y no tendremos más que conducirle con nueva escolta a Petropavlosk o a Yakutsk...

–¿Y si los titiriteros quieren defenderle? –observó el otro agente.

–Les costará caro por haber favorecido la entrada en Rusia de un evadido político.

Este plan, tan sencillamente concebido, debía dar su resultado, puesto que el conde Narkin ignoraba que había sido reconocido, y la familia Cascabel no podía figurarse que fuese objeto de una vigilancia especial

De manera que aquel viaje tan felizmente comenzado, amenazaba concluir mal para el señor Sergio y sus compañeros, que, mientras se tramaba aquella maquinación, no tenían otro pensamiento que dirigirse juntos hacia Rusia.

¡Qué alegría experimentaban todos, y particularmente Juan y Kayette!

Inútil es decir que los dos agentes habían guardado para sí el secreto que iban a explotar. Nadie en Port Clarence hubiera podido imaginarse que entre los huéspedes de la *Belle Roulotte* hubiese un personaje de la importancia del conde Sergio Narkin.

Aún no había podido fijarse definitivamente el día de la partida. Seguíanse con extrema impaciencia las modificaciones de aquella temperatura verdaderamente anormal, y, como

decía papá Cascabel, jamás había deseado tan vivamente que hiciese un frío capaz de rajar las peñas.

Sin embargo, importaba mucho estar al otro lado del estrecho antes de que el invierno hubiese tomado definitivamente posesión de aquellos parajes; y como no estaría en todo su rigor hasta las primeras semanas de noviembre, la *Belle Roulotte* tendría tiempo de llegar a los territorios meridionales de Siberia. Allí, en cualquier aldea, se aguardaría la estación favorable para dirigirse a los montes Urales.

En estas condiciones, *Vermout* y *Gladiador* podrían, sin fatigarse mucho, bastar para la travesía de las estepas. La familia Cascabel llegaría demasiado pronto para tomar parte en la feria de Perm, es decir, en julio del año próximo.

¡Y siempre aquel desfile de témpanos que seguían subiendo hacia el Norte, arrastrados por la corriente cálida del Pacífico! ¡Siempre una flotilla de *icebergs* que derivaban entre las

orillas del estrecho, en lugar de un inmóvil y sólido *icefield*!

El día 13 de octubre, observóse cierta disminución en la deriva. Probablemente se había acumulado hacia el Norte una gran porción de témpanos que se oponían a su marcha. En efecto, en los últimos límites del horizonte aparecía una línea continua de vértices blancos que indicaba la congelación total del mar ártico. La pálida reverberación del hielo llenaba el espacio, y la solidificación completa no tardaría en efectuarse.

Entretanto, el señor Sergio y Juan consultaban a los pescadores de Port Clarence. Ya habían creído varias veces que podía intentarse el paso; pero los marinos, que «conocían bien su estrecho», habían aconsejado esperar.

–No os apresuréis –decían–. ¡Dejad hacer al frío...! Aún no es bastante vivo para formar el *icefield*... Y, además, aunque el mar esté bien congelado en esta parte del estrecho, nada

prueba que lo esté del otro lado, sobre todo en los sitios del islote de Diomedes.

–El invierno no es precoz este año –observó el señor Sergio un día a un viejo pescador.

–Sí, se retarda –confirmó este hombre–. Razón de más para no aventurarse antes de estar seguro de que es posible el paso. Y luego hay que contar con que vuestro carruaje es más pesado que un hombre, lo que exige mucha más solidez. Dejad que caiga una buena capa de nieve que nivele todos los témpanos, y entonces podréis marchar como sobre una carretera. Además, en poco tiempo ganaréis lo perdido sin exponeros a naufragar en el centro del estrecho.

Había que rendirse a estas razones, que procedían de gentes sumamente prácticas. Por lo cual el conde ruso procuraba calmar a César Cascabel, que era el más impaciente de toda la compañía. Lo importante, sobre todo, era no comprometerse por cualquier imprudencia que

hubiera dado al traste con el viaje y con los viajeros.

–Vamos –le decía–, ¡un poco más de calma! Vuestra *Belle Roulotte* no es ningún barco, y si fuese sorprendida por una dislocación de los hielos, se iría irremisiblemente al fondo. La familia Cascabel no tiene necesidad de aumentar su celebridad yendo a zambullirse en las aguas del estrecho de Behring.

–¿Se aumentaría por eso? –replicó, sonriendo, el glorioso Cascabel.

Cornelia intervino, diciendo que esperaba no se cometería ninguna imprudencia.

–¡Pero si la prisa que tenemos es por vos, señor Sergio! –exclamó Cascabel.

–Desde luego, ya lo sé; pero ésta no es razón para que yo la tenga por vosotros –respondió el conde Narkin.

A pesar de la impaciencia general, Juan y Kayette no encontraban largos los días. Juan continuaba instruyendo a Kayette, que ya comprendía y hablaba con facilidad el francés. En-

tre ellos no existían dificultades para entenderse. Y luego, ¡se encontraba Kayette tan feliz entre aquella familia! ¡Tan dichosa al lado de Juan, que la rodeaba de tantos cuidados!

Decididamente, hubiera sido preciso que los esposos Cascabel estuviesen ciegos para no reconocer qué sentimientos inspiraba la india a su hijo. Así es que comenzaron a inquietarse. Sabían quién era el señor Sergio y lo que Kayette sería algún día.

Ya no era la pobre india que iba a mendigar a Sitka un miserable puesto de criada; era la hija adoptiva del conde Narkin, y a Juan se le preparaban grandes pesares para el porvenir.

–A fin de cuentas –observó un día papá Cascabel–, el conde tiene ojos para ver, y bien ve el viento que sopla. Y si nada dice, Cornelia, nosotros nada tenemos que decir.

Una noche Juan preguntó a la joven:

–¿Estás contenta con ir a Europa, Kayette?

–¿A Europa...? Sí –respondió–. ¡Pero lo estaría mucho más si fuese a Francia!

–Tienes razón. ¡Es un hermoso país el nuestro, y un buen país! Si llegara a ser el tuyo algún día, ¿estarías contenta?

–Lo estaría en cualquier parte donde estuviese tu familia, Juan, y mi mayor deseo sería el no separarme nunca de vosotros.

–¡Mi querida Kayette!

–¿Está muy lejos Francia?

–Todo está lejos, Kayette, cuando se tiene prisa por llegar. Pero tarde o temprano llegaremos; ¡tal vez demasiado pronto!

–¿Por qué, Juan?

–¡Porque tú te quedarás en Rusia con el señor Sergio! Si aquí no nos separamos, tendremos que hacerlo más allá. El señor Sergio te guardará a su lado, hará de ti una hermosa joven... ¡Y no volveremos a verte!

–¿Por qué dices eso, Juan? El señor Sergio es bueno, es agradecido... No soy yo quien le ha salvado; sois vosotros, claro que vosotros. Si no hubieseis estado allí, ¿qué hubiera yo podido hacer por él? Si vive, a tu madre, a vosotros es a

quien lo debe. ¿Piensas que el señor Sergio lo puede olvidar? ¿Por qué quieres, Juan, por qué quieres, si nos separamos, que sea para siempre?

–¡Querida Kayette..., yo no lo quiero! –respondió Juan, que no podía contener su emoción–. Pero, ¡tengo miedo! ¡No volverte a ver, Kayette! ¡Si tú supieras cuan desgraciado sería! ¡Además, no es sólo verte lo que yo hubiera querido...! ¡Ah! ¿Por qué mi familia no habría de bastarte, puesto que no tienes padres? ¡Los míos te aman tanto...!

–No más de lo que yo les amo, Juan.

–Y también mi hermano y mi hermana. ¡Yo esperaba que hubieran sido una hermana y un hermano para ti!

–Lo serán siempre... ¿Y tú, Juan?

–Yo..., yo también..., Kayette... Sí, un hermano..., pero más solícito..., más amante...

Y Juan no continuó. Había cogido una mano de Kayette, y la apretaba entre las suyas... Luego escapó, no queriendo decir más. Kayette,

conmovida, sentía latir su corazón apresuradamente, mientras una lágrima se escapaba de sus ojos.

El 15 de octubre, los miembros de Port Clarence advirtieron al señor Sergio que podía prepararse para la partida. El frío había aumentado hacía algunos días; la temperatura media rondaba siempre los 10° centígrados bajo cero.

El *icefield* parecía estar completamente inmóvil.

Ya no se oían aquellos significativos chasquidos que se producen cuando la cimentación no ha terminado aún.

Era probable que no tardaran en ver llegar algunos de aquellos indígenas asiáticos que atraviesan el estrecho durante el invierno y hacen cierto comercio entre Numana y Port Clarence. A veces, aquél es un camino bastante frecuentado. No es raro que algunos trineos, tirados por renos o por perros, se dirijan de un continente a otro, empleando dos o tres días en recorrer los cien kilómetros largos que separan

ambas orillas entre los puntos más próximos del estrecho.

Hay, pues, un paso natural que se abre al principio y termina a la conclusión del invierno, es decir, practicable durante más de seis meses. Sólo es preciso no partir ni demasiado pronto ni demasiado tarde, a fin de evitar las espantosas catástrofes que resultarían de una dislocación del campo de hielo.

En previsión del viaje a través de los territorios siberianos hasta el día en que la *Belle Roulotte* se detuviera para invernar, el señor Sergio había adquirido en Port Clarence diversos objetos indispensables a una marcha durante los grandes fríos, entre otros, varios pares de raquetas que calzan los indígenas a guisa de patines, y que les permiten recorrer rápidamente vastos espacios.

No hacía falta a los hijos de un saltimbanqui un largo aprendizaje para servirse de ellos. En algunos días, Juan y Sandre habían llegado a ser hábiles patinadores, ejercitándose en los

remansos solidificados que había a lo largo de la orilla.

El conde ruso había completado también la colección de pieles comprada en el fuerte Yukón. No se trataba únicamente de preservarse del frío vistiendo cálidas pieles; era preciso guarnecer interiormente los departamentos de la *Belle Roulotte*, cubrir las camas, tapizar las paredes y el piso, a fin de mantener el calor desarrollado por la estufa de la cocina.

Además, una vez atravesado el estrecho, el buen Cascabel contaba con pasar los meses más rigurosos del invierno en una de esas aldeas que nunca faltan en los distritos del Sur de la Siberia meridional.

Por fin, se fijó la partida para el día 21 de octubre.

Durante cuarenta y ocho horas, no cesó de caer la nieve de aquel cielo brumoso. Una extensa capa blanca hacía del vasto *icefield* una llanura uniforme. Los pescadores de Port Clarence afirmaban que la solidificación debía de

extenderse de una a otra orilla. No tardaron en adquirir la prueba.

Algunos traficantes acababan de llegar del puerto de Numana, y su travesía se había efectuado sin obstáculos ni peligros.

Dos días antes de la fecha señalada para la partida, el señor Sergio supo que dos de los agentes rusos que se encontraban en Port Clarence no habían querido aguardar más tiempo para ganar el litoral siberiano, y habían partido aquella misma mañana con intención de detenerse en el islote Diomedes, para terminar al día siguiente el paso del estrecho.

Lo que hizo reflexionar lo siguiente a César Cascabel :

–He aquí dos individuos que se conoce tienen más prisa que nosotros. Bien hubieran podido esperarse un poco, ¡qué diablo!, y habríamos hecho el viaje en su compañía.

Después pensó que, sin duda, aquellos agentes habían temido retrasarse acompañando

a la *Belle Roulotte*, que no podría marchar rápidamente sobre aquella capa de nieve.

En efecto, por más que *Vermout* y *Gladiador* estuviesen bien adiestrados, el pesado vehículo emplearía varios días en llegar a! litoral opuesto, teniendo en cuenta la parada que pensaban hacer en el islote Diomedes.

En realidad, si los dos agentes habían preferido adelantarse al conde Narkin, era con el objeto de tomar todas las medidas que estimaban necesarias para su detención.

La hora de la partida había sido fijada para el amanecer. Era preciso aprovecharse de las pocas horas de luz que el sol daba todavía. Al cabo de seis semanas, al llegar al solsticio del 21 de diciembre, una noche perpetua envolvería aquellas comarcas atravesadas por el círculo polar.

La víspera de la partida, un té ofrecido por los esposos Cascabel reunió, bajo un cobertizo dispuesto para aquella fiesta, a los notables de Port Clarence, funcionarios y pescadores, y

también a varios jefes de familias esquimales que se interesaban vivamente por los viajeros.

La reunión fue muy alegre, y *Clou de Girofle* la entusiasmó con las truhanescas canciones de su repertorio. Cornelia había hecho un ponche caliente, en el cual, si había economizado el azúcar, no había escaseado el aguardiente. Aquella bebida fue aceptada con tanto mayor placer cuanto que los invitados, al volver a sus casas, iban a ser acometidos por un frío extremadamente vivo, uno de esos fríos que, durante ciertas noches de invierno, parecen caer de los últimos límites del espacio estrellado.

Los americanos bebieron por Francia; los franceses, por América.

Después se separaron tras haber cambiado fuertes apretones de manos con la familia Cascabel.

A la mañana siguiente, a las ocho, se engancharon los caballos. El mono *John Bull* había ocupado sitio en la baca, donde estaba sumergido hasta el hocico bajo las pieles, mientras

que *Wagram* y *Marengo* trotaban alrededor de la *Belle Roulotte*. En el interior, Cornelia, Napoleona y Kayette se habían encerrado herméticamente, para entregarse a sus trabajos habituales. El señor Sergio, Cascabel, Juan, Sandre y *Clou*, los unos a la cabeza del tiro, y los otros yendo como exploradores, debían velar por la seguridad del vehículo.

Por fin se dio la señal de partida, que fue saludada por los hurras de la población de Port Clarence.

Un momento después, las ruedas de la *Belle Roulotte* hacían rechinar la capa de nieve del *icefield*.

El conde Narkin y la familia Cascabel acababan de abandonar definitivamente la tierra de América.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

EN EL ESTRECHO DE BEHRING

Es el canal o estrecho de Behring un paso bastante angosto, por el que se une el mar de este nombre con el océano Ártico. Dispuesto como el estrecho del Paso de Calais, entre la Mancha o Manga y el mar del Norte, tiene la misma orientación, en un ancho triple. Si no se cuenta más que de treinta y cinco a cuarenta kilómetros desde el cabo Gris-Nez, de la costa francesa, hasta el South-Foveland, de la costa inglesa, unos cien kilómetros largos separan a Numana de Port Clarence. Después de haber hecho su última parada en América, la *Belle Roulotte* se encaminaba hacia el puerto de Numana, punto más próximo del litoral asiático.

Sin duda un itinerario que hubiese cortado oblicuamente el estrecho de Behring, hubiera permitido a César Cascabel recorrer por un paralelo menos elevado, y sensiblemente por debajo del círculo polar. En este caso, la dirección debiera haber sido al Sudoeste, dirigiéndose hacia la isla San Lorenzo, bastante importan-

te, y habitada por numerosas tribus de esquimales, no menos hospitalarios que los indígenas de Port Clarence. Después, más allá del golfo de Añadir, la compañía Cascabel hubiera doblado el cabo Navarin para aventurarse a través de los territorios de la Siberia meridional. Pero esto hubiera sido prolongar la parte del viaje que se hacía por mar, o, mejor, sobre la superficie de un *icefield*, y, por consiguiente, exponerse en mayor trayecto a los peligros que ofrecen estos campos de hielo. Se comprende que la familia Cascabel debía tener deseos de encontrarse en tierra firme. Convenía, pues, no modificar en nada las disposiciones del primer acuerdo, que consistía, en marchar hacia Numana, reservándose rodear el islote Diomedes, situado en medio del estrecho; islote tan sólido sobre su base de roca, como cualquier punto del Continente.

Si el señor Sergio hubiera tenido un buque, a bordo del cual la pequeña caravana se hubiese embarcado con todo el material, el

itinerario seguido habría sido diferente. Al dejar Port Clarence, el barco se hubiera hecho a la vela hacia el sur de la isla de Behring, sitio de invernada muy frecuentado por las focas v otros mamíferos marinos; desde allí hubiera alcanzado uno de los puertos de Kamchatka, y quizá el mismo Petropavlosk, capital de este gobierno. Pero, a falta de buque, era mejor tomar el camino más corto, a fin de entrar cuanto antes en el Continente asiático.

El estrecho de Behring no ofrece grandes profundidades. A consecuencia de los fenómenos geológicos que han sido observados desde el período glacial, podría llegar un día no muy lejano, en que se verificase por este punto la unión de Asia y de América. Este sería el puente soñado por Cascabel, o, más exactamente, un paso practicable para los viajeros. Pero, aunque muy útil para éstos, sería extremadamente perjudicial para los navegantes, y especialmente para los balleneros, puesto que les cerraría el

paso a los mares árticos. Sería necesario entonces que algún futuro Lesseps cortase este istmo, restableciendo las cosas en su estado primitivo. Quizás a los descendientes de nuestros bisnietos les convenga preocuparse de esta eventualidad.

Sondeando las diversas partes del estrecho, han podido afirmar los hidrógrafos que la mayor profundidad corresponde a la costa de Asia, cerca de la península de los Chukchis. Allí circula la corriente fría, bajando del Norte, mientras que la corriente cálida sube a través del paso menos helado, limítrofe de la costa americana.

Al norte de esta península, cerca de la isla de Koliutchin, en la bahía de este nombre, doce años más tarde, el navío de Nordenskiold, el Vega, después de haber descubierto el Paso del Nordeste, iba a quedar aprisionado por los hielos durante un período de nueve meses, desde el 26 de setiembre de 1878 al 15 de julio de 1879.

La familia Cascabel había, pues, partido con fecha 21 de octubre, en bastantes buenas condiciones. Hacía un frío vivo y seco. La tempestad de nieve se había calmado; el viento había disminuido en fuerza, cambiándose al Norte en un cuarto. El cielo aparecía teñido de un gris mate y uniforme. Apenas si se sentía el sol detrás del velo de brumas, que sus rayos, muy débiles por su oblicuidad, no llegaban a romper. AI mediodía, en el máximo de su altura, no se elevaba más que algunos grados por encima del horizonte del Sur. De común acuerdo, se había tomado una gran decisión antes de la partida de Port Clarence: no se debía marchar durante la obscuridad. Aquí y allá el *icefield* presentaría amplias hendiduras, y en la imposibilidad de evitarlas, no viéndolas, hubiera podido producirse una catástrofe. Se había, pues, convenido que cuando la mirada se limitase a un centenar de pasos solamente, la *Belle Roulotte* suspendería su marcha. Más valía tardar quince días en franquear los cien kilóme-

tros del estrecho, que aventurarse a ciegas, cuando la claridad no fuera suficiente.

La nieve, que no había dejado de caer durante veinticuatro horas, formando una alfombra bastante espesa, se había cristalizado bajo la acción del frío. Esta capa hacía la marcha menos difícil en la superficie del *icefield*. Si no nevaba más durante la travesía del estrecho, todo iría bien. Sin embargo, era de temer que en el encuentro de las dos corrientes, fría y caliente, que chocan para tomar cada una un canal diferente, los témpanos de hielo, interrumpidos en su deriva, se amontonaran unos sobre otros. En este caso, el camino se prolongaría por algunos rodeos.

Se ha dicho ya que Cornelia, Kayette y Napoleona habían subido al carruaje. A fin de aligerarlo tanto como fuera posible, los hombres harían el trayecto a pie.

Según el orden de marcha adoptado, Juan iría a la descubierta con el objeto de reconocer el estado del *icefield*; podían fiarse de él. Iba

provisto de una brújula, y si bien le sería posible tomar puntos exactos de referencia, se dirigiría hacia el Oeste con la precisión suficiente.

A la cabeza del tiro marchaba *Clou*, dispuesto a sostener o a levantar a *Vermout* y *Gladiador* si daban un mal paso; pero la solidez de sus piernas estaba asegurada por las herraduras de clavos comunes de sus cascos. Por otra parte, esta unida superficie no presentaba ninguna aspereza con la cual pudieran tropezar.

Cerca del coche marchaban hablando el señor Sergio y César Cascabel, con los anteojos puestos, y bien cncapuchados como sus compañeros

En cuanto al joven Sandre, hubiera sido poco acertado señalarle un lugar en el coche, pues no hubiera podido estar quieto en él.

Iba, venía, corría, saltaba como los dos perros, y se daba el placer de pegar buenos resbalones. Sin embargo, su padre no le había permitido calzar las raquetas esquimales, y esto le disgustaba.

–Con estos patines –aseguraba– se hubiera atravesado el estrecho en algunas horas.

–¿Y para qué –repuso, al fin, su padre–, si nuestros caballos no saben patinar?

–¡Será necesario que les enseñe! –declaró el pilluelo, dando una voltereta.

Entretanto, Cornelia, Kayette y Napoleona se ocupaban de la cocina, y un ligero humo de buen agüero salía de la pequeña chimenea de fundición. Si no sufrían el frío en el interior de los departamentos herméticamente cerrados, era necesario pensar en los que estaban fuera, por lo que tenían siempre dispuestas algunas tazas de té caliente, adicionadas con el aguardiente ruso, el vodka, capaz de resucitar a un muerto.

El alimento de los caballos estaba asegurado por medio de los haces de hierba seca suministrados por los esquimales de Port Clarence. Bastarla para la travesía del estrecho. *Wagram* y *Marengo* tenían en abundancia carne de danta, con la que se mostraban satisfechos.

Además, el *icefield* no estaba tan desprovisto de caza como se pudiera creer.

Los dos perros levantaban a la carrera millares de ptarmigans, urías y otros volátiles especiales de las regiones polares. Estos volátiles, condimentados con cuidado y desprovistos de su gusto aceitoso, podían todavía suministrar un manjar aceptable. Pero como hubiera sido inútil cazarlos, puesto que la despensa de Cornelia estaba ampliamente provista, se decidió que las carabinas del señor Sergio y de Juan quedaran en reposo durante el viaje de Port Clarence a Numana.

En cuanto a los anfibios, focas y demás mamíferos marinos, muy numerosos en estos parajes, no se vio ni uno solo durante las primeras horas del viaje.

Si bien la partida se había hecho alegremente, Cascabel y sus compañeros no tardaron en sentir la indefinible impresión de tristeza que se desprende de estas llanuras sin horizonte, de estas superficies blancas hasta perderse

de vista. Hacia las once no se divisaban ya más que las altas rocas de Port Clarence, los vértices del cabo del Príncipe de Gales, desvanecidos por un velo de lejanos vapores. Ningún objeto hubiera sido visible a la distancia de un par de kilómetros, y, por consiguiente, mucho tiempo había de pasar antes que se pudieran ver las alturas del cabo Oriental, en la península de los Chukchis. Estas alturas, sin embargo, hubiesen dado un excelente punto de referencia, por el que los viajeros se hubieran podido guiar.

El islote Diomedes, situado casi en medio del estrecho, no está dominado por ninguna prominencia rocosa. Como su masa se eleva poco sobre el nivel del mar, no se le reconocería más que en el momento en que las ruedas crujiesen sobre su suelo de roca, aplastando la capa de nieve. En suma, Juan dirigió sin trabajo la *Belle Roulotte* con la brújula en la mano, y si bien no iba deprisa, avanzaba al menos con completa seguridad.

Por el camino, el conde ruso y César Cascabel hablaban de la situación presente. La travesía del estrecho, que había parecido tan sencilla antes de la partida, y que no lo parecería menos después de la llegada, no dejaba de presentarse peligrosa ahora que estaban comprometidos en ella.

–Sin embargo, es bastante fuerte lo que hemos intentado –observó Cascabel.

–Sin duda –convino el señor Sergio–. Franquear el estrecho de Behring con un pesado carruaje, es una idea que no se le ocurriría a todo el mundo.

–¡Lo creo, señor Sergio! ¿Qué queréis? Cuando se le pone a uno en la cabeza volver al país, no hay nada que le detenga. ¡Ah! Si no se tratase más que de marchar durante millares de kilómetros a través del Far West o de Siberia, no me asustaría... ¡Se marcha sobre un terreno sólido, que no se ha de entreabrir bajo los pies...! Mientras que cien kilómetros de mar helado, llevando un tiro, un material y todo lo

que va dentro... ¡Diantre! ¡Quisiera haberlo hecho ya...! ¡Habríamos acabado con lo más difícil, o, por lo menos, con lo más peligroso del viaje!

–En efecto, querido Cascabel; sobre todo si la *Belle Roulotte*, ya más allá del estrecho, puede alcanzar rápidamente los territorios de la Siberia meridional. Tratar de seguir el litoral durante los grandes fríos del invierno, sería muy imprudente. Por consecuencia, cuando estemos en Numana será necesario cortar hacia el Sudoeste, con el fin de escoger un buen sitio de invernada en algún pueblecillo.

–¡Eso es lo que haremos! Pero vos debéis conocer el país, señor Sergio.

–No conozco más que la parte comprendida entre Yakutsk y Ojotsk, por haberla atravesado después de mi evasión. En cuanto al camino que va de la frontera de Europa a Yakutsk, no me acuerdo más que de las terribles fatigas que oprimieron noche y día a los convo-

yes de los prisioneros. ¡Qué sufrimientos...! ¡No los desearía ni para mi más mortal enemigo!

–Y decidme, señor Sergio, ¿habéis perdido toda esperanza de volver a entrar en vuestro país con completa libertad? ¿Creéis que el Gobierno no os lo permitirá...?

–Es necesario, para eso –respondió el noble ruso, –que el zar proclame una amnistía que se extienda al conde Narkin como a todos los patriotas condenados con él. ¿Se presentarán circunstancias políticas tales que hagan posible esta determinación...? ¡Nadie puede decirlo, mi querido Cascabel!

–¡Es triste vivir en vilo...! Parece que se ha sido arrojado de su propia casa.

–¡No podéis comprenderlo! ¡Lejos de todo lo que se ama...! Y mi padre, tan anciano..., ¡cómo quisiera volverle a ver...!

–¡Lo conseguiréis, señor Sergio! Creed en un viejo corredor de ferias, que a veces predice el porvenir echando la buenaventura. Haréis vuestra entrada en Perm con nosotros... ¡Qué!

¿No pertenecéis a la compañía Cascabel...? Será necesario que os enseñe algunas suertes de escamoteo; esto puede servir en ocasiones; sin contar que burlaremos a la Policía moscovita pasando por delante de sus narices.

Y César Cascabel no pudo contener la risa. ¡Figurábase al conde Narkin, un gran señor ruso, levantando pesos, haciendo de malabarista con las botellas, rebajándose a desempeñar el papel de payaso!

Hacia las tres de la tarde la *Belle Roulotte* se detuvo.

Aunque no era de noche todavía, una espesa bruma reducía el campo visual.

Así es que después de haber vuelto hacia atrás, Juan aconsejó la parada. Marchar en estas condiciones parecía extremadamente arriesgado.

Por otra parte, como lo había previsto el conde Narkin, en esta parte del estrecho, recorrida por ¡a corriente del canal del Este, el *icefield* presentaba asperezas, desigualdades en los

témpanos y hendiduras bajo la nieve. El vehículo experimentaba violentas sacudidas. Los caballos tropezaban casi de continuo. Medio día de marcha había bastado para ocasionarles grandes fatigas.

En suma, eran diez kilómetros más los que había franqueado la pequeña caravana en esta primera etapa.

Cuando el tiro se paró, Cornelia y Napoleona bajaron, tapadas cuidadosamente desde los pies a la cabeza, por el brusco cambio de una temperatura de diez grados bajo cero. En cuanto a Kayette, acostumbrada a la crudeza de los inviernos alaskianos, no había pensado siquiera en envolverse en calientes pieles.

–Es necesario que te abrigues más –le dijo Juan. –¿Quieres pescar un resfriado?

–¡Oh! No temo al frío –aseguró la muchacha–. Estoy acostumbrada a él en el valle del Yukón.

–No importa, Kayette.

–Juan tiene razón –terció Cascabel, interviniendo–. Ve a envolverte en una buena manta, mi pequeña codorniz. Por otra parte, te prevengo que, si coges un resfriado, yo me encargo de curarte, y eso será terrible... Llegaría, si fuera necesario, hasta a cortarte la cabeza para impedirte estornudar.

Ante semejante amenaza, la joven india no tenía más que obedecer, y esto fue lo que hizo.

Luego, se ocuparon del campamento.

Esto fue muy sencillo. No había madera que cortar en el bosque, ni hoguera que encender, porque faltaba el combustible, ni aun hierba que recoger para la comida de los animales. La *Belle Roulotte* estaba allí ofreciendo a los huéspedes su comodidad habitual, su buena temperatura, sus camas hechas, su mesa servida, su hospitalidad permanente.

No fue necesario más que proveer de alimentos a *Vermout* y *Gladiador*, con un puñado de forraje traído de Port Clarence. Hecho esto, se envolvió a los dos caballos en espesas man-

tas, y no tuvieron más que descansar hasta el día siguiente. El papagayo en su jaula y el mono en su cesto, no fueron olvidados, como tampoco los dos perros, que comían con verdadera glotonería la carne seca destinada para su alimento.

Por último, después de haber cuidado de los animales, el señor Sergio y sus compañeros cenaron, o, lo que es más justo, visto lo poco avanzado de la hora, comieron con buen apetito.

–¡Eh...! ¡Eh...! –exclamó Cascabel–. Esta será quizá la primera vez que los franceses hacen una comida tan bien servida en medio del estrecho de Behring.

–Es lo probable –admitió el señor Sergio--. Pero antes de tres o cuatro días creo que podremos sentarnos a la mesa, en tierra firme esta vez.

–¿En Numana? –preguntó Cornelia.

–No, sobre el islote Diomedes, donde permaneceremos uno o dos días. Nuestro tiro va

tan despacio, que será necesario una semana por lo menos para llegar al litoral asiático.

Acabada la comida, aunque no eran más que las cinco de la tarde, nadie rehusó el marcharse a descansar. Toda una noche de estar extendido bajo las mantas de una buena cama, no era de despreciar después de tan costosa marcha a través de un campo de hielo. César Cascabel no creyó necesario velar por la seguridad del campamento. No había que temer malos encuentros en semejante desierto. Por otra parte, los perros harían buena guardia y descubrirían a los merodeadores, si los había, que se aproximasen a la *Belle Roulotte*.

Sin embargo, al poco rato, el señor Sergio se levantó con el fin de observar el estado del *icefield*, que un brusco cambio de temperatura podía siempre modificar; ésta era la más grave de sus preocupaciones. En nada había cambiado el tiempo, y una leve brisa del Nordeste corría por la superficie del estrecho.

Al día siguiente, el viaje se verificó en las mismas condiciones. No hubo dificultades, propiamente hablando. Solamente el cansancio Se hicieron quince o dieciséis kilómetros de camino hasta la hora del descanso, y se tomaron iguales disposiciones que la víspera.

Al día siguiente, que era el 25 de octubre, no fue posible partir antes de las nueve de la mañana, y aun en este momento apenas si era de día.

El señor Sergio anunció que el frío era menos intenso. Algunas nubes se acumulaban en desorden hacia el horizonte del Sudeste.

El termómetro marcaba cierta tendencia a subir, y aquellos lugares empezaban a ser invadidos por presiones más suaves.

–¡No me gusta esto, Juan! –dijo el noble ruso–. Mientras estemos sobre el *icefield* no debemos quejarnos de que el frío aumente. Desgraciadamente, el barómetro se pone a bajar con el viento que sopla del Poniente. Lo que más debemos temer es un alza en la temperatura. Mira

bien el estado del *icefield*, Juan; no desprecies ningún indicio, y enseguida ven a avisarnos.

–¡Confiad en mí, señor!

Evidentemente, a partir del mes siguiente hasta mediados de abril, las modificaciones que atemorizaban al señor Sergio no se hubieran podido producir. El invierno se declararía entonces francamente. Pero como había sido tardío este año, sus efectos se notaban por alternativas de fríos y deshielos, que podían dar origen a la dislocación parcial del campo de hielo. ¡Sí! Más hubiera valido sufrir temperaturas de 25 a 30 grados bajo cero durante la travesía del estrecho.

Se partió al mediodía. Los suaves rayos del sol, proyectados muy oblicuamente, no lograban atravesar la espesa capa de brumas. Además, el cielo empezaba a rayarse hasta el cenit de nubes bajas y largas, que el cielo empujaba rápidamente hacia el Norte.

Juan, a la cabeza, observaba con cuidado la capa de hielo, algo reblandecida desde la víspe-

ra, y que cedía a cada paso bajo los pies de los caballos. Sin embargo, pudieron hacerse aproximadamente dos leguas en esta etapa, y la noche se pasó sin ningún incidente.

Al día siguiente, 27, se partió a las diez. Grande fue la inquietud del conde ruso al observar un nuevo aumento en la temperatura; fenómeno verdaderamente anormal en aquella época del año y bajo aquella latitud.

Como hacía menos frío, Cornelia, Napoleona y Kayette quisieron marchar a pie. Calzadas con botas esquimales, caminaban bastante alegremente.

Todos habían ocultado sus ojos detrás de un par de anteojos indios, y se acostumbraban a mirar por la estrecha abertura practicada en la ojera. Esto excitaba la burla del revoltoso Sandre, que, lejos de estar cansado, saltaba como una cabra montes.

En realidad, el coche no avanzaba rápidamente. Sus ruedas se hundían profundamente

en los montones de nieve, lo que se hacía muy penoso al tiro.

Cuando tropezaban con las tumescencias y aristas rugosas de los témpanos, se producían choques, sin poderlos evitar. A veces, enormes bloques, amontonados unos sobre otros, cortaban el camino y obligaban a dar grandes rodeos para salvarlos. Pero esto no era más que una prolongación del camino, y era preferible que estuviese cortado por tumescencias que por hendiduras. Por lo menos, la solidificación del *icefield* no estaba comprometida. Sin embargo, el termómetro continuaba subiendo y el barómetro bajando con lentitud regular. El señor Sergio sentíase cada vez más inquieto. Poco antes del mediodía, las mujeres volvieron al coche. La nieve se puso a caer en abundancia, en pequeños copos transparentes, como si hubieran estado a punto de resolverse en agua. Parecía una lluvia de pequeñas plumas blancas, producida por millares de pájaros que estuvieran sacudiéndose en el espacio.

César Cascabel ofreció al emigrado ruso abrigo en la *Belle Roulotte*, pero éste rehusó. Lo que soportaban sus compañeros, ¿no podía soportarlo también? Esta caída de la nieve, medio fundida, le disgustaba soberanamente; al liquidarse acabaría por originar la disgregación del *icefield*. Era necesario buscar refugio en la inquebrantable base del islote Diomedes.

Por tanto, la prudencia aconsejaba no avanzar sino con grandes precauciones. El señor Sergio decidió reunirse con Juan a un centenar de pasos por delante del tiro, mientras papá Cascabel y *Clou* permanecerían a la cabeza de los caballos, cuyo pie fallaba con frecuencia. Cualquier accidente que hubiera sufrido el vehículo, les obligaría a abandonarlo en pleno campo de hielo, lo que hubiera sido una pérdida irreparable.

El noble ruso, provisto de su lente, al mismo tiempo que marchaba cerca de Juan, trataba de escudriñar el horizonte del Oeste, oscurecido por los torbellinos. El campo de vista era

extremadamente limitado. Se marchaba al azar, y seguramente hubiera dado la señal de alto si la solidez del campo le hubiera parecido gravemente alterada.

–Cueste lo que cueste –dijo–, es preciso que hoy mismo lleguemos al islote Diomedes, donde nos veremos obligados a permanecer hasta la próxima vuelta del frío.

–¿A qué distancia creéis que estamos todavía? –preguntó Juan.

–A unos diez kilómetros escasos, Juan. Puesto que nos quedan todavía dos horas de día, mejor dicho, de esta semiclaridad que nos permite marchar en su dirección, hagamos todos los esfuerzos posibles para llegar antes de que la oscuridad sea completa.

–Señor Sergio, ¿queréis que me adelante con el fin de reconocer la posición del islote?

–¡No, Juan, no! Podrías perderte en medio de esta tormenta, y sería una nueva complicación... Tratemos de guiarnos por la brújula, porque si pasamos el islote Diomedes por el

Norte o por el Sur, no sé lo que será de nosotros...

–¿Oís, señor? –dijo de pronto Juan, que acababa de agacharse.

El señor Sergio le imitó, y pudo convencerse de que sordos crujidos, semejantes al ruido del vidrio cuando se rompe, corrían a través del *icefield*. ¿Era éste el indicio de un deshielo, o, por lo menos, de una disgregación parcial? Sin embargo, ninguna cortadura se veía sobre la superficie, tan lejos como podía extenderse la vista. La situación era extremadamente peligrosa. El pasar los viajeros la noche en estas condiciones era exponerse a ser víctimas de alguna catástrofe. El islote Diomedes era el único refugio que se les ofrecía, y había necesidad de alcanzarle a toda costa. ¡Cuánto sentía el señor Sergio no haberse quedado algunos días más en Port Clarence!

Juan y él volvieron al tiro, y comunicaron a César Cascabel la difícil situación en que se hallaban. No había para qué darla a conocer a

las mujeres. Hubiera sido asustarlas inútilmente. Se decidió, pues, dejarlas en el coche, y cada cual se agarró a las ruedas con el objeto de aliviar a los extenuados caballos, medio muertos y sudando a pesar de las ráfagas.

Hacia las dos, la caída de la nieve disminuyó notablemente. Se redujo bien pronto a algunos copos sueltos que la brisa arremolinaba en el aire. Entonces fue más fácil conservar una dirección fija. Se empujó vigorosamente al tiro. El señor Sergio estaba resuelto a no pararse hasta que la *Belle Roulotte* reposase sobre las rocas del islote Diomedes.

Según sus cálculos, éste no debería estar más que a unos tres kilómetros, v dando un buen empujón, bastaría quizás una hora para pisar la arena.

Por desgracia, la claridad, ya tan dudosa, no tardó en debilitarse hasta el punto de reducirse a una vaga reverberación. ¿Estaban, o no, en buen camino? ¿Era necesario continuar marchando en ese sentido? ¿Cómo comprobarlo?

En aquel momento los dos perros dejaron oír vivos ladridos. ¿Señalaban la proximidad de un peligro? ¿No habrían olfateado alguna banda de esquimales o de Chukchis, de paso a través del estrecho? En este caso el señor Sergio reclamaría los servicios de estos indígenas, y por lo menos sabría fijamente la posición del islote.

Sin embargo, una de las ventanillas del coche acababa de abrirse, y se oyó a Cornelia preguntar por qué *Wagram* y *Marengo* ladraban de aquella manera.

Se le respondió que no se sabía todavía, pero que no había por qué alarmarse.

–¿Es necesario que bajemos? –añadió

–¡No, Cornelia! –respondió Cascabel–. ¡Estáis bien donde estáis...! ¡No os mováis de aquí!

–Pero..., ¿y si los perros han sentido la presencia de algún animal..., un oso, por ejemplo?

–¡Pues bien, ya nos lo dirán! Por si acaso, ¡tened dispuestos los fusiles! Sobre todo, prohibido bajar.

–Cerrad vuestra ventana, señora Cascabel –agregó el noble ruso–. ¡No hay un minuto que perder! ¡Vamos a ponernos en camino al instante!

El tiro, que se había parado a los primeros ladridos de los perros, volvió a continuar su penosa marcha.

Durante media hora la *Belle Roulotte* pudo avanzar más deprisa, porque la superficie del *icefield* era menos rugosa.

Los caballos, verdaderamente fatigados, con la cabeza baja y los corvejones extendidos, tiraban valerosamente. Se veía que éste era el último esfuerzo, y que no tardarían en abatirse si tal esfuerzo se prolongaba.

Apenas se veía. Lo que quedaba de luz difusa a través del espacio, parecía más bien proceder de la superficie del campo que de la claridad de las altas zonas.

Los dos perros no cesaban de ladrar, corriendo hacia delante, parándose para olfatear

el aire, con la cola recta e inmóvil, y volviendo después junto al tiro.

–Ocurre seguramente algo extraordinario –hizo observar papá Cascabel.

–¡El islote Diomedes! –gritó Juan.

Y mostraba un conjunto de rocas que se percibían confusamente a algunos centenares de pasos hacia el Oeste.

Lo que le daba la razón a Juan era que este montón estaba sembrado de puntos negros, cuyo color resaltaba vivamente sobre el blanco de los témpanos.

–En efecto, debe de ser el islote –dijo el señor Sergio.

–¡O es ilusión, o veo moverse aquellos puntos negros! –exclamó César Cascabel.

–¿Moverse...?

–Sí.

–Sí; sin duda, son algunos millares de focas que han buscado refugio en el islote...

–¿Algunos millares? –saltó Cascabel.

–¡Ah, señor patrón! –exclamó *Clou de Giroflé*–. ¡Qué fortunón, si pudiéramos cogerlas para enseñarlas en la feria!

–Y si todas dijeran «¡Papá!» –añadió Sandre.

¡En verdad que éste era el grito del corazón de un joven saltimbanqui!

CAPÍTULO II

ENTRE DOS CORRIENTES

Finalmente, la *Belle Roulotte* había llegado a tierra firme. No tenía ya por qué

temer que el campo de hielo se hundiese bajo su peso. Fácil es imaginarse cuánto debía apreciar la familia Cascabel la ventaja de sentir bajo sus pies un suelo inquebrantable.

La oscuridad era absoluta. Se tomaron las mismas disposiciones que la víspera para levantar el campamento a algunos centenares de pasos del islote Diomedes.

Después se ocuparon de los animales, y enseguida de las «gentes de talento», como decía César Cascabel.

El frío era relativamente moderado. La columna termométrica no indicaba más que cuatro grados bajo cero. Poco importaba, por otra parte. Durante aquella parada no se habría de temer un alza en la temperatura. Se esperaría a que la baja de ésta hubiese asegurado la congelación y solidificación del *icefield*. El invierno no podía tardar en presentarse con todo su rigor.

Era completamente de noche. El noble ruso dejó para la mañana siguiente la exploración que quería hacer en el islote. En primer lugar,

se pensó en tomar las mejores disposiciones en cuanto se refería a los caballos, que necesitaban una buena alimentación y largo reposo, por hallarse verdaderamente extenuados.

Luego, cuando se sirvió la cena, cada cual se apresuró a despachar su parte, tal prisa tenían por tenderse en su camastro, después de tantas y tan rudas fatigas.

La *Belle Roulotte* quedó bien pronto sumergida en un profundo sueño, sin que Cornelia soñase aquella noche con deshielos ni abismos en los que se precipitaba su casa ambulante.

Al día siguiente, en cuanto la claridad fue suficiente, el señor Sergio, César Cascabel y los dos hijos de éste, marcharon a reconocer el estado del islote.

Lo que les sorprendió., desde luego, fue la increíble cantidad de focas, conocidas con el nombre de *otarios de pelo*, que se habían refugiado en él.

En efecto, en aquella porción del mar de Behring, limitada al Sur por el quincuagésimo

grado de latitud septentrional, es en donde se encuentran dichos animales, tal vez en masas más considerables.

Si se examina detenidamente la carta de esta región, admira, con seguridad, la configuración que presentan las dos costas americana y asiática, y particularmente su semejanza. Opuesta la una a la otra, en ambas se dibuja claramente el mismo perfil: la tierra del Príncipe de Gales guarda simetría con la península de los Chukchis; el golfo de Norton con el golfo de Añadir; la extremidad de la península de Alaska se encorva como la península de Kamchatka, y el todo está cerrado por el rosario de las islas Aleutianas.

Sin embargo, no puede deducirse de esto que América haya sido separada bruscamente de Asia por alguna convulsión de la época prehistórica, que hubiese abierto el estrecho de Behring, porque los ángulos salientes de un litoral no corresponden a los ángulos entrantes del otro.

En estos sitios se encuentran numerosas islas: la de San Lorenzo, ya citada, sobre el litoral americano; la de Karaginski, sobre el litoral asiático; no lejos de las playas de Kamchatka, la isla Behring, casi tocando a la isleta de Cuivre, y, a poca distancia de las riberas de Alaska, las islas Pribyloff. La semejanza de las costas es, pues, completa, por la idéntica disposición de los archipiélagos.

Ahora bien, las islas Pribyloff y la de Behring sirven más especialmente de residencia a las colonias de focas que frecuentan este mar. Pueden contarse por millones. Así es que los cazadores de profesión vienen, no solamente para capturar los otarios, sino también las nutrias de mar, muy numerosas aún no hace un siglo, pero que ahora son muy escasas a causa de su continua destrucción.

En cuanto a los otarios, nombre genérico bajo el que se comprenden los leones, vacas y osos de mar, se aglomeran en rebaños conside-

rables, y parece que la raza no ha de extinguirse jamás.

Y, sin embargo, ¡qué caza se les da mientras dura la estación cálida! Sin tregua ni piedad, los cazadores los acosan hasta sus *rookeries*, especie de parques en donde se agrupan las familias. Los adultos, sobre todo, son atacados implacablemente, y la raza concluiría por desaparecer si no fuese por su fecundidad extraordinaria.

En efecto, desde el año 1867 hasta Í880, trescientos ochenta y ocho mil novecientos ochenta y dos otarios han sido destruidos nada más que en los reservados de la isla de Behring. En las islas Pribyloff, durante un siglo, los pescadores de Alaska han recogido la suma de tres millones quinientas mil pieles, y aún, anualmente, no suministran menos de cien mil.

¡Y cuántos no quedarán sobre las otras islas del mar de Behring!

El señor Sergio y sus compañeros podían juzgar por lo que veían en el islote de Diomedes.

Toda la playa desaparecía bajo un hormiguero de focas, apretadas las unas contra las otras, y no se veía nada que la alfombra de nieve sobre la que reposaban con toda seguridad.

Sin embargo, si las miraban, ellas se fijaban también en los visitantes del islote. Inmóviles, inquietas, quizás irritadas de aquella toma de posesión de su dominio, no intentaban huir, y a veces dejaban oír una especie de balido prolongado, en el que se adivinaba cierta cólera.

Luego, levantándose, agitaban vivamente sus patas, o más bien sus aletas, desplegadas en forma de abanico.

¡Ah! Si, como había deseado Sandre, aquellas focas hubiesen estado dotadas del uso de la palabra, ¡qué trueno de «papas» hubiera salido de sus bigotudos labios!

El señor Sergio y Juan no pensaban en dar caza a aquella legión de anfibios. Y, sin embar-

go, había allí «una fortuna de pieles vivas», según decía Cascabel.

Pero hubiera sido una matanza inútil y hasta peligrosa. Aquellos animales, temibles por su número, hubieran podido hacer muy peligrosa la situación de la *Belle Roulotte*, por lo cual el conde Narkin recomendó la mayor prudencia.

La presencia de aquellas focas sobre el islote Diomedes, ¿no contenía una indicación que convenía no despreciar? ¿No había motivo para preguntarse por qué aquellos animales se habían refugiado sobre aquel montón de rocas que no les ofrecía ningún recurso?

Con este motivo se suscitó una seria discusión, en la que tomaron parte el señor Sergio, César Cascabel y su hijo mayor. Se habían dirigido hacia la parte central del islote, mientras que las mujeres se ocupaban del mensaje, dejando a *Clou* y a Sandre al cuidado de los animales.

El noble ruso fue el que provocó la discusión, diciendo :

–Amigos míos, se trata de saber si no vale más abandonar el islote de Diomedes desde el momento en que los caballos hayan descansado, que prolongar en él nuestra parada...

–Señor Sergio –interrumpió César Cascabel–, pienso que no debemos dormirnos sobre esta roca, representando el papel de Robinsones... ¡Os lo confieso! Tengo prisa por sentir bajo mis talones un pedazo de la costa siberiana.

–Lo comprendo, padre –añadió Juan–, y, sin embargo, no conviene tampoco exponerse, como lo hemos hecho, lanzándonos a través del estrecho. Sin este islote, ¿qué hubiera sido de nosotros? Todavía quedan más de sesenta kilómetros hasta Numana...

–Pues bien, Juan, dando algunos buenos empujones, quizá podríamos recorrerlos en dos o tres etapas.

–Sería muy difícil –declaró Juan–, aun cuando lo permitiera el estado del *icefield*.

–Desde luego, Juan tiene razón –observó el señor Sergio–. Que tengamos prisa por atravesar el estrecho es natural, pero, puesto que la temperatura se ha dulcificado singularmente, me parece que no sería muy prudente abandonar la tierra firme. Hemos partido demasiado pronto de Port Clarence; procuremos no hacer lo mismo del islote de Diomedes. Lo cierto es que el estrecho no está completamente congelado en toda su extensión...

–Y de ahí vienen esos estallidos que aún oíamos ayer –añadió Juan–. Son debidos evidentemente a la insuficiente agregación de los hielos...

–Sí, ésa es una prueba –confirmó el noble ruso–; pero hay también otra...

–¿Cuál? –preguntó Juan.

–Una que no me parece menos grave: la presencia de esos millares de focas, cuyo instinto ha empujado a invadir el islote Diomedes.

Sin duda después de haber abandonado los altos parajes de aquel mar, esos animales se dirigían hacia la isla de Behring o las islas Aleutianas, cuando han previsto alguna próxima conmoción. Habrán sentido la necesidad de retirarse del *icefield*. ¿Se prepara una dislocación por efecto de la temperatura, o es que va a producirse algún fenómeno submarino que destroce el campo de hielo? No lo sé. Pero si nosotros tenemos prisa por ganar la costa siberiana, estos anfibios no deben tener menos por alcanzar sus *rookeries* de las islas de Behring y de Pribyloff; y puesto que se han detenido en el islote Diomedes, es que habrán tenido serias razones para hacerlo.

–Entonces, ¿cuál es vuestra opinión, señor Sergio? –preguntó Cascabel.

–Mi opinión es que permanezcamos aquí, mientras las focas no nos hayan indicado, partiendo ellas, que podemos ponernos en camino sin peligro.

–¡Diablo...! ¡Vaya un contratiempo endemoniado!

–No es tan grave, padre –respondió Juan–. ¡Quiera Dios que no tengamos que experimentarlos mayores!

–Además, este estado de cosas no puede ser duradero –continuó el ruso–. Por poco precoz que sea el invierno este año, pronto estaremos a fines de octubre, y aunque el termómetro no marque en este momento más que cero, puede bajar de un día para otro una veintena de grados. Si el viento llega a saltar al Norte, el *icefield* quedará tan sólido como un continente. Luego, mi opinión, por cierto muy meditada, es esperar, si no ocurre algo que nos obligue a partir.

Esto, por lo menos, era lo prudente, por lo cual se decidió que la *Belle Roulotte* permanecería sobre el islote Diomedes, mientras el paso del estrecho no quedase asegurado por un frío intenso.

Durante la jornada, el conde ruso y Juan visitaron en parte aquella base granítica que les ofrecía completa seguridad. El islote medía tres kilómetros de circunferencia. Aun en verano debía ser completamente árido. Un amontonamiento de rocas, nada más.

Sin embargo, hubiera bastado para recibir los pilares del famoso puente de Behring que reclamaba papá Cascabel, si algún día los ingenieros rusos y americanos pensaban en reunir los dos continentes, en contra de lo que con tanto aplauso ejecuta Lesseps.

Los visitantes ponían el mayor cuidado en no espantar a las focas. Y, sin embargo, era evidente que la presencia de seres humanos mantenía a aquellos animales en un singular estado de sobreexcitación. Había grandes machos que lanzaban roncos gritos, reuniendo en torno suyo a sus familias, muy numerosas en su mayor parte, porque son polígamos, y cuarenta r cincuenta adultos no reconocen más que un solo padre.

Aquellas disposiciones poco amigables no dejaron de preocupar al señor Sergio, sobre todo cuando observó cierta propensión en aquellos anfibios a dirigirse hacia el campamento. Aisladamente no eran de temer, sin duda; pero sería difícil, hasta imposible, resistir a tales masas si se les antojaba arrojar a los intrusos que no les dejaban la entera posesión del islote Diomedes. Juan quedó igualmente sorprendido de aquella particularidad, y el señor Sergio y él volvieron bastante alarmados.

El día terminó sin incidente, a no ser que la brisa, que soplaba del Sudeste, se convirtió en fuerte viento.

Seguramente se preparaba alguna violenta tempestad, quizás una de esas borrascas árticas cuya duración es de muchos días, lo que indicaba la extraordinaria depresión de la columna barométrica, que había bajado a 72 centímetros.

La noche se anunciaba bajo malos auspicios. Y, por añadidura, desde el momento en que todos se acomodaron en los departamentos

de la *Belle Roulotte*, increíbles aullidos, de cuyo origen no podían dudar, aumentaron el estruendo de las ráfagas. Las focas se encontraban al lado del vehículo y comenzaban a abordarlo. Los caballos relinchaban de miedo, temiendo ser atacados por aquellas bandas, contra las cuales Wagram y *Marengo* ladraban con inútil rabia. Hubo necesidad de salir al exterior y aproximar a *Vermout* y *Gladiador* para velar por ellos.

Fueron cargadas las armas. Sin embargo, el conde recomendó no servirse de ellas sino en último extremo.

La noche estaba oscura. Se encendieron los faroles, pues no podía distinguirse nada en medio de aquellas tinieblas. Los haces de luz permitieron ver millares de focas alineadas alrededor de la *Belle Roulotte*, y sin duda alguna aguardaban la llegada del día para asaltarla.

–¡Si nos atacan, toda resistencia será imposible, y corremos el riesgo de ser aplastados! –advirtió el señor Sergio.

–¿Qué hacer, entonces...? –preguntó Juan.

–Hay que partir.

–¿Cuándo?

–Al momento –respondió el señor Sergio.

Ante aquel peligro, seguramente muy grave, ¿tenía razón el ruso al querer abandonar el islote? Sí; era lo único que podía hacerse. Probablemente las focas no querían más que arrojar a los seres que se habían refugiado en su dominio, y no se encarnizarían en perseguirlos a través del *icefield*. En cuanto a dispersarlas por la fuerza, hubiera sido más que imprudente intentarlo.

¿Qué podían los revólveres y los fusiles contra aquellos millares de animales?

Se engancharon los caballos, las mujeres volvieron a subir a sus departamentos, y los hombres, dispuestos a la defensiva, se colocaron a cada lado del vehículo, que comenzó a bajar hacia el Oeste.

La noche era tan brumosa, que a duras penas los faroles permitían iluminar el campo a

una veintena de pasos. La borrasca se desencadenaba con más furia. No nevaba, y los copos que revoloteaban por el aire eran los que el viento arrancaba de la superficie del *icefield*. ¡Y si siquiera la solidificación fuese completa! Pero no había nada de eso. Sentíase entreabrir los témpanos, en medio de estallidos prolongados. Se producían hendiduras, por las cuales el agua del mar saltaba como un surtidor.

El conde y sus compañeros marcharon así por espacio de una hora, temiendo a cada instante que el campo de hielo se abriese a sus pies. Se hacía imposible seguir una dirección determinada, y, sin embargo, Juan ensayaba mantenerla en lo posible por medio de la brújula. Felizmente, marchando hacia el Oeste, no era posible dejar atrás la costa siberiana, que se extendía a unos sesenta kilómetros, ocupando tres cuartos del horizonte, como hubiera sucedido con el islote Diomedes si se hubieran inclinado, bien al Norte o bien al Sur.

Pero era preciso llegar, y la primera condición era que la *Belle Roulotte* no se sumergiese en las profundidades del mar de Behring.

Sin embargo, aunque el mayor, no era éste el único peligro que había que temer. A cada momento el carruaje amenazaba volcar, cogido de costado por aquella ráfaga del Sudeste. Por prudencia fue preciso hacer bajar a Cornelia, Kayette y Napoleona. El señor Sergio, Cascabel, Juan, Sandre y *Clou*, agarrados a las ruedas, luchaban por retener al vehículo contra el viento.

Se comprende que poco camino debían hacer los caballos en estas condiciones, cuando sentían crujir el suelo bajo sus pies.

A cosa de las cinco y media de la mañana, que era el 26 de octubre, en medio de tinieblas tan profundas como las que bañan los espacios interestelares, la *Belle Roulotte* tuvo que detenerse. Los caballos no podían dar un paso más. La superficie del campo se agitaba, levantada

por debajo por las olas que la borrasca arrojaba de los parajes infernales del mar de Behring.

–¿Qué partido podemos tomar...? –preguntó Juan.

–¡Hay que volver al islote! –exclamó Cornelia.

–¡Ya no es posible! –respondió el señor Sergio.

–¿Y por qué? –replicó César Cascabel–. Es preferible batirse con las focas que...

–Os repito que es imposible volver al islote. Habría que marchar contra la ráfaga, y nuestro carruaje no podría resistir... ¡Quedaría hecho pedazos si no huyese ante la tempestad...!

–¡Con tal que no nos veamos obligados a abandonarlo...! –dijo Juan.

–¡Abandonarlo! –exclamó César Cascabel–. ¿Y qué sería de nosotros sin la *Belle Roulotte*...?

–Haremos todo lo que sea posible para no llegar a ese caso –decidió el ruso–. Este carruaje es nuestra salvación, y es preciso conservarlo a toda costa.

–¿De modo que no es posible volver atrás? –preguntó Cascabel.

–¡Imposible! ¡Hay que continuar adelante! –manifestó el señor Sergio–. ¡Valor y sangre fría, y concluiremos por llegar a Numana!

Estas palabras dieron por resultado reanimar a todo el mundo. Era demasiado evidente que el viento impedía la vuelta al islote Diomedes. Soplaba del Sudeste con tal impetuosidad, que ni personas ni animales hubieran podido marchar contra él. La *Belle Roulotte* no podía ni aun quedar estacionada. Con sólo intentar resistir al desplazamiento del aire, hubiera perecido.

Una semiclaridad, pálida y brumosa, apareció a cosa de las diez. Las nubes, bajas y recortadas, parecían arrastrar jirones de vapores hacia el estrecho, que barrían furiosamente. Pedazos de nieve y agujas de hielo arrancadas del banco, volaban en el torbellino como una metralla de granizos. En condiciones tan penosas, apenas pudieron hacerse tres kilómetros de

camino, en hora y media de marcha, porque había que evitar los charcos de agua y rodear los témpanos acumulados sobre el *icefield*. Por debajo, las sacudidas le imprimían rudas oscilaciones, una especie de balanceo que provocaba continuos estallidos. De repente, hacia las tres menos cuarto, se produjo una violenta sacudida. Una red de hendiduras estrelló el campo, irradiando en torno del vehículo... Una grieta de unos diez metros de diámetro se había abierto bajo los pies del tiro.

A un grito del noble ruso, sus compañeros se detuvieron a algunos pasos de aquella grieta.

–¡Nuestros caballos...! ¡Nuestros caballos...! –gritó Juan.... ¡Salvemos nuestros caballos...!

Era demasiado tarde. Habiendo cedido el hielo, los desgraciados animales acababan de desaparecer. Si no se hubiesen roto los tirantes, la *Belle Roulotte* hubiera sido igual, arrastrada a las profundidades del mar.

–¡Nuestros pobres caballos! –exclamó, desesperado, César Cascabel.

¡Ay! Aquellos viejos amigos del saltimbanqui, que habían corrido el mundo con él; aquellos fieles compañeros que por tan largo tiempo habían compartido su nómada existencia, estaban sumergidos. Gruesas lágrimas llenaron los ojos de papá Cascabel, de Cornelia y de sus hijos...

–¡Atrás! ¡Retrocedamos! –había gritado el conde ruso.

Y agarrándose todos a las ruedas del carruaje, lograron, no sin trabajo, alejarlo de la grieta, que se ensanchaba con las oscilaciones del campo. Así anduvo hacia atrás cosa de unos seis metros, hasta quedar fuera del círculo de dislocación.

¿Qué hacer ahora? ¿Abandonar la *Belle Roulotte*

en medio del estrecho para volver a buscarla con varios tiros de renos, después de haber llegado a Numana? Parecía que no había otro partido que tomar.

De pronto, Juan se puso a gritar:

–¡Señor Sergio, señor Sergio! ¡Mirad...! ¡Derivamos...!

–¿Derivamos...?

¡Era cierto!

A no dudar, un deshielo general acababa de poner en movimiento los témpanos entre las dos orillas del estrecho. Las sacudidas de la tempestad, unidas al alza de la temperatura, habían roto el campo, insuficientemente cimentado en su parte media.

A consecuencia del desplazamiento de los témpanos, de los cuales uno se había amontonado sobre el *icefield*, y los otros corridos por debajo, se abrieron anchos pasos hacia el Norte. Esto permitía al islote flotante que llevaba al vehículo, derivar bajo la fuerza del huracán.

Algunos *icebergs*, inmóviles eran otros tantos puntos de referencia para apreciar el sentido de la deriva.

La situación, ya tan inquietante por la pérdida del tiro, se había agravado extraordinariamente.

Ya no era posible llegar a Numana, ni aun después de haber abandonado el carruaje. No eran ya grietas que se hubieran podido rodear; eran múltiples pasos que no había medio alguno de poder franquear y cuya orientación cambiaba según los caprichos de las olas. Y luego, aquel témpano que arrastraba a la *Belle Roulotte*, y cuya marcha no podía guiarse, ¿cuánto tiempo resistiría al choque de las olas que venían a romperse sobre sus bordes?

¡No! ¡Nada era posible hacer! Querer dirigirse para alcanzar el litoral siberiano era empresa superior a fuerzas humanas. El bloque flotante marcharía así mientras no lo detuviese algún obstáculo; y ¡quién sabe si aquel obstáculo no serían los mismos hielos en los extremos límites del mar polar!

Hacia las dos de la tarde, en medio de la sombra que acrecentaban los crespones de

bruma, la oscuridad era tal que detenía la vista en una radio muy corto.

Abrigados y vueltos hacia el Norte, el señor Sergio y sus compañeros permanecían silenciosos. ¿Qué hubieran podido decir, puesto que no tenían nada que intentar?

Cornelia, Kayette y Napoleona, envueltas en sus abrigos, se estrechaban las unas contra las otras.

El joven Sandre, más sorprendido que inquieto, silbaba una canción.

Clou se ocupaba en poner en orden los objetos dispersos por la sacudida en el interior de los departamentos.

Si el conde y Juan habían conservado toda su sangre fría, no sucedía lo mismo a César Cascabel, que se acusaba de haber metido a toda su familia en semejante aventura.

Sin embargo, importaba mucho darse cuenta exacta de la situación. No se habrá olvidado que dos corrientes se propagan en sentido inverso a través del estrecho de Behring. Una

desciende hacia el Sur, la otra sube hacia el Norte. La primera es la corriente de Kamchatka; la segunda, la de Behring. Si el témpano cargado con el personal y material de la *Belle Roulotte* era agarrado por la primera, sería inevitablemente arrastrado hacia atrás, y existían probabilidades de que pudiese arribar a la costa siberiana. Si, por el contrario, era atraído por la segunda, sería rechazado hacia el mar Glacial, en donde ningún continente ni grupo de islas podrían detenerle.

Por desgracia, el huracán soplaba del Sur, a medida que iba aumentando en intensidad. En el fondo de aquel embudo formado por el estrecho, se producía una corriente de aire cuya violencia no podía imaginarse, al mismo tiempo que el viento se desviaba poco a poco de su primera dirección.

Esto es cuanto habían podido observar el señor Sergio y Juan, viendo que se escapaba toda probabilidad de ser cogidos por la corrien-

te de Kamchatka. Referida a la brújula, la deriva inclinaba hacia el Norte.

¿Podía esperarse que el témpano fuese llevado hasta la península del Príncipe de Gales, sobre la costa de Alaska, a la vista de Port Clarence? Éste hubiera sido un desenlace verdaderamente providencial.

Pero el estrecho desagua con un ángulo tan abierto entre el cabo Oriental y el cabo del Príncipe de Gales, que sería insensato abandonarse a aquella esperanza.

Entretanto, la estancia se hacía casi insostenible en la superficie del témpano, en donde nadie podía permanecer en pie: ¡tan terrible era la tormenta!

Juan, que quiso observar el estado del mar por su parte anterior, fue derribado, y, sin la intervención del conde, hubiera sido precipitado en las olas.

¡Qué noche pasaron aquellos desgraciados, puede decirse aquellos náufragos, porque esta-

ban allí como los supervivientes de un naufragio!

¡Qué angustias a cada instante! *Icebergs* de masa considerable venían a veces a chocar contra el islote flotante, con tales sacudidas y tales estallidos, que amenazaban dislocarlo. Pesadas olas pasaban por su superficie, sumergiéndolo como si se hubiese hundido en el abismo. Todos estaban transidos bajo aquellas frías duchas que el viento pulverizaba por encima de sus cabezas. Sólo habrían podido evitarlas entrando en la *Belle Roulotte*; pero ésta oscilaba tanto bajo los golpes de la ráfaga, que ni el señor Sergio ni papá Cascabel se atrevían a aconsejarles que buscasen aquel refugio.

Interminables horas transcurrieron así. Entretanto, los pasos se hacían cada vez más anchos, la deriva se operaba con menos choques. ¿Se había separado el témpano de la porción más angosta del Estrecho, cuya abertura se extendía a algunas leguas de allí en el mar Glacial? ¿La corriente de Behring había triunfado

por fin de la corriente de Kamchatka? En ese caso, si las costas de América no lo detenían, ¿no era de temer que fuese arrastrado hasta el pie del enorme *icefield*?

¡Cuánto tardaba en aparecer el día! El día, que permitiría reconocer exactamente la situación. Las pobres mujeres oraban. Su salvación no podía venir más que de Dios.

El día apareció por fin, era el 27 de octubre, sin que trajese consigo la calma de las conmociones atmosféricas. Por el contrario, parecía que la tempestad redoblaba su furia con la salida del sol.

El conde y Juan, con la brújula en la mano, interrogaron el horizonte. En vano buscaron tierra en la dirección del Este y Oeste.

El témpano, ¡era harto cierto!, había derivado hacia el Norte, bajo la acción de la corriente de Behring.

Como puede pensarse, aquella tempestad había causado a los habitantes de Port Clarence

vivas inquietudes sobre la suerte de la familia Cascabel.

Pero, ¿cómo hubieran podido socorrerles, puesto que el deshielo impedía toda comunicación entre las dos orillas del estrecho...?

Lo mismo ocurrió en el puerto de Numana, donde los dos agentes rusos, que estaban ya hacía dos días, habían anunciado la partida de la *Belle Roulotte*.

En realidad, si alguna ansiedad experimentaron por los que conducía, no fue seguramente por simpatía.

Sabemos que esperaban al conde Narkin sobre la costa siberiana para apoderarse de su persona... y temían fuese probable que aquél hubiese perecido en el desastre que, sin duda, habría ocurrido a la familia Cascabel.

Tres días después no hubo lugar a duda, cuando la corriente arrojó los cadáveres de dos caballos en una pequeña ensenada del litoral.

Eran los de *Vermout* y *Gladiador*, que componían el único tiro de los saltimbanquis.

–¡Diablo! –dijo uno de los agentes–. ¡Qué bien hemos hecho en atravesar el Estrecho antes que nuestro hombre!

–Sí –convino el otro–; pero ¡es una lástima haber perdido un negocio tan bonito!

CAPÍTULO III

DERIVANDO CON LOS HIELOS

Ha sido descrita la situación de los náufragos el día 27 de octubre. Hubiera sido absurdo hacerse ilusiones sobre su suerte, y guardar la más débil esperanza... Derivando a través del estrecho de Behring, la única probabilidad de salvación era la de verse atraídos por la corriente del Sur, en dirección de la costa asiática... Pero no sucedía así: ¡era la corriente del Norte la que les arrastraba!

Una vez en el océano Glacial, ¿qué sería del témpano de hielo? Sí no se disolvía, ¿resistiría los choques? ¿Iría a perderse en alguna tierra ártica? Empujado por los vientos del Este, que entonces dominaban, ¿no sería arrojado sobre los escollos del Spitzberg o de Nueva Zembla? En este último caso, aunque fuera a costa de terribles fatigas, ¿llegarían los náufragos a ganar el continente?

El conde Sergio pensaba en las consecuencias de esta última hipótesis. Hablaba con César Cascabel y Juan, sondeando con su mirada el horizonte perdido en medio de las brumas.

–Amigos míos –dijo–, estamos evidentemente en gran peligro, puesto que el témpano puede estrellarse o abrirse a cada instante, y no es imposible abandonarlo...

–¿En éste el mayor peligro que nos amenaza? –preguntó papá Cascabel.

–¡Por el momento, sí! –respondió el señor Sergio–. Pero con la vuelta del frío este peligro disminuirá y acabará por desaparecer. Ahora

bien; en esta época y bajo esta latitud, es imposible que el alza de la temperatura se mantenga más allá de algunos días.

–Tenéis razón, señor Sergio –convino Juan–.

Únicamente me gustaría saber, si el témpano resiste, ¿a dónde irá a parar...?

–En mi concepto, no será muy lejos, y no tardará en soldarse a algún *icefield*. Entonces, cuando el mar esté definitivamente congelado, veremos de ganar el continente, con el fin de volver a tomar nuestro antiguo itinerario...

–¿Y cómo lo haremos, ahora que nuestro tiro ha perecido? –exclamó papá Cascabel–. ¡Ah, mis pobres caballos...! Señor Sergio, habéis de saber que aquellos bravos animales formaban parte de mi familia, y por culpa mía...

Cascabel no podía consolarse. Su pesar era inmenso. Se reprochaba haber sido la causa de aquella catástrofe. ¿Cuándo se había visto atravesar caballos el mar...? Y pensaba más en ellos

que en el peligro en que les colocaba su desaparición.

–Desde luego es una irreparable desgracia las condiciones en que nos ha puesto este deshielo –convino el noble ruso–. Que nosotros, hombres, podamos soportar las privaciones, las fatigas que resultan de esta pérdida, sea; pero la señora Cascabel, Kayette y Napoleona, estas dos casi unas niñas, ¿qué harán cuando tengamos que abandonar la *Belle Roulotte*?

–¡Abandonarla! –gritó César Cascabel.

–¡Será necesario, padre!

–Verdaderamente –gimió el acróbata Cascabel, amenazándose con los puños–, era tentar a Dios el emprender tal viaje... ¡Seguir semejante camino para volver a Europa!

–No os dejéis abatir, amigo mío –indicó el señor Sergio–. Miremos el peligro sin acobardarnos. ¡Es el mejor medio para vencerlo!

–Padre –añadió Juan–, lo hecho, hecho está, y todos hemos estado de acuerdo al hacerlo. No

te acuses, pues, de haber sido imprudente; vuelve a recobrar tu energía de otras veces.

Pero, a pesar de darle estos ánimos. Cascabel estaba anonadado, y su confianza en sí mismo, su filosofía natural, habían recibido un rudo golpe.

El ruso buscaba por todos los medios puestos a su alcance, consultando la brújula, puntos de referencia. A este género de observaciones consagró las pocas horas de día que alumbraban el horizonte de aquella latitud.

No era fácil este trabajo, porque los puntos de referencia cambiaban sin cesar. Más allá del estrecho parecía estar libre el mar, en una gran extensión. Evidentemente, con aquella temperatura anormal no se había formado jamás el *icefield* ártico. Si pareció estarlo durante algunos días, fue porque los témpanos que bajaban del Norte o los que subían del Sur bajo la influencia de las dos corrientes, se habían reunido en aquella porción de mar, estrechada por los dos continentes.

Después de haber repetido sus operaciones, el conde creyó poder afirmar que la dirección seguida estaba sensiblemente inclinada hacia el Noroeste. Este resultado tenía sin duda por origen el que la corriente de Behring dirigida hacia el litoral siberiano, después de haber rechazado la corriente de Kamchatka, se recogía al salir del estrecho de Behring, formando un extenso arco, subtendido por el paralelo polar.

El ruso pudo observar al mismo tiempo que el viento, muy fuerte, siempre venía completamente del Sudeste. Si bien sopló un momento del Sur, fue porque la disposición de las costas había modificado su dirección general, que al cabo concluía por recobrar.

Cuando se conoció este resultado, el señor Sergio se reunió a César Cascabel, y no le ocultó que nada mejor hubiera podido producirse en aquellas circunstancias. Esta buena noticia tranquilizó un poco al jefe de la familia.

–Sí –respondió–, algo es el ir precisamente hacia donde se desea... ¡Pero qué vuelta habremos dado, Dios mío, qué vuelta!

Los náufragos se ocupaban entonces de instalarse lo mejor posible, como si su permanencia en el islote en deriva debiese durar mucho tiempo. Ante todo, se decidió que continuarían habitando la *Belle Roulotte*, menos expuesta a un vuelco, puesto que cedía el empuje del huracán. Cornelia, Kayette y Napoleona volvieron a tomar su puesto en el interior, y a ocuparse de la cocina, absolutamente descuidada desde hacia veinticuatro horas. La cena estuvo bien pronto dispuesta; sentáronse a la mesa; y si las alegres conversaciones habituales no sazonaban aquella comida, por lo menos reanimó a los comensales, tan duramente probados desde su salida del islote Diomedes.

El día terminó en aquellas condiciones. Las ráfagas no cesaban de desencadenarse con terrible violencia. El espacio se animaba con el vuelo de grandes bandadas de pájaros, petreles,

ptarmigans y otros, tan justamente llamados pájaros de las tempestades.

En los días siguientes, del 28 al 31 de octubre, no sucedió nada de extraordinario. El viento se mantenía del Este, y no modificó en nada el estado de la atmósfera.

El señor Sergio había estudiado cuidadosamente la forma y extensión del témpano. Era una especie de trapecio irregular, de cien a ciento veinte metros de largo, por treinta de ancho. Este trapecio, que se elevaba sobre sus aristas más de un metro, aumentaba ligeramente de altura hacia el interior. No había ninguna hendidura sobre su superficie, aunque sordos crujidos corrían a veces a través de su masa. No parecía, pues, que su solidez hubiera sido, por lo menos hasta entonces, comprometida por el asalto de las olas y de la borrasca.

No sin grandes esfuerzos pudo ser llevada la *Belle Roulotte* hasta el centro. Allí, las cuerdas y piquetes de la tienda que servía para las representaciones ambulantes, la sujetaron tan

fuertemente, que no había temor de que zozobrase.

Lo que más les alarmaba eran los choques, debidos a frecuentes encuentros con enormes *icebergs*, que cambiaban de lugar con velocidades desiguales, según obedecieran a las corrientes o giraran en medio de los remolinos. Algunos medían a veces cinco o seis metros de altura, pareciendo precipitarse como para un abordaje. Se les percibía desde lejos, se les veía venir y ¿cómo evitar su brutal contacto? Había algunos que caían con estrépito cuando el cambio de su centro de gravedad modificaba el equilibrio; pero cuando chocaban, sus colisiones eran en extremo temibles.

La sacudida era tal algunas veces, que, sin ciertas precauciones, tomadas a tiempo, todo hubiera sido destrozado en el interior del coche.

Estaban siempre bajo la amenaza de una dislocación posible y repentina. Así es que

cuando se señalaba la aproximación de algún enorme bloque, el señor Sergio y sus compañeros se reunían alrededor de la *Belle Roulotte*, agarrándose los unos a los otros. Juan se aproximaba a Kayette. De todos los peligros, el más terrible hubiera sido el verse separados sobre los diversos pedazos del témpano. Además ofrecía menos seguridad en sus bordes que en su parte central, donde el espesor era mayor.

Durante la noche el conde y Cascabel, Juan y *Clou* velaban por turno. Ponían todo su cuidado en vigilar, en medio de aquella profunda oscuridad, rodeada de formas blancas que se movían como fantasmas. Aunque el espacio estaba cubierto de brumas, azotadas por la interminable borrasca, la luna, muy baja en el horizonte, le impregnaba de una luz pálida, y los *icebergs* podían ser vistos a cierta distancia. Al grito del que velaba, todo el mundo se ponía en pie, esperando el resultado del choque.

A veces, la dirección del *iceberg* se modificaba, pasando a contrabordo; pero a menudo

chocaban, y la sacudida rompía las cuerdas y arrancaba las estacas de la *Belle Roulotte*. Era de creer que todo iba a ser destruido; después del choque podían considerarse dichosos de haber resistido a la colisión.

¡Y la temperatura, que no cesaba de ser anormal! ¡Y aquel mar seguía sin congelarse en la primera semana de noviembre! ¡Y aquellos sitios, que continuaban siendo navegables, a pesar de encontrarse por encima del círculo polar! ¡Era verdaderamente tener mala suerte! Y todavía si algún ballenero, retrasado en su campaña de pesca, hubiese pasado a la vista, se le habrían hecho señales, o se hubiera llamado su atención por medio de disparos... Después de haber recogido a los náufragos los hubiera llevado a algún puerto del litoral americano, a Victoria, a San Francisco, a San Diego, o sobre la costa siberiana, a Petropavlosk, a Ojotsk...

Pero no; ¡ni un buque! ¡Nada más que *icebergs* en movimiento! ¡Sólo el inmenso mar de-

sierto, que limitaba al Norte el infranqueable *icefield*!

Afortunadamente, a menos de una prolongación inverosímil de aquella anomalía climática, la cuestión de víveres no era para inquietar, aun cuando la deriva durase algunas semanas. En la previsión de un largo viaje a través de los territorios asiáticos, donde hubiera sido difícil procurarse víveres en abundancia, se había hecho gran acopio de harina, arroz, grasa, etc. No tenían tampoco que preocuparse, por desgracia, del alimento del tiro. Y hay que convenir en que si *Vermout* y *Gladiador* hubieran sobrevivido al deshielo, no habría sido posible subvenir a sus necesidades.

Del 2 al 6 de noviembre nada ocurrió de nuevo; únicamente el viento mostraba gran tendencia a calmarse, subiendo un poco hacia el Norte. Apenas si el día duraba dos horas, lo que contribuía al horror de la situación. A pesar de las incesantes observaciones del señor Sergio, se hacía muy difícil determinar la deriva; y

en la imposibilidad de marcarla sobre el mapa, no sabían dónde se encontraban.

Sin embargo, al otro día, el 7, apareció un punto de referencia que fue reconocido, y después fijado con cierta exactitud.

Aquel día, a cosa de las once, en el momento en que los vagos rayos del sol impregnaban el espacio, el señor Sergio y Juan, acompañados de Kayette, se dirigieron hacia la parte delantera del témpano. Había en el material ambulante un anteojo de larga vista, bastante bueno, y que servía a *Clou* cuando enseñaba a los papanatas el ecuador, figurado por un hilo extendido en el objetivo, y los habitantes de la Luna, representados por insectos introducidos en el tubo. Después de haber limpiado cuidadosamente este anteojo, Juan lo llevó consigo, y con el ocular en los ojos procuraba reconocer alguna tierra.

Hacía poco que examinaba atentamente el horizonte, cuando Kayette, extendiendo la mano hacia el Norte, dijo:

–Me parece, señor Sergio, que allí veo... ¿No es aquello una montaña...?

–¿Una. montaña? –exclamó Juan–. ¡No...! ¡Será probablemente un *iceberg*!

Volvió el anteojo hacia el punto indicado por la india.

–¡Kayette tiene razón! –rectificó casi enseguida.

Dio el instrumento al señor Sergio, que lo dirigió a su vez hacia el mismo lado.

–¡Sí! –dijo–. ¡Es una montaña bastante alta...! ¡Kayette no se ha engañado!

Después de una nueva observación, se pudo afirmar que alguna tierra debía encontrarse en la dirección Norte, a una distancia aproximada de veinticinco a treinta kilómetros.

Era un hecho de verdadera importancia.

–Para que una tierra esté dominada por una montaña tan alta –observó Juan–, es necesario que tenga considerable extensión...

–En efecto, Juan –reconoció el conde ruso–, y cuando volvamos a la *Belle Roulotte*, tratare-

mos de encontrar su posición en el mapa. Esto nos permitirá saber exactamente nuestra situación.

–¡Juan...! Me parece que se escapa humo de aquella montaña –dijo entonces Kayette.

–¿Será acaso un volcán...? –replicó el señor Sergio?

–¡Sí...! ¡Sí...! –añadió Juan, que había vuelto a mirar con el anteojo–. Se distingue perfectamente una humareda...

Pero el día comenzaba a extinguirse, y, aun con el aumento del ocular, la silueta de la montaña se fue disipando poco a poco.

Una hora más tarde, cuando la oscuridad fue casi completa, aparecieron vivos resplandores en la dirección que había sido señalada por medio de una línea trazada sobre la nieve.

–Vamos a consultar la carta –propuso el señor Sergio, volviendo con sus amigos al campamento.

Juan buscó en el atlas el mapa que representaba el conjunto de las regiones boreales,

más allá del Estrecho de Behring, y se estableció la siguiente proposición:

Puesto que el señor Sergio había reconocido ya, por una parte, que la corriente, después de haber subido al Norte, se torcía hacia el Este a unos trescientos kilómetros fuera del Estrecho, y, por otra, que el témpano seguía esta dirección desde hacía algunos días, se trataba de averiguar si existía al Noroeste alguna tierra que pudiera señalarse. Precisamente, a cien kilómetros del continente indicaban el mapa la existencia de una gran isla, que los geógrafos designan con el nombre de isla Wrangel, cuyos contornos están vagamente determinados por su parte septentrional. Era muy probable, por otra parte, que el témpano no la abordara, si la corriente continuaba llevándoles a través del ancho brazo de mar que la separa de la costa.

El señor Sergio no tuvo ninguna duda sobre la identidad de la isla Wrangel. En efecto, entre los dos cabos que proyecta su costa meridional, el cabo Hawan y el cabo Thomas, está

dominada por un volcán en actividad, anotado en las cartas modernas. No podía ser éste más que el visto por Kayette, y cuyos fuegos se habían mostrado perfectamente a la caída del día.

Entonces fue fácil reconocer el camino seguido por el témpano desde su salida del estrecho de Behring. Después de haber rodeado la costa, había doblado el cabo Serdtse Kamen, la bahía Kolvutchin, el promontorio de Wankarem y el cabo Norte; después se había internado a través del canal de Long, que separa la isla Wrangel del litoral de la provincia de los Chukchis.

Era imposible saber si en aquellos parajes se detendría el témpano, cuando la corriente le hubiera arrojado fuera del canal de Long.

Lo que debía preocupar más particularmente al señor Sergio era que hacia el Norte la carta no mencionaba ya ninguna tierra, y que en este inmenso espacio se extiende el gran

banco de hielos, cuyo centro está formado por el mismo polo.

La única probabilidad en que podrían confiar en adelante era que el mar se congelara completamente por la acción de un frío más intenso, lo que no podía tardar en suceder, y que debiera haberse producido ya algunas semanas antes. Entonces la deriva se detendría sobre los bordes del *icefield*. y bajando hacia el Sur, podrían los náufragos intentar ganar el continente siberiano. ¿Qué harían si la necesidad les obligaba a abandonar la *Belle Roulotte* por falta de caballos, y tenían que recorrer a pie un largo trayecto?

El viento se mantenía al Este, soplando con violencia, aunque no ya de tempestad. Pero en aquellos detestables parajes, enormes rompientes de olas corrían con gran estrépito, y venían a estrellarse contra las aristas del témpano flotante; después, rebotando al choque, lo cubrían en gran parte, como el puente de un buque capeando un temporal, y provocaban tales sacu-

didas, que el témpano retemblaba hasta en su parte central, haciendo que se entreabriera bruscamente. Además estos enormes golpes de mar llegaban hasta la *Belle Roulotte* y amenazaban arrastrar a los que se encontraban fuera de ella.

Por consejo del señor Sergio, se tomaron algunas precauciones.

Como cayeron abundantes nevadas en la primera semana de noviembre, fue fácil construir una especie de dique en la parte posterior del témpano, con el fin de protegerlo contra las olas, que casi siempre lo asaltaban por aquel lado. Todos pusieron manos a la obra, y cuando la nieve, convenientemente removida y batida, se endureció a una altura y un espesor de cuatro o cinco palmos, presentó un obstáculo a los golpes de mar, pasando solamente algunas gotas por encima de su cresta. Era como una especie de parapeto levantado en la popa de un barco desamparado.

Durante estos trabajos, Sandre y Napoleona se tiraban bolas de nieve, no economizándolas tampoco para las espaldas de *Clou de Girofle*.

Pero aunque no estuvieran en la situación más a propósito para divertirse, César Cascabel no se puso serio hasta un día en que una bola, mal dirigida, vino a chocar con el sombrero del señor Sergio.

–¡Quién es el torpe que...! –empezó a decir.

–¡He sido yo, padre! –hizo saber Napoleona que había quedado completamente desconcertada.

–¡Eres una torpe! –afirmó su padre–. Dispensad, señor Sergio, a esta revoltosa...

–¡Bah! Dejadla divertirse, amigo Cascabel –respondió el conde–; que venga a darme un beso, y como si nada hubiera ocurrido.

No solamente se había construido un dique en la parte posterior del témpano, sino que bien pronto la *Belle Roulotte* se vio rodeada por una especie de barrera de hielo, que debía protegerla más eficazmente todavía, mientras que sus

ruedas, empotradas hasta los cubos, le daban una inmovilidad absoluta. Dentro de esta barrera, que subía hasta la altura de su galería, se había practicado un estrecho pasillo, que permitía circular a su alrededor. Parecía un buque haciendo invernada en medio de los *icebergs*, y cuyo casco estaba protegido contra el frío y las borrascas por una coraza de nieve. Si el témpano no se fundía, los náufragos no tenían nada que temer de las olas, y en estas condiciones quizá sería posible esperar el momento en que el invierno ártico hubiera tomado definitivamente posesión de aquellos parajes hiperbóreos.

Pero entonces, llegado este momento, sería necesario partir para ganar el continente.

¡Sería preciso abandonar aquella casa ambulante, que había paseado a sus huéspedes a través del Nuevo Mundo! ¡Habría que renunciar a tan sólido y seguro abrigo de la familia!

¡Dejar la *Belle Roulotte* en medio del mar Polar para que luego desapareciese con los deshielos!

Cuando papá Cascabel pensaba en esto, él, tan inclinado a tomar las cosas por su lado bueno, levantaba las manos al cielo, maldecía la mala suerte, se acusaba de todos estos desastres, olvidando que eran debidos a los ladrones que le habían robado en las gargantas de la Sierra Nevada, y a los que incumbía por completo la responsabilidad de todo.

En vano la excelente Cornelia trataba de arrancarle de estos sombríos pensamientos, por buenas palabras primero, por violentas reprensiones después. En vano sus hijos, y hasta el mismo *Clou*, reclamaban su parte en las consecuencias de tan funestas decisiones. En vano repetían que este proyecto de viaje había obtenido el consentimiento de toda la familia. Inútilmente el señor Sergio y la joven Kayette procuran consolar al inconsolable César... ¡No quería escuchar nada!

–Pero, ¿has dejado de ser hombre? –le dijo un día Cornelia, sacudiéndole bruscamente.

–¡No tanto como crees, esposa mía! –respondió, procurando recobrar el equilibrio algo comprometido por aquella amonestación conyugal.

En el fondo, mamá Cascabel estaba en extremo alarmada por el porvenir, y, por tanto, sentía la necesidad de luchar contra el abatimiento de su marido, tan valeroso otras veces frente a los infortunios.

La cuestión de alimentos empezaba a preocupar al señor Sergio. No solamente importaba que la alimentación estuviera asegurada hasta el día en que fuera posible marchar a través del *iceberg*, sino también hasta el día en que la *Belle Roulotte* hubiera llegado a la costa siberiana. Inútil era contar con la caza, en una época en que las bandadas de aves acuáticas no pasarían ya, sino muy raras veces, por medio de las brumas. La prudencia aconsejaba, pues,

racionarse, en previsión de un trayecto cuya duración podría prolongarse.

En aquellas condiciones, el témpano, irresistiblemente empujado por las corrientes, llegó a la altura de las islas de Aïon, situadas al norte del litoral asiático.

CAPÍTULO IV

DEL 16 DE NOVIEMBRE AL 2 DE DICIEMBRE

Merced a la estima, el señor Sergio creía haber reconocido aquel grupo de islas.

En lo posible, al hacer sus observaciones, había tenido en cuenta la estima, evaluada, por término medio, unos setenta y cinco kilómetros más que menos por cada veinticuatro horas.

El archipiélago de Aïon está situado, según la indicación de las cartas, a los 170° de longitud, 70° de latitud, o sea a unas cien leguas del continente.

El noble ruso no se engañaba. Con fecha 16 de noviembre, el témpano se encontraba al sur de aquel grupo de islas. Pero... ¿a qué distancia? Aún utilizando los instrumentos de que se valen por lo común los navegantes, no hubiera podido determinarse sino aproximadamente. La observación por medio del sol no habría dado ningún resultado, pues su disco no se mostraba más que algunos minutos a través de los vapores del horizonte. Habían entrado definitivamente en la larga noche polar.

Además, el tiempo era detestable, aunque el frío tendía a disminuir. La columna termométrica oscilaba un poco por debajo del cero

del centígrado. La temperatura no era todavía bastante baja para hacer que los *icebergs*, extendidos sobre la superficie del mar Ártico, se soldasen; por consiguiente, ningún obstáculo pedía detener la deriva del témpano.

Sin embargo, entre las roturas de sus bordes se formaban ya solidificaciones parciales, a que los invernadores dan el nombre de bay-ices ([12]) , cuando nacen en el fondo de las estrechas caletas de una costa. El señor Sergio, ayudado por Juan, examinaba atentamente estas formaciones que no tardarían en extenderse a todo el mar.

El período glacial estaría entonces en su plenitud, y la situación de los náufragos se modificaría, «mejorando»; al menos así lo esperaban.

Durante la última quincena de noviembre no dejó de caer la nieve con extraordinaria abundancia. Arrojada horizontalmente por las

---

[12] Bahías de hielo.

ráfagas, se acumuló en espesas capas contra la barrera establecida alrededor de la *Belle Roulotte*, levantándola de una manera notable.

En suma, esta aglomeración no presentaba ningún peligro, y la familia Cascabel hasta encontraría en ello ventaja, pues estaría más protegida contra el frío. Cornelia podría entonces economizar el petróleo, reservándolo únicamente para las necesidades de la cocina. Esto era digno de tomarse en consideración; pues si este combustible llegaba a faltarles, ¿con qué lo substituirían?

Afortunadamente, la temperatura en el interior de los departamentos era soportable (tres o cuatro grados sobre cero), y subió más todavía cuando la *Belle Roulotte* estuvo rodeada por aquella masa de nieve. En tales condiciones no era el calor lo que amenazaba faltar, sino el aire, al que se le iba a impedir toda entrada.

Hubo necesidad de proceder a la limpieza de la barrera, y cada cual tomó su parte en tan penosa tarea.

Primeramente el señor Sergio hizo extraer la nieve del corredor que se había construido en el interior de la barrera. Después se practicó un paso, con el fin de asegurar la salida al exterior y tuvo cuidado de que el eje de este paso estuviera orientado al Oeste. Sin esta precaución se hubiera obstruido por las nieves que empujaban los vientos del Este.

Sin embargo, no se habían vencido todos los peligros, como veremos más adelante.

No hay para qué decir que los náufragos no dejaban sus habitaciones ni de día ni de noche.

Encontraban en ellas un abrigo seguro contra la tormenta; contra el frío, que tendía a aumentar, según lo indicaba la baja, lenta y continua, del termómetro. El noble ruso y Juan no dejaban de hacer sus observaciones cotidianas en el momento en que una vaga luz coloreaba el horizonte, bajo el cual el sol continuaría declinando hasta el solsticio del 21 de diciembre. ¡Y siempre a la expectativa de descu-

brir algún ballenero de invernada en aquellos sitios, o pretendiendo ganar algún puerto del estrecho de Behring!

¡Siempre con la esperanza, aún no realizada, de ver el témpano definitivamente soldado a algún *icefield* que se uniera al litoral siberiano!

Después los dos volvían al campamento y trataban de fijar sobre el mapa la supuesta dirección de su deriva.

Se ha dicho que la caza había dejado de suministrar alimento fresco a la cocina de la *Belle Roulotte* desde su partida de Port Clarence. En efecto: ¿qué hubiera podido hacer Cornelia con aquellas aves marinas aceitosas? A despecho de su talento culinario, los petreles y otras aves semejantes hubieran sido mal recibidos por los convidados. Así es que Juan se dispensaba de gastar sus plomos y su pólvora contra estos volátiles de origen demasiado ártico.

Siempre que sus servicios le llamaban fuera, no dejaba de llevar su escopeta, y un día, en la tarde del 26 de noviembre, tuvo ocasión de

servirse de ella. En efecto: se dejó oír una detonación, y casi enseguida una fuerte voz, conque Juan reclamaba ayuda.

No dejó esto de causar sorpresa, mezclada de cierta inquietud. El noble ruso y Cascabel, Sandre y *Clou*, seguidos de los dos perros, se lanzaron fuera del carruaje.

–¡Venid...! ¡Venid! –gritó Juan.

Y al mismo tiempo iba y venía como si tratara de cortar la retirada a algún animal.

–¿Qué sucede? –quiso saber su padre.

–¡Que he herido a una foca, y se nos va a escapar si la dejamos llegar al mar!

Era un anfibio de gran tamaño, y que con la sangre que brotaba de una herida que tenía en el pecho enrojecía la nieve. Con seguridad habría desaparecido sin la llegada del señor Sergio y sus compañeros. *Clou* se arrojó valientemente sobre el animal, que había derribado a Sandre de un coletazo. Pero la foca pudo ser dominada, no sin trabajo, y aplicándole Juan el

cañón de la escopeta a la cabeza acabó de matarla de un balazo.

Si no era manjar excelente para los huéspedes habituales de Cornelia, era una importante reserva de carne para *Wagram* y *Marengo*. No cabía duda de que si los dos perros hubieran poseído el don de la palabra, habrían dado gracias a Juan por haberles procurado tan inesperada fortuna.

–¿Y por qué no hablan los animales? –dijo, a propósito de esto, César Cascabel.

–Por una razón muy sencilla: porque no tienen bastante inteligencia para hablar –respondió el señor Sergio.

–¿Pensáis, pues –preguntó Juan–, que el defecto de la palabra es debido a un defecto de la inteligencia?

–Ciertamente que sí, mi querido Juan; al menos en los animales superiores. El perro posee una laringe idéntica a la del hombre. Podría, pues, hablar, y si no lo hace es porque su inteligencia no está bastante desarrollada para

que pueda expresar sus impresiones por medio de la palabra.

Tesis discutible la que allí sostenían el noble ruso, pero que admitan algunos fisiólogos modernos.

Conviene hacer constar la modificación que se producía poco a poco en el espíritu de César Cascabel. Aunque acusándose siempre de ser responsable de aquella situación, volvía a tener su antigua filosofía. Acostumbrado a salir de los peores pasos, no podía creer que se hubiera extinguido su estrella. ¡No! Se había únicamente oscurecido un poco. Hasta entonces, por otra parte, no había sido experimentada la familia Cascabel por sufrimientos físicos. Pero si los peligros se agravaban, como era de esperar, quizá su moral llegara a resentirse.

Por consiguiente en previsión del porvenir, el señor Sergio no cesaba de animar a aquel pequeño mundo. Durante las largas horas que estaban desocupados, sentados a la mesa bajo la claridad de la lámpara, hablaba, contaba los

diversos incidentes de sus viajes por Europa y América. Juan y Kayette, cerca uno del otro, le escuchaban con gran provecho, y a sus preguntas respondía siempre con alguna réplica instructiva.

Y finalmente, autorizado por la experiencia, solía decir:

–Amigos míos, no hay que desesperar. Nos lleva un sólido témpano, y no se romperá ahora que los fríos han arreciado. Observad, además, que se dirige hacia donde queremos ir, y que viajamos sin trabajo, como si estuviéramos en un buque. Un poco de paciencia, y llegaremos a buen puerto.

-¿Y quién de nosotros desespera? ¿Hacéis el favor de decírmelo? –preguntó César Cascabel–. ¿Quién se permite desesperar, señor Sergio? ¡Al que desespere sin mi permiso, le pondré a pan seco!

–¡No hay pan! –advirtió el pilluelo de Sandre.

–Pues bien, a bizcocho seco entonces; y sin contar con que se le prohibirá la salida.

–¡No se puede salir! –observó ahora *Clou*.

–¡Basta...! ¡He dicho!

Durante la última semana de noviembre, la nieve cayó en proporciones extraordinarias. La masa de los copos era tal, que había sido necesario renunciar a salir del carruaje, lo que estuvo a punto de ocasionar una verdadera catástrofe.

El día 30 al amanecer, *Clou* se sorprendió, en el momento de levantarse, de la dificultad con que respiraba, como si el aire fuera impropio para el juego de sus pulmones.

Los demás dormían aún en sus departamentos con un sueño pesado y difícil, haciendo creer que sufrían un principio de asfixia.

Clou quiso abrir la puerta de la delantera del carruaje, con el fin de renovar el aire...

No pudo conseguirlo.

–¡Eh, patrón! –gritó con una voz tan poderosa, que despertó a todo el personal de la *Belle Roulotte*.

Enseguida se levantaron el señor Sergio, César Cascabel y sus dos hijos.

Juan exclamó:

–¡Nos afixiamos aquí...! ¡Es necesario abrir la puerta!

–No he podido hacerlo –manifestó *Clou*.

–Entonces las ventanas.

Pero las ventanas, que giraban al exterior, resistían igualmente.

En pocos minutos, sin embargo, fue levantada la puerta, y se comprendió por qué había sido imposible abrirla.

El corredor practicado alrededor de la *Belle Roulotte*, se hallaba obstruido por las nieves que las ráfagas habían acumulado y no solamente el corredor, sino también el paso que establecía la comunicación a través de la barrera.

–¿Habrá cambiado el viento? –preguntó papá Cascabel.

–No es probable –respondió el señor Sergio–, pues en ese caso no habría caído tanta nieve si hubiera soplado del Oeste...

–Entonces es preciso que el témpano haya girado sobre sí mismo –observó Juan.

–Sí, eso debe ser –replicó el señor Sergio–. Pero vamos primero a lo más importante .. Se trata de no asfixiarnos; ¡necesitamos aire respirable!

Y enseguida Juan y *Clou*, provistos de una pala y un pico, se pusieron a la obra con el fin de limpiar el corredor. Trabajo rudo, en verdad, porque la nieve, endurecida, lo llenaba por completo y hasta debía recubrir la *Belle Roulotte*.

Para operar rápidamente fue necesario que alternaran unos y otros. Como no se podía echar la nieve al exterior, era necesario reuniría en el primer compartimento, donde, bajo la acción de la temperatura interior, se reducía casi inmediatamente a agua y se deslizaba fuera.

Una hora más tarde el pico no había todavía atravesado la compacta masa del corredor.

Era imposible salir; imposible airear el interior del coche, y la respiración se tornaba cada vez más difícil, a causa de la falta de oxigeno y del exceso de ácido carbónico.

Todos ellos, jadeantes, buscaban en vano alguna bocanada de aire puro en aquella atmósfera casi irrespirable. Kayette y Napoleona se sentían víctimas de la asfixia. Mamá Cascabel era la que parecía más seriamente atacada. Kayette dominaba su malestar y procuraba prestarle sus cuidados. Lo que se necesitaba a toda costa era abrir las ventanas, con el fin de renovar el aire; pero ya hemos visto que estaban exteriormente atestadas de nieve, lo mismo que la puerta.

–¡Ánimo...! Ánimo! –repetía el noble ruso–. Hemos ganado ya casi dos metros a través del bloque... La capa no puede ser mucho más espesa.

¡No, no debía serlo, si la nieve hubiera dejado de caer...! ¡Pero quizá continuaba cayendo todavía!

Juan tuvo entonces la idea de practicar un agujero en el techo del corredor, donde la capa sería menos considerable y probablemente menos dura.

Hallada buena la idea, este trabajo pudo hacerse en mejores condiciones y media hora después... ¡ya era tiempo!, el agujero practicado daba entrada al aire exterior.

Fue un consuelo inmediato para todos los huéspedes de la *Belle Roulotte*.

–¡Ah, qué bueno es esto! –exclamó la pequeña Napoleona respirando a sus anchas.

–Sí –respondió Sandre, que se relamía–. ¡Esto es mejor que una golosina!

Pasaron algunos minutos antes de que Cornelia se recuperara de aquel principio de asfixia, que había estado a punto de hacerle perder el conocimiento.

Ensanchando el agujero, pudieron los hombres llegar hasta la cresta de la barrera de hielo. Todo estaba blanco hasta los últimos límites de la mirada. La *Belle Roulotte* había desaparecido completamente bajo el montón de nieve, que formaba informe montón en medio del bloque flotante.

El señor Sergio, consultando la brújula, pudo afirmar que el viento soplaba siempre del Este, y que el témpano, al dar media vuelta sobre sí mismo, había cambiado su orientación de izquierda a derecha. Esto es lo que había producido en el pasillo aquella acumulación de nieve.

El termómetro no marcaba al aire más que seis grados bajo cero, y el mar parecía libre, a juzgar por lo que podía percibirse en medio de una oscuridad casi completa. Conviene observar, por otra parte, que si el témpano había dado media vuelta, después de haber sido cogido sin duda por algún remolino, no había dejado de derivar hacia el Oeste.

Para obviar esta eventualidad, que podía tener consecuencias tan deplorables, el ruso creyó necesario tomar una nueva precaución. A propuesta suya se practicó a través de la barrera un segundo corredor, opuesto al primero. De esta manera, cualquiera que fuese la orientación del témpano, habría siempre una comunicación con el exterior. No había, pues, que temer que el aire faltase en lo sucesivo.

–¡Vaya un país estrafalario éste! –continuó Cascabel–. Apenas si es bueno ni aun para focas; y ¡qué clima! ¡No vale lo que el clima normando!

–Convengo en ello –manifestó el señor Sergio–. ¡Sin embargo, hay que tomarlo tal cual es!

–¡Ya lo creo! Lo tomo..., pero con repugnancia.

–Claro, buen Cascabel, que no es éste el clima de la Normandía, ni siquiera el de Suecia, Noruega o Finlandia durante la estación del invierno... Es el clima de los polos, con su noche de cuatro meses, sus violentas ráfagas, el conti-

nuo espolvoreo de la nieve y el espeso velo de brumas que le dejan sin horizonte.

¡Y cuántas inquietudes preveían para el porvenir! Después de la deriva, cuando el témpano se inmovilizara, cuando el mar no formase sino un inmenso *icefield*, ¿qué partido tomarían? Abandonar la *Belle Roulotte*, franquear sin ella algunos centenares de leguas hasta el litoral siberiano... ¡Era verdaderamente terrible sólo pensar en ello!

El señor Sergio se preguntaba si no sería más acertado el invernar en el punto mismo en que se detuviera, y aguardar hasta la buena estación al abrigo de aquella casa ambulante, que sin duda no volvería a rodar. Sí; pasar el período de los grandes fríos en estas condiciones, no hubieran sido imposible. Pero antes del cambio de temperatura, antes del deshielo del mar Ártico, sería necesario dejar el lugar de invernada, sería preciso atravesar el campo de hielo, que no tardaría en disolverse.

Por lo demás, los náufragos no se encontraban en ese caso, y cuando el invierno hubiera concluido se tomaría un determinación. Había que tener en cuenta la distancia que les separaba del continente asiático, admitiendo que hubiera algún medio para poderla estimar.

El señor Sergio esperaba que la separación no había de ser muy considerable, puesto que el témpano había seguido invariablemente la dirección Oeste, después de haber doblado los cabos Kekurnyi, Cheliagski, Baranoff, y pasado el estrecho de Long y el golfo de Kolyma.

¡Que no se hubiera detenido a la entrada de esa bahía! Desde allí hubiera sido relativamente fácil alcanzar la provincia de los Yukaghirs, en la que Kabatchkova, Nijni-Kolynsk y otros pueblecillos habrían ofrecido un refugio para el invierno. Un tiro de renos hubiera podido volver hasta el lugar de la invernada, y llevar a la *Belle Roulotte* hasta el continente. El señor Sergio comprendía perfectamente que aquella bahía debía de haber quedado atrás,

dada la velocidad de la deriva, y también las desembocaduras del Chukotchia y del Alareïa. El mapa no ofrecía más que la barrera de los archipiélagos conocidos con el nombre de islas de Anjou, islas Liaknoff e islas de Long que lo hubiera podido detener. Y en aquellas islas, deshabitadas en su mayor parte, ¿cómo encontrar los recursos necesarios para la repatriación del personal y del material ?

Sin embargo, aquello hubiera valido más que el ir a perderse en los remotos confines de las regiones polares.

Acababa de terminar el mes de noviembre.

Hacía treinta y nueve días que la familia Cascabel había salido de Port Clarence para aventurarse a través del estrecho de Behring. Sin la ruptura del *icefield* haría la cinco semanas que estarían en Numana; y una vez llegados a las provincias meridionales de la Siberia, se hubieran instalado en algún pueblecillo, donde no habrían tenido que temer los rigores del invierno ártico. Sin embargo, la deriva no podía

durar mucho tiempo. El frío arreciaba gradualmente y el termómetro descendía sin oscilaciones. El señor Sergio pudo afirmar, por el examen hecho del islote de hielo, que éste crecía cotidianamente por la adición de pedazos de *icebergs*, a través de los cuales se iba abriendo paso. Su superficie se había prolongado en un tercio, y en la noche del 30 de noviembre al 1.° de diciembre un enorme bloque vino a soldarse a él por la parte posterior. Como la base de este bloque se sumergía profundamente bajo las aguas y la corriente le imprimía una velocidad superior, resultó que el témpano tuvo que dar media vuelta y seguirle como si fuera llevado a remolque.

Con los fríos más vivos y secos, se serenó el cielo por completo. El viento entonces soplaba del Nordeste; dichosa circunstancia, puesto que se dirigía hacia la costa siberiana. Las brillantes estrellas del cielo ártico iluminaban estas largas noches polares, y las auroras boreales inundaban con frecuencia el espacio con sus luminosas

efluencias, dispuestas como las varillas de una abanico. La mirada se extendía sin obstáculos hasta el horizonte extremo, limitado por los primeros escalones del *icefield*. Sobre el fondo menos sombrío, esta cadena de hielos eternos dibujaba sus agudas crestas, sus bóvedas redondas, el bosque de sus agujas. Era una maravilla, y los náufragos olvidaban por un instante su situación, admirando estos fenómenos cósmicos, peculiares a las regiones hiperbóreas.

La deriva había disminuido de velocidad por el cambio del viento, y ya sólo la producía la corriente. Era, pues, probable que el témpano no sería arrastrado muy lejos hacía el Oeste, porque el mar se congelaba en los espacios que quedaban libres entre los *icebergs*. Verdad es que hasta entonces, aquel *young-ice* (13), como dicen los balleneros, cedía al menor choque. Los bloques, dispersos mar adentro, no dejaban entre sí más que estrechos pasos, y el témpano

---

13 Hielo nuevo.

tropezaba a cada momento con masas considerables; pero después de una inmovilidad de algunas horas, volvía a ponerse en marcha. Sin embargo, era preciso prever una detención muy próxima, que duraría todo el invierno.

El 3 de diciembre, hacia el mediodía, el señor Sergio y Juan estaban parados en la parte anterior del témpano. Kayette, Napoleona y Sandre les habían acompañado, perfectamente envueltos en pieles porque el frío se dejaba sentir vivamente. Hacia el Sur, apenas si una ligera luz indicaba que el sol pasaba por el meridiano. La claridad que flotaba en el espacio era debida sin duda a alguna lejana aurora boreal.

Su atención estaba fija entonces en los movimientos de los *icebergs*, en sus extrañas formas, los choques que se producían y las volteretas de algunos bloques cuya base, socavada por debajo, no podía asegurarse el equilibrio.

De repente, el *iceberg* que se había soldado algunos días antes, osciló, dio una vuelta sobre

sí mismo, y en su caída rompió el borde del témpano, inundándolo con una enorme ola.

Todos habían retrocedido precipitadamente; pero casi enseguida se oyeron gritos:

–¡A mí...! ¡A mí...! ¡Juan!

Era Kayette. El pedazo de hielo en que se encontraba, arrancado por el choque, la llevaba a la deriva.

–¡Kayette...! ¡Kayette...! –gritó Juan.

Pero el pedazo desprendido, arrastrado por una corriente lateral, se alejaba, costeando la arista del témpano inmóvil entonces por un remolino. Después de algunos instantes, Kayette habría desaparecido en medio de los *icebergs* flotantes.

–¡Kayette...! ¡Kayette...! –volvió a gritar Juan.

–¡Juan...! ¡Juan...! –repitió la joven india.

Al oír estos gritos acudieron César Cascabel y Cornelia. .. Estaban allí, aterrorizados, cerca del señor Sergio, que no sabía lo que hacer para salvar a la desgraciada niña.

En aquel momento, habiéndose aproximado el bloque a una distancia de un metro largo, Juan se lanzó de un salto, antes de que hubieran podido detenerle, y cayó cerca de Kayette.

–¡Hijo mío...! ¡Hijo mío...! –gritó la señora Cascabel.

Era imposible salvarlos.

Al caer Juan, había repelido el bloque en que se encontraba Kayette... Los dos desaparecieron bien pronto entre los *icebergs*, y cesaron de oírse sus gritos, perdiéndose en el espacio.

Después de dos horas de espera, el conde Narkin, César Cascabel y Cornelia volvieron al campamento, pues la noche se echaba encima. La pasaron toda yendo de un lado para otro de la *Belle Roulotte*, mientras que los perros aullaban de un modo lastimero. Juan y Kayette, desamparados, sin abrigo, sin alimentos... perdidos. Cornelia lloraba, Sandre y Napoleona mezclaban sus lágrimas a las de su madre. César Cascabel, anonadado por este nuevo golpe, no pronunciaba más que palabras incoherentes,

culpándose de todas las desgracias que habían caído sobre su familia.

¿Y qué consuelo les hubiera podido prestar el noble ruso cuando él mismo estaba inconsolable?

Al día siguiente, 4 de diciembre, hacia las ocho de la mañana, el témpano se puso en marcha, después de haber salido del remolino que le había detenido durante toda la noche. Su dirección era la que habían seguido Juan y Kayette; pero como éstos llevaban dieciocho horas de delantera, era necesario renunciar a toda esperanza de encontrarlos y reunirse con ellos. ¡Muchos peligros les amenazaban para que pudieran salir sanos y salvos! El frío tan intenso, el hambre, que no podrían apaciguar, el encuentro de los *icebergs*, el menor de los cuales les hubiera aplastado...

¡Vale más renunciar a pintar el dolor de la familia Cascabel! A pesar del descenso de la temperatura, ni unos ni otros quisieron en-

trar en sus habitaciones, llamando a Juan, llamando a Kayette, que no podían oírles.

El día transcurrió sin que la situación se modificase; después vino la noche, y el señor Sergio exigió que el padre, la madre y hasta los hijos se pusieran al abrigo de la *Belle Roulotte*, donde nadie pudo encontrar ni un momento de descanso.

Hacia las tres de la madrugada un choque terrible hizo que el carruaje se zarandeara tan violentamente que faltó poco para ser derribado.

¿De qué provenía aquel choque? ¿Era algún enorme *iceberg* que había tropezado y quizá partido el témpano?

El conde Narkin se lanzó fuera.

Un reflejo de aurora boreal alumbraba el espacio, y era posible ver los objetos en un radio de tres kilómetros alrededor del campamento.

El primer pensamiento del noble ruso fue mirar en todas direcciones...

No se veía ni a Juan ni a Kayette.

En cuanto al choque, era debido a que el témpano se había encontrado con el *icefield*.

Gracias a un nuevo enfriamiento de la temperatura, cerca de veinte grados centígrados bajo cero, el mar se había solidificado por completo en su superficie. Allí donde todo era movimiento la víspera, no había más que inmovilidad. Ya no derivaban. Había cesado el correr por las aguas.

El señor Sergio entró enseguida e hizo conocer a la familia la súbita parada del témpano.

–¿Luego todo el mar está congelado ante nosotros? –preguntó César Cascabel.

–Sí –respondió el conde–; ante nosotros, detrás de nosotros y a nuestro alrededor.

–¡Entonces, dediquémonos a buscar a Juan y a Kayette...! No hay un instante que perder...

–¡Partamos! –convino el señor Sergio.

Cornelia y Napoleona no quisieron quedarse en la Bella Roulotte. Se dejó de guardián

a *Clou*, y todos partieron, precedidos de los perros.

Marcharon a buen paso sobre la nieve, tan endurecida como el granito, y en la dirección del Oeste. Si *Wagram* y *Marengo* daban con el rastro de su amo, sabrían encontrarlos. Media hora después no habían bailado nada todavía, y era necesario detenerse, porque se respiraba difícilmente en aquella temperatura tan baja: el aire parecía estar helado.

El *icefield* se extendía hasta perderse de vista al Norte, al Sur y al Este; pero al Oeste estaba dominado por algunas alturas que no presentaban la forma ordinaria de los *icebergs*. Quizá los contornos de un continente.

En aquel momento los dos perros ladraron con violencia y se precipitaron hacia una eminencia blanquecina, sobre la que se destacaba un gran número de puntos negros.

Se pusieron en marcha y bien pronto notó Sandre que dos de estos puntos hacían señales... Y los reconoció.

–¡Juan...! ¡Kayette! –gritó, lanzándose detrás de *Wagram* y *Marengo*.

Efectivamente, eran Kayette y Juan, sanos y salvos.

Pero no estaban solos. Un grupo de indígenas les rodeaban, y éstos eran los habitantes de la isla Liakhoff.

CAPÍTULO V

EN LAS ISLAS LIAKHOFF

Existen en aquellos parajes del mar Ártico tres archipiélagos, designados con el

nombre genérico de Nueva Siberia, que comprenden las islas Lizig, las de Anjou y las de Liakhoff. Este último, el más próximo al continente asiático, está formado por un grupo situado entre los 73° y 75° de latitud Norte, y los 135° 140° de longitud Este, en una extensión de cuarenta y nueve mil kilómetros cuadrados. Entre las principales islas pueden citarse las de Kotelnyï, Bliyni, Malyi y Belaoff.

Territorios áridos, sin árboles, sin producciones del suelo, apenas se descubre una vegetación rudimentaria durante las pocas semanas del verano; nada más que huesos de cetáceos y de mamuts, aglomerados desde el período de la formación geológica, y madera fósil en gran cantidad; tales son los archipiélagos de Nueva Siberia.

Las islas Liakhoff fueron descubiertas en los primeros años del siglo XVIII.

El personal de la *Belle Roulotte* había venido a tomar tierra después de haber derivado durante cuarenta días y un recorrido de tres mil a

tres mil quinientos kilómetros, en Kotelnyï, la más importante y la más meridional del grupo, a cuatrocientos kilómetros aproximadamente del continente. Al Sudoeste, sobre el litoral siberiano, se abría la vasta bahía del Lena, ancha cortadura por la cual las aguas de este río, uno de los más caudalosos del Asia septentrional, se precipitan en el mar Ártico.

Como se ve, el archipiélago de las Liakhoff es la *última Thule* de las regiones polares de esta longitud. Más allá, hasta el infranqueable límite del banco de hielo, los navegantes no han reconocido tierra alguna.

Quince grados más arriba está el Polo Norte.

Los náufragos habían sido, pues, arrojados a los confines del mundo, aunque fuese en una latitud menos elevada que las del Spitzberg y los territorios septentrionales de América.

En suma: la familia Cascabel había hecho hacia el Norte más camino que el que com-

prendía su primer itinerario; se había acercado constantemente a la Rusia europea. Aquellos centenares de kilómetros franqueados desde Port Clarence le habían ocasionado menos fatigas que peligros. La deriva que hicieron en aquellas condiciones, era otro tanto camino ahorrado a través de regiones casi impracticables durante el invierno.

Y quizá no habría motivo para quejarse, si por una última fatalidad el señor Sergio y sus compañeros no hubiesen caído en manos de los indígenas de las Liakhoff. ¿Obtendrían su libertad, o la recobrarían por la fuga? Era dudoso. Poco tardarían en saberlo, y cuando supieran a qué atenerse, sería tiempo de tomar un partido según las circunstancias.

La isla Kotelnyï está habitada por una tribu de origen finés que cuenta doscientas cincuenta o trescientas almas, entre hombres, mujeres y niños.

Los indígenas, de aspecto repugnante, son de los menos civilizados entre aquellos pueblos

del litoral, Chukchis, lukaguirs y samoyedos. Su idolatría sobrepuja a cuanto pueda imaginarse, a despecho de la abnegación de los hermanos moravos, que no han podido nunca triunfar de las supersticiones de aquellos neosiberianos, ni de sus instintos naturales de rateros y ladrones.

La principal industria del archipiélago de las Liakhoff es la pesca de los cetáceos que frecuentan en gran número aquellos lugares del mar Ártico, y la de las focas, que son casi tan abundantes como en la isla de Behring durante la estación del calor.

El invierno es muy duro en aquellas latitudes de Nueva Siberia. Los indígenas habitan o más bien se entierran en el fondo de oscuros agujeros abiertos bajo el montón de las nieves. Aquellos agujeros están a veces divididos en cámaras donde no es fácil mantener una temperatura bastante alta. Queman madera fósil, que puede compararse con la hulla, de la que estas islas poseen yacimientos considerables,

sin contar las osamentas de cetáceos, empleadas igualmente como combustible. Una abertura hecha en el techo de aquellos troglodítas, sirve de salida a los humos de sus hogares. Así es que a primera vista parecen salir del suelo los vapores semejantes a los que se escapan de las solfataras

La carne de reno forma principalmente la base de su alimentación. Estos rumiantes habitan los islotes y las islas del archipiélago, en rebaños considerables. Además, las antas entran por mucho en su consumo alimenticio, así como el pescado seco, del que se hacen provisiones antes del invierno. Resulta de ahí que los neosiberianos no deben temer los ataques del hambre.

En el grupo de las Liakhoff reinaba entonces un jefe, llamado Tchu Tchuk, y gozaba de un poder omnipotente sobre sus súbditos. Sometidos al régimen de la monarquía absoluta, difieren esencialmente éstos de los esquimales de la América rusa, que viven en una especie

de igualdad republicana. Y se alejan todavía más de aquéllos por sus costumbres salvajes, su carácter inhospitalario, del que los balleneros han tenido a menudo motivo para quejarse. En efecto: ¡más de una vez habrían de echar de menos nuestros amigos a las honradas gentes de Port Clarence!

Lo cierto es que la familia Cascabel no había podido caer en peores manos. ¡Después de la catástrofe del estrecho de Behring, ir precisamente a abordar en el archipiélago de las islas Liakhoff, y encontrarse en contacto con tribus tan poco sociables, era verdaderamente traspasar los límites de la mala suerte!

Cascabel no ocultaba la contrariedad que sufría al verse rodeado de unos cien naturales del país, aullando, gesticulando y amenazando a los náufragos que los azares de aquel viaje habían puesto en su poder.

–¡Eh! ¿Qué es lo que quieren estos monos?– gritó después de haber rechazado bruscamente a los que le asediaban más de cerca.

–¡A nosotros, padre! –respondió Juan.

–¡Vaya una manera de acoger a los viajeros...! ¿Tendrán acaso intención de devorarnos?

–No; pero probablemente querrán tenernos prisioneros en su isla.

–¿Prisioneros?

–¡Sí, como lo han hecho con dos marineros que han llegado antes que nosotros...!

Juan no pudo dar explicaciones más completas. Una docena de indígenas acababa de coger al señor Sergio y sus compañeros. Fue necesario, de buena o de mala gana, seguirles al pueblecito de Turkef, capital del archipiélago.

Mientras tanto, otros veinte se dirigían a la *Belle Roulotte*, de la que se escapaba una ligera humareda, que un resto de luz permitía distinguir hacia el Este.

Un cuarto de hora después, los prisioneros habían llegado a Turkef y fueron introducidos en el interior de una grosera excavación abierta bajo la nieve.

–La prisión de la localidad, sin duda – observó César Cascabel, cuando los dejaron solos alrededor de un hogar encendido en el centro de aquel reducto.

Lo primero que se hizo fue escuchar la narración que Juan y Kayette hicieron de sus aventuras.

El bloque de hielo que les llevaba había seguido la dirección del Oeste, después de haber desaparecido detrás de los bloques que derivaban. Juan tenía a la india entre sus brazos, temiendo que fuese derribada por los choques. Carecían de víveres, iban a verse sin abrigo durante algunas horas, pero al menos se encontraban juntos. Acurrucados el uno junto al otro, tal vez no sentirían ni el frío ni el hambre. Llegó la noche. Si no podían verse, podían oírse. Las horas transcurrieron en angustias continuas, con el temor de verse sumergidos a cada paso.

Después reaparecieron los pálidos rayos del día, en el momento en que acababan de chocar con el *icefield*.

Juan y Kayette se aventuraron a través del inmenso campo de hielo; marcharon largo tiempo, y habiendo llegado a la isla de Kotelnyï, cayeron en manos de los indígenas.

–¿Y dices, Juan –preguntó el noble ruso–, que hay otros náufragos prisioneros?

–Sí, señor –respondió Juan.

–¿Los habéis visto?

–Señor Sergio –terció aquí Kayette–, he podido comprender a estos indígenas, porque hablan el ruso y han hecho alusión a los marineros que están detenidos en su aldea.

El lenguaje de las tribus septentrionales de la Siberia es con corta diferencia el de Rusia, y el noble ruso podría entenderse fácilmente con los habitantes de las Liakhoff. Pero, ¿qué podría esperar de aquellos rateros que, rechazados de las provincias, bastante pobladas, de la desembocadura de los ríos, se han refugiado en el fondo de los archipiélagos de Nueva Siberia, donde no tienen nada que temer de la Administración moscovita?

César Cascabel no cesaba de renegar desde el momento en que había perdido la libertad de ir y venir donde quería. Temía, no sin razón, que la *Belle Roulotte* sería descubierta, asaltada por aquellos tunantes, robada, destruida quizá. Verdaderamente no valía la pena de haber escapado al deshielo del estrecho de Behring para venir a ser presa de aquella gusanera polar.

–¡Vamos, César –le conminó Cornelia–, tranquilízate! ¡Aún podrían ocurrirnos mayores desgracias!

–¿Peores, Cornelia?

–¡Sin duda, César! ¿Qué dirías si no hubiéramos encontrado a Juan y a Kayette? Pues bien; ahí están los dos, y todos estamos vives... ¡Piensa en los peligros que hemos corrido, y de los que afortunadamente hemos escapado por milagro! Yo creo que en lugar de encolerizarse, hay que dar gracias a la Providencia

–¡Y se las doy, Cornelia; se las doy desde el fondo de mi alma! ¡Pero creo tener el derecho de maldecir del diablo que nos ha arrojado en-

tre las uñas de estos miserables! ¡Parecen más bien bestias que criaturas humanas!

Cascabel tenía razón, pero a Cornelia tampoco se le podía negar su parte. No faltaba ni uno de los huéspedes de la *Belle Roulotte*; los mismos que habían partido de Port Clarence se encontraban en la aldea de Turkef.

–¡Sí, en el fondo de un agujero de lobos o de topos! –murmuró papá Cascabel–. ¡Una fosa que no querría para madriguera de un oso bien educado!

–¡Calla...! –exclamó de pronto Sandre–. ¿Y *Clou*?

En efecto, ¿qué había sido del pobre mozo, a quien dejaron al cuidado de la *Belle Roulotte*? ¿Habría arriesgado su vida intentando defender la propiedad de su amo? ¿Estaría ya en poder de los salvajes?

Y después que Sandre recordó a la familia al pobre *Clou*:

–¿Y *Jako*...? –dijo Cornelia.

–¿Y *John Bull*...? –añadió Napoleona.

–¿Y nuestros perros...? –continuó Juan.

Pero su inquietud tenía por principal objeto a *Clou de Girofle*. El mono, el papagayo, *Wagram* y *Marengo* sólo ocupaban un lugar secundario.

En aquel momento se oyó fuera un gran tumulto.

Era una mezcla de exclamaciones, a las cuales se unían los ladridos de los dos perros. Casi al mismo tiempo el orificio que daba entrada a la excavación se abrió bruscamente. *Wagram* y *Marengo* saltaron al interior, y detrás de ellos apareció *Clou de Girofle*.

–¡Heme aquí, patrón –gritó el pobre diablo–, a menos que no sea yo..., porque no sé ya en dónde estoy!

–Precisamente en donde nosotros estamos –replicó Cascabel, tendiéndole la mano.

–¿Y la *Belle Roulotte*...? –preguntó vivamente Cornelia.

–¿La *Belle Roulotte*? –respondió *Clou*–. Bien; esos caballeros la han descubierto bajo la nieve,

se han enganchado como bestias, y la han conducido a su aldea.

–¿Y *Jako*? –preguntó Sandre.

–*Jako* también.

–¿Y *John Bull*? –añadió Napoleona.

–¡*John Bull* lo mismo!

Menos mal; puesto que la familia Cascabel estaba detenida en Turkef, valía más que su casa también lo estuviese, aunque corriera el peligro de ser saqueada.

Entretanto, el hambre comenzaba a hacerse sentir, sin que los indígenas diesen señales de preocuparse por la alimentación de los prisioneros. Felizmente, el previsor *Clou* había tenido la precaución de llenarse los bolsillos. Sacó de ellos algunas latas de conservas que debían bastar para las primeras comidas, y después de haberse arrollado bien en sus abrigos, cada cual se durmió como pudo en medio de una atmósfera que el humo del hogar volvía casi irrespirable.

Al siguiente día el conde ruso y sus compañeros fueron extraídos de su reducto, y por más que el frío fuese extremadamente vivo, aspiraron el aire exterior con placer inexplicable.

Enseguida se vieron conducidos a presencia de Tchu Tchuk. Este personaje, de fisonomía astuta y poco seductora, ocupaba una especie de habitación subterránea más vasta y cómoda que las madrigueras de sus súbditos. Esta cabaña estaba abierta al pie de una roca cubierta de nieve, cuyo vértice representaba con bastante exactitud la cabeza de un oso.

Tchu Tchuk podía tener unos cincuenta años. Su rostro imberbe, iluminado por ojos pequeños, vivos como ascuas, estaba animalizado, si podemos servirnos de esta expresión, por los agudos colmillos que levantaban sus labios. Sentado sobre un montón de pellejos, vestido de pieles de reno, calzado con botas de cuero de foca y cubierto con un capuchón de pelo, balanceaba lentamente la cabeza.

–Tiene el aire de un viejo marrullero –murmuró César Cascabel.

A su lado se mantenían dos o tres notables de la tribu. Fuera, aguardaban unos cincuenta indígenas vestidos sobre poco más o menos como su jefe, y cuyo sexo no podía reconocerse bajo sus vestiduras, tanto en los hombres como en las mujeres de Nueva Siberia.

Y, desde luego, adivinando, sin duda, la nacionalidad del señor Sergio, se dirigió a él en idioma ruso muy comprensible:

–¿Quién sois?

–Un súbdito del zar –respondió el conde, pensando que aquel título imperial tal vez impusiera a aquel soberano del archipiélago.

–¿Y esos otros? –añadió Tchu Tchuk, señalando a los miembros de la familia Cascabel.

–Franceses –hizo saber Sergio.

–¿Franceses? –replicó el jefe, como si nunca hubiera oído hablar de un pueblo o de una tribu de aquel nombre.

–Sí, sí, franceses... Franceses de Francia, ¡canalla! –gritó papá Cascabel.

Pero dijo esto en su propia lengua, y con la libertad de palabra de un hombre que está seguro de no ser comprendido.

–¿Y aquélla...? –preguntó Tchu Tchuk, señalando a Kayette, porque no se le había escapado que la joven debía ser de otra raza.

–Una india –respondió ahora el señor Sergio.

Y entonces se entabló una conversación muy animada entre el conde y él; conversación de la que aquél tradujo los principales pasajes a la familia Cascabel.

En definitiva, el resultado de la entrevista fue que los náufragos debían considerarse como prisioneros y que permanecerían en la isla Kotelnyï hasta tanto que hubiesen pagado en buena moneda rusa un rescate de tres mil rublos.

–¿Y dónde quiere que pesquemos esa cantidad, hijo de la Osa Mayor? –gritó César Cas-

cabel– Los tunantes han debido robar todo lo que quedaba de vuestro dinero, señor Sergio.

Tchu Tchuk hizo una señal, y los prisioneros fueron reconducidos al exterior. Estaban autorizados para pasearse por la aldea, a condición de no alejarse demasiado, y desde el primer día se dieron cuenta de que se les vigilaba muy de cerca. Por otra parte, de aquella época, en pleno invierno, les hubiera sido imposible huir para ganar el continente.

El señor Sergio y sus compañeros se dirigieron inmediatamente a la *Belle Roulotte*. Allí se apretaban unos contra otros un gran número de indígenas, extasiados delante de *John Bull*, que les gratificaba con sus mejores muecas. No habiendo visto nunca monos, se figuraban, sin duda, que aquel cuadrúmano de pelo rojo formaba parte de la raza humana.

–¡Ellos sí que son unos micos! –increpó Cornelia.

–Sí, pero deshonran la raza –gruñó, furioso también, el buen Cascabel.

Y, después de reflexionar un rato, añadió:

–¡Me he equivocado al decir que estos salvajes eran monos! Les son inferiores en todos aspectos, y te pido perdón, mi pequeño *John Bull*.

Y *John Bull* respondió dando una voltereta. Pero cuando uno de los indígenas quiso cogerle la mano, le mordió hasta hacerle saltar sangre.

–¡Bravo, *John Bull*í ¡Duro, duro, muerde firme! –gritó Sandre.

Sin embargo, aquello pudo haber concluido mal para el pobre mono, que hubiera pagado caro su mordisco si la atención de los naturales no hubiese sido atraída por la aparición de *Jako*, cuya jaula había sido abierta, y que se paseaba balanceándose sobre sus patas.

Los papagayos tampoco eran conocidos en los archipiélagos de Nueva Siberia. Nadie había visto jamás un volátil de aquella especie, con los vivos colores en su plumaje, sus ojos redondos en forma de antiparras y su pico encorvado como un garabato.

¡Y qué efecto tan sorprendente produjo *Jako* cuando salieron de su pico algunas palabras claramente articuladas!

Con gran estupor de los indígenas, el locuaz animal desplegó todas las galas oratorias de su repertorio.

¡Un pájaro que hablaba...! Y he aquí que aquellos supersticiosos salvajes se arrojaron a tierra, tan espantados como si aquellas palabras se hubieran escapado de la boca de sus divinidades.

César Cascabel, que se divertía en excitar al loro, le gritaba, colmándole de caricias:

–Anda, *Jako*, anda, no te cortes; diles *zut* a estos imbéciles.

Y *Jako* decía *zut* con una voz tan parecida al sonido de una corneta, que los indígenas concluyeron por escapar, dando muestras del más vivo terror.

La familia no cesaba de reír, a despecho de sus vivas inquietudes.

–Vamos, vamos –añadió Cascabel recobrando un poco de su buen humor–, el diablo ha de andar en ello si no logramos escapar de este rebaño de brutos.

Los prisioneros quedaron solos, y puesto que parecía que Tchu Tchuk dejaba la *Belle Roulotte* a su disposición, no podían hacer otra cosa mejor que reintegrarse a su morada habitual. Sin duda aquellos neosiberianos la encontraban muy inferior a sus agujeros abiertos en la nieve.

A decir verdad, el vehículo no había sido despojado sino de ciertos objetos sin importancia, aparte del dinero que aún quedaba al conde ruso, dinero que César Cascabel se prometía no abandonar, ni aun bajo la forma de rescate.

Era para ellos una suerte volverse a ver en el salón, el comedor y demás habitaciones de la *Belle Roulotte*, en lugar de habitar las infectas madrigueras de Turkef.

Nada faltaba. Los colchones, mantas, almohadas, utensilios y provisiones de conservas

no habían tenido, según parece, el honor de agradar a los señores y señoras de la isla.

Si había forzosamente que invernar, espiando siempre la ocasión de escaparse de la isla de Kotelnyï, en ninguna parte podrían pasarlo mejor.

Entretanto, puesto que se les dejaba entera libertad de ir y venir, el señor Sergio y sus compañeros resolvieron ponerse en relación con los dos marineros, que sin duda un naufragio había arrojado al archipiélago de las Liakhoff.

Tal vez, concertándose con ellos, podrían engañar la vigilancia de Tchu Tchuk y huir cuando se presentase una circunstancia favorable.

Se empleó el resto del día en poner en orden el interior de la *Belle Roulotte*. Trabajo ímprobo que hizo quemarse la sangre a la cuidadosa Cornelia, que ocupó en la operación, durante el resto del día, a Kayette, Napoleona y *Clou*.

El buen Cascabel, desde que tomó la resolución de jugar una mala partida a Su Majestad Tchu Tchuk, había recobrado su antiguo buen humor, tan comprometido por los últimos reveses de la suerte.

Al día siguiente, el señor Sergio y él marcharon en busca de los dos marineros. Éstos debían gozar probablemente de la misma libertad que ellos.

En efecto, así era, y el encuentro tuvo lugar a la puerta del reducto que ocupaban a la extremidad del lugar, sin provocar oposición de los indígenas.

Estos marineros, de treinta y cinco años de edad el uno, y de cuarenta el otro, eran de origen moscovita.

Sus facciones consumidas, su rostro famélico, sus vestidos de marinos, forrados de pieles hechas pedazos, atormentados por el hambre tanto como por el frío; la cara apenas visible bajo una espesa cabellera y una barba en des-

orden, todo contribuía a darles el aspecto más miserable.

Eran, sin embargo, hombres recios, vigorosamente constituidos y que, llegando la ocasión, podrían ser excelentes auxiliares. Pero no parece que tenían muchos deseos de entrar en relaciones con aquellos extranjeros, de cuya llegada a la isla de Kotelnyï habían ya tenido conocimiento, por más que la identidad de situación y el deseo común de salir de ella, hubiera debido acercarles a la familia Cascabel.

El señor Sergio interrogó a aquellos dos hombres en ruso.

El de más edad declaró llamarse Ortik, y el más joven, Kirschef. Después de cierta vacilación, se decidieron a contar su historia.

–Somos marineros del puerto de Riga –dijo Ortik–. Hace un año nos embarcamos a bordo del ballenero *Seraski* para una campaña de pesca en el mar Ártico. Por desgracia, al fin de la estación, nuestro buque no pudo llegar a tiempo al estrecho de Behring, y fue cogido por los

hielos, quedando aplastado al Norte de las islas Liakhoff. Toda la tripulación pereció, a excepción de Kirschef y yo, que, después de meternos en una embarcación, fuimos arrojados por la tempestad contra las islas de Nueva Siberia, donde caímos en poder de los indígenas.

–¿En qué época fue eso? –preguntó el noble ruso.

–Hará unos dos meses.

–¿Y qué acogida os dispensaron?

–La misma que a vosotros, sin duda –respondió Ortik–. Somos prisioneros de Tchu Tchuk, que no nos dará la libertad sin rescate.

–¿Y de dónde nos lo proporcionaremos? –añadió Kirschef.

–A menos –sugirió Ortik con brusco tono –que vosotros tengáis dinero para todos, porque, según creo, somos compatriotas...

–En efecto –asintió el noble–; pero el dinero que poseíamos ha sido robado por los indígenas, y nos encontramos tan faltos de recursos como vosotros.

–¡Tanto peor! –barbotó Ortik.

Después dieron algunos detalles sobre su manera de vivir. Aquella cavidad estrecha y oscura les servia de morada, y, aunque sin cesar de vigilarlos, se les dejaba cierta libertad. Sus vestidos estaban hechos jirones, no tenían otro alimento que el habitual de los indígenas, y apenas si bastaba para sostenerlos. Además, creían que la vigilancia sería mucho más severa a la vuelta de la buena estación, cuando fuera más fácil evadirse.

Como bastaría apoderarse de una canoa para pasar el continente, es seguro que los indígenas desconfiarían más, y hasta llegarían a encerrarlos.

–Pero la buena estación –dijo el señor Sergio– no vendrá antes de cuatro o cinco meses, y continuar prisioneros hasta entonces...

–¿Tenéis, pues, algún medio de escapar? –preguntó, vivamente, Ortik.

–Por el momento, no –respondió el noble ruso–. Entretanto, es lo más natural que nos

ayudemos mutuamente. Parece que habéis sufrido mucho, amigos míos, y si podemos seros útiles...

Los dos marineros dieron gracias a su compatriota, sin demostrar gran entusiasmo por su ofrecimiento. Si de vez en cuando, dijeron, quería procurarles algún alimento un poco mejor que el que tenían, se lo agradecerían. No pedían más, a menos que no quisiera regalarles algunas pieles para abrigarse. En cuanto a vivir juntos..., ¡no! Preferían habitar su agujero, prometiendo ir algunas veces a visitar a la familia.

El señor Sergio y Cascabel, que había comprendido algunas palabras de aquella conversación, se despidieron de los dos marineros.

Aunque aquellos hombres tuviesen una fisonomía poco simpática, no era esto una razón para no acudir en su ayuda. Los náufragos se deben entre sí socorro y asistencia. Se les aliviaría, pues, en lo posible, y, si se presentaba alguna ocasión de huir, el noble ruso no les aban-

donaría. Eran compatriotas suyos... ¡Eran hombres como él!

Quince días transcurrieron, durante los cuales se fueron acostumbrando a su nueva situación.

Cada mañana tenían la obligación de comparecer ante el soberano indígena y sufrir sus reclamaciones sobre el rescate que se les exigía. Se ponía furioso, los amenazaba. Ponía a los ídolos por testigos de que no era para él, sino para ellos, el tributo que por su libertad reclamaba.

– ¡Viejo maula! –gritaba Cascabel–. ¡Empieza por devolver el dinero que nos has robado...! ¡Después veremos...!

En resumen, el porvenir no dejaba de ser inquietante.

Siempre era de temer que pusiese en ejecución sus amenazas aquel Tchu Tchuk o más bien Chu-Chu, como le llamaba César Cascabel, por más que aquel nombre amistoso «le sentase

como un sombrero de pastor a un *english* de cabellos amarillos».

Y continuamente se ingeniaba por encontrar el medio de jugarle alguna de las suyas. ¿Pero cuál...? Buscaba, y no encontraba. Así es que se preguntaba si su saco estaría vacío; y por el tal saco entendía su cerebro.

En verdad el hombre que se había permitido tener la hermosa idea, tan atrevida como desgraciada, de volver de América a Europa por el camino de Asia, tenía razón en decirse que no era más que un animal al ver su carencia de iniciativa.

–¡No, César, no! –le repetía Cornelia–. ¡Al fin concluirás por imaginar algo bueno...! ¡Ya verás cómo se te ocurre cuando menos lo pienses...!

–¿Lo crees así?

– ¡Estoy segura!

¿No era conmovedor ver la imperturbable confianza que mamá Cornelia tenía en el genio

de su marido, a pesar de su desventurado proyecto de viaje?

Por lo demás, el señor Sergio estaba allí para dar ánimos a todos; pero las tentativas que hacía con el objeto de convencer a Tchu Tchuk para que cediera en sus pretensiones, no tenían ningún éxito. Tampoco había motivo para mostrarse impaciente, pues aunque Tchu Tchuk hubiera consentido en devolverles la libertad, la familia Cascabel no hubiera podido abandonar la isla Kotelnyï en pleno invierno y con una temperatura que oscilaba entre treinta y cuarenta grados bajo cero.

Llegó el 25 de diciembre. Cornelia quiso que la Navidad se celebrase con algún esplendor. Este sería sencillamente ofrecer a sus comensales una comida más delicada, más abundante que de costumbre en la que las conservas habrían de hacer el gasto. Además, como no faltaba ni harina ni arroz, la excelente mujer puso todo su cuidado en hacer un gigantesco

pastel, cuyo éxito estaba asegurado de antemano.

Los dos marineros rusos fueron invitados a aquella comida, aceptando la invitación. Era la primera vez que penetraban en el interior de la *Belle Roulotte*.

Al hablar uno de ellos, el llamado Kirschef, el sonido de su voz llamó la atención de Kayette, pareciéndola que no le era desconocida; pero le hubiera sido imposible decir dónde la oyera.

Ni Cornelia, ni Napoleón, ni el mismo *Clou* simpatizaron con aquellos dos hombres, que parecían cohibidos en presencia de sus semejantes.

Hacia el fin de la comida, a petición de Ortik, el señor Sergio refirió las aventuras de la familia Cascabel en la región de Alaska. Contó cómo había sido recogido por ella, medio muerto, después de la tentativa de asesinato cometida en su persona por la banda de Karnof.

Si su rostro hubiera estado en plena luz, habríase podido ver que aquellos dos marine-

ros cambiaban una singular mirada en el momento en que se trató del crimen. Pero aquel detalle pasó inadvertido, y después de haber tomado su buena parte del pastel, que fue copiosamente regado con vodka, Ortik y su compañero abandonaron la *Belle Roulotte*.

Apenas se encontraron fuera, uno de ellos dijo:

–¡Vaya un encuentro...! Este es el ruso que atacamos en la frontera y que aquella condenada india nos impidió acabar...

–¡Y robar! –replicó el otro.

–¡Sí...! ¡Los millares de rublos que están ahora en manos de Tchu Tchuk!

De modo que los dos pretendidos marineros eran malhechores que formaban parte de la banda de Karnof, cuyos desmanes habían sembrado el espanto en el Oeste de América. Después de haber errado el golpe contra el señor Sergio, a quien no habían podido reconocer en medio de la oscuridad, lograron llegar a Port Clarence.

Algunos días después, con ayuda de una barca robada por ellos, habían intentado atravesar el estrecho de Behring; pero, arrastrados por las corrientes, después de haber estado a punto de perecer cien veces, habían venido a naufragar sobre la isla principal del archipiélago de las Liakhoff, donde habían sido hechos prisioneros por los indígenas.

CAPÍTULO VI

LA INVERNADA EN LAS ISLAS

Muy alarmante era la situación del señor Sergio y sus compañeros el día 1.° de enero de 1868. El hecho de ser prisioneros de los neosiberianos del archipiélago de Liakhoff, se había complicado todavía más por la presencia de Ortik y de Kirschef. ¡Quién sabe si aquellos dos malvados sacarían partido de un encuentro tan inesperado!

Felizmente, ignoraban que el viajero atacado por ellos en la frontera alaskiana fuese el conde Narkin, un condenado político evadido de la fortaleza de Yakutsk, que el señor Sergio fuese aquel fugitivo que intentaba entrar en Rusia, mezclándose al personal de una compañía ambulante.

Si lo hubieran sabido, seguramente no habrían vacilado en servirse de este secreto, amenazando con él, y en su provecho, al conde Narkin, o entregándolo a las autoridades moscovitas a cambio de una gracia o de una prima.

Pero..., ¿no podía temerse que la casualidad les entregase el secreto que hasta entonces sólo conocían los esposos Cascabel?

Ortik y Kirschef seguían viviendo aisladamente, por más que estuviesen decididos, si se presentaba el caso, a reunirse a su compatriota para recobrar su libertad.

Pero era evidente que nada podía intentarse durante aquel período invernal del año polar. El frío había llegado a ser tan excesivo, que hasta el aire húmedo arrojado por la respiración, se convertía en nieve. El termómetro descendía a veces a 40° bajo cero. Hasta con tiempo tranquilo habría sido imposible soportar semejante temperatura.

Cornelia y Napoleona no se atrevían ya a salir de la *Belle Roulotte*; verdad es que tampoco se lo hubieran permitido.

¡Cuan interminables les parecían aquellos días sin sol o más bien aquellas noches de cerca de veinticuatro horas!

Kayette, en cambio, acostumbrada a los inviernos del Norte de América, no temía desafiar el frío del exterior.

Las mujeres indígenas hacían otro tanto, ocupándose en sus trabajos habituales, vestidas con un doble traje de piel de reno, envueltas con el *palsk* de pieles, calzadas con medias de la misma clase y mocasines de cuero de foca, y cubierta la cabeza con un gorro forrado de piel de perro.

No se les veía ni la punta de la nariz, lo que, según parece, no era de sentir.

El señor Sergio, Cascabel, sus dos hijos y *Clou de Girofle*, perfectamente envueltos en sus abrigos, hacían cotidianamente la visita obligatoria a Tchu Tchuk, así como también a los dos marineros rusos, a quienes habían procurado calientes vestiduras.

En cuanto a los habitantes de Nueva Siberia, no vacilaban en salir, hiciera el tiempo que hiciese.

Cazan en la superficie de las largas llanuras endurecidas por el frío, apagan su sed con nieve y se alimentan con la carne de los animales que matan en el camino. Sus trineos, ligerísimos, fabricados con los maxilares, las costillas y las barbas de ballena, están montados sobre patines o raquetas, que guarnecen con una caja de hielo, regándolos en el momento de la partida.

Tienen por tiros parejas de renos, los cuales prestan excelentes servicios.

Sus perros, que son de raza samoyeda, se parecen a los lobos, de los cuales tienen también la ferocidad; son altos de patas y están cubiertos de una piel espesa, negra y blanca, o amarilla y parda.

Cuando los siberianos viajan a pie, se calzan la raqueta larga, los esquíes por otro nombre, el patín Je nieve, con el que franquean rápidamente vastos espacios a lo largo de los estrechos que separan las diversas islas del archipiélago, siguiendo las tundras, o sea fajas de

tierra formadas lo más comúnmente sobre el borde de las riberas árticas.

Los indígenas de las Liakhoff son muy inferiores a los esquimales de la América septentrional para la fabricación de las armas. Arcos y flechas: he aquí todo lo que constituye su arsenal ofensivo y defensivo.

Como ingenios de pesca poseen arpones, con los cuales atacan la ballena, y redes, que tienden bajo los *gundris*, sitios helados de mucho fondo, en donde las focas se dejan coger con facilidad. Hacen también uso de lanzas y cuchillos en sus ataques contra las morsas, en los que corren algunos peligros, pues estos animales son mamíferos muy temibles.

Pero la fiera cuyo encuentro o agresión es más de temer, es el oso blanco, al que los intensos fríos del invierno, y la necesidad de procurarse un poco de alimentó después de largos días de ayuno, empuja algunas veces hasta los pueblecillos del archipiélago.

Preciso es reconocer que entonces los indígenas dan pruebas de gran bravura; no huyen ante el poderoso animal, a quien la abstinencia ha vuelto feroz; se arrojan sobre él resueltamente cuchillo en mano, y la lucha concluye casi siempre con ventaja para los indígenas.

La familia Cascabel fue varias veces testigo de una agresión de este género, en la cual el oso polar, después de haber herido gravemente a varios hombres, no tardó en sucumbir al número.

Toda la tribu acudía entonces, y había fiesta en el lugar. ¡Qué fortuna la carne de aquel oso, excelente, según parece, para los estómagos siberianos!

Los mejores pedazos fueron, naturalmente, a figurar en la mesa, o más bien en la escudilla, de Tchu Tchuk. En cuanto a sus humildes súbditos, cada uno participó de una pequeña parte de lo que aquél tuvo a bien dejarles. De ahí una ocasión para entregarse a libaciones prolongadas, que trajeron consigo la embriaguez gene-

ral; embriaguez producida por la absorción de un licor fabricado con los retoños tiernos del *salix* y del *rhodwla*, los jugos del mirtillo rojo y las bayas amarillas de la cañaheja, de las que se hace una abundante recolección durante las pocas semanas de la estación cálida.

En realidad, los osos son raros en estos archipiélagos, y no hay que contar con esta clase de caza, cuya captura no deja de ser sumamente peligrosa.

Así es que la carne de reno forma la base de la alimentación indígena, y las mujeres preparan con la sangre del animal una sopa, que no excitó jamás entre los miembros de la familia Cascabel más que una invencible repugnancia.

Si ahora se pregunta cómo pueden vivir los renos durante el invierno, bastará responder que aquellos animales descubren sin trabajo su alimento vegetal hasta bajo la espesa capa de nieve.

Además, antes de los primeros fríos se recogen enormes provisiones de forraje, y esto basta para la alimentación de los millares de rumiantes que encierran los territorios de Nueva Siberia.

–¡Millares...! ¡Y pensar que una veintena solamente haría tan bien nuestro negocio! –repetía César Cascabel, preguntándose cómo se las gobernaría para remplazar a sus caballos.

Conviene insistir sobre el hecho de que los habitantes del archipiélago de las Liakhoff son, no solamente, idólatras, sino extremadamente supersticiosos; que todo lo relacionan con las divinidades fabricadas con sus propias manos, y las obedecen ciegamente. Esta idolatría sobrepuja a toda creencia, y el gran jefe Tchu Tchuk practicaba su religión con un fanatismo que sus súbditos compartían con la mejor voluntad.

Todos los días Tchu Tchuk se dirigía a una especie de templo, o, más bien, de lugar sagra-

do, llamado el *vorspük*, «la gruta de las oraciones».

Las divinidades, representadas por simples postes de madera pintarrajeada, estaban colocadas en fila en el fondo de una excavación de la roca, adonde los indígenas venían a prosternarse uno a uno.

Su intolerancia no llegaba hasta prohibir a los extranjeros que se acercasen al *vorspük*; antes al contrario, les invitaban a visitarlo. De este modo el señor Sergio y sus compañeros pudieron satisfacer su curiosidad contemplando los ídolos neosiberianos.

En la punta de cada uno de estos postes había horribles cabezas de volátiles de ojos redondos y encarnados, picos formidables, desmesuradamente abiertos, y crestas huesudas que se retorcían en forma de cuernos.

Los fieles venían a tenderse al pie de dichos postes, pegaban al suelo sus oídos, hacían su oración, y, aunque el dios no les contestaba nunca, se marchaban con la convicción de

haber oído su respuesta; respuesta generalmente conforme con el pensamiento secreto del adorador.

Cuando se trataba de una cuestión relativa a algún nuevo tributo que Tchu Tchuk quería imponer a su pueblo, este truhán no dejaba nunca de obtener la aprobación celeste, y ni uno solo de sus súbditos se hubiera atrevido a resistir una orden emanada de tan alto.

Un día de cada semana había una ceremonia religiosa más importante, en el sentido de que los indígenas asistían con gran pompa.

Que hiciese un frío intenso, que el cierzo helado se desencadenase con la violencia de un golpe de guadaña al ras del suelo, nadie vacilaba en seguir a Tchu Tchuk al *vorspük*.

Por cierto que desde la llegada de la *Belle Roulotte*, hombres y mujeres, para asistir a estas solemnidades, se engalanaban con los oropeles robados a la familia, los cuales llevaban puestos encima de sus vestidos. Allí estaban las mallas

multicolores de Cascabel, las faldas descoloridas de Cornelia, las casacas de sus hijos, el casco empenachado de *Clou de Girofle*.

Se veía a uno soplar hasta perder el aliento en el cornetín de pistón; otro que sacaba del trombón sonidos increíbles, y el tambor, el bombo y demás instrumentos propios de una orquesta de feria, contribuían con su ensordecedor estruendo al brillo de la fiesta.

Era de ver a Cascabel aullando contra aquellos bribones, aquellos ladrones, que se permitían usar sus vestidos, tocar los instrumentos, a riesgo de desarticular su trombón, desafinar su cornetín y hacer estallar el bombo.

–¡Canallas...! ¡Canallas...! –gritaba, y nadie, ni aun el conde, conseguía calmarle.

Además, la situación, al prolongarse, empezaba a convertirse en enervante: ¡tan lentamente transcurrían los días y las semanas!

Y, después de todo, ¿cómo concluiría aquella aventura, aun suponiendo que tuviese fin?

Sin embargo, el tiempo que no podía emplearse en ejercicios, y papá Cascabel pensaba que su personal estaría singularmente enmohecido cuando llegase a la feria de Perm, no transcurría sin algún provecho.

El señor Sergio, con el objeto de neutralizar el desaliento que amenazaba apoderarse de todos, no cesaba de interesar a sus auditores por medio de cuentos y explicaciones que los distraían.

En cambio, César Cascabel hubiera querido enseñarle algunos juegos de manos y de escamoteo «sólo porque sí», decía; pero, en realidad, aquello hubiera podido servir al conde ruso si alguna vez tenía que representar al natural su papel de saltimbanqui, para desorientar mejor a la Policía moscovita.

Juan se ocupaba en completar la educación de Kayette, y ésta se aplicaba en la lectura y escritura bajo la dirección de su joven profesor. Absortos ambos en un sentimiento que no deja lugar a ningún otro, aceptaban la situación sin

gran pesar. El señor Sergio veía con enternecimiento esta intimidad entre Juan y su hija adoptiva.

¡Kayette tenía una inteligencia tan viva, y Juan mostraba tanto celo por desarrollarla...!

¿Sería posible que aquel honrado joven, tan aficionado al trabajo, tan ventajosamente dotado, no fuese nunca más que un pobre titiritero? ¿No llegaría a elevarse en el orden social? Pero esto era el secreto del porvenir; ¿y qué porvenir estaba reservado a aquella familia, en poder de una tribu salvaje, en los últimos límites del mundo conocido?

En efecto, las exigencias de Tchu Tchuk no llevaban trazas de modificarse. No soltaría a sus prisioneros sin que hubiesen pagado su rescate, y no parecía probable que pudiesen recibir ningún socorro.

En cuanto al dinero, reclamado por aquel rapaz soberano de las Liakhoff, ¿cómo llegarían a procurárselo? Verdad es que los miembros de la familia Cascabel poseían un tesoro sin saber-

lo. La pepita, la famosa pepita de Sandre; por lo menos el píllete no tenía duda alguna respecto a su valor. Cuando nadie le veía, la sacaba de su escondite, la contemplaba, la frotaba, la pulía. Sin duda no hubiera vacilado en sacrificarla para indemnizar a Tchu Tchuk y rescatar a su familia. Pero un pedazo de oro en aquella forma, con la apariencia de un guijarro, jamás hubiera sido aceptado como moneda corriente por el *Chu Chu* de su padre.

Así es que Sandre se afirmaba en su idea de aguardar la vuelta a Europa, y allí, él sabría cambiar su pepita por buen oro acuñado, que remplazaría ventajosamente a los dólares robados.

Nada mejor, en efecto, si la vuelta a Europa podía verificarse algún día. Por de pronto, no parecía estar próximo el momento. Esto tenía también preocupados a los dos malhechores que la mala suerte había arrojado en el camino de la familia Cascabel.

Un día, el 23 de enero, Ortik se dirigía a la *Belle Roulotte* para hablar con el señor Sergio, Juan y su padre, respecto a su repatriación.

Su objeto, en realidad, era saber lo que harían los prisioneros en el caso de que Tchu Tchuk les permitiese abandonar la isla Kotelnyï.

–Señor Sergio, cuando partisteis de Port Clarence –preguntó–, ¿era vuestra intención invernar en Siberia?

–Sí –respondió el conde–; estaba convenido que procuraríamos alcanzar alguna aldea para permanecer allí hasta la vuelta del verano. ¿Por qué me lo preguntáis, Ortik?

–Porque desearía saber si pensáis tomar vuestro primer itinerario, en el caso de que estos malditos indígenas os devuelvan la libertad.

–No; eso sería alargar inútilmente un camino, ya de por sí demasiado largo. Según mi opinión, sería preferible dirigirse a la frontera rusa, a fin de ganar uno de los pasos de los Urales...

–¿Al Norte de la cadena, entonces?

–Sin duda, puesto que es el camino más corto que tendríamos que hacer a través de la estepa.

–¿Y vuestro carruaje, señor Sergio? ¿Pensáis dejarlo aquí...?

César Cascabel que, evidentemente, había comprendido la pregunta, se apresuró a responder:

–¿Dejar la *Belle Roulotte*...? Seguramente que no, si, como espero, puedo procurarme un tiro dentro de poco.

–¿Tenéis alguna idea...? –preguntó el conde ante tales palabras.

–¡Ni por asomo! Pero Cornelia no cesa de repetirme que ya se me ocurrirá; ¡y Cornelia no se ha engañado nunca! ¡Es una mujer superior, y que me conoce bien, señor Sergio!

¡Siempre el mismo aquel admirable Cascabel confiando en su estrella, y no pudiendo imaginarse que cuatro franceses y tres rusos no pudieran sobreponerse a un Tchu Tchuk!

El señor Sergio había hecho conocer a Ortik la opinión de papá Cascabel sobre la *Belle Roulotte*.

–Sin embargo, para conducir vuestro carruaje –replicó el marinero ruso, que, según parece, tenía empeño en insistir sobre aquel punto–, tendréis necesidad de una pareja de renos...

–Así es.

–¿Y pensáis que Tchu Tchuk os los proporcionará...?

–Creo –dijo, interviniendo otra vez Cascabel– que encontraré el medio de obligarle.

–¿Y entonces intentaréis llegar a la cosa siberiana atravesando el *icefield*?

–Desde luego.

–En ese caso, señor Sergio, sería necesario partir antes del deshielo de los témpanos, es decir, antes de tres meses...

–Evidentemente.

–¿Y podréis hacerlo?

–Tal vez los indígenas consientan en dejarnos partir.

–No lo creo, señor, puesto que es imposible pagarles el rescate.

César Cascabel, ante la respuesta de Ortik, declaró en el acto:

–¡A menos que esos imbéciles no se vean obligados!

–¿Obligación...? ¿Por quién? –preguntó Juan.

–Por las circunstancias.

–¿Las circunstancias, padre?

–¡Sí...! ¡Todo consiste en eso..., las circunstancias –aseguró, misteriosamente, César Cascabel–, las circunstancias!

Y se rascaba la cabeza hasta arrancarse los cabellos, aunque sin lograr extraer una idea.

–Veamos, amigos míos –terció el señor Sergio–; lo esencial es prever el caso de que los indígenas rehusen devolvernos nuestra libertad. ¿Habremos de conformarnos sin intentar pasarnos sin su permiso?

–Lo intentaremos, señor Sergio –manifestó Juan– Pero entonces nos veremos obligados a abandonar la *Belle Roulotte*.

–¡No digas eso, Juan! –exclamó papá Cascabel–. ¡No digas eso, que me partes el corazón!

–Padre, reflexiona...

–¡No...! La *Belle Roulotte* es nuestra morada... ¡Es el techo bajo el que hubieras podido nacer, hijo mío...! ¡Abandonarlo a merced de esos anfibios, de esos puercos de mar!

–Mi querido Cascabel –terció el conde–, haremos todo lo que dependa de nosotros para decidir a los indígenas a devolvernos la libertad. Pero como todas las probabilidades están a favor de una negativa, una evasión será nuestro único recurso. Pues bien, si logramos burlar la vigilancia de Tchu Tchuk, no podremos hacerlo sino abandonando...

–¡La casa Cascabel! –exclamó el jefe de la familia, que parecía arrastrar las erres, por más que no hubiese una sola en aquellas tres palabras.

–Padre, quizás existía otro medio de salvación que podría arreglarlo todo... –dijo Juan.

–¿Cuál es?

–¿Por qué no habríamos de intentar el que uno de nosotros se escapase, y alcanzando el continente diese cuenta de nuestra situación a las autoridades rusas...? Señor Sergio, yo me ofrezco a ello voluntariamente...

–¡Eso nunca! –dijo, vivamente, papá Cascabel.

–¡No! ¡No hagan eso! –respondió no menos vivamente Ortik, cuando el conde le hizo conocer la proposición de Juan.

César Cascabel y el marinero estaban de acuerdo sobre este punto; pero si el uno pensaba únicamente en el peligro que corría el conde Narkin al tener que habérselas con la Administración moscovita, el otro no tenía maldita la gana de encontrarse en presencia de sus agentes.

El señor Sergio, mirando la proposición de Juan desde otro punto de vista, respondió:

–¡Te reconozco en esto, valiente joven, y te doy gracias por las ofertas que haces de sacrificarte por nosotros! ¡Pero tu sacrificio no conduciría a nada! ¡Querer, en pleno invierno ártico, aventurarse a través del *icefield*, franquear los quinientos y pico de kilómetros que separan la isla Kotelnyï del continente, sería una locura! ¡Perecerías en el camino, mi pobre Juan! ¡No. amigos míos, no nos separemos; y si de una manera u otra llegamos a abandonar el archipiélago de las Liakhoff, lo abandonaremos juntos!

–Muy bien dicho –afirmó Cascabel–, y exijo que Juan me prometa no dar paso alguno sin mi permiso...

–Os lo prometo, padre.

–Y cuando digo que partiremos todos juntos –continuó el conde, dirigiéndose a Ortik–, entiendo con esto que Kirschef y vos nos seguiréis, pues no pensamos dejaros entre las manos de los indígenas.

–Os doy gracias, señor –respondió Ortik–, Kirschef y yo encontraremos el medio de seros útiles durante el viaje a través de Siberia. Por el momento, si nada se puede intentar, importa mucho ponernos en disposición de poder huir antes del deshielo, en el momento en que hayan cesado los grandes fríos.

Y, dicho esto, Ortik se retiró.

–Sí, hay que estar dispuestos... –dijo entonces el noble ruso.

–Lo estaremos –afirmó papá Cascabel–. Pero, ¿cómo...? ¡Qué me devore un lobo si sé cómo arreglarnos!

En efecto, la manera, el medio que había de emplearse para despedirse de Tchu Tchuk, con o sin su asentimiento, era la preocupación constante, o, mejor dicho, la cuestión del orden del día.

Burlar la vigilancia de los indígenas parecía por lo menos muy difícil. Conducir a Tchu Tchuk a una buena avenencia, no había que contar con ello. Sólo existía un medio, que era

«hacerle caer en la trampa», como repetía veinte veces al día papá Cascabel.

¡De eso se trataba en vano! Pero por más que «se devanaba los sesos», según decía, terminó el mes de enero sin haber logrado que se le ocurriera idea alguna.

CAPÍTULO VII

LA ESTRATAGEMA DE PAPÁ CASCABEL

Muy rudos fueron los comienzos del mes de febrero; en este mes el frío llega

a congelar el mercurio de los termómetros. Ciertamente que aún se está lejos de las temperaturas del espacio interestelar, de los 273° bajo cero que inmovilizan las moléculas de los cuerpos que constituyen el estado sólido absoluto. Y, sin embargo, hubiera podido creerse que las moléculas del aire no se deslizaban ya las unas sobre las otras; que la atmósfera estaba solidificada. El aire que se respiraba abrasaba como el fuego.

El descenso de la columna termométrica era tal, que los habitantes de la *Belle Roulotte* tuvieron que resolverse a no salir de ella.

El cielo se mostraba de una pureza extrema, y las constelaciones brillaban con una limpidez incomparable, hasta el extremo de hacer creer que la mirada alcanzaba los últimos límites, las más lejanas profundidades de la bóveda celeste. En cuanto a la claridad del mediodía, no era más que una pálida mezcla del alba y del crepúsculo.

Los indígenas, sin embargo, no vacilaban, por costumbre, en desafiar aquellas condiciones climáticas.

Pero, ¡qué de precauciones tomaban para que sus pies, sus manos o su nariz no se viesen atacados de súbita congelación!

Con el cuerpo envuelto en pieles de reno, la cabeza completamente cubierta por una capucha, tenían el aspecto de paquetes de pieles que se movían; nada se distinguía de sus personas.

¿Y por qué se aventuraban así fuera de sus moradas?

Por orden de Tchu Tchuk. Le era necesario asegurarse de que sus prisioneros, que no podían ya hacerle su visita cotidiana, no se habían escapado.

¡Precaución superflua con un tiempo semejante!

–¡Anfibios! –les gritaba papá Cascabel cuando les divisaba a través de las ventanillas, de las que había tenido que arrancar el hielo

exterior–. ¡Es preciso que esos animales tengan sangre de foca en las venas! ¡Van y vienen como si tal cosa donde gentes honradas quedarían congeladas en menos de cinco minutos!

En suma, en los departamentos de la *Belle Roulotte*, herméticamente cerrados, la temperatura se mantenía a un grado soportable.

El calor del hornillo de la cocina, encendido con la madera fósil, lo que permitía economizar la provisión de petróleo, se comunicaba a todas las habitaciones, que a veces era hasta necesario airear.

Pero, apenas se entreabría la puerta, toda materia líquida se congelaba instantáneamente en el interior del vehículo. No había menos de 40 grados de diferencia entre la temperatura de fuera y la de dentro, lo que el señor Sergio hubiera demostrado si los termómetros no hubiesen sido robados por los indígenas.

Al final de la segunda semana de febrero, la temperatura indicó cierta tendencia a subir. Habiendo saltado el viento al Sur, empezó a

barrer aquellos lugares de la Nueva Siberia con una furia sin igual.

Si la *Belle Roulotte* no hubiese estado abrigada por altos bloques, no hubiera podido resistir las ráfagas.

Por el momento, enterrada en la nieve hasta por encima de las ruedas, no había nada que temer por su seguridad.

Todavía hubo algunos fríos, que modificaban bruscamente la atmósfera.

Sin embargo, hacia mediados de mes, la media termométrica no era más que de unos veinte grados centígrados bajo cero.

El noble ruso, Cascabel, Juan, Sandre y *Clou de Girofle*, se aventuraron, pues, a salir al exterior, tomando las más minuciosas precauciones para impedir que la transición fuese demasiado brusca. Higiénicamente considerado, éste era el mayor peligro que podían correr.

Los alrededores del campamento habían desaparecido enteramente bajo el mismo tapiz

blanco, y era imposible reconocer los desniveles del suelo. Y esto no era por la falta de claridad, porque, durante dos horas, el horizonte del Sur se coloreaba con una luz pálida, un reflejo de rayos sin calor, que se iría aumentando a medida que se acercase el equinoccio de primavera. Se pudieron, pues, emprender algunos paseos, y, desde luego, según formal exigencia de Tchu Tchuk, hubo que presentarse en su morada.

En nada habían cambiado las disposiciones de aquel testarudo indígena. Los prisioneros fueron conminados a procurarse a la mayor brevedad un rescate de tres mil rublos, o Tchu Tchuk vería lo que tenía que hacer.

–¡Ladrón abominable! –le respondió Cascabel en aquel puro francés que Su Majestad no podía comprender–. ¡Sí...! ¡Triple bestia...! ¡Cuádruple bruto...! ¡Rey de los idiotas!

Pero la verdad era que aquellos calificativos, tan justamente aplicados al soberano de las Liakhoff, no mejoraban las cosas. Y, lo que era

más grave, Tchu Tchuk amenazaba con tomar medidas de rigor.

Entonces, bajo el imperio de un furor reconcentrado, César Cascabel tuvo una inspiración de genio, lo que no debe sorprender tratándose de un hombre tan extraordinariamente expeditivo.

–¡Por todas las focas del mundo...! –exclamó una mañana–. ¡Si esta treta pudiera tener éxito...! ¿Y por qué no...? Con semejantes imbéciles.

Pero, a pesar de habérsele escapado aquellas frases, César Cascabel creyó conveniente guardar en secreto lo que pensara. Ni quiso decir nada a nadie, ni al señor Sergio, ni aun a Cornelia. Según parece, una de las condiciones indispensables para el buen éxito de su proyecto era el que pudiese hablar distintamente la lengua rusa de que se sirven las tribus de la Siberia septentrional. De suerte que mientras Kayette se perfeccionaba en el estudio del francés, bajo la dirección de su amigo Juan, César

Cascabel se dedicó a perfeccionarse en el estudio del ruso, bajo la dirección de su amigo el conde. ¿Dónde hubiera podido encontrar un profesor más solícito? Se sigue de aquí que el 16 de febrero, mientras se paseaba en torno de la *Belle Roulotte*, le hizo conocer su deseo de aprender su idioma más a fondo.

–Puesto que vamos a Rusia –dijo–, me será muy útil hablar el ruso, y no me encontraré embarazado durante mi estancia en Perm y Nijni.

–No hay inconveniente, mi querido Cascabel –respondió el señor Sergio–. A pesar de que, con lo que ya sabéis de nuestra lengua, podríais salir perfectamente de cualquier atolladero.

–¡No, amigo, no! Si comprendo algo de lo que me dicen, no sabría hacerme comprender, y eso es precisamente lo que yo quiero.

–Como gustéis.

–Y, por otra parte, eso nos servirá para pasar el tiempo.

La proposición del bueno de Cascabel no tenía nada de sorprendente, y, por lo tanto, nadie se mostró sorprendido.

Vedle silabeando el ruso con el señor Sergio, trabajando dos o tres horas diarias, menos desde el punto de vista gramática' que desde el de la pronunciación, que era lo que parecía desear César Cascabel.

Ahora bien, si los rusos hablaban muy fácilmente la lengua francesa, sin conservar nada de su acento de origen, es menos fácil a los franceses hablar la lengua rusa. ¡Juzgúese de las dificultades que tuvo que vencer Cascabel, de los cuidados que tuvo que tomarse, de los esfuerzos de articulación a que se entregó y de los gritos con que llenó la *Belle Roulotte* con objeto de llegar a la perfección!

Y, verdaderamente, con sus naturales disposiciones para el poliglotismo, hizo progresos muy notables, que maravillaron a sus familiares.

Terminada la cotidiana lección, se marchaba a la playa, y allí, seguro de no ser oído por nadie, se ejercitaba en pronunciar ciertas frases con voz retumbante, cuyas entonaciones variaba, haciendo vibrar las erres a la manera de los rusos. ¡Y Dios sabe si en el ejercicio de su profesión de saltimbanqui había adquirido la costumbre de aquellas vibraciones!

Algunas veces se encontraba a Ortik y Kirschef, y como los dos marineros no sabían una palabra de francés, les hablaba en su idioma, asegurándose de este modo de que empezaba a hacerse comprender suficientemente.

Aquellos dos hombres venían con alguna frecuencia a la *Belle Roulotte*. Kayette, siempre impresionada por la voz de Kirschef, procuraba encontrar en su memoria la ocasión en que había podido oírla.

Entre Ortik y el conde, la conversación, a la cual se mezclaba ya papá Cascabel, recaía invariablemente en los medios de abandonar la isla; pero nunca se llegó a nada práctico.

–Existe quizás una probabilidad de repatriarnos, en la que no hemos pensado todavía, y que podría presentarse –dijo un día Ortik.

–¿Cuál? –preguntó enseguida el noble ruso.

–Cuando el mar polar está libre –explicó el marinero–, no es raro que los balleneros pasen a la vista del archipiélago de las Liakhoff. En ese caso, ¿no podríamos hacer señales y atraer algún buque...?

–Sería exponer a su tripulación a caer prisionera de Tchu Tchuk, como nosotros, y sin ningún provecho para nuestra salvación –afirmó el señor Sergio–. Esa tripulación no sería lo bastante fuerte, y caería en poder de los indígenas.

–Además de que el mar no estará libre antes de tres o cuatro meses –añadió Cascabel–, y lo que es yo, no aguanto tanto tiempo.

Después de un momento de reflexión, añadió:

–Y si llegásemos a tomar pasaje en un ballenero, aun con el consentimiento de Tchu Tchuk, sería necesario abandonar la *Belle Roulotte*...

–¡Es un abandono al que tendríamos que resignarnos sin duda! –observó el conde.

–¡Resignarnos...! –exclamó Cascabel–. ¡Vaya, pues no!

–¿Acaso habéis encontrado algún medio?

–¡Hum...!

Papá Cascabel no dijo más; pero, ¡qué sonrisa se dibujó en sus labios! ¡Qué relámpago iluminó su mirada!

Cuando Cornelia supo aquella respuesta de su marido, dijo:

–¡Estoy segura de que César ha imaginado ya algo! Ignoro lo qué es, pero no me sorprende tratándose de semejante hombre.

–Papá es más ladino que Tchu Tchuk –añadió Napoleona.

–¿Habéis observado –dijo notar Sandre– que ha tomado la costumbre de llamarle «su viejo y valiente amigo»?

Entretanto, papá Cascabel, semejante a Demóstenes declamando sobre las playas helénicas, se aplicaba a luchar con poderosa voz contra el huracán.

Durante la segunda quincena de febrero, el aumento de la temperatura siguió su curso de una manera muy notable. Con el viento que soplaba del Sur se propagaban por la atmósfera algunas corrientes menos frías. No había, pues, tiempo que perder. Después de haber tenido que entendérselas con el deshielo en el estrecho de Behring, gracias al retraso del invierno, hubiera sido el colmo de la mala suerte encontrarse expuesto a los mismos peligros, gracias a la precocidad de la primavera.

En efecto, si el proyecto de papá Cascabel tenía buen éxito; si lograba decidir a Tchu Tchuk a dejarle partir con su personal y su material, era necesario que la partida se efectuase

cuando el *icefield*, uniformemente solidificado, se extendiese entre el archipiélago de las Liakhoff y la costa siberiana. Hecho esto, con un buen tiro de renos, la *Belle Roulotte* podría llevar a cabo aquella parte del viaje en condiciones relativamente favorables, y sin que los viajeros tuviesen nada que temer de una nueva dislocación de los campos de hielo.

–Decidme, amigo Cascabel –dijo un día el conde–; ¿esperáis que ese viejo tunante de Tchu Tchuk os proporcione los renos de que tenéis necesidad para arrastrar vuestro carruaje hasta el Continente?

Cascabel respondió gravemente:

–Tchu Tchuk no es un viejo tunante. Es un hombre digno y excelente. Si consiente en dejarnos partir, nos permitirá llevar con nosotros la *Belle Roulotte*; y si nos lo permite, no podrá menos de ofrecernos veinte, cincuenta, cien o un millar de renos, si yo se lo exijo.

–¿De modo que le tenéis cogido?

–¿Si tengo cogido a mi Tchu Tchuk? Como si tuviera la punta de su nariz entre mis dedos, señor Sergio... ¡Y cuando yo pillo a alguien, lo pillo de firme!

¡Siempre aquella confianza del hombre seguro de sí mismo, y siempre su sonrisa de satisfacción!

El señor Sergio, comprendiendo que Cascabel deseaba guardar una reserva absoluta sobre sus proyectos, no tuvo el mal gusto de insistir para conocerlos.

Entretanto, gracias a la suavidad de la temperatura, los súbditos de Tchu Tchuk comenzaban a entregarse a sus ocupaciones habituales, a la caza de pájaros y a la pesca de focas que reaparecían en la superficie del *icefield*. Al mismo tiempo, las ceremonias religiosas, interrumpidas por los grandes fríos, volvían a llevar a los fieles a la gruta de los ídolos.

Los viernes de cada semana, sobre todo, era cuando, por el concurso de la tribu entera, presentaba el mayor esplendor. Los viernes,

según parece, son los domingos de Nueva Siberia. Y el próximo viernes, 29, el año era bisiesto, era el día señalado para una procesión general de los indígenas.

La víspera por la noche, papá Cascabel se contentó con decir sencillamente, en el momento de acostarse:

–Estad dispuestos mañana para acompañar a nuestro amigo Tchu Tchuk a la ceremonia del *vorspük*.

–¿Qué dices, César...? ¿Tú quieres que...? –preguntó Cornelia.

–¡Quiero!

¿Qué significaba aquella proposición tan categóricamente formulada?

¿Acaso papá Cascabel esperaba amansar al soberano de las Liakhoff, tomando parte en sus adoraciones supersticiosas? Ciertamente que Tchu Tchuk habría visto con buenos ojos que sus prisioneros rindiesen homenaje a las divinidades del país; pero adorarlas, abrazar la religión indígena, era otra cosa, y poco proba-

ble que papá Cascabel llegase hasta la apostasía para seducir a Su Majestad neosiberiana.

Al amanecer del día siguiente, toda la tribu estaba en movimiento. Tiempo magnífico, temperatura no inferior a 10° bajo cero, claridad diurna que duraba unas cuatro o cinco horas, y un conato de rayos solares, cuya punta se deslizaba por encima del horizonte.

Los habitantes habían salido de sus madrigueras; hombres, mujeres, niños, ancianos y adultos, se habían adornado con sus más hermosos trajes, hopalandas de piel de foca, palsk de piel de reno con el pelo al exterior.

Era una explosión sin igual de pieles de pelos blancos o negros, bonetes bordados con perlas falsas, pecheras con combinaciones de diversos colores, tiras de cuero alrededor de la frente, pendientes, pulseras y joyas de huesos de morsa esculpidos suspendidas al cartílago de la nariz.

Y aun todo eso no había parecido suficiente para semejante solemnidad. Así es que algunos

notables de la tribu juzgaron oportuno engalanarse con más riqueza todavía, siendo los diversos objetos robados a la *Belle Roulotte* los que hicieron el gasto de aquella ornamentación.

En efecto, sin hablar de los trajes de oropel de los saltimbanquis y demás fruslerías con que se habían adornado, de los sombreros de payaso y cascos a lo Maugin que cubrían sus cabezas, los unos llevaban por banda una cuerda, de la que pendían las anillas que servían para los ejercicios de malabarista, los otros, balanceaban en su cintura un rosario de bolas y de pesas de plomo; por último, el gran jefe de Tchu Tchuk ostentaba pomposamente sobre su torso un barómetro aneroide como condecoración de una nueva Orden, creada por los soberanos de Nueva Siberia.

Los instrumentos de la orquesta ambulante mezclaban sus notas en espantoso concierto, el cornetín rivalizando con el trombón, y el tambor respondiendo al bombo.

Cornelia estaba no menos furiosa que sus hijos al oír tan ensordecedoras sinfonías. Todos hubieran silbado de buena gana a aquellos artistas «que tocaban como focas», según decía *Clou de Girofle*.

Pues bien, ¡cosa increíble!, papá Cascabel sonreía a aquellos bárbaros ejecutantes, no les escatimaba sus aplausos y sus hurras, palmoteaba gritando: «¡Bravo...! ¡Bravo...!», y repetía:

–Son gentes admirables..., dotadas particularmente para la música; y si quieren juntarse en mi compañía les garantizo un gran éxito en la feria de Perm, mientras llega la de Saint-Cloud.

En medio del tumulto, la procesión atravesaba la aldea, dirigiéndose hacia el lugar sagrado, donde los ídolos aguardaban el homenaje de sus fieles. Tchu Tchuk marchaba a la cabeza. El conde, papá Cascabel, su familia y los dos marineros rusos venían inmediatamente detrás de él, escoltados por toda la población de Turkef. La comitiva se detuvo delante de la exca-

vación de la roca, en cuyo fondo se levantaban las divinidades indígenas, vestidas con soberbias pieles y adornadas con pinturas recientes con motivo de la solemnidad.

Tchu Tchuk entró en el *vorspük* con las manos elevadas, y después de haber inclinado la cabeza, se acurrucó sobre una alfombra de pieles de reno extendida por el suelo. Aquella era la manera de arrodillarse en el país.

El conde Narkin y sus compañeros se apresuraron a imitar al soberano, y la concurrencia se prosternó tras ellos.

Después de establecido un silencio religioso, Tchu Tchuk, con tono de predicador anglicano, dirigió algunas palabras, mitad cantadas y mitad murmuradas, a los tres ídolos, soberbios en su divina magnificencia.

De pronto, le respondió una voz, voz poderosa, bien timbrada, que se dejó oír a lo lejos.

¡Oh, prodigio! Aquella voz, saliendo del pico de una de las divinidades, la de la derecha, dijo en lenguaje ruso:

–Ani suiati, eti innostrantzi, katori ote zapada prichli! Zatchéme ti ikhe podirjaiche?

Lo que significa:

«¡Estos extranjeros que han venido de Oriente son sagrados! ¿Por qué los retienes?»

Después de estas palabras, que los fieles oyeron distintamente, se produjo un estupor general.

Era la primera vez que los dioses de Nueva Siberia se dignaban conversar con sus adoradores.

Entonces, una voz más acentuada, una voz imperiosa, escapada del pico del ídolo plantado a la izquierda, dijo vibrante:

–Ya tibie prikajou étote arrestantof ot paistite. Tvoie narode doljne dlia ikhesame balchoie vajestvo imiéte i nime adate vcié vies chi ou ikhe bouili vziati. Ya tibié prikajou ou siberskoié beregou ikhe liokscheé vorsvratitcia.

Tres frases evidentemente dirigidas a Tchu Tchuk, que pueden traducirse así:

«¡Te ordeno que pongas en libertad a los prisioneros! ¡Ordeno a tu pueblo que tenga con ellos los mayores miramientos, y les devuelva todos los objetos de que han sido despojados! ¡Ordeno se les facilite la vuelta a la costa siberiana!»

Esta vez no fue ya estupor, fue espanto lo que se produjo. Tchu Tchuk se había levantado temblándole las rodillas, con la mirada vaga, la boca abierta, los dedos separados, en el paroxismo de la estupidez.

Los indígenas, después de haberse medio levantado, no sabían si debían prosternarse o emprender la fuga. Por último, la tercera divinidad, la del centro, tomó la palabra a su vez. ¡Pero su voz era terrible, llena de cólera, repleta de amenazas! Y con trágico vigor articulaba las sílabas, haciendo rodar las erres como los redobles del trueno.

He aquí las palabras que pronunció, mirando directamente a Su Majestad:

–Jesle ti take nié sdiéléle étole toje sanie, diéne, kakda eti sviati tcheloviéki boudoute feláite tchorte s'tvoie oblacte!

Es decir:

«Si nos haces esto, el día en que esos hombres sagrados lo deseen, ¡que la cólera celeste caiga sobre tu tribu!»

En aquel momento, el rey y sus súbditos temblaban de terror, inmóviles sobre el suelo, mientras papá Cascabel, elevando sus brazos hacia los ídolos, en un acceso de reconocimiento, les daba las gracias por su divina intervención.

Sus compañeros, entretanto, se apretaban los ijares para no soltar la carcajada.

¡Una simple escena de ventriloquia! ¡He aquí lo que aquel hombre prodigioso había imaginado para abrir la mano de su «amigo» Tchu Tchuk!

Y, en verdad, no hacía falta más para burlarse de aquellos supersticiosos indígenas. ¡Los hombres venidos de Oriente! ¡Qué admirable

calificación encontraba por papá Cascabel! «¡Los hombres venidos de Oriente son sagrados! ¿Por qué Tchu Tchuk los retiene?»

Pues bien; ¡no! ¡Tchu Tchuk no los retendría ya!

Los dejaría partir en el momento en que lo deseasen, y los indígenas tendrían para ellos los miramientos debidos a viajeros tan visiblemente protegidos por el cielo.

Y mientras Ortik y Kirschef, que ignoraban el talento de papá Cascabel en ventriloquia, no ocultaban su profunda admiración, *Clou* repetía entusiasmado:

–¡Qué genio el del patrón...! ¡Qué cabeza...! ¡Qué hombre...! A menos que...

–¡A menos que no sea un dios! –replicó Cornelia, inclinándose ante su marido.

Habíanse jugado las cartas. Había tenido éxito, gracias a la extraordinaria credulidad de las tribus de Nueva Siberia, que sobrepuja a todo lo que pueda imaginarse. Esto es lo que juiciosamente había observado papá Cascabel,

y lo que le sugirió la idea de ejercer sus talentos de ventrílocuo en provecho de la salvación común.

Inútil es decir que sus compañeros y él fueron reconducidos al campamento con todos los honores debidos a su calidad de hombres sagrados.

Tchu Tchuk se confundía en salutaciones y cumplidos, en los cuales entraba una gran parte de temor y de respeto. No estaba lejos de confundir en una misma adoración a la familia Cascabel y los ídolos de Kotelnyï. ¿Y cómo aquella población del Turkef, tan ignorante, podía suponer que había sido juguete de un mixtificador? No cabía duda: ¡las divinidades del *vorspük* habían dejado oír sus voces formidables!

De sus picos, hasta entonces mudos, habían salido aquellas órdenes.

Y, por otra parte, ¿no había un precedente? ¿Acaso *Jako* no hablaba también? ¿No estaban los indígenas maravillados de las palabras que

salían de su pico? Pues bien, lo que un pájaro hacía, ¿por qué no habían de poder hacerlo sus dioses de cabeza de volátiles?

A contar de este día, el conde, César Cascabel y su familia, así como también los dos marineros, que fueron reclamados por su compatriota, pudieron considerarse como libres.

El invierno estaba ya muy adelantado, y la temperatura tendía a hacerse soportable. Así es que los náufragos resolvieron no tardar en abandonar el archipiélago de las Liakhoff. No temían que se verificase un cambio en las disposiciones de los indígenas; estaban bien cogidos para eso.

Papá Cascabel se hallaba en la mejor inteligencia con su amigo Tchu Tchuk, el cual le hubiera limpiado las botas si lo hubiera deseado.

Éste se había apresurado a mandar restituir todos los objetos robados a la *Belle Roulotte*. Él mismo, después de haberse arrodillado, había entregado a César Cascabel el barómetro que

llevaba al cuello, y César Cascabel se había dignado tenderle una mano, que Tchu Tchuk besó religiosamente. ¡Aquella mano, que creía capaz de lanzar el rayo y desencadenar las tempestades!

El día 8 de marzo quedaron terminados los preparativos de partida. Tchu Tchuk se había apresurado a ofrecer a papá Cascabel un centenar de renos, en lugar de los veinte que éste había pedido para arrastrar su carruaje; pero él lo rehusó, dando las gracias a su nuevo amigo, y ateniéndose a la cifra susodicha. Tampoco exigió más que la cantidad de forraje necesaria para alimentar su tiro durante la travesía.

Aquel día, por la mañana, el conde, la familia Cascabel y los dos marineros rusos, se despidieron de los indígenas de Turkef. Toda la tribu se había reunido para asistir a la partida de sus huéspedes y desearles un buen viaje.

El querido Tchu Tchuk estaba allí, en primera fila, sumido en un enternecimiento muy sincero. Papá Cascabel se dirigió hacia él, y

después de darle un golpecito en el vientre, se contentó con pronunciar, con acento fraternal, estas palabras en francés:

–¡Adiós, animal!

Pero aquel golpecito familiar iba a engrandecer aún a Su Majestad en el espíritu de sus súbditos.

Diez días después, el 18 de marzo, habiendo atravesado sin peligro ni fatigas el *icefield* que unía el archipiélago de las Liakhoff con la costa siberiana, la *Belle Roulotte* llegó al litoral, junto a la desembocadura del Lena.

Después de tantos incidentes, accidentes, peligros y aventuras desde su partida de Port Clarence, el señor Sergio y sus compañeros habían puesto por fin el pie en el continente asiático.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

DESPUÉS DE UNA LARGA ETAPA

Transcurrían lentamente las horas, prolongándose aún más por la claridad de

los crepúsculos, que son muy largos en aquellos territorios, cortados por el paralelo setenta y dos.

La pequeña caravana se componía actualmente de diez personas, desde que Kirschef y Ortik formaban parte de ella. Aun cuando no existiesen grandes simpatías entre ellos y sus compañeros, los dos marineros rusos se habían convertido en comensales de la *Belle Roulotte*; comían en la mesa común, y hasta debían dormir en aquélla cuando la temperatura no les permitiese hacerlo fuera.

En efecto, la media termométrica se mantenía aún a algunos grados bajo cero; lo que era fácil conocer, pues el amable Tchu Tchuk había devuelto el termómetro a su legítimo propietario. Todo el territorio desaparecía hasta perderse de vista bajo una inmensa sábana blanca, que el sol de abril no tardaría en disolver.

Sobre esta nieve endurecida, como sobre la herbosa llanura de las estepas, el tiro de renos

bastaría para arrastrar fácilmente el pesado vehículo.

En cuanto a la alimentación de los animales, las provisiones proporcionadas por los indígenas habían bastado desde su partida de Kotelnyï hasta su llegada a la bahía del Lena. En adelante, los mismos renos se encargarían de alimentarse, desenterrando el musgo, que olfatean bajo la nieve, y con las hojas de los arbustos de que está sembrado el suelo siberiano.

Durante la travesía del *icefield* el nuevo tiro se había mostrado sumamente dócil, y *Clou de Girofle* no había tenido que trabajar gran cosa para dirigirlo.

El alimento de los viajeros no estaba menos asegurado, gracias a la provisión de conservas, arroz, té, bizcochos y demás que poseía la *Belle Roulotte*.

Cornelia disponía, además, de cierta cantidad de manteca yakuta, guardaba en cajitas de madera de abedul, que había sido ofrecida al

amigo Cascabel por el amigo Tchu Tchuk. La provisión de petróleo se renovaría, cuando fuera posible, en cualquier pueblecillo siberiano. La caza, por otra parte, no tardaría en proporcionar carne fresca, y el conde y Juan tendrían ocasión de utilizar su destreza en provecho de la cocina.

Debía contarse igualmente con el concurso de los dos marineros rusos. Estos afirmaban que la región septentrional de Siberia les era en parte conocida, pudiendo ventajosamente servir de guías.

Este fue el objeto de la conversación que aquel día se entabló en el campamento.

–Puesto que habéis recorrido ya este país –dijo el noble ruso dirigiéndose a Ortik–, vosotros nos dirigiréis...

–Es lo menos que podemos hacer –respondió Ortik–, en agradecimiento de haber recobrado nuestra libertad, gracias al señor Cascabel.

–¿Gracias a mí? De ningún modo –dijo el aludido–. Gracias a mi vientre, al cual la Naturaleza ha concedido el don de la palabra. A él es al que hay que hacer los cumplidos.

–Ortik –preguntó el conde Narkin–, ¿qué itinerario nos aconsejáis seguir al abandonar la bahía de Lena?

–El más corto, si así os parece, señor Sergio. Si bien existe el inconveniente de que dejaremos a un lado las principales ciudades de los distritos, situadas más al Sur, en cambio, podemos marchar directamente hacia la cadena de los Urales. Además, en el camino no faltan pueblos pequeños en donde podréis renovar las provisiones, y hasta pernoctar, si fuese necesario.

–¿Y para qué? –dijo aquí Cascabel, interrumpiendo a Ortik–. Nada tenemos que hacer en los pueblecillos. Lo que importa es no retardarse y apretar el paso. No creo que la travesía del país sea peligrosa.

–De ningún modo –respondió, tajante, Ortik.

–Además, somos bastante fuertes, ¡y desgraciados de los bribones que quisieran atacar a la *Belle Roulotte*! ¡No saldrían muy bien librados!

–Estad tranquilo, señor Cascabel; no hay nada que temer –aseguró Kirschef.

Ya se habrá observado que éste hablaba muy raras veces. Poco sociable, de genio sombrío y taciturno, dejaba a su camarada tomar parte en las conversaciones.

Ortik era evidentemente más inteligente que él, y hasta de una inteligencia privilegiada, lo que el conde ruso habla podido comprobar varias veces durante su estancia en las islas Liakhoff.

El itinerario propuesto por Ortik era a propósito para satisfacer a todos. Rodear las poblaciones más importantes, en las que corrían el riesgo de encontrar puestos militares, era lo que convenía el conde Narkin, al mismo tiempo que

a los dos pretendidos marineros. Que sería difícil evitar el encuentro de los centros populares, sobre todo en las proximidades de las fronteras, era cosa evidente; pero, llegado el caso, se tomarían ciertas precauciones. Hasta entonces, y en este respecto, los pueblecillos de la estepa ofrecerían pocos peligros.

Una vez adoptado en principio este plan no hubo más que reconocer las diferentes provincias que sería preciso atravesar oblicuamente entre el curso del Lena y los Urales.

Juan buscó, pues, en su atlas el mapa de la Siberia septentrional. El señor Sergio hizo entonces un estudio profundo de aquellos territorios en que los ríos siberianos, en lugar de favorecer los itinerarios que se dirigen del Este al Oeste, les oponen más bien serios obstáculos.

He aquí lo que se decidió:

Atravesar el país de los yakutos, en el que los pueblecillos están bastante lejanos unos de otros, dirigiéndose al Sudoeste.

Pasar así de la cuenca del Lena a la del Anabara, luego a la del Khatanga, después a la del Yenisei y, por último, a la del Obi, lo que sumaba un trayecto de unos cuatro mil kilómetros.

Franquear la cuenca del Obi hasta los montes Urales, que forman la frontera de la Rusia europea en un espacio de unos setecientos kilómetros.

En fin, de los Urales a Perm, caminar durante unos quinientos sesenta kilómetros hacia el Sudoeste.

En total, unos cinco mil quinientos kilómetros.

Si no se presentaba ningún obstáculo en el camino, si no había necesidad de detenerse en algún pueblecillo, el viaje podía llevarse a cabo en menos de cuatro meses.

En efecto, no era mucho pedir de siete a ocho leguas por día al tiro de renos, y en esas condiciones, la *Belle Roulotte* llegaría a Perm, y después a Nijni, a mediados de julio; es decir,

en la época en que la célebre feria estuviese en todo su esplendor.

–¿Nos acompañaréis hasta Perm? –preguntó el conde a Ortik.

–No es probable –respondió el marino–. Nuestro proyecto es dirigirnos a Petersburgo después de haber pasado la frontera, y de allí pasar a Riga.

–Como queráis –dijo Cascabel–; pero empecemos por llegar a la frontera.

Se había convenido en que la parada duraría veinticuatro horas desde que pisasen el continente; parada bien justificada después del rápido paso del *icefield.*

Aquel día, por tanto, se consagró al reposo.

El Lena se arroja en el golfo de este nombre a través de una caprichosa red de desembocaduras, que separan una infinidad de canales y de pasos. Después de un curso de unos 8.400 kilómetros, este hermoso río, engrosado por un gran número de tributarios, viene a perderse en las profundidades del mar Ártico. Su cuenca no

está estimada en menos de ciento cinco millones de hectáreas.

Examinada detenidamente la carta, el señor Sergio pensó que desde luego convendría seguir los contornos de la bahía, evitando las múltiples bocas del Lena. Por más que sus aguas estuviesen congeladas, todavía hubiera sido muy penoso aventurarse en medio de aquel dédalo. Los hielos acumulados por el invierno formaban un monstruoso montón de bloques, dominado por verdaderos *icebergs*, de aspecto muy pintoresco, pero difíciles de rodear.

Al otro lado de la bahía comenzaba la inmensa estepa, cuya monotonía apenas alteraba algunas dunas; por lo tanto, el viaje se efectuaría fácilmente.

No cabía duda de que Ortik y Kirschef estaban acostumbrados a viajar por aquellas altas latitudes.

Sus compañeros habían podido ya observarlo durante la travesía del *icefield* desde el

archipiélago de las Liakhoff hasta la costa de Siberia.

Los dos marineros sabían organizar un campamento, construir, en caso necesario, una sólida cabaña de hielo. Conocían el medio empleado por los pescadores del litoral, que consiste en hacer absorber la humedad contenida en los vestidos, enterrándolos bajo la nieve; no vacilaban cuando se trataba de distinguir los bloques producidos por la congelación del agua salada de los debidos a la congelación del agua dulce; en fin, estaban al corriente de los diversos procedimientos de marcha, familiares a los viajeros de los países árticos.

Aquella noche, después de la cena, la conversación giró acerca de la geografía de la Siberia septentrional, y Ortik contó en qué condiciones Kirschef y él habían recorrido aquella comarca.

El conde, un día, le preguntó:

–¿Cómo es que vosotros, marinos, habéis tenido ocasión de visitar estos países?

Ortik respondió:

–Hace dos años Kirschef, una docena de marineros y yo estábamos en el puerto de Arkángel aguardando un embarque a bordo de algún ballenero, cuando fuimos requeridos para el salvamento de un buque que estaba en peligro en medio de los hielos, al Norte de la desembocadura del Lena. Pues bien, al ir desde Arkángel a dicha bahía, fue cuando recorrimos la costa septentrional de Siberia. Después nos embarcamos en el Seraski, en el que hicimos nuestra campaña de pesca; pero, según os he dicho ya, este buque pereció con toda su tripulación, salvándonos únicamente mi compañero y yo. La tempestad arrojó nuestro buque contra el archipiélago de las Liakhoff, donde nos encontramos con vosotros.

–¿Y no habéis viajado nunca por las provincias de Alaska? –preguntó Kayette, que, como sabemos, comprendía y hablaba el ruso.

–¿Alaska...? –preguntó a su vez Ortik–. ¿No está ese país en América?

–Cierto –confirmó el conde ruso–. Es un país situado al Noroeste del Nuevo Continente, el país de Kayette... ¿Acaso vuestras campañas de pesca os han conducido hasta allí...?

–No conocemos ese país –respondió Ortik, con el tono más natural.

–Nunca hemos atravesado el estrecho de Behring –añadió Kirschef.

La voz de este hombre hizo de nuevo su acostumbrado efecto en la india, sin que lograse recordar dónde había podido oírla. Sin embargo, no podía ser en otra parte que en las tierras de Alaska, puesto que jamás hasta entonces las había abandonado.

Así es que, después de la respuesta tan explícita de Ortik y de Kirschef, Kayette, con la reserva habitual a su raza, no intentó hacer nuevas preguntas; pero en su espíritu quedó una prevención y hasta una desconfianza instintiva hacia los dos marineros.

Durante las veinticuatro horas de parada, los renos tomaron todo el reposo que les era necesario.

Aunque tenían las patas delanteras trabadas con cuerdas, esto no les impedía vagar alrededor del campamento, ramoneando los arbustos y desenterrando los musgos ocultos bajo la nieve.

El 20 de marzo, la pequeña caravana partió a las ocho de la mañana.

La estepa, completamente blanca, estaba lo suficientemente endurecida para que el vehículo pudiese rodar con facilidad. Los renos iban enganchados de cuatro en cuatro por medio de un sistema de tirantes bien combinados.

Avanzaban en cinco filas, guiados de un lado por Ortik, y del otro por *Clou de Girofle*.

Así viajaron durante seis días, sin haber tenido ningún encuentro digno de mencionarse.

El conde y Cascabel, Juan y Sandre, iban generalmente a pie hasta la parada de la tarde, y algunas veces Cornelia y Napoleona y Kayet-

te los acompañaban cuando no tenían que ocuparse del menaje.

Cada mañana la *Belle Roulotte* hacía un *koes*, medida siberiana que vale veinte verstas, o sea veinte kilómetros aproximadamente. Durante la tarde avanzaba medio, trotando hacia el Oeste, lo que significaba treinta kilómetros por día.

El 29 de marzo, después de haber franqueado el pequeño río Olenek, completamente helado, el señor Sergio y sus compañeros llegaron al pueblecillo de Maksimova, a doscientos cuarenta kilómetros del golfo de Lena.

No había ningún inconveniente en que el conde se detuviese veinticuatro horas en aquel punto, perdido en la extremidad de la estepa septentrional. Allí no había gobernador general ni puesto militar ocupado por cosacos. Nada había que temer para el conde.

Se hallaban en pleno país de los yakutos, y la familia Cascabel recibió una excelente acogida entre los habitantes de Maksimova.

Este país, montañoso y forestal en las regiones del Este y del Sur, no ofrece en su parte norte más que vastas llanuras rasas, sembradas acá y allá de algunos grupos de árboles, cuya verdura iba a desarrollar bien pronto la estación cálida.

El producto de la siega del heno es en extremo abundante. Esto consiste en que, si el invierno es muy frío en la Siberia hiperbórea, la temperatura es excesiva durante los meses del estío.

Allí prospera una población de cien mil yakutos, que siguen las prácticas del rito ruso.

Gentes piadosas, hospitalarias, de buenas costumbres, son muy agradecidos a los beneficios que reciben de la Providencia, y muy resignados cuando les prueba duramente.

Durante el trayecto de la bahía de Lena al pueblecillo, habían encontrado cierto número de siberianos nómadas. Eran hombres robustos, de mediana estatura, cara aplastada, ojos negros, cabellera espesa y rostro imberbe. Los

mismos tipos se encontraban en Maksimova, cuyos habitantes son sociables, pacíficos, inteligentes, laboriosos, y no se dejan engañar fácilmente.

Los yakutos, que llevan una vida errante, siempre a caballo y siempre armados, son propietarios de numerosos rebaños, extendidos a través de la estepa. Los que viven sedentáriamente en los pueblos o aldeas se dedican más particularmente a la pesca, explotando las aguas de las mil corrientes que el gran río absorbe a su paso.

Sin embargo, si estos yakutos están dotados de todas las virtudes públicas y privadas, hay que reconocer que abusan demasiado del tabaco, y, lo que es más grave, del aguardiente y otros licores alcohólicos.

–En cierto modo son excusables –observó Juan–. Durante tres meses no tienen más que agua para beber y corteza de pino para comer.

–¿Habréis querido decir corteza de pan, señor Juan? –preguntó *Clou de Girofle* (14).

–No, corteza de pino. De modo que después de tales privaciones, bien puede perdonárseles cualquier exceso.

Mientras que los nómadas habitan *yurtas* (especie de tiendas de campaña de forma cónica y de tela blanca), los sedentarios ocupan casas de madera, construidas con gusto y según las necesidades de cada uno.

Estas casas, cuidadosamente conservadas, están cubiertas por techos muy pendientes, cuya inclinación favorece la fusión de las nieves bajo los rayos del sol de abril.

El pueblo de Maksimova presenta risueño aspecto. Los hombres son de tipo agradable,

---

14 Se trata de un juego de palabras formado por el autor con las frases écore de pin y croute de pain, en las que écore y croute significan corteza, y pin y pain se pronuncian de un modo igual.

aire franco, mirada clara y fisonomía que revela cierta dureza de ánimo.

> Las mujeres son graciosas y bastante bonitas, aunque tienen el rostro tatuado. Muy reservadas, muy severas con relación a las costumbres, no se dejan ver jamás los pies ni la cabeza.

La familia fue cordialmente acogida por los jefes yakutos, que están comprendidos en la designación de *kinoes*, y por los ancianos, *slarsynas*, es decir, los notables del país. Aquellas honradas gentes se disputaron el honor de alimentarlos a su costa. Pero después de haberles dado las gracias, Cornelia no quiso hacer ninguna adquisición sino pagándosela; entre otras, una provisión de petróleo, que debía asegurar por algún tiempo la alimentación del hornillo de la cocina.

La *Belle Roulotte*, como siempre, había producido su efecto; jamás se había presentado en aquel país un carruaje de saltimbanquis. Gran

número de yakutos de ambos sexos lo visitaron, y no tuvieren motivos para arrepentirse.

En esta provincia es raro que se cometa un robo, ni aun en detrimento de los extranjeros; y si alguno ocurre, el castigo sigue inmediatamente a la falta. Cuando el crimen se prueba, el ladrón es azotado públicamente. Después del castigo físico, el castigo moral: mancillado para toda su vida, queda privado de todos sus derechos civiles, y no puede ya recobrar el dictado de «hombre honrado».

El 3 de abril los viajeros llegaron a las márgenes del Oden, pequeño río que desagua en el golfo de Anabara, después de un curso de cincuenta leguas.

El tiempo, muy favorable hasta entonces, comenzó a sufrir algunas modificaciones. Bien pronto sobrevinieron lluvias abundantes, cuyo primer efecto fue el de producir la fusión de las nieves. Este estado se mantuvo por espacio de ocho días, durante los cuales el coche corrió verdaderos riesgos, a causa de los atolladeros y

hasta hundimientos que a cada momento se presentaban al atravesar superficies pantanosas.

De este modo se anunciaba la primavera en aquellas altas latitudes, con una temperatura media de dos y tres grados bajo cero.

Este trayecto ocasionó grandes fatigas. Pero hubo que felicitarse por el concurso de los dos marineros rusos, que se mostraron muy adictos y serviciales.

El 8 de abril la *Belle Roulotte* se detuvo en la margen derecha del río Anabara, después de haber franqueado unas cuarenta leguas desde Maksimova.

Aún era tiempo de pasar aquel curso de agua sobre el hielo, a pesar de que empezaba a producirse el deshielo en la parte superior. Se oía el estrépito de los bloques, que la corriente arrastraba ruidosamente hacia el golfo. Una semana más tarde hubiera sido preciso buscar un vado practicable; cosa difícil, porque las

crecidas sobrevienen repentinamente con la fusión de las nieves.

Ya la estepa, cubierta de verdor, se tapizaba con nueva hierba, que alegraba a los renos que arrastraban el carruaje. Los arbustos presentaban sus ramas hinchadas por los botones de los nuevos retoños, que antes de tres semanas dejarían escapar sus primeras hojas. La vida vegetal reanimaba también el delgado esqueleto de los árboles, reducidos al estado de madera seca por los fríos del invierno. Acá y allá algunos grupos de cedros y abedules se inclinaban al soplo de la brisa. Toda aquella naturaleza hiperbórea se vivificaba al calor del sol.

Las provincias de la Siberia asiática están tanto menos desiertas, cuanto más se alejan del litoral.

A veces encontraban un recaudador que iba de pueblo en pueblo reclamando el tributo. Entonces se detenían, cambiaban algunas palabras con aquel funcionario ambulante, le ofre-

cían un vaso de vodka, que aquél aceptaba con gusto, y se separaban deseándose mutuamente un buen viaje.

Cierto día la *Belle Roulotte* se cruzó con un convoy de prisioneros. Aquellos desgraciados, condenados a hacer hervir la sal, eran conducidos hasta los límites orientales de Siberia, y el destacamento de cosacos que los escoltaba no escaseaba los malos tratos.

La presencia del señor Sergio no dio lugar a ninguna observación por parte del jefe de la escolta; pero Kayette, siempre desconfiando de los dos marineros rusos, creyó notar que procuraban no atraer sobre ellos la atención de los cosacos.

El 19 de abril, después de un trayecto de setenta y cinco leguas, la *Belle Roulotte* hizo alto en la orilla derecha del Khatanga, que vierte en el golfo del mismo nombre.

Esta vez no había puente de hielo que pudiese servir para transportarles a la otra orilla.

Apenas algunos bloques dispersos anunciaban la terminación del deshielo.

De aquí la necesidad de buscar un paso vadeable, lo que sin duda hubiera causado un largo retraso, si Ortik no hubiese descubierto uno a media versta de distancia. Atravesáronlo, no sin alguna dificultad pues el carruaje se sumergió hasta los cubos de las ruedas; y después de haber caminado cosa de ciento y pico de kilómetros, los viajeros acamparon cerca del lago Yege.

¡Qué contraste con la estepa!

Era como un oasis en medio de las arenas del Sahara.

Imagínese una sabana de agua límpida, circunscrita por un cinturón de árboles de hoja perenne, de pinos y abetos, grupos de arbustos animados con su nueva verdura, mirtilos ([15]) de

---

[15] Arbusto inferior del orden de las cricinas.

bayas purpúreas, camarinas ([16]) negras, rojizos groselleros y agavanzos o rosales silvestres que la primavera coronaba de nacientes flores.

Bajo el espeso follaje de los matorrales que formaban una masa compacta al Este y al Oeste del lago, *Wagram* y *Marengo* habrían podido levantar bastante caza de pelo o pluma, si papá Cascabel les hubiese permitido huronear por algún tiempo. En la superficie del lago nadaban numerosas bandadas de ocas, patos y cisnes.

Por el aire pasaban, con rápido vuelo, grupos de grullas y cigüeñas, que venían de las regiones centrales del Asia.

A propuesta del conde se decidió descansar durante veinticuatro horas. El campamento se estableció en la punta del lago, al abrigo de grandes abetos cuya cima avanzaba por encima de las aguas.

---

[16] Cierto género de plantas empétreas.

Los cazadores de la compañía, seguidos de *Wagram*, tomaron sus escopetas y se pusieron en marcha, después de haber prometido que no se alejarían mucho.

No habría transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron las primeras detonaciones. Entretanto, César Cascabel y Sandre, Ortik y Kirschef, resolvieron probar fortuna pescando en las orillas del lago.

Sus utensilios de pesca se reducían a algunas cuerdas provistas de anzuelos, que habían comprado a los indígenas de Port Clarence. ¡Y qué otra cosa falta a pescadores dignos de este sublime arte, cuando tienen la inteligencia necesaria para luchar con las estratagemas de un pez y la suficiente paciencia para esperar que se digne morder el cebo!

Aquel día esta última cualidad hubiera sido inútil.

Apenas los anzuelos desaparecieron en el fondo de las aguas, cuando se produjo una gran agitación en la superficie. Los peces eran

tan abundantes a lo largo de las orillas, que en pocas horas pudieron recoger lo suficiente para el consumo de toda una cuaresma.

Sandre estaba loco de alegría; así es que cuando Napoleona se le acercó pretendiendo tener a su vez el aparato, no quiso consentirlo, produciéndose entre ellos una violenta disputa, que Terminó con la intervención de Cornelia. Habiendo parecido a ésta que la pesca era suficiente, ordenó, tanto a los hijos como al padre, que recogieran los trastos; y cuando mamá Cascabel ordenaba, no había más que obedecer.

Dos horas después, el señor Sergio y su amigo Juan volvían con *Wagram*, que se hacía el remolón; pues, verdadera o figuradamente, estaba lleno de pesadumbre por abandonar aquellos matorrales tan abundantes en caza.

Los cazadores no habían sido menos felices que los pescadores; de modo que durante algunos días la minuta de las comidas iba a ser no menos variada y agradable. Los peces del lago Yege harían el gasto, y, sobre todo la excelente

caza, particular a aquellos territorios de la Alta Siberia.

Entre otras varias aves, los cazadores habían traído una cuerda de *karallys* que se agrupan en bandadas, y algunos pares de *dikontas*, volátiles estúpidos, más pequeños que las ortegas de bosque, y cuya carne es muy sabrosa.

Fácil es figurarse la gran comida que se sirvió al aire libre.

La mesa se colocó bajo los árboles, y ninguno de los convidados notó que tal vez hacía aún demasiado frío para banquetear al aire libre.

Cornelia se había excedido a sí misma en la preparación de los pescados y en los asados de caza. Como la reserva de harina se había renovado hacía poco, y también la provisión de manteca yakuta, no es de admirar que el acostumbrado pastel, dorado y bien tostado, hiciese su aparición a los postres. Gracias a ciertos frascos que los habitantes de Maksimova consintieron en vender a la familia, cada uno de

sus individuos pudo beber algunos tragos de aguardiente, sin que nada viniese a turbar la alegría y franca cordialidad.

Era de creer que el tiempo de las pruebas había pasado, y que aquel famoso viaje se llevaría a cabo con honor y en provecho de la familia Cascabel.

El siguiente día se dedicó también al reposo, y los renos lo aprovecharon para reponerse por completo de sus anteriores fatigas.

El 21 de abril la *Belle Roulotte* emprendió de nuevo su viaje a las seis de la mañana, y cuatro días después llegaba al límite occidental del país de los yakutos.

CAPÍTULO II

SE LLEGA AL RIO OBI

Conviene volvamos a ocuparnos de la situación de aquellos dos rusos, que la mala suerte había reunido a la familia Cascabel.

Podría creerse que, reconocidos a la acogida que habían recibido, Ortik y Kirschef habían modificado sus intenciones. Pero no era así. Aquellos miserables, cuyo pasado contaba ya tantos crímenes con la banda de Karnof, sólo pensaban en cometer otros nuevos. Querían apoderarse de la *Belle Roulotte*, como también del dinero devuelto por Tchu Tchuk, y, una vez internados en Rusia con el disfraz de saltimbanquis, volver a empezar su existencia criminal.

Para poner en ejecución estos proyectos, necesitaban, en primer lugar, desembarazarse de sus compañeros de viaje, de aquellas honradas gentes a quienes debían su libertad, y esto no vacilarían en hacerlo.

Pero como este proyecto no podían ejecutarlo por sí solos, se dirigían a uno de los pasos de los Urales, frecuentado por malhechores, sus

antiguos cómplices, y allí contaban reclutar el número de bandidos necesario para atacar a las gentes de la *Belle Roulotte*.

¿Y quién hubiera podido suponer tan abominable traición?

Trataban de hacerse útiles, y nadie había tenido jamás que dirigirles el menor reproche.

Si no inspiraban simpatía, tampoco despertaban desconfianza, a excepción de Kayette, que siempre conservaba dudas respecto de ellos. Hubo un momento en que creyó haber oído la voz de Kirschef la noche en que el señor Sergio fue atacado en el límite de Alaska. Pero, ¿cómo admitir que los autores de aquel crimen fuesen precisamente los dos marinos que se habían encontrado a mil doscientas leguas de allí, en una de las islas del archipiélago Liakhoff. Así es que, sin cesar de observarlos, se guardaba muy bien de decir nada de sus sospechas inverosímiles.

Conviene notar que si Ortik y Kirschef eran sospechosos para la joven, ellos a su vez encon-

traban muy singular la situación del señor Sergio.

Después de herido gravemente en la frontera de Alaska, había sido transportado a Sitka y cuidado por la familia Cascabel. Hasta aquí nada más natural. Pero una vez curado, ¿por qué no había permanecido en Sitka? ¿Por qué los había seguido hasta Port Clarence? ¿Por qué los acompañaba a través de la Siberia? La presencia de aquel ruso formando parte de una compañía ambulante, era, por lo menos, extraña.

Cierto día Ortik dijo a Kirschef:

–¿Por ventura ese señor Sergio procurará entrar en Rusia, tomando sus precauciones para no ser reconocido? ¡Tal vez se pueda sacar algún partido de esta circunstancia! ¡Será cosa de aguzar la vista!

Y sin que pudiera figurárselo, el conde Narkin ara espiado continuamente por Ortik, que esperaba sorprender su secreto.

El 23 de abril, al salir del país de los yakutos, la caravana se internó en el territorio de los ostiacos.

Estos siberianos forman un pueblo bastante miserable, poco civilizado, por más que esta parte de la Siberia encierre algunos ricos distritos, entre otros el de Berezov.

Cuando la *Belle Roulotte* atravesó uno de los pueblecillos de este distrito, pudieron observar cuánto difieren de las pintorescas y seductoras aldeas yakutas. Cuevas infectas, apenas a propósito para albergue de animales, en cuyo interior es casi imposible respirar.

En parte alguna podía imaginarse seres más repugnantes que aquellos indígenas, de los que Juan pudo decir, citando un párrafo de geografía general que les concernía: «Los ostiacos de la Alta Siberia llevan una doble vestidu-

ra para preservarse del frío: una capa de mugre, y encima una piel de reno.» (17)

En cuanto a su alimento, se compone casi únicamente de pescado medio crudo, y de carne, a la que no hacen jamás sufrir la más mínima cocción.

Sin embargo, esto, que es habitual a los nómadas, cuyos rebaños están dispersos por la estepa, no lo es en igual grado cuando se trata de los habitantes de las principales poblaciones. Así es que en el pueblo de Starokhantaskii, los viajeros encontraron gentes menos groseras, aunque poco hospitalarias para con los extranjeros. Las mujeres, tatuadas con dibujos azules, llevaban el *vakocham,* especie de velo rojo guarnecido de bandas azules, la falda de colores chillones, el corpiño de tinte más claro, cuyo defectuoso corte deforma su talle, ceñido por un ancho cinturón adornado de cascabeles, que

---

17 *Crasse*: grasa, mugre. Juego de palabras, en francés, intraducible.

suenan a cada movimiento, como los arreos de una mula española.

En cuanto a los hombres, durante el invierno, y algunos estaban aún vestidos de esta manera, parecen animales, por estar cubiertos con un vestido de piel cuyo pelo está vuelto al exterior. Su cabeza desaparece bajo el capuchón del *maltza* y del *parka,* en el que hay varias aberturas para los ojos, la boca y las orejas. Imposible ver ningún rasgo de su fisonomía.

La *Belle Roulotte* encontró en su camino varios trineos de los llamados *narkes,* tirados por tres renos por medio de una simple correa que pasa por debajo del vientre de aquellos animales, y una sola rienda que se ata a sus cuernos. Estos narkes pueden hacer de siete a ocho leguas sin que el tiro tenga necesidad de tomar aliento.

No había que pensar en obtener un esfuerzo semejante de los renos que arrastraban el carruaje. Sin embargo, no había razón para quejarse; prestaban buenos servicios.

Y con este motivo, como el señor Sergio dijese un día que quizá sería prudente reemplazarlos por caballos en cuanto se los pudieran procurar, saltó el buen Cascabel:

–¿Reemplazados...? ¿Y por qué? ¿Creéis que éstos no tendrán fuerzas para conducirnos a Rusia?

–Si nos dirigiésemos a la Rusia septentrional no me preocuparía –dijo el noble ruso–; pero la Rusia central es otra cosa. Estos animales soportan difícilmente el calor; éste les aniquila y los hace incapaces de cualquier trabajo. Así, hacia el mes de abril se ven numerosos rebaños de renos dirigirse a los territorios del Norte, y principalmente a las mesetas de los Urales, siempre cubiertas de nieves.

–Pues bien, señor Sergio, nos decidiremos cuando hayamos llegado a la frontera. ¡Y verdaderamente será un gran sacrificio separarnos de estos animales! ¡Figuraos el efecto que produciría nuestra entrada en la feria de Perm, con un tiro de veinte renos

enganchados al carro de la familia Cascabel...! ¡Qué efecto, y qué reclamo!

–¡Evidentemente, sería magnífico! –convino el noble, sonriendo.

–¡Triunfal...! ¡Decid triunfal...! Y a propósito –añadió papá Cascabel–, queda convenido que el conde Narkin forme parte de mi compañía, y que, en caso necesario, no rehusará trabajar ante el público..., ¿no es así?

–Por supuesto.

–Entonces, no descuidéis vuestras lecciones de escamoteo, señor Sergio- Como se figuran que aprendéis por gusto, ni mis hijos ni los dos marineros podrán sorprenderse de vuestra aplicación. ¿Y sabéis que sois ya bastante diestro?

–¡Y cómo no había de serlo con un profesor como vos!

–Perdonad, señor, pero os aseguro que tenéis disposiciones naturales muy notables... ¡Con un poco de costumbre, llegaréis a ser un

malabarista de primer orden, y estoy seguro de que llegaréis a hacer fortuna!

El 6 de mayo la *Belle Roulotte* llegó a las márgenes del Yenisei, a unas cien leguas del lago Yege.

El Yenisei es uno de los principales ríos del continente siberiano, y desagua a través del golfo de este nombre, que se encuentra en el paralelo 70, en el mar Ártico.

En aquella época no quedaba ya ni un sólo témpano en la superficie de aquel ancho río. Una gran barca para carruajes y viajeros, que establecía la comunicación entre las dos orillas, permitió a la pequeña caravana, material y personal, pasar a la otra orilla, no sin haber pagado un cuantioso derecho de peaje.

La estepa empezaba al otro lado, con sus interminables horizontes. En varias ocasiones pudieron observarse grupos de ostiacos que cumplían con sus deberes religiosos. Por más que la mayor parte hayan sido bautizados, la religión cristiana tiene poco imperio sobre ellos,

y aún se les ve prosternarse ante los ídolos paganos de los *shaïtans*. Son imágenes con rostro humano, tallados en gruesos postes de madera, de los que cada casa, cada cueva, posee un modelo adornado con una cruz de cobre.

Parece ser que los sacerdotes ostiacos, los *schamans*, sacan buenos productos de esta religión por partida doble, sin contar con que ejercen gran influencia sobre aquellos fanáticos, a la vez cristianos e idólatras. ¡No es posible imaginarse con qué convicción se agitan aquellos poseídos en presencia de los ídolos! ¡A qué contorsiones de epilépticos se entregan!

La primera vez que encontraron una media docena de aquellos energúmenos, el joven Sandre se puso a imitarlos, marchando sobre las manos, derrengándose, dando volteretas como un payaso y terminando el ejercicio por una serie de saltos de carpa.

Ejercicio que produjo en su padre esta reflexión:

–¡Veo, hijo mío, que no has perdido nada de tu elasticidad! ¡Está bien! ¡Pero no nos descuidemos! ¡Pensemos en la feria de Perm! ¡Va en ello el honor de la familia Cascabel!

Desde que la *Belle Roulotte* abandonó la desembocadura del Lena, el viaje se había llevado a cabo sin sufrir grandes fatigas. A veces tenía que rodear espesos bosques de pinos y abedules, que variaban la monotonía de las llanuras, a través de las cuales no hubiera encontrado paso.

El país estaba desierto. Se andaban leguas y leguas sin encontrar ni una aldea ni una granja.

La densidad de la población de esta comarca es en extremo reducida, y el distrito de Berezov, que es el más rico, no cuenta más que con 15.000 habitantes en una superficie de 3.000 kilómetros. En cambio, y tal vez por esta razón, la caza abunda en la campiña.

El conde y Juan pudieron, pues, entregarse con todo su ardor a este ejercicio, al mismo

tiempo que surtían la despensa de mamá Cascabel. Ortik les acompañaba a menudo y daba muestras de una notable destreza. Las liebres recorrían la estepa por millares, sin contar con las aves, en bandas innumerables. Había también alces, gamos, renos salvajes y hasta jabalíes de gran tamaño; animales temibles que los cazadores se abstuvieron prudentemente de desemboscar.

En cuanto a aves, había patos, somormujos, ocas, ortegas de monte, tordos, zorzales, gallinetas y perdices blancas; ¡podía elegirse! Así es que cuando algún disparo hacía blanco sobre una pieza poco comestible, Cornelia la abandonaba a los dos perros, que la recibían con mucho gusto.

De aquella abundancia de caza fresca resultaba que se comía perfectamente, demasiado tal vez, lo que obligaba a papá Cascabel a predicar la sobriedad a sus artistas.

–¡Eh chicos! Mucho cuidado, mucho ojo con engordar. La grasa es la ruina de las articu-

laciones, es el azote de los acróbatas. ¡Coméis demasiado! ¡Moderación, qué diablo! Sandre, me parece que vas echando barriga. ¡A tu edad! ¿No te da vergüenza?

–Padre, te aseguro...

–No asegures nada. Desde hoy te mediré todas las noches, y si te encuentro panza, te la vuelvo a introducir en el estómago. ¡Lo mismo que *Clou*! ¡Se le ve engordar!

–¿Yo, patrón?

–Sí, tú; y no conviene que un payaso sea gordo..., sobre todo cuando se llama *Clou*. Concluirás por redondearte como un tonel de cerveza.

–A menos que no vuelva a convertirme en estaca andando el tiempo –respondió *Clou*.

La *Belle Roulotte* tuvo que pasar el Taz, que vierte sus aguas en el golfo de Yenisei, poco más o menos en el punto en que el itinerario venía a cortar el Círculo Polar Ártico para penetrar en la zona templada.

Con este motivo, el señor Sergio, siempre religiosamente escuchado, creyó deber explicar a su auditorio habitual lo que era aquel círculo polar, más allá del cual el sol, durante el verano, no se eleva nunca a más de 23° sobre el horizonte.

Juan, que tenía ya algunas nociones de cosmografía, comprendió perfectamente la explicación dada por el señor Sergio. Pero papá Cascabel, por más que puso en juego todos los resortes de su inteligencia, no llegó a imaginarse lo que era el círculo polar.

–En cuestión de círculos –dijo– no conozco más que los aros a través de los cuales saltan las *écuyéres*. Pero eso no es una razón para que *no mojemos* éste.

Y el círculo polar fue *mojado* con una botella, como los marinos *mojan* la Línea a bordo de los buques que pasan de uno a otro hemisferio.

La travesía del Taz no se hizo sin algunas dificultades. Ninguna barca aseguraba la comunicación entre las dos orillas de aquel pe-

queño río, y hubo que buscar un paso vadeable, lo que exigió algunas horas Los dos rusos demostraron mucho celo, y en varias ocasiones tuvieron que meterse en el agua a fin de desatascar las ruedas del coche.

El 16 de mayo se transbordó, con mucho menos trabajo, a la *Belle Roulotte* al otro lado del Pur, estrecho río que no es ni rápido ni profundo.

A principios del mes siguiente el calor se hizo excesivo, lo que siempre parece anormal tratándose de países tan elevados en latitud. Durante la última quincena de este mes el termómetro marcaba de veinticinco a treinta grados. Como la sombra falta absolutamente en la estepa, el señor Sergio y sus compañeros estaban agobiados por aquella temperatura. La noche misma no dulcificaba gran cosa los ardores del día, porque en aquella época apenas si el sol desaparecía tras el horizonte de aquellas vastas llanuras. Después de haberlo rozado casi al Norte, su disco volvía a levantarse inmedia-

tamente, para emprender de nuevo su diurna carrera.

–¡Ese maldito sol! –repetía Cornelia enjugándose el sudor que corría por su rostro–. ¡Vaya una boca de horno! ¡Y todavía si esto sucediese durante el invierno!

–Si sucediese durante el invierno –indicó el conde ruso–, el invierno sería verano.

–¡Claro! –admitió Cascabel–. Pero lo que me parece mal combinado es que no tengamos ni el más pequeño pedazo de hielo para refrescarnos, después de haber tenido más de lo necesario durante meses enteros.

–Pero, amigo Cascabel, si tuviéramos hielo, sería porque haría frío, y...

–¡No haría calor! También es verdad.

–A menos que no hiciese ni frío ni calor –creyó deber añadir *Clou*.

A pesar de esto, los cazadores no habían abandonado sus excursiones, sólo que se ponían en marcha al amanecer, y no tenían motivo para quejarse.

Cierto día tuvieron ocasión de hacer una buena caza, cuya honra recayó por completo sobre Juan.

En efecto, el animal que había derribado no pudo ser transportado sin trabajo. Era un animal de pelo corto y rojizo por delante, después de haber sido gris durante el período invernal. Sobre su lomo corría una raya amarilla como la que presentan los lomos de las mulas. Sus largos cuernos se encorvaban graciosamente por encima de su cabeza, lo que indicaba un macho de aquella especie de rumiantes.

–¡Vaya un hermoso reno! –exclamó Sandre.

–¡Oh! –dijo Napoleona, dirigiéndose a su hermano con tono de reproche–. ¿Por qué has matado a un reno?

–¡Para comerlo, hermanita!

–¡Yo, que los quiero tanto!

–Pues ya que los quieres tanto –añadió Sandre–, podrás regalarte bien, porque habrá para todos.

–¡Consuélate, hija mía! –intervino el noble ruso–; este animal no es un reno.

–¿Pues qué es? –preguntó Napoleona.

–Un argalí; esto es, una especie de carnero.

El señor Sergio no se engañaba: aquellos animales que habitan las montañas durante el invierno y la llanura durante el verano, no son sino enormes carneros.

–Pues bien, Cornelia –observó César Cascabel–, puesto que es un carnero, nos servirás sus chuletas asadas a la parrilla.

Así se hizo; y como la carne del argalí es en extremo sabrosa, es probable que aquel día el vientre de César Cascabel tomase un volumen algo mayor que el que convenía a las exigencias de su profesión.

A partir de este punto, la *Belle Roulotte* tuvo que hacer un largo trayecto en medio de un país casi árido para ganar el curso del Obi.

Los pueblecillos ostiacos eran cada vez más raros, y apenas si se encontraban algunos grupos de nómadas emigrando hacia las pro-

vincias del Este. Por otra parte, no sin razón el señor Sergio procuraba atravesar las partes menos populosas del distrito. Le convenía evitar la importante ciudad de Berezov, situada un poco más allá del Obi. Rodeada de un magnífico bosque de cedros, escalonada sobre una colina abrupta, dominada por los campanarios de sus dos iglesias, regada por el Sosva, surcado incesantemente por embarcaciones y buques de comercio, aquella ciudad, con sus doscientas casas, es el centro de un mercado continuo, en el que se aglomeran los productos de la Siberia septentrional.

Era casi seguro que la llegada de la *Belle Roulotte* a Berezov habría excitado la curiosidad pública, y la Policía hubiera examinado muy de cerca a la familia Cascabel. Valía, pues, mucho más evitar la entrada en Berezov.

Los policías son siempre los policías, sobre todo cuando son cosacos, y es más prudente no tener nada que entender con ellos.

Con motivo de esto, Ortik y Kirschef observaron perfectamente que no convenía al señor Sergio pasar por Berezov, y esto les confirmó en la idea de que aquel ruso intentaba penetrar secretamente en Rusia.

Durante la segunda semana de junio, el itinerario sufrió una ligera modificación, a fin de tomar al Norte del distrito de Berezov. Esto significaba, a lo más, un aumento de unos setenta kilómetros, y el 16 de junio la pequeña caravana, después de haber descendido a lo largo de un gran río, acampó sobre su margen derecha.

Aquel río era el Obi.

La *Belle Roulotte* había franqueado unos mil kilómetros aproximadamente desde la cuenca del Pur.

Se encontraba a seiscientos kilómetros de la frontera europea. La cadena de los Urales, que se levanta entre estas dos partes del mundo, no tardaría en cerrar el horizonte.

CAPÍTULO III

CAMINO DE LOS URALES

El Obi se ve alimentado por el Oeste, gracias a las aguas de los Urales, mientras que por el Este recibe abundantes tributarios. Se desarrolla en una longitud de cuatro mil quinientos kilómetros, y su cuenca no comprende menos de trescientos treinta millones de hectáreas.

Geográficamente, hubiera podido servir este río de límites naturales entre Asia y Europa, si no se levantasen los montes Urales, un poco

al Oriente de su curso. A partir de los setenta grados de latitud, se desarrollan el río y la montaña casi paralelamente. Y mientras el Obi va a arrojarse en el vasto golfo de este nombre, los Urales sumergen sus últimas ramificaciones en las profundidades del mar de Kara.

Parados sobre la ribera derecha, el señor Sergio y sus compañeros observaban el curso del río, de donde emergían numerosos islotes, cubiertos de enormes sauces. Al pie de las orillas balanceaban sus aceradas hojas las plantas acuáticas, empenachadas de frescas flores. Numerosas embarcaciones surcaban estas aguas límpidas y frescas, purificadas por su paso a través del filtro de las montañas de donde han nacido.

Estando regularmente organizado el servicio de lanchas en esta gran arteria, pudo la *Belle Roulotte* llegar con comodidad, por la orilla izquierda, al pueblecillo de Muji.

Esta villa era de poca importancia y no presentaba ningún peligro para la seguridad

del conde Narkin, puesto que no servía de estación militar. Sin embargo, tratándose de llegar a la base de los Urales, convenía estar en regla, porque la Administración rusa exige la exhibición de sus papeles a todo viajero que llega a la frontera. Así, nuestro amigo Cascabel decidió poner al corriente los suyos por medio del alcalde de Muji.

Hecho esto, y estando el señor Sergio comprendido en el personal de la compañía, llegaría a penetrar en el territorio moscovita sin despertar las sospechas de la Policía.

Pero una deplorable casualidad había de comprometer este plan de tan fácil ejecución. Porque Ortik y Kirschef estaban allí, decididos a hacerlo fracasar. Para ello iban a conducir la *Belle Roulotte* a través de uno de los pasos más peligrosos de los Urales, donde no tardarían en encontrarse con las bandas de malhechores.

Pero no pudiendo prever este desenlace ni hacer nada para impedirlo, César Cascabel no cesaba de aplaudirse por haber llevado a buen

fin su temeraria empresa. Después de haber franqueado todo el Oeste de América y toda el Asia septentrional, no estaban más que a unas cien leguas de las fronteras de Europa. En perfecto estado de salud, él, su mujer y sus hijos, no se resentían absolutamente de las fatigas de aquel largo itinerario. Si había desfallecido su energía cuando la catástrofe del estrecho de Behring y durante la deriva del océano Glacial, había al menos sabido escapar de los imbéciles de las islas de Liakhoff, que concluyeron por poner a la *Belle Roulotte* en disposición de continuar su viaje a través del continente.

–¡Decididamente, Dios sabe lo que se hace! –repetía.

Habían resuelto el señor Sergio y sus compañeros permanecer veinticuatro horas en Muji, cuyos habitantes les hicieron excelente acogida.

Papá Cascabel recibió la visita del gorodintschy, el alcalde de la localidad. Este personaje, un poco suspicaz con respecto a los ex-

tranjeros, miró como un deber el interrogar al jefe de la familia. Éste no titubeó en presentarle sus papeles, en los que el señor Sergio estaba incluido como uno de los artistas de la *troupe*.

No dejó de sorprender al honorable funcionario el ver uno de sus compatriotas entre saltimbanquis franceses, pues no se le escapó que el tal señor Sergio era de origen moscovita. Y, por tanto, hizo esta observación.

César Cascabel le hizo entonces notar que si había un ruso entre ellos, había también un americano en la persona de *Clou de Girofle* y una india en la persona de Kayette.

Se cuidaba únicamente del talento de los artistas, nunca de su nacionalidad. Añadió, después, que estos artistas se considerarían muy dichosos si el señor alcalde (jamás hubiera podido César Cascabel pronunciar la palabra *gorodintschy*), si el señor alcalde quería permitirles trabajar en su presencia.

Esta proposición causó gran placer al susodicho alcalde, que la aceptó desde luego, y

les prometió visar sus papeles después de la representación.

En cuanto a Ortik y Kirschef, estando designados como dos náufragos rusos en camino de repatriarse, no hubo ninguna dificultad con respecto a ellos.

De resultas de esto, aquella misma noche toda la *troupe* se dirigió a la morada del *gorodintschy.*

Era ésta una vasta casa pintada de un hermoso tono amarillo, en recuerdo de Alejandro I, que era aficionado a este color.

En los muros del salón había suspendida una imagen de la Virgen, acompañada de los retratos de algunos santos moscovitas, haciendo muy buen efecto en sus marcos de tela plateada. Bancos y escabeles servían de asiento al alcalde, a su mujer y a sus tres hijas. Habían sido invitados a participar de los placeres de esta fiesta una media docena de notables, mientras que los simples contribuyentes de Muji,

apiñados alrededor de la casa, se contentaban con mirar por las ventanas.

La familia Cascabel fue acogida con mucha simpatía. Comenzó sus ejercicios sin que apenas se notase que los hubiesen descuidado durante algunas semanas. Las dislocaciones del joven Sandre fueron muy apreciadas, así como la gracia de Napoleona, que, no teniendo una cuerda tirante, se contentó con ejecutar un paso de circunstancias.

Juan maravilló a todos los asistentes con el juego de las botellas, de los platos, de las anillas y de las bolas. Después, papá Cascabel, en sus trabajos de fuerza, se mostró digno marido de Cornelia, que obtuvo un verdadero éxito llevando a brazo tendido a dos de los notables del pueblo.

En cuanto al señor Sergio, ejecutó con mucha destreza algunos de los ejercicios que su hábil profesor le había enseñado, muy acertadamente, como ahora se veía. Ninguna duda podía, pues, nacer en el espíritu del alcalde

sobre la realidad del enganche de este ruso en la compañía ambulante.

Se sirvieron dulces, pasteles con pasas de Corinto y un excelente té. Después, cuando hubo terminado la fiesta, el *gorodintschy* visó, sin detenerse mucho, los papeles que le presentó papá Cascabel. La *Belle Roulotte* estaba ahora en regla con respecto a las autoridades moscovitas.

También hay que decir que aquel alcalde, que gozaba de cierto desahogo, creyó deber ofrecer a papá Cascabel una veintena de rublos, como precio de su representación.

César Cascabel, primeramente, tuvo la idea de rehusar esta remuneración; pero semejante desinterés por parte de un director ambulante hubiera dado lugar a sospecha.

–¡ Veinte rublos son veinte rublos, después de todo! –se dijo.

Y deshaciéndose en protestas de agradecimiento, se guardó la propina.

El día siguiente se dedicó al descanso. Había que hacer algunas compras de arroz, harina, manteca y diversas bebidas, que Cornelia pudo procurarse a precios moderados. En cuanto a la provisión de conservas, no se podía pensar en renovarlas en aquella villa; pero la caza no debía faltar entre el curso del Obi y la frontera de Europa.

Las compras quedaron terminadas antes de mediodía. Llegada la hora, se comió bastante alegremente, por más que Juan y Kayette tuviesen el corazón oprimido. Veían acercarse el momento de la separación.

Su amor no era un misterio para nadie, y bien pronto estarían lejos el uno del otro.

En efecto, ¿qué haría el señor Sergio después de haber visto al príncipe Narkin, su padre? No pudiendo quedarse en Rusia, ¿volvería a partir para América, o quedaría en Europa? Esto no dejaba de preocupar a papá Cascabel. Hubiera querido saber a qué atenerse con respecto a este asunto. Así es

que aquella tarde tomó el partido de preguntar al señor Sergio si le convendría dar una vuelta por los alrededores del pueblo. El conde, viendo que papá Cascabel deseaba hablarle en secreto, se apresuró a aceptar la invitación.

En cuanto a los marineros, después de haber anunciado su intención de acabar el día en una de las tabernas de Muji, se despidieron de la familia.

El noble ruso y el buen saltimbanqui dejaron la *Belle Roulotte*, dieron unos cuantos pasos y fueron a sentarse a la orilla de un bosquecillo, en las afueras de la población.

–Señor Sergio –dijo entonces papá Cascabel–, si os he rogado que me acompañaseis, es porque quería encontrarme a solas con vos. Deseo hablaros de vuestra situación...

–¿De mi situación, amigo mío?

–Sí, señor Sergio, o, más bien, de lo que tendréis que hacer cuando estéis en Rusia...

–¿En Rusia...?

–Creo no engañarme diciendo que dentro de ocho días habremos franqueado los Urales, y que ocho después habremos llegado a Perm.

–Me parece probable, a no ser que algún obstáculo nos lo impida –observó el noble ruso.

–¡Obstáculos! ¡No habrá obstáculos! –aseguró Cascabel–. ¡Pasaréis la frontera sin asomo de dificultad! Nuestros papeles están en regla; formáis parte de mi compañía y nadie podría figurarse que uno de mis artistas es el conde Narkin.

–En efecto, amigo mío, puesto que sólo la señora Cascabel y vos conocéis el secreto, y éste ha sido guardado...

–¡Tanto como si mi mujer y yo lo hubiésemos llevado a la tumba! –aseguró Cascabel con mucha dignidad–. Y ahora, señor Sergio, ¿sería indiscreto al preguntarnos lo que pensáis hacer cuando la *Belle Roulotte* haya llegado a Perm...?

–Me apresuraré a ir al castillo de Walska para ver a mi padre –anunció el ruso–. ¡Será una alegría para él, y bien inesperada, pues

hace trece meses que no he tenido noticias suyas; trece meses que no he podido escribirle! ¿Qué pensará?

–¿Tenéis intención de prolongar vuestra estancia en el castillo del príncipe Narkin?

–Eso dependerá de circunstancias que no sabría prever. Si se sospecha mi presencia, tal vez me vea obligado a dejar a mi padre. Y eso, a su edad...

–Señor Sergio –indicó Cascabel–, no tengo ningún consejo que daros... Vos mejor que nadie sabéis lo que debéis hacer... Pero me atrevería a haceros observar que os veríais expuesto a peligros muy graves si os quedaseis en Rusia. Va en ello vuestra vida si llegaseis a ser descubierto...

–¡Lo sé, amigo mío, como también sé que estaríais muy amenazados vos y los vuestros si supiese la Policía que me habíais facilitado la entrada en el territorio moscovita!

–¡Oh, nosotros...! ¡No os preocupéis por eso...!

–¡Mi querido Cascabel, nunca olvidaré lo que vuestra familia ha hecho por mí...!

–¡Bien, bien, señor Sergio! No hemos venido aquí para dirigirnos cumplidos... Lo que conviene saber es lo que deseáis hacer cuando lleguemos a Perm...

–Nada más sencillo –respondió el conde–. Puesto que pertenezco a vuestra compañía, me quedaré con vosotros para no despertar sospechas.

–Pero el príncipe Narkin...

–El castillo de Walska no está más que a unas seis verstas de la villa; cada noche, después de la representación, me será fácil ausentarme sin ser visto. Nuestros criados se harían matar antes que hacer traición o comprometer a su amo. Podré, pues, pasar algunas horas con mi padre y volver a Perm antes del amanecer.

–Perfectamente, señor Sergio; mientras estemos en Perm, las cosas marcharán a medida de nuestro deseo; así lo espero. Pero, ¿y cuándo

termine la feria, cuando la *Belle Roulotte* salga para Nijni y después pase a Francia...?

Evidentemente, ése era el punto más delicado. ¿Qué haría el conde Narkin cuando la familia Cascabel hubiera dejado Perm...? ¿Se ocultaría en el castillo de Walska? ¿Se quedaría en Rusia, con riesgo de ser descubierto? La pregunta de Cascabel era precisa.

–Amigo mío, eso mismo me he preguntado algunas veces –aseguró el conde–. ¿Qué haré...? No lo sé; es cuanto puedo deciros. Mi conducta será dictada por las circunstancias.

–Veamos –replicó Cascabel–; suponiendo que os veáis obligado a dejar el castillo de Walska; suponiendo que no pudieseis permanecer en Rusia, donde vuestra libertad y aun vuestra existencia estarían amenazadas, os pregunto, señor Sergio, ¿pensáis volver a América?

–No tengo formado ningún proyecto con respecto a ese punto –respondió el conde Narkin.

–Pues bien, señor, y perdonadme si insisto: ¿por qué no os venís con nosotros a Francia? Al continuar figurando en mi compañía, podréis sin peligro alcanzar la frontera rusa. ¿No sería éste el mejor partido? Después os tendríamos algún tiempo más a nuestro lado, y con vos a nuestra querida Kayette... ¡Oh! ¡No para quitárosla...! Ella es... ella seguirá siendo vuestra hija adoptiva, eso vale más que el ser la hermana de Juan, de Sandre y de Napoleona, los hijos de un saltimbanqui.

–Amigo mío, no hablemos de lo que nos reserva el porvenir –propuso el conde–. ¡Quién sabe si no nos complacerá a todos...! Ocupémonos del presente, que es lo esencial... Lo que yo puedo afirmaros, mas no lo digáis a nadie, es que si tuviera que abandonar Rusia, me consideraría muy dichoso con retirarme a Francia, esperando que algún acontecimiento político viniese a modificar mi situación... Y puesto que nos volvéis a vuestro país...

–¡Bravo...! ¡Volveremos juntos! –exclamó César Cascabel.

Había tomado la mano del conde, la apretaba, la oprimía, como si hubiese querido unirla con la suya.

Después de esta conversación, volvieron al campamento.

Ortik y Kirschef no regresaron hasta el día siguiente.

La caravana partió a las primeras horas del día, dirigiéndose aproximadamente hacia el Oeste.

Durante los días que siguieron, el calor fue extremadamente intenso. Notábanse ya las primeras ondulaciones de la cadena de los Urales, y sobre este suelo montañoso los renos experimentaban grandes fatigas. La temperatura les aniquilaba, y hasta hubiera sido mejor remplazarlos por caballos; pero papá Cascabel, según se sabe, estaba poseído de la idea de hacer en Perm una entrada triunfal con un carruaje tirado por veinte renos.

El 28 de junio, después de recorridos unos cuatrocientos kilómetros desde el curso del Obi, la *Belle Roulotte* llegó a la pequeña villa de Verniky. Allí era obligatoria la exhibición de los papeles, formalidad que no dio lugar a ninguna observación. Después, el coche volvió a tomar la dirección de la cadena de los Urales, que elevaba en el horizonte las cumbres del Telpas y del Nintchur, que se elevaban de mil doscientos a mil seiscientos metros. Se caminaba muy despacio, y, por tanto, no había tiempo que perder si la *troupe* quería llegar a Perm en el momento en que la feria se hallase en todo su apogeo.

En previsión de las representaciones que pensaba dar, Cascabel exigía que cada cual ensayase sus ejercicios. Había que conservar intacta la reputación de los acróbatas, equilibristas y payasos franceses en general, y de la familia Cascabel en particular. Así es que obligaba a sus artistas a trabajar durante las paradas de la noche.

Hasta el señor Sergio se ocupaba también en perfeccionarse en los juegos de naipes y de escamoteo.

Su profesor no cesaba de repetirle:

–¡Qué buen artista ambulante hubieseis hecho!

El 3 de julio, la *Belle Roulotte* vino a acampar en el centro de una pradera rodeada de álamos, pinos y cedros que dominaban las cimas de los Urales.

Al día siguiente era cuando los viajeros, guiados por Ortik y Kirschef, comenzarían a marchar a través de uno d¿ los pasos de la montaña, y preveían, si no grandes fatigas, al menos rudas etapas, hasta llegar al punto culminante de la garganta.

Como esta parte de la frontera, ordinariamente frecuentada por los contrabandistas o los desertores, no era muy segura, había que mantenerse a la defensiva, y debieron tomarse algunas medidas con este objeto.

Durante la noche, la conversación versó sobre las dificultades que podrían presentarse en la travesía de los Urales. Ortik aseguró que el paso indicado por él, llamado de la Petchora, era uno de los más practicables. Lo conocía por haberlo franqueado ya cuando Kirschef y él se habían vuelto desde Arkángel al mar Ártico para reunirse al Seraski.

Mientras el señor Sergio y Ortik trataban de estos puntos, Cornelia, Napoleona y Kayette se ocupaban de la comida. Un buen cuarto de gamo se asaba delante del fuego encendido bajo los árboles, a la entrada del claro, y una tarta de arroz se manchaba de tintas doradas sobre una placa en contacto con los carbones enrojecidos.

–¡Espero que esta noche no se despreciará la minuta! –dijo la excelente cocinera.

–A menos que el guisado y el pastel no se quemen –replicó *Clou de Girofle*.

–¿Y por qué se han de quemar, señor *Clou* –repuso Cornelia–, si tenéis cuidado de dar vuel-

tas al asador del uno y remover la placa del otro?

Y, debidamente advertido, *Clou* se instaló en el puesto de confianza que le estaba designado. Mientras *Wagram* y *Marengo* rondaban alrededor del hogar, John Bull se relamía esperando su parte de aquella excelente cena.

Llegado el momento, se pusieron a la mesa, y no hubo más que elogios para la comida. Cornelia y sus ayudantes los recibieron con gran satisfacción.

A la hora de acostarse, como la temperatura era todavía elevada, el señor Sergio, César Cascabel y sus dos hijos, *Clou* y los dos marineros, quisieron contentarse con el lecho que el claro les ofrecía bajo los árboles. Además, en estas condiciones era más fácil la vigilancia.

Solamente Cornelia, Kayette y Napoleona volvieron a sus lechos del interior de la *Belle Roulotte*.

Bajo el paralelo 66 la duración del crepúsculo de julio se prolonga extraordinariamente;

así es que eran más de las once cuando la noche fue casi completa; una noche sin luna, sembrada de estrellas que velaban los vapores de las altas zonas.

Extendidos sobre la hierba y envueltos cada uno en un cobertor, sentían ya el señor Sergio y sus compañeros cerrarse las pupilas bajo la influencia del primer sueño, cuando los dos perros empezaron a dar señales de agitación. Alargaban el hocico y hacían oír sordos gruñidos, que revelaban una gran inquietud.

Juan se incorporó el primero, y echó una mirada por el claro.

El fuego se extinguía entonces y una profunda oscuridad reinaba bajo el espeso macizo de árboles.

Juan miró más atentamente, y creyó ver puntos móviles que brillaban como brasas. *Wagram* y *Marengo* ladraban.

–¡Alerta! –gritó Juan, levantándose de un salto.

En un instante todos los que dormían estuvieron en pie.

–¿Qué hay? –preguntó César Cascabel.

–¡Mirad, padre! –respondió Juan, enseñándole los puntos luminosos, inmóviles entonces entre los tallares.

–¿Qué será eso?

–¡Ojos de lobos!

–¡Sí, de lobos! –confirmó Ortik.

–¡Y toda una manada! –añadió el noble ruso.

–¡Diablo! –dijo Cascabel.

¡Diablo! Era sin duda insuficiente para expresar la gravedad de la situación. Tal vez se contasen los lobos por centenares alrededor del claro, y estos carnívoros son en extremo temibles cuando se reúnen en gran número.

En aquel momento, Cornelia, Kayette y Napoleona aparecieron a la puerta de la *Belle Roulotte*.

–¿Qué ocurre, padre? –preguntó la niña.

–No es nada –respondió Cascabel–. Sencillamente, ¡lobos que se pasean a la luz de las estrellas...! Quedaos en vuestros cuartos y preparadnos las armas para mantenerlos a distancia.

Un instante después, carabina y revólveres estaban entre las manos del señor Sergio y sus compañeros.

–¡Llamad a los perros! –dijo.

Wagram y *Marengo*, que rondaban a la orilla del bosque, vinieron a la voz de Juan, poseídos de un furor que no hubiera sido fácil contener.

Cuando les tuvieron en lugar seguro, se hizo una descarga general en la dirección de los puntos luminosos, y espantosos aullidos indicaron que la mayor parte de los tiros habían hecho blanco.

Era necesario que fuese considerable el número de lobos, porque el círculo volvió a cerrarse y unos cincuenta de aquellos animales invadieron el claro con rapidez.

–¡A la *Roulotte*! ¡A la *Roulotte*! –gritó el señor Sergio– ¡Vamos a ser asaltados...! ¡Únicamente allí podremos defendernos!

–¿Y los renos? –dijo Juan.

–No podemos hacer nada para salvarlos.

Era tarde, en efecto. Ya habían sido ahogados algunos animales del tiro, mientras los otros, rompiendo sus trabas, habían huido a través del bosque.

A una orden del conde todos entraron en el coche con los dos perros, y se cerró la puerta exterior.

¡Ya era tiempo! En medio de los resplandores del crepúsculo, se podía ver los lobos brincando alrededor de la *Belle Roulotte* y saltar hasta la altura de las ventanas.

–¿Qué será de nosotros sin el tiro? –no pudo menos de decir Cornelia.

–¡Empecemos por desembarazarnos de esta banda! –respondió el ruso.

–Los venceremos al fin, ¡qué diablo! –exclamó el buen Cascabel.

–¡Sí..., a menos que no sean muy numerosos! –replicó Ortik.

–¡Y si no nos llegan a faltar las municiones! –añadió Kirschef.

–Mientras tanto, ¡fuego! –gritó el señor Sergio.

Y, por las ventanas entreabiertas, los fusiles y revólveres comenzaron su obra de destrucción. Al resplandor de las detonaciones, que alumbraban los dos costados y la delantera del coche, se veía ya una veintena de lobos mortal o gravemente heridos.

Pero nada detenía la rabia de estas fieras, y su número no parecía haber disminuido. Varios centenares invadían el claro, agitado por siluetas movibles.

Los había que, deslizándose por el coche, trataban de destrozar con sus garras las tablas. Otros, habiendo saltado al escalón de la puerta exterior, amenazaban derribarla, por lo cual fue necesario atrancarla sólidamente. Algunos corrían sobre la galería superior, se inclinaban

hasta las ventanas, golpeándolas con las patas, no desapareciendo hasta que una bala los derribaba en tierra.

Napoleona, muy asustada, lanzaba agudos grifos. El «miedo al lobo», tan intenso en los niños, estaba entonces más que justificado. Kayette, que no había perdido su sangre fría, trataba en vano de calmar a la niña. Mamá Cascabel tampoco estaba muy segura respecto al desenlace de la lucha.

En efecto, si ésta se prolongaba, la situación llegaría a ser muy peligrosa. ¿Cómo podría la *Belle Roulotte* resistir el asalto de aquellos innumerables lobos? Y si era derribada, ¿no sería esto el degüello inevitable de los que habían buscado en ella su refugio?

Hacía una media hora que duraba la lucha, cuando Kirschef exclamó:

–¡No hay más municiones!

Unos veinte cartuchos eran lo que quedaba para que los fusiles y revólveres siguieran funcionando.

–¡No tiremos más que sobre blanco seguro! –propuso papá Cascabel.

¡Sobre blanco seguro! ¿Pues no hacían blanco todos los tiros en aquella masa de asaltantes? Solamente que los lobos eran más numerosos que las balas y se renovaban sin cesar, mientras que las armas de fuego iban a verse obligadas a enmudecer.

¿Qué hacer? ¿Esperar el día? ¿Y si el día no hacía huir a la manada?

Entonces Cascabel, blandiendo su revólver, que iba a quedar inútil, gritó:

–¡Tengo una idea!

–¿Una idea? –coreó el señor Sergio.

–¡Sí...! ¡Y buena! Se trata sencillamente de coger uno de esos bribones.

–¿Y cómo? –preguntó Cornelia.

–Vamos a entreabrir la puerta con precaución, y cogeremos a los dos primeros que traten de introducirse en el departamento

–¿Estáis loco, Cascabel?

–¿Qué arriesgamos, señor Sergio? ¿Algunas mordeduras? ¡Bah! Prefiero verme mordido a ser estrangulado.

–Hagámoslo, pero hagámoslo enseguida –decidió el señor Sergio, aun sin comprender bien lo que Cascabel se proponía.

Éste, seguido de Ortik, de *Clou* y de Kirschef, fue a colocarse en el primer compartimento, mientras que Juan y Sandre retenían los dos perros en el fondo del último, y en el que las mujeres tenían orden de quedarse.

Los muebles que atrancaban la puerta se vieron separados, y el buen Cascabel la entreabrió de modo que se pudiese cerrar rápidamente.

En aquel momento, una docena de lobos, agarrados a la banqueta, subidos en los estribos, se apoyaban contra la delantera del coche.

Así que se entreabrió un poco la puerta, la franqueó uno de los lobos, y fue rápidamente cerrada por Kirschef. Enseguida Cascabel, ayudado de Ortik. se echó sobre el animal, y procu-

ró envolverle la cabeza con un pedazo de tela, de que se había provisto, y que una vez logrado ató fuertemente a su cuello.

La puerta se abrió de nuevo. Un segundo lobo se introdujo, y sufrió el mismo tratamiento que el primero. *Clou*, Ortik y Kirschef sujetaban, no sin trabas, aquellas furiosas bestias.

–Sobre todo, cuidad de no matarlas –recomendó papá Cascabel–, y sujetadlas bien.

¿Que no las mataran? ¿Qué iba a hacer entonces? ¿Ajustarlas en su compañía para la feria de Perm?

Lo que quería hacer, lo que hizo, no tardaron en saberlo sus compañeros.

En efecto, una intensa llama acababa de iluminar el compartimento, en el que resonaban aullidos y gritos de dolor; la puerta volvió a abrirse y cerrarse rápidamente, después que los lobos fueron empujados fuera.

¡Qué efecto produjo su aparición en medio de la bandada!

El claro se llenó de luces oscilantes.

Los dos lobos habían sido rociados con petróleo, al que César Cascabel había prendido fuego, y en aquel estado se agitaban entre los sitiadores.

Pues bien, aquella era la idea de papá Cascabel, famosa como todas las que engendraba el cerebro de aquel hombre prodigioso.

Los lobos, asustados, huían delante de las dos bestias ardiendo, y daban aullidos aún más aterradores que los que se habían oído antes del ataque. ¡En vano los dos, impregnados de petróleo, ciegos por su capuchón de tela, trataban de desembarazarse de su piel ardiente! ¡En vano se revolcaban por el suelo y daban saltos en medio de las otras fieras! ¡Siempre ardían!

Finalmente, la manada entera, llena de terror pánico, despejó los alrededores de la *Belle Roulotte* y desocupó el claro, desapareciendo en las profundidades del bosque.

Los aullidos no tardaron en decrecer, y reinó el silencio alrededor del campamento.

Por prudencia, el señor Sergio, recomendó esperar a las primeras claridades del día, antes de ir a hacer un reconocimiento en las cercanías. Pero él y sus compañeros no tenían que temer ya una nueva agresión. El enemigo estaba dispersado. ¡Huía a toda prisa!

–¡Ah, César! ¡César! –exclamó Cornelia echándose en los brazos de su marido.

–¡Amigo mío! –añadió el noble ruso.

–¡Padre! –exclamaron los niños.

–¡Ah, patrón! –repetía, a su vez, *Clou*.

Papá Cascabel respondió a todos tranquilamente:

–Y bien, ¡qué! ¿Qué pasa? ¡Si no fuese uno más listo que las bestias, no valdría la pena de ser hombre!

CAPÍTULO IV

LOS MONTES URALES

En verdad que la cadena de los Urales merece ser visitada por los turistas, tanto, por lo menos, como los Pirineos y los Alpes. En lenguaje tártaro, la palabra *ural* significa *cinturón*, y es propiamente un cinturón que se desarrolla desde el mar Caspio hasta el mar Ártico, en 2.900 kilómetros de extensión, un cinturón adornado de piedras preciosas, enriquecido con metales finos, oro, plata y platino; un cinturón que ajusta el talle del viejo continente, entre los límites de Asia y de Europa. Su sistema orográfico es muy vasto, y vierte sus aguas a través de los cauces del Ural, del Hara, del Petchora, del Kama y numerosos tributarios, alimentados por la fusión de las nieves. Es una soberbia barrera

de granito y cuarzo, irguiendo sus agujas y sus picos a una altura media de dos mil trescientos metros sobre el nivel oceánico.

–¡Éstas sí que pueden llamarse verdaderamente montañas rusas! –dijo alegremente César Cascabel–. Pero no ruedan solas como las de la puerta Maillot, o las del Bulevar de los Capuchinos.

En primer lugar, durante la travesía de la montaña, sería difícil evitar las aldeas, los *zavodys*, aquellos numerosos pueblecillos, cuyos habitantes deben su origen a los antiguos obreros que se ocupaban en la explotación de las minas.

Sin embargo, al franquear aquellos grandiosos desfiladeros, la *troupe* de papá Cascabel no debía temer el encuentro de puestos militares, toda vez que sus papeles estaban en regla. Y aunque hubieran abordado los montes Urales por su parte media, no habrían vacilado en seguir el pintoresco camino de Ekaterinemburgo, uno de los más frecuentados del país, con el fin

de desembocar en el Gobierno de este nombre. Pero puesto que el itinerario de Ortik les había llevado más al Norte, era mejor seguir el paso del Petchora y bajar enseguida hasta Perm.

Esto es lo que iban a hacer al día siguiente.

Cuando amaneció, pudieron convencerse de que el número de los agresores había sido considerable. Si hubieran llegado a penetrar en el interior de la *Belle Roulotte*, ni uno de sus huéspedes se hubiese salvado de aquella carnicería.

Unos cincuenta lobos yacían en el suelo; eran animales de gran tamaño, tan temibles para los viajeros que se aventuran en la estepa. Los demás habían huido, escapando como si tuvieran el fuego a sus espaldas; metáfora absolutamente justificada esta vez.

Los dos animales, abrasados, fueron hallados a unos cien pasos de la pradera.

Se presentaba una cuestión importante: al entrar por el desfiladero del Petchora, la *Belle*

Roulotte se había alejado de los *zavodys*, muy raros en la vertiente oriental de los Urales.

–¿Cómo nos compondremos ahora, habiendo huido nuestro tiro? –preguntó Juan.

–¡Si no hubieran hecho más que huir, no sería difícil volverlos a encontrar! –respondió papá Cascabel–. Pero es probable que nuestros renos hayan sido devorados.

–¡Pobres animales! –dijo Napoleona–. Los quería como amaba antes a *Vermout* y *Gladiador*...

–¡Habrán perecido bajo el diente de los lobos, si no se han ahogado! –añadió Sandre.

–¡Sí, eso es lo que habrá sucedido! –opinó también papa Cascabel, dejando escapar un fuerte suspiro.

–En fin, ¿cómo reemplazar nuestro tiro...?

–Voy a dirigirme al pueblo más próximo, donde me procuraré caballos pagando lo que quieran –decidió el conde–. Si Ortik me quiere servir de guía.

–Partiremos cuando queráis, señor Sergio –respondió Ortik.

–Evidentemente no se puede hacer otra cosa –dijo Cascabel.

Y esto se hubiera hecho aquel mismo día, si, con general sorpresa, no hubieran aparecido, a las ocho de la mañana, dos renos en el borde del claro.

Sandre fue el que los descubrió.

–¡Padre! ¡Padre! –gritó–. ¡Miradlos...! ¡Vuelven...!

–¿Vivos...?

–No los han debido devorar, puesto que andan...

–¡A menos que no les hayan dejado las piernas! –saltó el necio *Clou*.

–¡Ah, qué buenos animales! –exclamó Napoleona–. ¡Es necesario que los abrace!

Y pasándoles los brazos alrededor del cuello, les abrazó de todo corazón.

Pero dos renos no eran suficiente para arrastrar la *Belle Roulotte*. Por fortuna, otros

varios se presentaron en el límite del bosque. Una hora después contaban con catorce de los veinte que habían traído del archipiélago de las Liakhoff.

–¡Vivan los renos! –gritó el revoltoso Sandre, sin que este grito tuviese nada de monárquico (18).

No faltaban más que seis de aquellos animales, los que los lobos habían atacado antes que hubieran podido romper sus trabas, y cuyos restos se encontraron en los límites del bosque. Los otros catorce hablan huido antes del ataque, y el instinto los devolvía al campamento.

¡Imagínese el recibimiento que se haría a tan excelentes animales! Con ellos el vehículo podría volver a marchar a través del desfiladero de los Urales. Todos empujarían las ruedas cuando las pendientes fuesen muy

---

18 Juego de palabras intraducible. Reines (reinas), rennes (renos), se pronuncian de la misma manera.

grandes, y papá Cascabel podría hacer una solemne entrada en la plaza de Perm.

Lo que le entristecía era que la *Belle Roulotte* habla perdido algo de su esplendor de otras veces, con sus costados roídos por los dientes de los lobos y sus tableros arañados por las uñas de estos feroces carnívoros. Antes de esta agresión, desteñida por las ráfagas, desdorada por las intemperies, deteriorada por las fatigas de semejante viaje, estaba ya casi desconocida. El escudo de los Cascabel se había medio borrado por los fuertes v repetidos choques contra las ventiscas.

¡Cuántos brochazos y pinceladas serían necesarios para darle su primitivo lustre!

A las diez fueron enganchados los renos, y se pusieron en marcha. Como el camino subía sensiblemente, los hombres marcharon a pie.

El tiempo era bueno, y el calor bastante soportable en aquella elevada parte de la montaña. Pero ¡cuántas veces hubo necesidad de ayudar al tiro y levantar las ruedas, hundidas

hasta los cubos en el fondo de las rodadas!. A cada revuelta demasiado rápida de la garganta era preciso sostener a la *Belle Roulotte*, que amenazaba dar con la delantera o la trasera en los ángulos de las rocas.

Los desfiladeros de los Urales no son obra del hombre. Sólo la naturaleza ha abierto un paso a las aguas de la cadena a través de estos sinuosos despeñaderos. Un riachuelo, afluente del Sosva, bajaba serpenteando hacia el Oeste. A veces su lecho se ensanchaba hasta el punto de no dejar más que un estrecho sendero en zigzag. Aquí se elevaban taludes cortados a pico dejando ver su armazón de roca, muy visible bajo el tapiz de musgos y plantas lapidarias. Mas allá los flancos se prolongaban en suaves pendiente erizadas de árboles, pinos y abetos, álamos blancos y cedros, especies propias de las comarcas septentrionales de Europa. Y a lo lejos, perdidas en las nubes, se perfilaban las crestas nevadas que alimentan sus numerosos torrentes.

Durante aquella primera jornada no encontraron a nadie, sin duda por seguir un camino evidentemente poco frecuentado. Ortik y Kirschef parecían conocerlo bien. Dos o tres veces, sin embargo, vacilaron al llegar a sitios donde varias gargantas se ramificaban a través del macizo. Entonces se detenían o hablaban en voz baja, lo que no podía parecer sospechoso, puesto que nadie tenía el menor motivo para dudar de su buena fe.

Kayette no dejaba de observarles, sin que ellos lo advirtiesen. Estas conversaciones secretas, y ciertas miradas que cambiaban, excitaban cada vez más su desconfianza. Ellos, por otra parte, estaban lejos de suponer que la joven india tuviera algún motivo para creerlos sospechosos.

Cuando llegó la tarde, el señor Sergio escogió un lugar de descanso en el borde del arroyo. Terminada la comida, César Cascabel, Kirschef y *Clou de Girofle* se tomaron el cuidado de velar alternativamente, como medida de

prudencia, costándoles gran trabajo no dormirse en sus puestos después de las fatigas de aquella jornada y los insomnios de la noche anterior.

A la mañana siguiente volvieron a emprender la caminata, subiendo el desfiladero, que se elevaba y se estrechaba a la vez. Hubo que luchar con las mismas dificultades que la víspera, exigiendo los mismos esfuerzos. En suma: sólo quince o veinte kilómetros en las veinticuatro horas. Pero esto se había ya tenido en cuenta para el paso de los Urales.

El conde y su amigo Juan sintieron más de una vez la tentación de perseguir alguna hermosa pieza a través de las profundidades que se abrían en la garganta. Entre los matorrales se veían pasar antas, gamos y liebres en gran número. Cornelia no hubiera hecho ascos a la caza fresca. Pero si ésta abundaba, ya sabemos que las municiones se habían concluido en el ataque de los lobos, y no podían ser renovadas hasta llegar al próximo pueblecillo.

Por consiguiente, las carabinas estaban condenadas al descanso, y *Wagram* miraba fijamente a su amo, como queriéndole decir:

«¿Qué es esto...? ¿No se caza ya?»

Y, sin embargo, se presentó una ocasión en que la intervención de las armas de fuego hubiera estado plenamente justificada.

Eran las tres de la tarde; la *Belle Roulotte* seguía un ribazo pedregoso, cuando apareció un oso al otro lado de la corriente. Era un animal de gran tamaño, y su presencia se advirtió por los significativos aullidos de los dos perros. Sentado sobre sus patas traseras, movía su enorme cabeza y agitaba su oscura piel, mirando a !a pequeña caravana.

¿Pensaba atacarles? ¿Era una mirada de curiosidad o una mirada de codicia la que dirigía al tiro y a sus conductores?

Juan había impuesto silencio a *Wagram* y *Marengo*, juzgando inútil excitar a tan terrible fiera, puesto que estaban desarmados. ¿Por qué arriesgarse a cambiar sus propósitos, pacíficos

tal vez, en hostiles, cuando le era tan fácil pasar de una ribera a la otra?

Sucedió, pues, que se quedaron mirando tranquilamente como viajeros que se cruzan en un camino, mientras papá Cascabel se limitaba a decir:

–¡Qué lástima no podemos apoderar de ese hermosa fiera de los Urales! ¡Qué buen papel haría entre nuestro personal!

Pero hubiera sido difícil ofrecer a este oso un ajuste en la compañía. Además, prefiriendo sin duda la existencia agreste a la ambulante, se levantó, movió por última vez su enorme cabeza, y desapareció trotando.

Como a un saludo se contesta con otro, Sandre lo gratificó con un sombrerazo, que Juan hubiera sustituido de buena gana por un tiro.

A las seis da la tarde hicieron alto casi en las mismas condiciones que la víspera.

A las cinco de la mañana siguiente partieron, preparados para una penosa jornada. Co-

mo siempre, tuvieron que soportar grandes fatigas, pero no hubo accidentes.

Lo más rudo había sido hecho, puesto que la *Belle Roulotte* se encontraba en el punto culminante del paso, en la misma garganta del desfiladero. No quedaba ya más de bajar, siguiendo las pendientes occidentales que se dirigen a Europa.

Aquella tarde, 6 de julio, el tiro, muy fatigado, se paró cerca de la entrada de una garganta tortuosa, flanqueada a la derecha por un espeso bosque.

El calor había sido sofocante durante esta jornada. Hacia el Este, grandes nubes, partidas por una larga franja en su parte inferior, recortaban los lívidos vapores del horizonte.

–Vamos a tener tempestad –dijo Juan.

–¡Mal negocio! –exclamó Ortik–; porque las tormentas son terribles a veces en los Urales.

–Nos pondremos al abrigo –decidió papá Cascabel.

–Kayette –preguntó Napoleona–, ¿tienes miedo a la tempestad?

–No, querida mía –respondió Kayette.

–Y haces bien, Kayette –afirmó Juan–. Es necesario no tener miedo...

–¡Psch! –exclamó Napoleona encogiéndose de hombros–. Cuando no se puede remediar...

–¡Oh! ¡Es una miedosa! –replicó Sandre–. ¡Pero, tonta, el trueno no es más que un juego de bolos!

–¡Sí...! De bolos de fuego que caen sobre la cabeza –replicó la niña, cerrando los ojos ante la luz de un vivo relámpago.

Se apresuraron a organizar el campamento, con el fin de que cada cual pudiera guarecerse de la tormenta. Después, cuando terminó la cena, se decidió que los hombres velarían, alternando como las noches anteriores.

El conde iba a comprometerse, cuando Ortik se le antepuso diciendo:

–¿Queréis que empecemos la velada Kirschef y yo?

–Como queráis –manifestó el señor Sergio–. A medianoche vendré con Juan a relevaros.

–Perfectamente, señor Sergio –respondió Ortik.

Aquella proposición, tan fraternal al parecer, fue sospechosa para Kayette, y, sin darse cuenta, tuvo el presentimiento de que ocultaba alguna maquinación.

En aquel momento la tempestad empezaba a desencadenarse con extraordinaria violencia. Los relámpagos proyectaban grandes y rápidos resplandores a través de la masa de árboles, y el trueno retumbaba en el espacio, multiplicándose con los ecos de la montaña. Para cerrar mejor los oídos y los ojos, Napoleona se había envuelto en su manta. Cada cual se apresuró a acostarse, y a las nueve todos se habían dormido en el interior de la *Belle Roulotte*, a despecho del estrépito del rayo y el silbido estruendoso de las ráfagas constantes.

Kayette no dormía. No se había desnudado, y, aunque muy fatigada, no hubiera podido

conciliar el sueño ni un momento. Una profunda inquietud se apoderó de ella al pensar que la seguridad de sus compañeros estaba confiada a los dos rusos. Una hora después, queriendo enterarse de lo que hacían, levantó la cortinilla de la ventana situada encima de su lecho, y miró a la luz de los relámpagos.

Ortik y Kirschef, que estaban hablando, interrumpieron de pronto su conversación y se dirigieron a la entrada de la garganta, en la cual en aquel mismo momento apareció un hombre.

Ortik le hizo seña para que no avanzase mucho, por temor a los perros. Si *Wagram* y *Marengo* no habían avisado su aproximación era porque en aquella sofocante temperatura, producida por la tormenta, hablan buscado un abrigo bajo la *Belle Roulotte*

Después de haberse reunido a este hombre, Ortik y Kirschef cambiaron algunas palabras, y, al resplandor de un relámpago, Kayette vio que le seguían bajo los árboles.

¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué los dos marineros se habían puesto en relaciones con él? Era necesario saberlo a todo trance.

Kayette abandonó su lecho, y tan suavemente, que no despertó a nadie. Al pasar cerca de Juan, le oyó pronunciar su nombre...

¿La había visto...?

No. Juan soñaba... ¡y soñaba con ella!

Cuando llegó a la puerta, Kayette la abrió con precaución y la cerró sin ruido.

Una vez fuera, díjose a sí misma:

«Vamos.»

No vaciló ni experimentó ningún temor. ¡Y, sin embargo, su vida estaba en peligro inminente si llegara a ser descubierta!

Kayette se internó en el bosque, cuyo fondo se iluminaba como por el reflejo de un incendio cuando un ancho relámpago desgarraba las nubes.

Arrastrándose bajo las malezas, desapareciendo entre las altas hierbas, anduvo hasta colocarse detrás del tronco de un enorme cedro.

Un murmullo de voces que oyó veinte pasos la hizo detenerse.

Allí, agrupados bajo los árboles, había siete hombres, a los que Kirschef y Ortik acababan de reunirse.

Lo que Kayette pudo oír de la conversación entre estos hombres sospechosos fue lo siguiente, que expresaron en lengua rusa:

–A fe mía –dijo Ortik–, he tenido acierto en seguir el desfiladero del Petchora. Siempre se tiene la seguridad de encontrar antiguos camaradas. ¿No es verdad, Rostof?

Rostof era el hombre que Ortik y Kirschef habían visto en el límite del bosque.

–Hace dos días –respondió Rostof– que seguimos ese carro, teniendo cuidado de no dejarnos ver. Como os habíamos reconocido a Kirschef y a ti, pensábamos que se podría dar un buen golpe.

–Uno... y aun quizá dos –respondió Ortik.

–¿Y de dónde venís? –preguntó Rostof.

–De la lejana América del Norte, donde estábamos afiliados a la banda de Karnof.

–Y los que os acompañan, ¿quiénes son?

–Saltimbanquis franceses, una tal familia Cascabel, que vuelve a Europa. Os contaremos más tarde nuestras aventuras de viaje... Vamos a lo más importante.

–Ortik –preguntó uno de los compañeros de Rostof–, ¿hay dinero en ese coche?

–Dos o tres mil rublos.

–¿Y no os habéis despedido todavía de esas buenas gentes? –observó irónicamente Rostof.

–No, porque hay a la vista un asunto mucho más importante que ese robo tan mezquino, y para el que tengo necesidad de algún refuerzo.

–¿Y qué es?

–Escuchadme, amigos míos –repuso Ortik– Si Kirschef y yo hemos podido atravesar la Siberia sin peligros y llegar hasta la frontera rusa, se lo debemos a la familia Cascabel. Pero lo que nosotros hemos hecho en estas circunstancias,

otro lo ha hecho también, creyendo que no se le iría a buscar en medio de una *troupe* de saltimbanquis. Es ése un ruso, que no tiene más derecho que nosotros para penetrar en Rusia, aunque sea por otros motivos; un condenado político de alto nacimiento y de gran fortuna. Su secreto, que no era conocido más que del señor Cascabel y su esposa, ha sido descubierto por nosotros.

–¿Y cómo ha ocurrido eso?

–Por una conversación que oímos una tarde entre Cascabel y el ruso.

–¿Cómo se llama ese hombre?

–El señor Sergio para todo el mundo. En realidad, es el conde Narkin, y su vida está en peligro si llega a ser descubierto en territorio moscovita.

–¡Espera! –dijo Rostof–. Este conde Narkin, ¿no es el hijo del príncipe Narkin, y no ha sido desterrado a Siberia, donde su evasión produjo tanto ruido hace algunos años.

–Precisamente –respondió Ortik–. Pues bien : el conde Narkin tiene millones, y creo que no vacilará en darnos por lo menos uno, bajo la amenaza de ser denunciado.

–Bien pensado, Ortik. Pero, ¿por qué tienes necesidad de nosotros para ejecutar este plan? –preguntó, suspicaz siempre, el tal Rostof.

–Porque conviene que Kirschef y yo no aparezcamos mezclados en este primer negocio, dado el caso de que fracase, para podernos desquitar en el segundo. Y si saliera bien, porque para apoderarnos del coche y el dinero de la familia Cascabel es preciso que sigamos siendo los dos náufragos rusos, que les deben su vida y su repatriación. Entonces, después de habernos desembarazado de esta familia, podremos correr las ciudades y campiñas sin que a la policía se le ocurra venir a buscarnos bajo nuestro disfraz de saltimbanquis.

–Ortik, ¿quieres que los ataquemos esta misma noche, que nos apoderemos del conde

Narkin, y que le hagamos saber bajo qué condiciones no se denunciará su vuelta a Rusia?

–¡Paciencia...! ¡Paciencia! –respondió Ortik–. Puesto que el conde Narkin tiene la intención de ir a Perm, con el fin de ver a su padre, más vale dejarle llegar. Una vez allí, recibirá una carta en que se le rogará, como asunto muy urgente, acuda a una entrevista, donde tendrá el placer de conoceros.

–¿De modo que nada hay que intentar por el momento?

–Nada –declaró Ortik–, pero obrad de manera que podáis precedernos sin ser vistos, y encontraros en Perm un poco antes que nosotros.

–Convenido –respondió Rostof.

Y los malhechores se separaron, sin sospechar que su conversación había sido escuchada por Kayette.

Ortik y Kirschef volvieron al campamento algunos instantes después persuadidos de que nadie había notado su ausencia.

Kayette era ya sabedora del plan de aquellos miserables. Al mismo tiempo acababa de saber que el señor Sergio que ella conocía era el conde Narkin, cuya vida estaba en peligro, como la de sus compañeros. ¡El incógnito que le ocultaba iba a ser descubierto, si no consentía dar parte de su fortuna!

Kayette, atemorizada por lo que acababa de oír, tardó algunos instantes en reponerse. Resuelta a despistar las maniobras de Ortik, buscó con empeño la manera de lograrlo. Pasó la noche presa de las mayores inquietudes, preguntándose si lo que había oído no era producto de un mal sueño.

Desgraciadamente, era una absoluta realidad.

Y no pudo dudarlo, cuando a la mañana siguiente

Ortik dijo a papá Cascabel:

–Ya sabéis que Kirschef y yo teníamos la intención de dejaros al otro lado de los Urales, para dirigirnos a Riga. Pero hemos pensado

que valía más bajar hasta Perm, donde rogaremos al Gobernador que tome algunas medidas concernientes a nuestra repatriación... ¿Nos permitiréis continuar el viaje en vuestra compañía?

–¡Con mucho gusto, amigos míos! –respondió el confiado Cascabel–. Cuando se viene juntos desde tan lejos, es menester separarse lo más tarde posible, y aun entonces es demasiado pronto.

CAPÍTULO V

FIN DE UN VIAJE QUE AÚN NO CONCLUYE

Y a se sabe, pues, cuál era el abominable complot que amenazaba al conde Narkin y a la familia Cascabel.

Según sabemos, César Cascabel tenía proyectado permanecer algún tiempo en esta villa, a fin de que el señor Sergio tuviese facilidad de ir cada noche al castillo de Walska, sin correr el riesgo de ser conocido. Después según las circunstancias, quedaría al lado del príncipe Narkin, o seguiría a sus compañeros hasta Nijni... ¡y quizás hasta Francia!

Lo único malo era que en el caso de que el señor Sergio no se decidiese a dejar Perm, sería necesario separarse de Kayette, que se quedaría con él...

He aquí lo que repetía Juan, lo que le consumía, lo que le desgarraba el corazón.

Aquella mañana, Juan, más desesperado que nunca, se encontró con la joven india; y

cuando la vio pálida, ojerosa, con los ojos enrojecidos por el insomnio, le preguntó:

–¿Qué tienes Kayette?

–Nada, Juan –respondió ella.

–Algo te ocurre... ¡Estás enferma! ¡No has dormido...! ¡Se diría que has llorado, Kayette!

–¡Es la tormenta de ayer...! ¡No he podido cerrar los ojos en toda la noche!

–Este viaje te ha fatigado mucho, ¿no es cierto?

–No, Juan. Yo soy fuerte. ¿Acaso no estoy acostumbrada a toda clase de miserias? ¡Esto pasará!

–Pero, ¿qué es lo que tienes, Kayette? Dímelo; te lo ruego.

–¡No tengo nada, Juan!

Viendo al pobre muchacho tan desgraciado, Kayette estuvo a punto de decírselo todo.

Por otra parte, después de haber reflexionado durante largo tiempo, resolvió poner en conocimiento de papá Cascabel lo que acababa de descubrir. Mas para esto era necesario po-

derse encontrar sola con él, y esto era difícil durante la travesía de los Urales; además, importaba que los dos rusos no desconfiasen.

A las seis de la mañana del 7 de julio, la *Belle Roulotte* se volvía a poner en camino. Una hora después encontraba las primeras fuentes del Petchora, de que este desfiladero toma el nombre.

Durante esta jornada, Kayette no pudo encontrar ocasión de hablar secretamente con el jefe de la familia. Por otra parte, observó también que no había ya conversaciones secretas entre los dos rusos, ni más ausencias sospechosas a las horas de parada. ¿Y para qué habían de hacerlo ahora? Sus cómplices habrían tomado la delantera, y en la cita de Perm se reuniría toda la banda.

El día siguiente hicieron una buena jornada.

Después de una noche de reposo la *Belle Roulotte* llegó, hacia el mediodía, a la extremidad del desfiladero de Petchora. La pequeña

caravana había franqueado por fin el desfiladero y puesto los pies en Europa.

Trescientas cincuenta verstas, unos trescientos setenta y pico de kilómetros, y Perm contaría «¡una casa, una familia más dentro de sus muros!», como decía papá Cascabel.

–¡Uf! –añadió–. ¡Hemos hecho ya una buena tirada, amigos míos...! ¿Y qué? ¿No tenía razón? ¡Por todas partes se va a Roma! ¡En lugar de llegar a Rusia por un lado, hemos llegado por otro! ¡Y eso importa poco puesto que Francia no está lejos!

Al salir del desfiladero se hallaba un *zavody*, compuesto de unas cincuenta casas y unos cientos de habitantes.

Se decidió reposar en él hasta el día siguiente, a fin de renovar ciertas provisiones, entre otras harina, grasa, té y azúcar.

Al mismo tiempo, el señor Sergio y Juan pudieron procurarse plomo y pólvora, y renovar las municiones.

Cuando estuvieron de vuelta el conde dijo:

–¡A cazar, amigo Juan! ¡No nos volveremos con el morral vacío...!

–Como queráis –respondió Juan, más bien por deber que por gusto.

¡Pobre muchacho el pensamiento de una separación tan próxima le hacía no tener gusto para nada.

–¿Nos acompañáis, Ortik? –preguntó el señor Sergio.

–Con mucho gusto –respondió el marinero.

–Procurad traerme una buena caza –recomendó mamá Cascabel–, y me encargo de prepararos una gran cena.

Como no eran más que las dos de la tarde, los cazadores tenían tiempo de explorar el bosque de alrededor.

Por tanto, el señor Sergio, Juan y Ortik, partieron, mientras que Kirschef y *Clou* se ocupaban de cuidar los renos. Aquellos animales estuvieron bien pronto instalados bajo los árboles, en una lado de la pradera, donde podían pacer y rumiar a su gusto.

Entretanto, Cornelia volvía hacia la *Belle Roulotte*, donde no escaseaba el trabajo.

–¡Vamos, Napoleona!

–Heme aquí, madre.

–¿Y tú Kayette...?

–¡Al instante, señora Cascabel...!

Pero ésta era la ocasión que buscaba Kayette de encontrarse a solas con el jefe de la familia.

–Señor Cascabel... –dijo yendo hacia él –¿Qué desea mi *pequeña codorniz*? –Quiero hablaros.

–¿Hablarme...?

–Secretamente.

–¿ Secretamente?

Y mentalmente se decía:

«¿Qué me querrá la pequeña Kayette...? ¿Será a propósito de mi pobre Juan?»

Se dirigieron a la izquierda del *zavody*, dejando a Cornelia ocupada en la *Belle Roulotte*.

–Bueno, querida niña –preguntó papá Cascabel–, ¿qué me quieres, y por qué este misterio?

–Señor Cascabel, hace ya tres días que deseo hablaros, sin que nadie pueda oírnos.

–¿Es muy grave lo que vas a decirme?

–Señor Cascabel, sé que el señor Sergio es el conde Narkin.

–¡Qué dices...! ¡El conde Narkin...! ¿Sabes tú eso? –exclamó papá Cascabel–. ¿Sabes...? ¿Y cómo lo has sabido?

–Por las gentes que os escuchaban mientras hablabais con el señor Sergio, la otra tarde... ¡en la villa de Muji!

–¿Es posible?

–Como a mi vez les he oído hablar del conde Narkin y de vos, sin que sospechasen.

–¿Quiénes son estas gentes?

–¡Ortik y Kirschef!

–¡Qué...! ¿Ellos saben?

–Sí, señor Cascabel; saben también que el señor Sergio es un condenado político que

vuelve a Rusia a ver a su padre el príncipe Narkin.

César Cascabel, estupefacto por lo que Kayette acababa de decirle, quedó inmóvil, caídos los brazos, con la boca abierta.

Después de reflexionar, dijo:

–¡Deploro que Ortik y Kirschef conozcan este secreto! Pero puesto que la casualidad se lo ha entregado, estoy seguro de que no nos harán traición.

–No es la casualidad la que les ha hecho conocer el secreto –rectificó Kayette–. Y ahora os digo que le venderán.

–¿Qué?

–Ortik y Kirschef son dos malhechores que pertenecen a la banda de Karnof. Son los que atacaron al conde Narkin en la frontera de Alaska. Después de haberse embarcado en Port Clarence para pasar a Siberia fueron arrojados a las islas Liaknoff, donde nosotros les encontramos. Lo que quieren del conde Narkin, cuya vida está en peligro si es reconocido en el terri-

torio ruso, es una parte de su fortuna, y, si lo rechaza, le denunciarán. ¡Entonces, el señor Sergio estará perdido, y aun vos tal vez!

Mientras Cascabel anonadado por aquella revelación, guardaba silencio, Kayette le explicó cómo los marineros habían despertado sus sospechas. Era demasiado cierto que en otra ocasión había oído la voz de Kirschef... Ahora se acordaba... Fue en la frontera de Alaska, en el momento en que aquellos dos malvados atacaban al conde Narkin, sin saber entonces que éste fuese un ruso refugiado en América. En una de las últimas noches, mientras estaban encargados de velar en el campamento, Kayette los había visto alejarse con un hombre que acababa de reunírseles, los había seguido, había asistido a una entrevista entre ellos y siete de sus antiguos cómplices. ¡Todos los proyectos de Ortik estaban descubiertos! Después de haber conducido la *Belle Roulotte* a través del desfiladero de Petchora, donde estaba seguro de encontrar numerosos bandidos, había resuelto

asesinar al conde y a toda la familia Cascabel. Pero desde que supo que el señor Sergio era el conde Narkin, se había dicho que era mejor obligarle a entregar una enorme suma, bajo pena de ser denunciado a la policía moscovita. Se esperaría a que llegase a Perm. Ni Ortik ni Kirschef aparecerían en este asunto, a fin de conservar su situación para el caso de que fracasara. Sus compañeros serían los que avisarían al señor Sergio por medio de una carta, pidiéndole una entrevista, etc.

César Cascabel podía contener difícilmente su indignación, mientras escuchaba el relato de Kayette.

–Y ahora, señor Cascabel –preguntó Kayette–, ¿qué vais a hacer?

–¿Qué voy a hacer? ¡Pues muy sencillo, querida Kayette! Voy a denunciar a Ortik y a Kirschef en el primer puesto de cosacos que encontremos para que los ahorquen.

–Reflexionad, señor Cascabel –advirtió la joven.

–¡No podéis hacer eso!

–¿Por qué?

–Porque Ortik y Kirschef no vacilarían en denunciar al conde Narkin con aquellos que le han proporcionado los medios de entrar en Rusia.

–¡Al diablo lo que a mí me concierne! –dijo Cascabel–. ¡Si yo fuese solo! ¡Pero el señor Sergio es otra cosa! ¡Tienes razón, Kayette; es necesario reflexionar!

Y entonces, muy agitado, perplejo, dio algunos pasos, pegándose con el puño en la cabeza para buscar una idea. Después, volviéndose hacia la joven, le preguntó:

–¿Me has dicho que la intención de Ortik era esperar nuestra llegada a Perm para hacer obrar a sus compañeros?

–Sí, señor Cascabel, y se les ha recomendado no intentar antes nada. Así, creo que es necesario esperar y continuar el viaje.

–¡Es duro esto, muy duro! –exclamó papá Cascabel–. ¡Conservar a su lado estos bribones,

llevarlos a Perm, no dejar de darles la mano, ponerles buena cara...! ¡Vientre de mis antepasados...! ¡Me dan ganas de ir a cogerlos por el cuello, de aniquilarlos...! ¡Así..., así...!

Y el saltimbanqui, separando y juntando sus manos, como si tuviera a Ortik en una y a Kirschef en otra, parecía tocar los palillos en una orquesta de feria.

–Es preciso que seáis dueño de vos, señor Cascabel –repitió Kayette–, y proceder como si no supieseis nada.

–Tienes razón hija mía.

–Os preguntaré solamente si juzgáis a propósito prevenir al señor Sergio...

–¡No, a fe mía; no! – respondió papá Cascabel. –Me parece mejor callarse. ¿Qué podría hacer el señor Sergio? ¡Nada! Estoy yo aquí para velar por él... ¡y velaré! Además, ¡le conozco! Por no comprometernos más tiempo, sería capaz de irse por la izquierda, cuando nosotros fuésemos por la derecha. ¡No! ¡Decididamente, no! ¡Me callaré!

–Y a Juan, ¿no le diréis nada?

–¿A Juan, pequeña Kayette? ¡Todavía menos! ¡Es ardiente! ¡No podría contenerse en presencia de estos abominables bandidos! ¡No tiene la sangre fría de su padre! ¡Se dejaría llevar! ¡No! ¡A Juan menos que al señor Sergio!

–Y a la señora Cascabel, ¿no la pondréis al corriente? –dijo aún Kayette.

–¿A mi mujer? ¡Oh, eso es otra cosa! Una mujer tan superior, capaz de dar un buen consejo, ¡y hasta un buen cachete...! Jamás he tenido secretos para ella, y puesto que sabe, como yo, que el señor Sergio es el conde Narkin...

–¿Entonces, a la señora Cascabel...?

–Sí, le hablaré. A esa mujer podría confiársele un secreto de Estado; ¡antes que venderlo, se haría cortar la lengua, y no hay mayor sacrificio para una mujer! Sí, le hablaré.

–Ahora, volvamos a la *Belle Roulotte* –dijo Kayette–. Es preciso que no noten nuestra ausencia.

–Tienes razón, pequeña Kayette: ¡siempre tienes razón!

–Sobre todo, señor Cascabel, conteneos delante de Ortik y Kirschef.

–Será difícil, pero no temas nada; ¡se les sonreirá! ¡Ah, bandidos...! ¡Estamos manchados con su contacto impuro!

–Señor Cascabel –observó Kayette–, ¿es así cómo os consideráis dueño de vos?

–No, pequeña Kayette, no temas nada. ¡Esto me ahogaba, me quitaba la vida! Permaneceré tranquilo; lo estoy ya. Volvamos a la *Belle Roulotte*. ¡Canallas! ¡Bueno!

Volvieron a tomar el camino del *zavody.* Ya no hablaban. Estaban absortos en sus reflexiones. ¡Un viaje tan maravilloso, a punto de terminarse, y que estaba comprometido por este odioso complot!

En el momento de llegar, papá Cascabel se paró.

–Pequeña Kayette... –empezó.

–Decid, señor Cascabel.

–Decididamente, prefiero no decir nada a Cornelia.

–¿Y por qué?

–¡Qué quieres! He observado, en general, que una mujer guarda mejor un secreto cuando no lo conoce. Por consiguiente que quede esto entre nosotros.

Un instante después Kayette entró en la *Belle Roulotte* y, al pasar, papá Cascabel hizo un gesto amistoso al valiente Kirschef, murmurando entre dientes:

–¡Qué facha de monstruo!

Dos horas después, cuando reaparecieron los cazadores, Ortik recibió un caluroso cumplido de papá Cascabel, a propósito de un magnífico gamo que traía sobre sus espaldas.

Además, el señor Sergio y Juan habían matado dos liebres y algunos pares de perdices. Cornelia pudo, por consiguiente, ofrecer una excelente comida a sus convidados, de la cual el buen Cascabel tomó largamente su parte En

verdad, este hombre era inmenso. No dejaba adivinar sus precauciones.

Al día siguiente, 10 de julio, el tiro tomó la dirección hacia Prem. Después de la salida del paso, era probable que el viaje se llevase a cabo sin dificultades, y que no diera lugar a ningún incidente. La *Belle Roulotte* descendió a la orilla derecha del Vichera, que rodea la base del Ural. Había en el camino pueblecillos, villas, granjas, habitantes muy hospitalarios, caza en abundancia, y buena acogida por todas partes. El tiempo, aunque muy caluroso, estaba templado por una ligera brisa del Nordeste. Los renos marchaban gallardamente, sacudiendo sus bonitas cabezas. Además, el señor Sergio les había agregado dos caballos de refuerzo, comprados en el último *zavody*, pudiendo de este modo andar de cincuenta a sesenta kilómetros por día.

Verdaderamente, era un feliz *debut* el de la pequeña compañía en el suelo de la antigua Europa, y papá Cascabel hubiese estado

satisfecho si no recordase continuamente que llevaba dos bribones en su compañía.

–¡Y decir que su banda nos sigue como los chacales siguen una caravana! Vamos, César Cascabel, será menester jugarles una buena a estos bandidos!

Verdaderamente era desagradable que esta complicación hubiese destruido un plan tan hábilmente combinado. Los papeles de la *troupe* Cascabel estaban en regla. El conde ruso figuraba en su personal, y las autoridades rusas le dejaban pasar sin desconfianza. Una vez en Perm, habría podido ir sin dificultades al castillo de Walska. Después de abrazar al príncipe Narkin, después de permanecer algunos días a su lado, podría atravesar toda Rusia, con el disfraz de saltimbanqui, y refugiarse en Francia, donde estaría completamente seguro. Y entonces ya no habría separación. Kayette y él no abandonarían a la familia. Y más tarde, ¡quién sabe si el pobre Juan...! ¡Ah! ¡Verdaderamente la horca era poco para los asesinos que

venían a comprometer tal porvenir! Así es que, a pesar suyo, el buen Cascabel se dejaba llevar por su cólera.

Y cuando Cornelia le preguntaba:

–Pero, ¿qué te ocurre, César?

–¡Nada! –respondía.

–Entonces, ¿por qué te enfureces?

–¡Rabio, Cornelia, porque si no rabiase, reventaría!

Y la excelente mujer no sabía qué pensar para explicarse la actitud de su marido.

Pasaron cuatro días; después, a trescientos cincuenta kilómetros al sudoeste de los Urales, la *Belle Roulotte* llegó al pueblecillo de Solikamsk.

Sin duda los cómplices de Ortik habíanse adelantado; mas, por prudencia, ni él ni Kirschef trataron de ponerse en relación con ellos.

No obstante, Rostof y los otros estaban allí, iban a partir por la noche con objeto de llegar antes que ellos a Perm, situado a unas cincuen-

ta leguas al Oeste. Y entonces nada podría impedir que se cumpliese el abominable proyecto.

Al día siguiente, al amanecer, salieron de Solikamsk, y el 17 de julio franquearon el Koswa en la barca de pasaje. En tres días, si no ocurría ningún contratiempo, la *Belle Roulotte* llegaría a Perm, donde debía comenzar la serie de representaciones de la familia Cascabel, antes de dirigirse a la feria de Nijni.

En cuanto al señor Sergio, tomaría sus disposiciones para dirigirse por la noche al castillo de Walska.

¡Juzgúese de su impaciencia, como también de la inquietud, bien legítima, con la cual hablaba de aquellas cosas con su amigo Cascabel!

Desde que había sido salvado, durante los trece meses que había durado aquel extraordinario viaje de la frontera de Alaska a la frontera de Europa, estaba sin noticias del príncipe Narkin. A la edad que su padre tenía, ¿no podía temerlo todo... hasta el no volverle a encontrar?

–¡Vamos, vamos, señor Sergio! –decíale César Cascabel–. El príncipe Narkin se conserva como vos y como yo, y aún mejor... ¡Ya lo sabéis, yo hubiera sido un excelente sonámbulo! ¡Leo en el pasado y en el porvenir...! ¡El príncipe Narkin os espera con buena y excelente salud... y le veréis dentro de algunos días!

Y papá Cascabel no habría vacilado en asegurar que las cosas sucederían de dicha manera, a no haber sabido la conjuración del infame Ortik.

Después se decía:

–No soy ningún malvado, ni acostumbro a ser cruel; pero si me fuera posible cortarle el cuello con mis dientes, lo haría... y aun me parecería que obraba con cierta moderación.

Mientras tanto, Kayette estaba cada vez más alarmada a medida que la *Belle Roulotte* se acercaba a Perm. ¿Qué partido tomaría César Cascabel? ¿Cómo haría fracasar los proyectos de Ortik sin comprometer la seguridad del señor Sergio? Aquello le parecía, por decirlo así,

imposible. También disimulaba mal sus inquietudes, y Juan, que no estaba en el secreto, sufría horriblemente al verla tan atormentada, tan abatida a veces.

En la mañana del 20 de julio el Kama fue franqueado, y hacia las cinco de la tarde, la pequeña compañía vino a hacer alto en la gran plaza de Perm, donde se tomaron algunas disposiciones en vista de una instalación que debía durar algunos días.

Una hora después, Ortik se había puesto en comunicación con sus cómplices, y Rostof escribía una carta que él había de encargarse de enviar por la noche al señor Sergio, en la cual le pedía como lugar de la cita una de las tabernas de la ciudad. Si este medio fallaba, se vería de obrar de otra manera.

Al anochecer, cuando se recibió la carta, el señor Sergio había partido ya para el castillo de Walska. Papá Cascabel, que se encontraba solo en aquel momento, creyó necesario mostrar alguna extrañeza, tomó la carta que prometió

dar a su destinatario, y se guardó bien de decir a nadie una palabra.

La ausencia del conde había contrariado a Ortik. Hubiera preferido que la tentativa hubiese sido hecha antes de la entrevista del príncipe y del conde Narkin. Mas no dejó traslucir su contrariedad, y para disimular mejor, cuando se sentó a comer, se limitó a decir:

–¿No está el señor Sergio?

–No –respondió papá Cascabel–. Está haciendo una diligencia, a propósito de nuestras representaciones, con las autoridades de la villa.

–¿Y cuándo volverá?

–¡Esta noche naturalmente!

CAPÍTULO VI

UNA JORNADA ANGUSTIOSA

El Gobierno de Perm hállase situado en la divisoria de los Urales, parte en Asia, parte en Europa. Sus límites son como sigue:

Tiene al Noroeste el Gobierno de Vologdia; el de Tobolsk, al Este; el de Viatka, al Oeste, y el de Orenburgo, al Sur. Gracias a esta disposición, su población resulta una mezcla de tipos asiáticos y europeos.

Perm, la capital, era por aquel entonces una ciudad de seis mil habitantes, situada sobre el Kama, y que hace un importante comercio en metales. Antes del siglo XVIII no era más que una población poco importante. Pero después de haberse enriquecido con el descubrimiento de una mina de cobre, en 1723, la villa quedó convertida en ciudad desde 1871.

La verdad es que apenas justifica esta última calificación. Faltan monumentos; las calles, en su mayor parte, son estrechas y sucias; las casas, poco cómodas; y los hoteles, tales, que no parecen que los viajeros hayan pensado nunca en elogiarlos. Pero la cuestión de policía urbana importaba poco a la familia Cascabel. Su casa ambulante, ¿no les parecía preferible a cualquier otra? No la hubieran cambiado ni por el mejor hotel de Nueva York, ni siquiera por el «Continental», de París.

–¡Pensad –decía orgullosamente nuestro hombre– en que la *Belle Roulotte* ha venido desde Sacramento a Perm! ¡Nada más que eso...! ¡Decidme qué hotel de París, Londres, Viena o Nueva York, ha hecho otro tanto...!

¿Qué responder a argumentos de este género?

Aquel día, Perm se había enriquecido con una nueva casa en medio de su gran plaza, con autorización del Gobernador civil, personaje cuyas funciones equivalen a las de un prefecto

de cualquier departamento de Francia. Este personaje no había encontrado nada de particular en los documentos de la compañía Cascabel.

Desde su llegada, la *Belle Roulotte* se había atraído la curiosidad pública. ¡Saltimbanquis franceses, que venían del fondo de América, con un coche tirado por catorce renos...! El hábil director creía sacar partido de la expectación pública.

Había, pues, allí aseguradas grandes entradas. Pero no era necesario perder el tiempo, puesto que se trataba de ganar, primero en Perm, después en Nidji, el dinero necesario para volver a Francia. ¡Más tarde, ya verían de entregarse a la gracia de Dios, quien, por otra parte, se había mostrado en extremo complaciente para con la familia Cascabel!

Al amanecer, todo el mundo estuvo en pie. Juan, Sandre, *Clou* y los dos marineros se ocuparon en los preparativos de la representación. El señor Sergio no había vuelto, como prome-

tió, lo que contrariaba vivamente a Ortik, y no dejaba de inquietar a papá Cascabel.

Desde el primer momento la representación se anunció por medio del cartel siguiente, el cual fue escrito en ruso, y en gruesos caracteres, bajo la dirección del señor Sergio:

FAMILIA CASCABEL

COMPAÑÍA FRANCESA LLEGADA DE AMÉRICA

GIMNASTAS, MALABARISTAS, EQUILIBRISTAS,

EJERCICIOS DE FUERZA Y DESTREZA; BAILE,

HUMOR Y MAGIA

Monsieur Cascabel, primer Hércules en todos los géneros.

Madame Cascabel, primera luchadora en todos los géneros. Primer premio en el Concurso Internacional de Chicago.

Monsieur Juan, equilibrista en todos los géneros.

Monsieur Sandre, payaso en todos los géneros.

Mademoiselle Napoleona, bailarina en todos los géneros.

Monsieur Clou de Girofle, payaso, en todos los géneros.

Jako, papagayo en todos los géneros.

John Bull, mono en todos los géneros.

Wagram y *Marengo*, perros en todos los géneros.

¡GRAN ATRACCIÓN!

«LOS BANDIDOS DE LA SELVA NEGRA»

Pantomima con esponsales, casamiento, sorpresa y desenlace

Éxito inmenso asegurado por 3.197 representaciones en Europa y América

Nota. – Estando prohibido el lenguaje hablado en esta pantomima, y

reemplazado por gestos de todos los géneros, hasta las personas que

padezcan una lamentable sordera podrán comprender esta obra maestra

del arte dramático.

Se podrá entrar gratis, para comodidad del público. Los asientos se cobrarán cuando estén ocupados.

Precio: sin distinción, 40 copecas.

Papá Cascabel tenía la costumbre de dar sus presentaciones al aire libre, en el interior de un telón extendido circularmente por delante de la *Belle Roulotte.* Pero sucedía que, en su gran plaza, Perm poseía un circo, cerrado, destinado para las compañías ecuestres. Aunque este local estaba sumamente deteriorado, a causa del viento y las lluvias, era todavía sólido y capaz para doscientos o doscientos cincuenta espectadores.

En suma: este circo convenía más que el telón de César Cascabel. Por consiguiente, pidió al alcalde autorización para utilizarlo mientras durase su estancia en la ciudad; autorización que le fue concedida.

Decididamente, estos rusos eran buenas personas, aunque entre ellos se hallaran Ortik y demás bandidos de su ralea. ¡Y en qué

país no se encuentran! El circo de Perm no sufriría desdoro con las representaciones de esta nueva compañía. Su director no sentía más que una cosa: y era que el zar, Alejandro II, no pasara por aquella ciudad, porque seguramente se apresuraría a tomar una entrada para la función inaugural.

Pero lo que más preocupaba a nuestro Cascabel era que su personal estuviese algo enmohecido en materia de volteretas, bailes, ejercicios de fuerza y otros trabajos. Estos ejercicios, suspendidos desde la entrada de la *Belle Roulotte* en el desfiladero de los Urales, no habían vuelto a hacerse durante el resto del viaje. ¡Bah! Los verdaderos artistas siempre están dispuestos a brillar en su arte. En cuanto a la pantomima, era inútil ensayarla. ¡La habían hecho tantas veces, y sin apuntador, que no debía preocupar a los encargados de su ejecución!

Ortik apenas podía ocultar la viva inquietud que le causaba la prolongada ausencia del señor Sergio. Como la entrevista no pudo tener

lugar el día anterior, debió haber prevenido a sus cómplices de que el asunto había sufrido un retraso de veinticuatro horas. Se preguntaba por qué el conde no había vuelto a aparecer por Perm, aunque a papá Cascabel le dijo que volvería aquella misma tarde... ¿Era porque se quedaba en el castillo de Walska? Probablemente, porque no tenía duda de que se dirigió allí. Ortik hubiera debido demostrar menos impaciencia; pero no era dueño de sí, y no pudo reprimirse, preguntando a César Cascabel si había tenido noticias del señor Sergio.

–Ninguna –respondió el saltimbanqui.

–¡Creí que le esperabais ayer tarde...! –masculló Ortik.

–En efecto –declaró Cascabel–, y es posible que le haya sucedido algún percance... ¡Sentiría que no pudiera asistir a nuestra representación...! ¡Será maravillosa...! ¡Veréis, Ortik...!

Pero aun cuando Cascabel hablaba como quien no sufre ninguna inquietud, en el fondo estaba impaciente en alto grado.

La víspera, después de haberle prometido que volvería por la noche, el señor Sergio se dirigió al castillo de Walska. ¡Seis verstas para ir y seis para volver no eran gran cosa! Ahora bien; puesto que no volvía, se presentaban tres hipótesis: o el conde Narkin había sido detenido antes de llegar a Walska, o había llegado, teniendo que quedarse en el castillo por el estado en que se encontraba el príncipe su padre, o bien, a su regreso, le habían detenido en el camino.

El suponer que los cómplices de Ortik le tendieran algún lazo no era admisible, y cuando Kayette le hizo esta observación, papá Cascabel respondió:

–¡No! ¡No estaría entonces tan impaciente como parece este tunante de Ortik...! ¡No me habría pedido noticias del señor Sergio si sus compañeros le hubieran cogido entre sus garras...! ¡Ah! ¡Infame...! ¡Hasta que no le vea hacer gestos en la cuerda de una horca con su

amigo Kirschef, me faltará algo para ser feliz en este mundo!

César Cascabel disimulaba bastante mal su ansiedad. Cornelia, aunque no menos alarmada que su marido, le decía:

–¡Vamos, César, un poco de calma! ¡Te impacientas demasiado! Hay que tener en cuenta...

–No puedo darme una razón, Cornelia; me sirvo de la que tengo, y razono como puedo. ¡La verdad es que nuestro amigo debía estar de vuelta a estas horas, y que le estamos esperando todavía!

–Es cierto, César; pero nadie puede suponer que es el conde Narkin.

–No, nadie, es verdad, nadie... A menos que...

–¿Qué quieres decir con eso de a menos que...? ¡Te expresas ahora como *Clou de Girofle*! ¿Qué significan tus palabras? No hay nadie más que tú y yo que sepa el secreto del señor Sergio. ¿Crees que yo le haya vendido?

–¡Tú, Cornelia, jamás! ¡Ni yo...!

–¿Entonces...?

–Es que hay en Prem gentes que han estado otras veces en relaciones con el conde Narkin, y le han podido reconocer. Debe parecer entraña la presencia de un ruso en la compañía. Por último, Cornelia: quizá exagere, pero la simpatía que siento hacia él no me permite estar tranquilo. Es necesario que vaya...

–¡César, ten cuidado de no despertar sospechas! –observó juiciosamente Cornelia–. Y, ante todo, no vayas a comprometerte preguntando sin ton ni son a las gentes indiscretas. Creo, como tú, que este retraso no es natural, y estoy deseando que el señor Sergio estuviera ya de vuelta. Sin embargo, no me pongo en lo peor creyendo haya quedado en el castillo de Walska, al lado del príncipe Narkin. Ahora estamos en pleno día, y no se atreverá a salir, lo comprendo, pero volverá esta noche. ¡Conque, César, déjate ya de disparates! ¡Sangre fría, y pien-

sa que vas a desempeñar el papel de Fracassar, uno de tus mayores triunfos!

No se podía razonar mejor que lo hacía aquella mujer de tan buen sentido y no se explica por qué su marido no quería decirle toda la verdad.

Después de todo, quizá no era injusto. ¡Quién sabe si la valerosa Cornelia hubiera podido contenerse en presencia de Ortik y Kirschef cuando supiera lo que eran lo que se proponían hacer!

Cascabel logró dominarse y dejó la *Belle Roulotte* para examinar los detalles de su instalación en el circo. Cornelia, por su parte, ayudada por Kayette y Napoleona, pasó revista a los trajes, pelucas y demás accesorios para el servicio de la representación.

Durante este tiempo, los dos rusos se ocuparon, si los hemos de creer, en regularizar su situación como marineros repatriados, lo que hacía necesario numerosas carreras, pasos y contramarchas.

Mientras el jefe de la *troupe* Cascabel se ocupaba, ayudado por *Clou*, en quitar el polvo de los asientos del circo, y en barrer la pista que había de servir de teatro, Juan y Sandre ponían en sus respectivos sitios todo lo necesario para los ejercicios de fuerza y destreza. Después de esto, tenían que disponer lo que el empresario llamaba «sus decoraciones completamente nuevas», y en las que «sus incomparables artistas representaban el hermoso drama pantomímico titulado *Los bandidos de la Selva Negra».*

Juan estaba más triste que nunca, ignorando que el señor Sergio fuese el conde Narkin, un condenado político que no podía permanecer en su país.

–¡Ay!–decíase Juan–. El señor Sergio va a quedarse en Perm, ¡y Kayette a su lado...! ¡Dentro de algunos días partiremos, y no la volveré a ver más... ¡Querida Kayette! Serás feliz en casa del señor Sergio, sin embargo...

El corazón del pobre muchacho quedaba destrozado al pensar en todo esto.

A las nueve, el señor Sergio no había vuelto a la *Belle Roulotte*. Verdad es, y así lo hizo observar Cornelia, que, de esperarle, debían hacerlo por la noche, o a hora muy avanzada de la tarde, si no quería correr el riesgo de ser reconocido en el camino.

–¡Pero en tal caso, no podrá asistir a nuestra representación...! –exclamaba el buen Cascabel–. Aunque quizá sea mejor. ¡No lo deseo...! ¡Será bonita esta representación para debut de la familia Cascabel, en el teatro de Perm...! ¡Con todas estas barahúndas voy a perder mis facultades! ¡Estaré detestable en el papel de Fracassar, yo que hacía tan perfectamente este papel! ¡Y Cornelia se verá, por más que diga lo que quiera, en un gran aprieto...! ¡Y Juan, que no piensa más que en su pequeña Kayette...! ¡Y Sandre y Napoleona, que tienen el corazón oprimido, pensando que van a separarse de ella! ¡Ah, hijos míos, qué fiasco! ¡Menudo fiasco va a ser el nuestro...! ¡Apenas si puedo contar con *Clou* para sostener el honor de la *troupe*!

Y como César Cascabel no podía estarse quieto, corrió en busca de noticias. En una ciudad como Perm, se sabe enseguida todo lo que pasa. Los Narkin eran muy conocidos en el país y muy queridos de todos sus habitantes... En el caso de que el conde Narkin hubiera caído en manos de la policía, se habría extendido rápidamente la noticia de su arresto; sería asunto de todas las conversaciones... ¡Y quizás el prisionero estaría ya encerrado en la ciudadela de Perm! El buen Cascabel dejó encargado a *Clou de Girofle* de poner en orden el circo. Después se aventuró a través de la ciudad, a lo largo del Kama, en donde los bateleros se ocupaban en sus acostumbrados quehaceres; en la parte alta y baja del barrio, en que la muchedumbre no parecía estar distraída de sus ocupaciones cotidianas. Se mezcló en las conversaciones... escuchó sin ser imprudente...

¡Nada...! ¡Nada que pudiera relacionarse con el conde Narkin!

Esto no le bastaba, y volvió por el camino que va de Perm al pueblecillo de Walska, en el que el señor Sergio debía de haber sido detenido, si hubieran reconocido su personalidad. Siempre que veía a lo lejos algún grupo de transeúntes, se figuraba que era el prisionero, escoltado por un pelotón de cosacos.

En el desarrollo de sus ideas, papá Cascabel ni pensaba siquiera en lo comprometidos que estaban su mujer, sus hijos y él mismo por la vuelta del conde Narkin. Sería muy fácil que las autoridades quisieran saber en qué condiciones había podido entrar el señor Sergio en territorio ruso, y quiénes eran los atrevidos que le habían ayudado a hacerlo. Esto podría costar caro a la familia Cascabel.

De estas diversas idas y venidas de César Cascabel, de sus detenciones prolongadas en el camino de Walska, resultó que no se encontraba en el circo cuando se presentó un hombre preguntando por él a cosa de las diez de la mañana.

En aquel momento estaba solo *Clou de Girofle*, envuelto en una nube de polvo que flotaba por encima de la pista. Salió al ver a este hombre, que era simplemente un mujik. Les fue imposible entenderse, porque *Clou* no comprendía el lenguaje del mujik, y a su vez el mujik no conocía el lenguaje de *Clou*. Su interlocutor le dijo que deseaba hablar con su amo, y que creía encontrarlo en el circo, por lo que no había ido a la *Belle Roulotte*. *Clou* no comprendió nada de esto. Entonces el mujik hizo lo que hubiera debido hacer desde el principio: entregó una carta dirigida al señor César Cascabel.

Clou comprendió entonces. Una carta que llevaba el famoso nombre de Cascabel, no podía dársela más que al jefe de la familia... a menos que no fuera para la señora Cornelia, o para el señorito Juan, o el señorito Sandre, o la señorita Napoleona.

Clou tomó la carta, y le hizo comprender por un gesto que se la daría a su patrón.

Después despidió al mujik con numerosos saludos, pero sin haber podido saber de dónde venía, ni por quién había sido enviado.

Un cuarto de hora después, en el momento en que *Clou* se disponía a volver a la *Belle Roulotte*, apareció papá Cascabel en la entrada de la pista, más enervado, más abatido que nunca.

–¡Patrón! –dijo *Clou*.

–¿Qué pasa?

–He recibido una carta.

–¿Una carta?

–Sí, una carta que acaban de traer.

–¿Para mí?

–Para usted.

–¿Quién la ha traído...?

–Un mujik

–¿Un mujik?

–¡A menos que no lo sea!

César Cascabel cogió la carta que le daba *Clou*, y después de haber reconocido la letra del ausente ruso en las señas, se puso tan pálido, que su fiel servidor exclamó:

–¿Qué os pasa, patrón?

–¡ Nada!

¡Nada...! ¡Y poco faltó para que aquel hombre tan enérgico cayera en los brazos de *Clou*!

¿Qué decía el conde Sergio en aquella carta...? ¿Por qué escribía a César Cascabel? ¡Sin duda para hacerle saber los motivos que le habían impedido volver a Perm durante la noche...! ¿Era que estaba detenido...?

Papá Cascabel abrió la carta, se restregó el ojo derecho, después el izquierdo, y por último la leyó de un tirón.

¡Qué grito se le escapó entonces! ¡Un grito que pareció salir de una laringe medio estrangulada! Con el cuerpo convulso, los ojos en blanco, la cara paralizada por una contracción nerviosa, quería hablar, y no podía articular una palabra...

Clou creyó que iba a morir de asfixia, y empezó a desatarle la corbata.

Papá Cascabel se levantó de un salto, y rechazada la silla por un vigoroso puntapié, fue a

caer junto a las últimas banquetas del circo. Iba, venía, se movía, y con suma ligereza sacudió el tradicional puntapié a *Clou de Girofle*, que, no estando prevenido, lo recibió de lleno en su parte posterior... ¿Se había vuelto loco su amo...?

–¡Eh, patrón –gritó *Clou*–, que no estamos representando!

–¡Al contrario! Estamos de lleno en ello –exclamó papá Cascabel–. ¡Nunca hemos hecho mejor representación, ni en la más *grrrande* representación de los *grrrandes* domingos!

Clou hubo de conformarse con esta respuesta.

Y lo hizo frotándose los riñones, porque verdaderamente el puntapié había sido de los *grrrandes* días.

Pero César Cascabel recobró su sangre fría, y, acercándose a él, le dijo con tono misterioso:

–*Clou*, ¿puedo tener confianza en ti...?

–¡Seguramente, patrón! Nunca he dicho nada de los secretos que me han sido confiados..., a menos que...

–¡Basta...! ¿Ves esta carta...?

–¿La carta del mujik?

–¡La misma! ¡Si llegas a decir a alguien, sea quien sea, que la he recibido...!

–¡Bueno!

–A Juan, a Sandre, o a Napoleona...

–¡Ya!

–Y sobre todo a mi esposa Cornelia, te prometo que te haré emparedar...

Ante esta amenaza, *Clou* se puso a temblar.

Después, César Cascabel, tomándole por el hombro, le dijo al oído, con un tono de gran fatuidad:

–¡Está celosa Cornelia...! ¡Y bien mirado, *Clou*, uno es buen mozo! Una mujer encantadora, una princesa rusa... ¿Comprendes...? ¡Me escribe...! ¡Me pide una cita...! ¡Esto no te sucederá a ti nunca...! ¡Con una nariz como la tuya!

–A menos que... –respondió *Clou*.

Pero lo que aquella frase inacabada significaba en su pensamiento, nunca se ha podido averiguar.

CAPÍTULO VII

UN FINAL MUY APLAUDIDO

A quella pantomima que tenía el título, tan nuevo como seductor, de *Los bandidos de la Selva Negra*, resultaba una obra excelente. Hecha según los antiguos preceptores del arte dramático, se tuvo muy en cuenta la unidad de tiempos, de acción y de lugar.

Su introducción presentaba claramente los personajes; su nudo enlazaba vigorosamente la acción, y el desenlace la desenredaba con mano maestra; aunque previsto, este desenlace producía un efecto magnífico.

No podía exigirse al buen Cascabel una de esas comedias al gusto del día, en que los detalles de la vida privada, aun los más escandalosos, son transportados a la escena; una de esas piezas en las cuales, aunque no triunfa el crimen, por lo menos la virtud no queda suficientemente recompensada.

Desde luego, no se le podía exigir. En la última escena de *Los bandidos de la Selva Negra*, la inocencia era reconocida, según la fórmula, y la maldad castigada en la forma más conveniente. Los gendarmes aparecían en el momento en que todo se daba por perdido, y cuando echaban la mano al cuello del traidor, los espectadores aplaudían frenéticamente.

Sin duda alguna, esta pieza hubiera sido escrita en estilo sencillo, firme, personal,

respetuoso para la gramática, desprovisto de esos neologismos pretensiosos, de esas expresiones documentarías, de esas palabras realistas de la nueva escuela, si hubiese sido escrita. Pero no lo estaba, porque era una pantomima. Así es que podía representarse en todos los teatros, como en todos los tablados del mundo. Ventaja inmensa que presentan estas piezas de simple mímica; sin hablar de las faltas gramaticales y otras que se evitan fácilmente en este género de literatura.

Hemos dicho antes: «No podía exigirse del buen Cascabel...», porque el valeroso saltimbanqui, en efecto, era el autor de aquella obra maestra ambulante. Obra maestra, tal es la palabra, puesto que, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Continente, alcanzó las tres mil ciento setenta y siete representación. Sólo se cita El oso y el centinela, del circo Franconi, el mayor éxito conocido en los anales dramáticos, que haya superado a esta cifra. Pero seguramente el

valor literario de aquella obra es muy inferior al de Los bandidos de la Selva Negra.

Los maestros del drama contemporáneo han formulado este principio: «En el teatro hay siempre que hacer reír o llorar; de lo contrario, se bosteza.» Luego, si todo el arte del dramaturgo consiste en eso, Los bandidos de la Selva Negra merecen cien veces la calificación de obra maestra. Se ríe hasta llorar, y se llora hasta verter lágrimas. No hay una escena, ni una parte de escena en que el espectador más indiferente sienta necesidad de bostezar. Y aun en el caso en que se encontrase sorprendido por un bostezo procedente de una penosa digestión, este bostezo terminaría por un suspiro o una carcajada.

Como toda pieza bien compuesta, era clara, rápida, simplemente concebida, sencillamente desarrollada. Los hechos se sucedían lógicamente, hasta el punto de poderse decir: «¡Si no hubiera sucedido esto!»

Juzgúese por la siguiente narración, que la mayor parte de los críticos podrían tomar por modelo:

Era la dramática historia de dos amantes que se adoraban. Para mayor comodidad del relato, sépase que Napoleona representaba a la joven, y que Sandre representaba al doncel. Desgraciadamente, Sandre es pobre, y la madre de Napoleona, la altiva Cornelia, no quiere oír hablar de casamiento.

Lo que hay de completamente nuevo, es que aquellos amores están contrariados por la presencia de un estúpido, papel a cargo, naturalmente, de *Clou de Girofle*, tan rico de dinero como pobre de espíritu, el cual está enamorado de Napoleona y quiere casarse con ella. Y aquí resplandece el genio inventivo del autor: la madre, aficionada a los escudos, no desea otra cosa que entregarle su hija.

Difícil sería empeñar más diestramente una acción y hacerla más interesante. Inútil es decir que el imbécil *Clou de Girofle* no puede abrir la

boca sin decir alguna tontería. Es ridículo en su persona, mal formado, con una nariz inmensamente larga, que tiene la costumbre de meter en todas partes. Y cuando llega con sus regalos de boda, el mono *John Bull*, haciendo mil muecas, y *Jako*, el loro, el único de todos los artistas que habla en la pieza, hay verdaderamente motivo para desternillarse de risa.

Pero estas risas enmudecen ante el profundo dolor de los jóvenes, que sólo logran verse en secreto, es decir, «a hurtadillas».

Llegamos precisamente al día de aquel casamiento, que Cornelia ha impuesto a su hija. Napoleona se ha vestido con sus mejores trajes y adornado con sus más hermosas galas; pero está llorosa, desesperada.

Todo esto se representa en la plaza, frente a h iglesia.

La campana suena, las puertas se abren, no hay más que entrar. ¡Sandre está arrodillado en os escalones del pórtico! ¡Tendrán que pasar

por encuna de su cuerpo! Nada más conmovedor.

De repente (y en todo el repertorio dramático de la Comedia Francesa tal vez no existía semejante golpe teatral), de repente surge un joven militar, haciendo temblar el telón de fondo. Es Juan, el mismísimo hermano de la desgraciada novia.

Torna de la guerra, en la que ha vencido a sus enemigos, que pueden variar según el país en que se, representa la pieza; ingleses en América, franceses en Alemania, rusos en Turquía, lo que sea.

El bravo y simpático Juan llega a tiempo. Él hará prevalecer su voluntad, a sabido que Sandre ama Napoleona, y que Napoleona ama a Sandre. Por lo cual, después de rechazar a *Clou* con brazo vigoroso, le provoca, y el necio, presa de un gran terror, se apresura a renunciar al casamiento.

Por lo dicho, puede juzgarse de lo delicado del drama y de lo bien que se encadenan las situaciones... Pero aún no está todo concluido.

En efecto: mientras se busca a Cornelia, a quien *Clou* quiere devolver su palabra, se produce un incidente. ¡Cornelia ha desaparecido...! ¡ Se entra, se sale...! ¡Nadie! De pronto se oyen gritos en las profundidades de la vecina selva. Sandre reconoce la voz de la señora Cascabel, y, aunque se trata de su futura suegra, no vacila... Vuela en su socorro... Evidentemente aquella imperiosa dama ha sido secuestrada por la partida de Fracassar, quizá por Fracassar mismo, el famoso jefe de los bandidos de la Selva Negra.

Efectivamente, esto es lo que ha sucedido; y mientras Juan se mantiene cerca de su hermana para protegerla en caso necesario, *Clou* toca la campana pidiendo socorro. Suena una detonación...

El público está palpitante: difícil sería llevar más allá la emoción.

Entonces papá Cascabel, con el traje calabrés del terrible Fracassar, aparece en escena, acompañado de sus cómplices, que arrastran a Cornelia, a pesar de su resistencia. Pero el heroico joven se presenta con algunos gendarmes, y su suegra es rescatada, los bandidos hechos prisioneros, y el enamorado Sandre se casa con su novia Napoleona.

Conviene añadir que, vista la insuficiencia del personal, los bandidos por una parte y los gendarmes por otra, no aparecen nunca en escena, siendo *Clou* el encargado de imitar sus voces entre bastidores; haciéndolo de tal modo, que causa un verdadero entusiasmo.

En cuanto a César Cascabel, se ve reducido a ponerse él mismo las esposas.

Pero, volvemos a repetirlo, el efecto del desenlace, gracias a una figuración tan exactamente hecha, es extraordinaria.

Tal es la comedia salida del poderoso cerebro de César Cascabel, que iba a ser representada en el circo de Perm.

Y, no había que dudarlo, tendría el éxito de siempre, si sus intérpretes estaban a la altura de la obra.

Ordinariamente así sucedía; papá Cascabel, feroz; Cornelia, muy envanecida con su nacimiento y su fortuna; Juan, muy caballeroso; Sandre, muy simpático; y Napoleona, muy sensible. Pero, hay que reconocerlo; la familia no estaba aquel día propensa a la alegría. Estaba muy triste; y seguramente, una vez en escena, les faltaría inspiración.

Los juegos de la fisonomía serían inciertos, las réplicas de los gestos no llegarían con la precisión apetecida, quizá más verdadera, pues todos estaban predispuestos al pesar, mientras que para la alegría sucedía todo lo contrario.

Y cuando se sentaron a la mesa para la comida del mediodía, su tristeza aumentó al ver desocupado el sitio del señor Sergio; lo que era como un anticipo de la próxima separación. Nadie tenía apetito, nadie tenía sed... ¡Era desconsolador!

Pues bien, el director de la compañía no lo entendía así.

Papá Cascabel comió por cuatro; concluido el almuerzo, manifestó su descontento.

–¡Qué es esto! –exclamó–. ¿No concluiremos nunca...? ¡No veo más que caras de tristezas! ¡Empezando por Cornelia y concluyendo por ti, Napoleona! *Clou* es el único que está de mejor aspecto. ¡Por el diablo! ¡Eso no me acomoda de ninguna manera, muchachos! Quiero veros risueños, y que se represente con alegría, y que cada cual ponga de su parte lo que pueda, y que se salve la situación, o ¡caramba, que me incomodo!

Y cuando César Cascabel empleaba esta frase, que le era peculiar, nadie se atrevía a exponerse a las consecuencias de su cólera. Era necesario obedecer.

Por otra parte, aquel hombre, de un espíritu tan inventivo, tuvo una idea excelente.

Había resuelto completar la pieza, o mejor dicho, reforzar su *mise en scéne.* Veamos de qué manera.

Se ha dicho ya que, por falta de comparsas, nunca se habían presentado en escena bandidos ni gendarmes. Por más que esto se hiciese figuradamente, papó Cascabel creía, y con razón, que la pieza haría mucho más efecto si al llegar al desenlace la realidad era completa.

En su consecuencia, se le ocurrió la idea de ajustar algunos comparsas para aquella representación.

¿No tenía a su disposición a Ortik y Kirschef?

¿Por qué aquéllos dos bravos marinos habían de negarse a desempeñar el papel de bandidos?

Así es que, en el momento de levantarse de la mesa, César Cascabel, dirigiéndose a Ortik, le explicó la situación, concluyendo por decirle:

–¿Os convendría a los dos tomar parte en la representación como figurantes? ¡Me haríais un verdadero servicio, amigos míos...!

–Con mucho gusto –respondió Ortik.

Como tenían interés en continuar en buenas relaciones con la familia Cascabel, se comprende que se apresurasen a aceptar la proposición.

–¡Muy bien, amigos míos: perfectamente! –agradeció Cascabel– Por otra parte, sólo tendréis que aparecer conmigo en el momento en que salga en la escena del desenlace Haréis lo que yo haga: los mismos movimientos de ojos, los mismos gestos y rugidos de cólera. ¡Veréis como todo marchará bien, y os garantizo un éxito extraordinario!

Después de reflexionar un momento, añadió:

–Bien pensado, con vosotros, sólo contaré con dos bandidos. ¡No es suficiente ..! Es una cuadrilla completa la que está a las órdenes de Fracassar, y ¡si pudiese reunir cinco o seis

hombres más, el efecto sería mucho mayor ..! ¡No podríais encontrar en la ciudad algunos jóvenes de buena presencia, a quienes no repugnase una botella de vodka y medio rublo?

Luego de dirigir una significación mirada a su camarada Kirschef, dijo Ortik:

–¡Ya lo creo que se puede, señor Cascabel! Ayer, sin ir más lejos, hemos hecho conocimiento en la taberna con una media docena de buenos mozos...

–¡Traedlos, Ortik, traedlos esta noche, y respondo del final!

–Queda convenido, señor Cascabel.

–¡Perfectamente, amigos míos...! ¡Qué representación! ¡Menuda *atracción* para el público!

Y cuando partieron los dos marineros, César Cascabel tuvo tal convulsión de risa, que hizo estallar el cinturón que sujetaba su vientre.

–César, no es prudente reír de esa manera, sobre todo después de almorzar –le dijo Cornelia extrañada.

–¿Yo? ¿Reírme yo, ¡Maldita la gana que tengo! Si me río, es sin notarlo. En realidad estoy muy triste. Ya es la una, y el excelente señor Sergio no ha vuelto todavía. Y no estará aquí para debutar como escamotear en la compañía. ¡Qué plancha!

Después, mientras Cornelia volvía a sus quehaceres, salió, según dijo, para dar algunos pasos que consideraba indispensables.

La representación debía comenzar a las cuatro, lo que permitía economizar el alumbrado, el cual dejaba mucho que desear en el circo de Perm. La joven Napoleona era lo bastante fresca, y su madre estaba bien conservada para afrontar la claridad del día.

Difícilmente podrá imaginarse el efecto que el cartel de César Cascabel produjo en la ciudad, sin decir nada del tambor de *Clou de Girofle*, que, durante una hora, fue batiendo por las calles sus redobles más extraordinarios.

A la hora indicada hubo una gran afluencia de espectadores por los alrededores del circo: el

gobernador de Perm y su familia, cierto número de funcionarios, los oficiales de la ciudadela, algunos ricos negociantes de la localidad, y también gran número de traficantes al por menor que habían acudido a la feria; en fin, un enorme gentío.

En la puerta se agitaban los instrumentistas de la *troupe*. Sandre, Napoleona, *Clou*, con cornetín, trombón, tambor, y también Cornelia, con maillot color de carne y falda rosa, que hacía tronar el trombón.

Resultaba, pues, un estrépito prodigioso, a propósito para encantar las orejas de los *mujiks.*

Además, había los gritos de César Cascabel, proferidos en excelente idioma ruso:

–¡Entrad! ¡Entrad...! ¡Caballeros y señoras! ¡A cuarenta copecas la entrada...! ¡Sin distinción! ¡Entrad!

Y cuando señoras y caballeros tomaron asiento en las banquetas del circo, la orquesta se eclipsó para encargarse cada cual de su papel en la representación.

La primera parte marchó perfectamente. Napoleona en la cuerda tirante, Sandre en sus dislocaciones de payaso contorsionista, los perros sabios, el mono *John Bull* y el loro *Jako* en sus divertidas escenas; los esposos Cascabel, en sus ejercicios de fuerza y destreza, obtuvieron un verdadero triunfo. De estos vivos aplausos, tan legítimamente debidos a artistas de primer orden, Juan tuvo también su parte. Tal vez por la circunstancia de tener su espíritu en otra parte, su mano vaciló y sus talentos de equilibrista resultaron por un momento oscurecidos. Pero esto sólo fue perceptible para el maestro, y el público no advirtió que el pobre muchacho no estaba por lo que hacía.

En cuanto a la pirámide humana, que precedió al entreacto, fue unánimemente aplaudida.

Además, papá Cascabel estuvo admirable de ingenio y buen humor al presentar a sus artistas y pedir para ellos aplausos bien merecidos. Jamás aquel hombre superior había de-

mostrado de una manera tan palpable el imperio que una naturaleza enérgica puede tener sobre sí mismo. El honor de la familia Cascabel estaba salvado; su nombre sería pronunciado siempre con admiración y respeto por los descendientes de los moscovitas.

Pero si el público había seguido con interés aquella primera parte del programa, ¡con qué impaciencia aguardaba la segunda! Durante el entreacto, sólo se hablaba de esto en los corredores.

Después de una suspensión de diez minutos, que permitió ir a tomar el aire a los espectadores, la muchedumbre volvió a entrar, y ni un asiento quedó desocupado.

Hacía ya una hora que Ortik y Kirschef habían vuelto de su expedición, llevando consigo media docena de comparsas. Como se habrá adivinado, éstos no eran otros que los antiguos compañeros que habían encontrado en el desfiladero de los Urales.

Papá Cascabel examinó atentamente a sus nuevos comparsas.

–¡Buenas cabezas...! ¡Buenas caras...! ¡Buenos torsos...! El aire demasiado honrado quizá para representar papeles de bandidos; pero con unas pelucas erizadas y barbas descomunales, se podría sacar algo en limpio...

-Y como César Cascabel no aparecía hasta el final de la pieza, tuvo el tiempo necesario para preparar a sus reclutas, vestirlos, despeinarlos; en una palabra, hacerlos bandidos presentables.

Después, *Clou de Girofle* dio los tres golpes.

En aquel momento, en todo teatro bien dispuesto se hubiera levantado el telón a los últimos acordes de la orquesta. Si no se levantó esta vez, fue porque no hay telones en las pistas de los circos, ni aun cuando sirven de escenarios.

Pero no vaya a imaginarse que no había decoración, o por lo menos apariencia de tal. A la izquierda, un armario, con una cruz pintada,

figuraba la iglesia, o más bien la capilla, cuyo campanario debía estar entre bastidores; en el centro estaba la plaza pública del lugar, naturalmente representada por la pista; a la derecha, algunos arbustos, en tiestos hábilmente dispuestos, daban suficiente idea del paisaje de la Selva Negra.

La pantomima comenzó en medio de un profundo silencio.

¡Cuán gentil estaba Napoleona con su falda de sayas, ligeramente arrugada, su bonito gorro colocado como una flor sobre su rubia cabellera, y, sobre todo, su aire inocente y tan tierno! El enamorado Sandre, con casaca color naranja, desteñida en las costuras, le hacía la corte con gestos tan apasionados, que un verdadero diálogo no hubiera hecho sus réplicas tan comprensibles. A la entrada de *Clou de Girofle*, cubierto con su ridícula película de un rabioso amarillo, montado sobre sus largas piernas, que se torcían a uno y otro lado, su aire estúpido y pretensioso, su nariz con anteojos, el mono

haciéndole gestos y el loro con su charla, la risa se convirtió en carcajada y el entusiasmo en delirio.

Aparece Cornelia, una mujer que será terrible cuando sea suegra. Rehusa a Sandre la mano de Napoleona, y, sin embargo, se adivina que un corazón late bajo aquellos oropeles de dama noble de la Edad Media.

Gran triunfo obtuvo la entrada de Juan, vestido de carabinero italiano. El pobre muchacho está triste, abatido; en todo piensa menos en su papel. Preferiría representar el de Sandre, que Kayette fuese su amada, y que sólo tuviera que conducirla a la iglesia.

¡Cuántas horas perdidas, cuando tan pocas les quedaban de estar juntos!

Sin embargo, la situación dramática era tan culminante, que se apoderó del actor. Era imposible dejar de desplegar intenso arrebato con semejante papel. Adviértase lo que era...

Un hermano que vuelve de la guerra vestido de carabinero, y que toma la defensa de una

hermana contra las altivas imposiciones de una madre y las ridículas pretensiones de un tonto.

La escena de provocación entre Juan y *Clou de Girofle*, resultó soberbia. Este imbécil tiembla de miedo, hasta tal punto que sus mandíbulas se mueven, su mirada se turba, y su nariz se alarga desmesuradamente. Parecía la punta de una espada, que después de haberle atravesado el cerebro, le salía por la mitad de su cara.

Entonces estallan entre bastidores gritos muy numerosos esta vez. El joven Sandre, arrastrado por su valor, y quizá con la idea de hacerse matar, porque la vida le estorba, se lanza en las profundidades del bosque de árboles en tiesto. Se oye una lucha violentísima hacia el foro, y un tiro...

Un instante después, Fracassar, el jefe de los bandidos, aparece en escena. Está majestuoso con su maillot rosa casi blanco. Le acompaña, gesticulando, toda

la banda de malhechores. En medio de los bandidos, se advierte a Ortik y Kirschef, desfi-

gurados bajo sus pelucas y sus disfraces. Cornelia, cuyo honor se halla comprometido, está sujeta por el terrible jefe. Sandre se precipita para defenderla, y parece que el desenlace acostumbrado de la pieza va a ser distinto este día, porque la situación no es la misma.

En efecto: cuando César Cascabel representaba él solo a toda la banda de bandidos de la Selva Negra, Juan, Sandre, su madre, su hermana y también *Clou de Girofle*, le podían sujetar, esperando la llegada de los gendarmes, que aparecían a lo lejos, entre bastidores. Pero aquella vez el jefe Fracassar iba a la cabeza de ocho malhechores de carne y hueso, visibles, palpables, y a los que sería muy difícil dominar. Había motivo para preguntarse cómo acabaría aquello, de modo que la verosimilitud no se resintiese.

De pronto entró en la pista un pelotón de cosacos. He aquí una entrada de las más inesperadas...

En verdad, papá Cascabel no había despreciado nada para dar a aquella representación un aspecto extraordinario, y la ilusión fue completa. ¡Gendarmes o cosacos, daba lo mismo! En un instante, Ortik, Kirschef y sus compañeros fueron derribados, agarrotados, y tanto más fácilmente, cuanto que su papel les obligaba a dejarse atar...

Pero de repente se oyeron estos gritos:

–¡A mí no, valientes cosacos, si no lo tomáis a mal! ¡A esos, cuanto gustéis; pero a mí no, pues no soy más que un bandido de pega!

¿Y quién habla así...? Fracassar, o, mejor dicho, papá Cascabel, que se levanta con las manos libres, mientras los comparsas, debidamente encadenados, están en poder de la policía.

¡Esta fue la gran idea de César Cascabel!

Después de rogar a Ortik y sus compañeros que desempeñaran el papel de bandidos, se puso en relación con las autoridades de Perm, previniéndoles que había «un buen golpe que

dar». Por eso se explica que en el momento mismo del desenlace, se presentase el pelotón de cosacos.

¡Ah! ¡El golpe había tenido el mejor de los éxitos! Ortik y los suyos estaban en poder de los agentes de la autoridad.

Pero Ortik, levantándose y dirigiéndose al jefe de los cosacos, dijo designando a papá Cascabel:

–¡Os denuncio a ese hombre...! ¡Él es quien ha facilitado la entrada en Rusia a un sentenciado político! ¡Ah! ¡Me has vendido, maldito! ¡Ah! ¡Me has vendido, maldito saltimbanqui; te vendo a mi vez!

–Véndeme, amigo mío –contestó muy tranquilo Cascabel, guiñando un ojo.

–Y el condenado, el evadido de la fortaleza de Yakutsk, que ha traído hasta aquí, es el conde Narkin.

–¡Perfectamente, Ortik!

Cornelia, sus hijos y Kayette, que acababan de llegar, quedaron aterrados.

Porque en aquel momento uno de los espectadores se levantó. Era el conde Narkin.

–¡Miradle! –dijo Ortik.

–¡Sí, es cierto! ¡Yo soy el conde Narkin! –afirmó el señor Sergio.

–¡Pero el conde Narkin indultado! –exclamó papá Cascabel, soltando una ruidosa carcajada.

¡Qué efecto produjo en el público! Toda aquella realidad, mezclada a la ficticia creación de la pieza, era para conmover a los espíritus más fuertes. Incluso puede asegurarse que una gran parte de los espectadores creyó de buena fe que *Los bandidos de la Selva Negra* jamás habían tenido otro desenlace.

Bastará, para comprender éste, una corta explicación.

Después que el conde Narkin fue recogido por la familia Cascabel en la frontera de Alaska, transcurrieron trece meses sin que recibiese la menor noticia de Rusia.

No era entre los indios del Yukón ni entre los indígenas de las islas Liakhoff donde pudiera recibirlas. Ignoraba, pues, que hacía seis meses un ucase publicado por el zar Alejandro II indultaba a los reos políticos que estaban en la situación del conde Narkin.

El príncipe, su padre, le escribió a Norteamérica que podía entrar en Rusia, donde le esperaba con impaciencia. Pero como había salido ya el conde no tuvo conocimiento de esta carta, y fue devuelta al castillo de Walska, por falta de destinatario. Se concibe cuan grande fue la inquietud del príncipe Narkin al no tener noticias de su hijo. Le creyó perdido, muerto en el destierro. Su salud se resintió y estaba su vida en peligro cuando el conde llegó al castillo. ¡Qué alegría tan grande para el príncipe, que creía no volverle a ver!

¡El conde era libre...! ¡No tenía que temer ya a la policía moscovita! Y no queriendo dejar a su padre en aquel estado, y menos a las pocas

horas de su llegada, envió a papá Cascabel aquella carta en la que le ponía al corriente de todo. Le prevenía, además, que se verían en el circo de Perm al final de la representación.

Entonces César Cascabel tuvo la feliz idea que sabemos, y tomó sus medidas para entregar a los cosacos la partida de Ortik al terminar la función.

Cuando el público estuvo al corriente de todo esto, aquello fue un delirio. Las aclamaciones fueron generales en el momento en que los cosacos se llevaron a Ortik y a sus cómplices, los que, después de ser largo tiempo bandidos al natural, iban a expiar sus crímenes, también al natural.

Enseguida hicieron saber al conde cuanto había pasado; cómo Kayette descubrió aquel complot tramado contra él y contra la familia Cascabel; cómo la joven india había arriesgado su vida deslizándose detrás de los marineros rusos en la noche del 6 de julio; cómo se lo contó todo a papá Cascabel y, por último, cómo

éste no había querido decírselo al conde Narkin, ni a su mujer...

–¡Un secreto para mí, César; me has ocultado un secreto! –lamentóse mamá Cascabel con tono de reproche.

–¡El primero y el último, esposa mía!

Cornelia había ya perdonado a su marido, y no pudiendo contenerse más, exclamó:

–¡Ah, señor Sergio; es preciso que os abrace!

Pero enseguida añadió muy confusa:

–Dispensadme, señor conde... –dijo.

–¡No, el señor Sergio para vosotros, amigos míos..., siempre el señor Sergio...! ¡Y para ti también, hija mía! –añadió abrazando a Kayette.

CAPÍTULO VIII

CONCLUSIÓN

Había terminado su viaje, y terminado bien. La *Belle Roulotte* no tiene más que cruzar Rusia y Alemania para pisar el suelo de Francia, y el norte de Francia para entrar en el país normando. Sin duda, un largo trayecto todavía. Pero, comparado con el recorrido de dieciséis mil kilómetros que acababa de hacer, aquello no era más que un paseo, un simple paseo, «¡una carrera de *fiacre!*, como decía papá Cascabel.

¡Sí! Había terminado este viaje, y mejor de lo que hubiera podido esperarse, después de tantas aventuras. Y jamás hubo desenlace más feliz ni aun en el admirable drama *Los bandidos de la Selva Negra*, que había, sin embargo, aca-

bado con inmensa satisfacción del público y de los actores, salvo Ortik y Kirschef. En efecto, éstos fueron colgados algunas semanas después, mientras que sus cómplices habían sido enviados al fondo de la Siberia por el resto de sus días.

La cuestión de la separación se presentó entonces con todas sus tristes consecuencias. ¿Cómo iba a resolverse?

Pues bien, lo fue de la manera más sencilla.

Aquella misma noche, cuando estuvo reunido el personal de la *Belle Roulotte*, el conde Narkin dijo:

–¡Amigos míos, sé todo lo que os debo y sería un ingrato si lo olvidase jamás...! ¿Qué puedo hacer por vosotros...? ¡Mi corazón se oprime al pensar en separarnos! ¡Veamos...! ¿Os convendría permanecer en Rusia, fijar en ella vuestra residencia, vivir en el dominio de mi padre...?

Papá Cascabel, que no esperaba tal proposición, respondió, después de reflexionar un instante:

–Señor conde Narkin...

–Llamadme señor Sergio –pidió el noble–. ¡Nunca otra cosa...! ¡Hacedme ese favor!

–Pues bien, señor Sergio, mi familia y yo estamos muy conmovidos... La oferta que nos hacéis, demuestra todo vuestro cariño. ¡Mucho os lo agradecemos...! Pero allí, ya sabéis, al fin es nuestro país...

–¡Os comprendo! –aseguró el conde–. ¡Vaya si os comprendo! Puesto que queréis volver a Francia, a vuestra Normandía, seré muy dichoso al saber que estáis establecidos en vuestra casa, en una bonita casa de campo, con una granja y algunas tierras alrededor... Allí podréis descansar de vuestros largos viajes...

–¡No creáis que estamos fatigados, señor Sergio! –exclamó Cascabel.

–Veamos, amigos míos; habladme francamente... ¿Tenéis mucho cariño a vuestra profesión?

–Sí, puesto que nos da para vivir.

–No queréis comprenderme –insistió el conde Narkin–, y me disgustáis por ello. ¿Me rehusaréis el placer de hacer algo por vosotros?

–No nos olvidéis, señor Sergio –dijo Cornelia–, he aquí todo lo que os pedimos. Así como nosotros, no os olvidaremos nunca... Ni a vos ni a Kayette.

–¡Madre mía! –exclamó la joven.

–¡No puedo ser tu madre, querida niña!

–¿Por qué no, señora Cascabel? –preguntó el conde.

–¿Y cómo?

–Dándosela por esposa a vuestro hijo.

¡Qué efecto produjeron aquellas palabras del conde Narkin! Efecto más grande seguramente que todos los que el buen Cascabel había podido obtener en su brillante carrera.

Juan estaba loco de contento; besaba las manos del señor Sergio, que oprimía a Kayette contra su corazón. ¡Sí; sería la esposa de Juan, sin dejar de ser por esto la hija adoptiva del conde! El señor Sergio les conservaría a su lado, pues de ningún modo quería separarse de ellos. ¿Hubieran podido nunca los esposos Cascabel soñar tan bello porvenir para su hijo? En cuanto a aceptar del conde Narkin otra cosa que la seguridad de su amistad, no querían consentirlo. Tenían una buena profesión, y continuarían ejerciéndola.

Entonces el joven Sandre avanzó, y con voz un poco conmovida, pero con los ojos llenos de malicia, dijo:

–¿Para qué, padre...? ¡Somos ricos y no tendremos necesidad de trabajar para vivir!

Y el pilluelo sacó triunfalmente de su bolsillo la pepita que había recogido en las selvas del Caribú.

–¿Dónde has encontrado esto? –exclamó papá Cascabel, que había cogido la preciosa piedra.

Sandre contó lo que había pasado.

–¿Y no has dicho nada? –dijo Cornelia–. ¿Has podido guardar ese secreto?

–Sí, madre, ¡aunque no sin trabajo...! Quería daros la sorpresa y no deciros que éramos ricos hasta después de nuestra llegada a Francia.

–¡Ah, adorable chiquillo! –exclamó papá Cascabel–. Pues bien, señor Sergio, ¡he aquí una fortuna que llega a tiempo...! ¡Mirad...! ¡Esto es una pepita...! Esto es oro y no habrá más que cambiarlo...

El conde Narkin había tomado el guijarro, lo examinaba con atención, y para apreciar su valor, lo pesaba en su mano, observando los pequeños puntos brillantes.

–Sí –dijo–; esto es oro, y pesa lo menos diez libras...

–¿Cuándo vale? –preguntó Cascabel.

–¡Veinte mil rublos!

–¡Veinte mil rublos...!

–Pero... con la condición de cambiarlo... Y de cambiarlo enseguida. Veis, ¡como yo lo hago!

Y el señor Sergio, digno discípulo de César Cascabel, hizo tan hábil escamoteo que sustituyó la famosa pepita por un portamonedas que se encontró entre las manos del joven.

–¡Bien jugado! –exclamó César Cascabel–. ¡Cuando yo os decía que teníais excelentes disposiciones!

–¿Qué hay en este portamonedas?

–El precio de la pepita. Ni más ni menos –respondió el señor Sergio.

En efecto: en él se hallaba un talón de veinte mil rublos contra la casa «Rothschild Hermanos», de París.

¿Qué valía la pepita? ¿Era un pedazo de oro o un simple pedernal que el joven Sandre había traído tan concienzudamente del Eldorado de la Columbia Británica? Nunca pudo es-

clarecerse este punto. Sea lo que fuere, César Cascabel tuvo que creer en la palabra del conde Narkin, ateniéndose a la amistad del señor Sergio, de la que hacía más caso que de todo el tesoro imperial del zar de Rusia.

La familia Cascabel permaneció todavía un mes en Rusia.

No era ya cuestión de la feria de Perm ni de la de Nijni. ¿Podían excusarse de asistir los padres y hermanos al matrimonio de Juan y Kayette, que fue celebrado en el castillo de Walska?

Hubo una gran fiesta y jamás se vieron esposos más felices ni ceremonia más concurrida.

–¿Qué dices a esto, César? –dijo Cornelia en el momento en que salía de la capilla del castillo.

–Que ha sucedido como yo me pensaba –replicó papá Cascabel.

Ocho días después los esposos Cascabel, Sandre, Napoleona y *Clou de Girofle*, a quien no hay que olvidar, porque verdaderamente for-

maba parte de la familia, se despidieron del conde Narkin.

Se dirigieron hacia Francia, pero en ferrocarril, llevando consigo la *Belle Roulotte*, que les seguía a *gran velocidad*.

La vuelta del buen Cascabel a Normandía fue un acontecimiento. Cornelia y él se convirtieron en ricos propietarios en las cercanías de Pontorson, con buenas dotes en perspectiva para Sandre y Napoleona. El conde Narkin, Juan, convertido en su secretario, y Kayette, la más dichosa de las mujeres, venían a verlos todos los años, siendo recibidos con el júbilo que es de suponer. Con verdadera embriaguez. La palabra es tanto más exacto, cuanto que en este día la familia Cascabel casi perdía la razón.

Tal es el relato de este viaje, que puede tenerse como uno de los más sorprendentes de la colección de los Viajes extraordinarios. Es indudable que todo acabó bien. ¡Y cómo había de

suceder de otra manera, tratándose, como se trataba, de la honrada familia Cascabel!